

r

ayer

Retaguardia y cultura de guerra, 1936-1939

Las culturas de guerra se nutren fundamentalmente de la diabolización del enemigo, la construcción retórica de un relato autojustificativo en el pasado remoto y cercano, el culto a los caídos y la exaltación de la figura del líder carismático: nutridas, por tanto, de relatos de violencia. Generan elementos de identificación que servirán para construir lealtades e ideales colectivos que pueden acarrear para la población una intensa experiencia de modernidad, de nacionalización. Suponen, pues, utopías concretas, unificadoras e igualitarias, pero indisolublemente relacionadas con el contexto bélico y constituidas en relación con la utilización y justificación de los mecanismos de violencia política. La Guerra Civil, pues, como auténtico laboratorio histórico privilegiado de violencia, de movilización y construcción identitaria, de cultura de guerra.

76

Revista de Historia Contemporánea

2009 (4)

AYER
76/2009 (4)

ISSN: 1134-2277

ASOCIACIÓN DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA
MARCIAL PONS, EDICIONES DE HISTORIA, S. A.

MADRID, 2009

EDITAN:

Asociación de Historia Contemporánea
www.ahistcon.org

Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.
www.marcialpons.es

Director

Carlos Forcadell Álvarez (Universidad de Zaragoza)
presidencia@ahistcon.org

Secretaría

María Cruz Romeo Mateo (Universitat de València)
revistaayer@ahistcon.org

Consejo de Redacción

Nerea Aresti (Universidad del País Vasco), Carme Molinero (Universitat Autònoma de Barcelona), Javier Moreno Luzón (Universidad Complutense), Xosé M. Núñez Seixas (Universidade de Santiago de Compostela), Manuel Pérez Ledesma (Universidad Autónoma de Madrid), Juan Pro (Universidad Autónoma de Madrid), María Sierra (Universidad de Sevilla), Manuel Suárez Cortina (Universidad de Cantabria)

Consejo Asesor

Miguel Artola (Universidad Autónoma de Madrid), Walther L. Bernecker (Universität Erlangen-Nürnberg), Alfonso Botti (Università degli Studi di Urbino), Carolyn P. Boyd (University of California, Irvine), Fernando Devoto (Universidad de Buenos Aires), Clara E. Lida (El Colegio de México), Paul Preston (London School of Economics), Pedro Tavares de Almeida (Universidade Nova de Lisboa), Ramón Villares (Universidade de Santiago de Compostela), Pedro Ruiz Torres (Universidad de Valencia)

AYER está indexada y resumida en
Dialnet, ISOC, Latindex

Correspondencia y administración

Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.
C/ San Sotero, 6
28037 Madrid

**RETAGUARDIA
Y CULTURA DE GUERRA,
1936-1939**



Esta revista es miembro de ARCE.
Asociación de Revistas Culturales
de España.

© Asociación de Historia Contemporánea
Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.

ISBN: 978-84-92820-09-2

Depósito legal: M. 6.854-2010

ISSN: 1134-2277

Diseño de la cubierta: Manuel Estrada. Diseño Gráfico

Composición e impresión: CLOSAS-ORCOYEN, S. L.

Polígono Igarza. Paracuellos de Jarama (Madrid)

SUMARIO

DOSSIER

RETAGUARDIA Y CULTURA DE GUERRA, 1936-1939

Javier Rodrigo, *ed.*

<i>Presentación. Retaguardia: un espacio de transformación,</i> Javier Rodrigo.....	13-36
<i>Experiencia en combate. Continuidad y cambios en la violencia represiva (1931-1939),</i> Eduardo González Calleja...	37-64
<i>Las campañas rebeldes de aniquilación del enemigo,</i> Rafael Cruz	65-82
<i>Qué violencia para qué retaguardia o la República en guerra de 1936,</i> José Luis Ledesma	83-114
<i>La zona gris de la España azul. La violencia de los sublevados en la Guerra Civil,</i> Carlos Gil Andrés	115-141
<i>Relatos para una guerra. Terror, testimonio y literatura en la España nacional,</i> Hugo García	143-176
<i>Asesinatos en masa y genocidio entre 1914 y 1945: un intento de análisis comparativo,</i> Alan Kramer.....	177-205

ESTUDIOS

<i>La particular dimensión europea de Eugeni d'Ors durante la Primera Guerra Mundial,</i> Maximiliano Fuentes Codera	209-243
<i>El secreto del consenso en el régimen franquista: cultura de la victoria, represión y hambre,</i> Miguel Ángel del Arco Blanco	245-268

<i>El acelerón sindicalista y sus contradicciones internas: imagen y realidad en la propaganda de la OSE, 1957-1969, Àlex Amaya Quer</i>	269-290
--	---------

ENSAYOS BIBLIOGRÁFICOS

<i>Historia y presente en Israel y Palestina. Separación, oposición y entrecruzamiento de dos historias paralelas. Nuevos y viejos enfoques, Carmen López Alonso</i>	293-317
--	---------

CONTENTS

DOSSIER

REARGUARD AND CULTURE OF WAR, 1936-1939

Javier Rodrigo, *ed.*

<i>Presentation. Rearguard: a space of transformation</i> , Javier Rodrigo	13-36
<i>Experience in combat. Continuity and change in repressive violence (1931-1939)</i> , Eduardo González Calleja	37-64
<i>Rebel campaigns of annihilation of the enemy</i> , Rafael Cruz.	65-82
<i>What kind of violence for what kind of rearguard, or the Republic at war in 1936</i> , José Luis Ledesma	83-114
<i>The grey zone of the blue Spain. The violence of the rebels in the Spanish Civil War</i> , Carlos Gil Andrés	115-141
<i>Stories for a war. Red Terror, testimony and national literature in Spain</i> , Hugo García	143-176
<i>Mass murder and genocide between 1914 and 1945: an attempt of comparative analysis</i> , Alan Kramer	177-205

STUDIES

<i>The particular European dimension of Eugeni d'Ors during the First World War</i> , Maximiliano Fuentes Codera	209-243
<i>The secret of consensus in the Franco's regime: the culture of victory, repression and hunger</i> , Miguel Ángel del Arco Blanco	245-268

The «burst of acceleration» of the unions and its internal contradictions: Image and Reality in the propaganda of the OSE, 1957-1969, Àlex Amaya Quer 269-290

BIBLIOGRAPHICAL ESSAYS

History and present in Israel and Palestine. Separation, opposition and cross-linking of two parallel stories. New and old approaches, Carmen López Alonso..... 293-317

DOSSIER

Presentación. Retaguardia: un espacio de transformación

Javier Rodrigo*
Universidad de Zaragoza

«Eso era lo que no conseguía yo captar: la oquedad, la absoluta falta de adecuación entre la facilidad con la que es posible matar y la tremenda dificultad que debe de haber en morir. Para nosotros, era otro asqueroso día de trabajo; para ellos, el fin de todo» (Jonathan Littell, *Las benévolas*, p. 90).

Lo mismo que las manijas del reloj exterior de la estación de trenes de Bolonia, paradas para siempre en la hora trágica de las 10:25 (la del atentado del 2 de agosto de 1980, en el que murieron 85 personas), el reloj de la historia de España parece seguir, para muchos,

* El autor participa en el Proyecto de Investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación «*Cultura y memoria falangista y cambio social y político en España*» (HAR2008-05949/Hist), dirigido por Miguel Ángel Ruiz Carnicer. Con él preparé el curso (casi) homónimo que dio origen a este dossier, «Retaguardia. Violencia, movilización y cultura de guerra, 1936-1939», organizado por la Institución Fernando el Católico y que apoyó desde el principio su director Carlos Forcadell. Y suya fue la generosa sugerencia de que recayese solamente en mí el prestigio de coordinar este dossier y escribir esta introducción. Eso no ha hecho sino agrandar la enorme deuda intelectual y personal que tengo hacia él, así como, claro está, nuestra amistad. En el curso, además de los participantes en este monográfico, intervinieron los profesores Santos Juliá, Xosé Manoel Núñez Seixas, Ferrán Gallego, Ángela Cenarro, Francisco Sevillano y Emilio Gentile, a quienes deseo agradecer una vez más sus magníficas aportaciones. Deseo también agradecer sus comentarios y sugerencias a este texto a mis alumnos de doctorado de la Universidad de Zaragoza.

detenido en 1936. Resulta casi indudable que, a día de hoy, la Guerra Civil sigue siendo la latitud del pasado más sensible y presente en la sociedad española y, por tanto, que continúa siendo el alimento preferencial e infinito de identidades y disputas ideológicas y políticas. Más que abierta, parece una puerta que no acabará nunca de cerrarse, ni en la profesión histórica ni en su utilización pública. La demanda de relatos sobre ese pasado trasciende largamente los clásicos umbrales de la historiografía profesional y de la conmemoración, para convertirse en materia de construcción identitaria y política para el presente.

Eso obliga, por fuerza, a más de una reflexión. En estos años de conmemoración, y hasta de judicialización del pasado, parece que esos relatos y los debates que traen aparejados estuviesen sometidos a una constante *vitrinización*, determinada por las inagotables demandas no solamente de conocimiento, sino, sobre todo, de identificación por parte de determinados sectores de la sociedad. De tal modo, y a la vez que se han ampliado los horizontes temáticos y sociales de la historiografía sobre el conflicto de 1936 y se han multiplicado exponencialmente los usuarios (públicos y privados) de sus interpretaciones, observamos cómo ese pasado se ha convertido, en no pocos espacios públicos, en un campo abonado de estereotipos históricos y explicativos. En un país desconocido, extraño, poblado de seres fosilizados en sus posturas más cómodas para el presente. Y en un territorio, en definitiva, que desde luego no visitan solamente los historiadores, aunque en no pocos casos haya sido una determinada literatura histórica, que ha hecho de la simplificación categórica y epistemológica —el *genocidio*, el *olvido*...— su seña de identidad, la que haya favorecido la popularización de muchos de esos relatos binarios, que José Luis Ledesma denomina estampas de *western*, dominados por las categorías morales más básicas —bueno/malo, fundamentalmente—¹.

No poco de eso está determinado por la tendencia a importar las conclusiones de debates interpretativos ajenos y las categorías que de ellos resultan sin importar o, cuanto menos, explorar esos debates.

¹ El concepto de *vitrinización* (un neologismo) proviene de CODELUPPI, V.: *La vetrinizzazione sociale. Il processo di spettacolarizzazione degli individui e della società*, Turín, Bollati Boringhieri, 2007. La cuestión de la extrañeza véase en LOWENTAL, D.: *El pasado es un país extraño*, Madrid, Akal, 1998 [1985]. La de la fosilización, en TRAVERSO, E.: *El pasado: instrucciones de uso. Historia, memoria, política*, Madrid, Marcial Pons, 2007.

Contra homogeneizaciones y estandarizaciones, y coherente con la necesidad de explorar los diferentes debates historiográficos sobre la Guerra Civil y las categorías históricas con las que la interpretamos, este dossier tiene como objetivo profundizar en el conocimiento del espacio, físico y simbólico, donde echan sus raíces (y a partir del cual se construyen) los relatos predominantes sobre la Guerra Civil: la retaguardia. En consonancia con los avances que en materia histórica e interpretativa sobre el periodo de entreguerras vienen realizándose en Europa —y frente a los cuales no podemos permanecer impermeables—, el análisis de la Guerra Civil española se articula cada vez más en torno a las dinámicas culturales, sociales y políticas que determinan, limitan o acompañan a los acontecimientos *estrictamente* bélicos. Y de esas dinámicas, tres sobresalen cuantitativa y cualitativamente: la violencia, la movilización y la cultura (de guerra). Las tres enfocadas, de manera directa o lateral, desde las necesidades impuestas por el cada vez más fecundo terreno del estudio de las identidades colectivas y de sus mecanismos sociales de articulación, imposición o resistencia. Uno de los grandes retos de la historiografía sobre la Guerra Civil española está, por tanto, en ahondar en el análisis y conocimiento del proceso de construcción de las culturas y entramados culturales que, encaminados hacia la justificación del conflicto, otorgaron cohesión, identificación social de y con los *bandos* en liza —definición e identificación, pues, propia y, a su vez, del otro— y, por fin, el embotamiento de la empatía y la aceptación de la cotidianeidad y hasta idoneidad de la muerte del enemigo. Y eso, referido a la guerra del 36, no es otra cosa que estudiar y explorar el proceso de construcción de un cambiante espacio físico y simbólico, la retaguardia, que no sólo fue apoyo, sostén y granero de la primera línea, la del frente —con la que está fuertemente interrelacionada—, sino que constituyó también, en sí misma, una primera línea de guerra, atravesada por relaciones de poder y disputas ideológicas y políticas.

La española fue, pues, una guerra combatida en los frentes pero vencida en las retaguardias. Frente y retaguardia suponen, en un contexto bélico, dos universos fuertemente interrelacionados, hasta el punto de determinarse mutuamente. El desarrollo de cuanto acontece en las trincheras influye fuertemente en la vida política, cultural y social de la retaguardia. Y, viceversa, también la construcción social, cultural, política e identitaria en las retaguardias constituye, limita y modela la vanguardia bélica y, por ende, la evolución de la guerra. Y si

eso es así para cualquier proceso bélico, lo es aún más en una guerra civil como la española de 1936-1939, por cuanto las fracturas sociales, las violencias cruzadas, la concepción del civil como objetivo primario y prioritario y la expulsión del enemigo (real, potencial, imaginario, imaginado) de la misma *civitas* trajeron aparejadas la construcción de sociedades antagónicas tras las trincheras y los frentes, a lo largo de un conflicto armado a gran escala y de larga duración —una y otra equiparables en su momento, respecto a otras guerras civiles del siglo XX, tan sólo al conflicto ruso de 1918-1922—. Un conflicto, además, atravesado y determinado, en sus formas y en su fondo, por las transformaciones implícitas a la guerra total emanadas de los fuegos de la Primera Guerra Mundial².

Una definición compleja del espacio de la retaguardia debería adentrarse en terrenos abstractos y resbaladizos. Aunque eso, claro, no haya sido siempre así. La acepción más utilizada hoy día del término *retaguardia* no se encuentra en el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua hasta 1970, y en su Suplemento. Hasta entonces, y desde 1737, la única acepción registrada era la de la retaguardia como «postrer cuerpo de tropa, que cubre las marchas y movimientos de un Ejército», y su utilización se acotaba desde 1817 con la expresión «picar la retaguardia», es decir, «seguir al enemigo que se retira». Desde 1970, el Diccionario recoge prácticamente sin alteraciones dos acepciones más ajustadas al uso consuetudinario y actual del término: la tercera, «En tiempo de guerra, la zona no ocupada por los ejércitos» y, sobre todo, la segunda, «Hablando de una zona ocupada por una fuerza militar, la parte más alejada del *ene-*

² Sobre guerras, conflictos a gran escala y muertes masivas tratan muchos de los libros que, en los últimos años, se dedican a su análisis comparativo. Destacan, entre otros, BOURKE, J.: *An intimate History of killing: face-to-face killing in Twentieth Century warfare*, Londres, Granta, 1999; GELLATELLE, R., y KIERNAN, B. (eds.): *The spectre of Genocide: Mass murder in historical perspective*, Cambridge University Press, 2003; BALDISSARA, L., y PEZZINO, P. (eds.): *Crimini e memorie di guerra. Violenze contro le popolazioni e politiche del ricordo*, Nápoles, L'Ancora del Mediterraneo, 2004; EL KENZ, D. (ed.): *Le massacre, object d'histoire*, París, Gallimard, 2005; GRIBAUDI, G. (ed.): *Le guerre del Novecento*, Nápoles, L'Ancora del Mediterraneo, 2007; MANN, M.: *El lado oscuro de la democracia. Un estudio sobre la limpieza étnica*, Valencia, PUV, 2009 [2005], o TOTTEN, S., y PARSONS, W. S.: *Century of Genocide. Critical essays and eyewitness accounts*, Londres-Nueva York, Routledge, 2009 [1997]. Me he dedicado con más profundidad a revisarlos en RODRIGO, J.: «Continente cementerio. Fascismo, heterofobia y violencia en Europa, 1914-1945», *Ayer*, 74 (2009), pp. 243-261.

migo»³. Es decir, la retaguardia, en primer lugar, como espacio (si bien, casi exclusivamente, geográfico) y no solamente como parte militar de un ejército; en segundo lugar, como interrelación, algo laxa en estas definiciones, pero presente sin duda, entre la fuerza militar (ocupante) y la población (ocupada); y en tercer lugar y más importante, como lugar alejado del enemigo, pero definido por su situación respecto al mismo.

La Guerra Civil y sus retaguardias, tal y como las entendemos aquí, no serían sino unos escenarios y espacios, eminentemente, de *transformación*, de disolución de categorías y fronteras culturales. Y, por encima de todo, de transformación humana. Varios son los aspectos relativos al conflicto del 36 que ratificarían esta imagen, y van a traerse a colación a lo largo de este dossier. Pero por encima de todos despunta el de las violencias y, más en particular, el de la violencia contra los civiles. Un tema palmario y paradigmático en los planos tanto historiográfico como interpretativo: palmario por cuanto, incluso a falta de reflexiones teóricas de mayor calado y espesor de las que suelen encontrarse, ha sido el motor que ha tirado de parte de la historiografía sobre el conflicto en aras de una reinterpretación del mismo en clave de guerra de exterminio. Y paradigmático, puesto que de su exploración han surgido elementos interpretativos sin los cuales ya no podríamos comprender la Guerra Civil, sus contornos, sus objetivos, sus culturas políticas o, en el territorio de lo concreto, la enorme tasa de sangre con la que se saldó.

Los civiles (o incluso *lo* civil) fueron objeto preferencial de la guerra en 1936. Y eso, por fuerza, nos debe llevar a revisar incluso el significado mismo del propio proceso bélico. Si en un sentido podemos llamar civil a la guerra española, no es tanto —o no es solamente— porque se desarrollase en el marco de una misma unidad política y territorial, y encaminada hacia su control y poder. Es, sobre todo, porque la española de 1936, y sobre todo en ese año, fue una guerra, eminentemente, *contra* el civil⁴. Fueron mayoritariamente civiles los que sufrieron la persecución, el asesinato o la deportación. Fueron

³ Los Diccionarios Históricos de la Real Academia pueden consultarse en <http://buscon.rae.es/ntlle/SrvltGUIMenuNtllle?cmd=Lema&sec=1.1.0.0.0> [consulta: 20 de octubre de 2008]. Su 22.ª ed. en <http://www.rae.es/rae.html> (las cursivas son mías).

⁴ RODRIGO, J.: *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza, 2008.

sobre todo civiles, no combatientes, los que soportaron bombardeos sobre pueblos y ciudades, fue su sangre la que regó las tapias de los cementerios y las cunetas de los caminos, y fueron sus huesos los que por lo general llenaron las fosas comunes de Teruel, Ávila, Zaragoza, Barcelona o Madrid⁵. En virtud de la radical disolución —típica, por otra parte, de la guerra total— de las clásicas diferencias entre lo militar y lo civil, entre el combatiente y el no combatiente, realizada a raíz del golpe de Estado de julio de 1936 y en virtud, a su vez, de la movilización total para la guerra y de la lógica del exterminio del contrario amparada bajo las políticas de eliminación y limpieza de la retaguardia, lo civil se transformó en combatiente y, en consecuencia, fue objetivo bélico de primerísimo orden. En una reducción tan dramática como real, pues la mayoría de testigos y víctimas de las violencias de retaguardia así lo señalan, el conflicto armado iniciado en julio del 36 supuso, para miles de personas, no más que el asesinato, la muerte, la desaparición de uno o varios familiares.

La violencia política (o como se ha denominado habitualmente, la *represión*, término que ha de ponerse, cuanto menos, en cuarentena) no fue, pues, un incidente, un añadido a la guerra, sino que constituye la materia de su naturaleza misma⁶. De hecho, que durante el primer año de contienda, en el que se llevaron a cabo el grueso de las matanzas en las retaguardias, fuese mayor el número de víctimas mortales por ese motivo que en los frentes de guerra significa o puede inducir, al menos, a pensar tres cosas. En primer lugar, que la guerra —y más concretamente, el golpe de Estado— se hubiese preparado, organizado y puesto en marcha, entre otros motivos, para servir como

⁵ Los bombardeos sobre civiles como parte de la «guerra total» en RANZATO, G.: «Guerra civil y guerra total en el siglo XX», *Ayer*, 55 (2004), pp. 127-148.

⁶ Un término, el de represión, utilizado a veces con demasiada simpleza, por cuanto presupone una respuesta ante un hecho precedente, y que no abarca la caracterización preventiva que tuvo en muchas ocasiones la violencia en retaguardia. Algunas cuestiones terminológicas en CRUZ, R.: «Olor a pólvora y patria. La limpieza política rebelde en el inicio de la guerra de 1936», *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 7 (2007), (<http://hispanianova.rediris.es/7/>); RODRIGO, J.: «1936: guerra de exterminio, genocidio, exclusión», *Historia y Política*, 10 (2003), pp. 249-258; LEDESMA, J. L.: «“La santa ira popular” del 36: la violencia en guerra civil y revolución, entre cultura y política», en LEDESMA, J. L.; MUÑOZ, J., y RODRIGO, J. (eds.): *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, Madrid, Siete Mares, 2005, pp. 147-192; LEDESMA, J. L.: «El 1936 más opaco: las violencias en la zona republicana durante la guerra civil y sus narrativas», *Historia Social*, 58 (2007), pp. 151-168.

marco de oportunidad y contexto necesario o, mejor, como medio, condición propiciatoria para ese otro (aunque cabría tal vez decir *verdadero*) proyecto, el de la limpieza política de las retaguardias⁷. En segundo lugar, que la paralización mediante el terror fue el mecanismo privilegiado de poder en el verano sangriento de 1936. Por su naturaleza relacional, comunicativa, nueva y pedagógica; pero también, y sobre todo, por su carácter masivo y colectivo. Y en tercer lugar, que el asesinato y la eliminación necesitaron de la construcción previa (y también paralela) de unas culturas políticas encaminadas a la definición y exclusión del otro, del enemigo, a la aceptabilidad de la violencia. Sin esos tres elementos no puede comprenderse la radicalidad con que la muerte se apoderó de las plazas y las calles a partir de julio, ni la naturaleza de esas violencias. Y es que no se eliminaba ni se juzgaba solamente por motivos individuales, ligados a la actuación concreta del finado, del *ajusticiado*. Se acababa con la vida del otro por razones *supraindividuales*: por pertenecer al enemigo, o por representar los caracteres más o menos estereotipados del mismo⁸. El objetivo era limpiar, corregir, proteger, sanar a la verdadera comunidad nacional, como proyecto constructivo de destrucción: con una violencia, por tanto, entendida como medio necesario para la edificación de una sociedad mejor a través del derrumbe, el incendio, la purificación, la transformación de la sociedad, del espacio y del individuo.

Fue, pues, al menos en sus primeros y decisivos compases, una guerra contra el civil ejecutada mediante mecanismos de terror (la forma social del miedo individual, para Hannah Arendt). La guerra española formaría de esa manera (o cabría decir: también por ello) parte de un proceso en el que la historiografía sobre la (generalmente, mal) denominada Segunda Guerra de los Treinta Años o «guerra civil europea» ha puesto, eminentemente, la mirada sobre las dos guerras mundiales, pero cuyos jalones también están hechos de las dife-

⁷ En ese sentido, pero para otra guerra y otro proyecto de limpieza política, social y racial, véase ALY, G., y HEIM, S.: *Architects of annihilation: Auschwitz and the logic of destruction*, Princeton, Princeton University Press, 2002, p. 3. Véanse, también, ALY, G.: *Final Solution: Nazi population policy and the murder of the European Jews*, Londres, Hodder Arnold, 1999; HERBERT, U. (ed.): *National Socialist extermination policies. Contemporary German Perspectives and Controversies*, Oxford-Nueva York, Berghahn Books, 2004.

⁸ La cuestión de la *supraindividualidad* en OLIVER, P.: *Historia de la pena de muerte en la España contemporánea*, Madrid, Síntesis, 2008.

rentes guerras civiles —o procesos de confrontación paramilitar— europeas de los años veinte, treinta y cuarenta⁹. En la Primera Guerra Mundial, la proporción de muertes de no combatientes respecto a las de combatientes se sitúa entre una sexta y una tercera parte. La proporción durante la Segunda Guerra Mundial, el conflicto bélico contra la población civil por naturaleza, se sitúa en los dos tercios de las muertes atribuibles a la guerra, siempre siguiendo a Alan Kramer¹⁰. Durante la Guerra Civil española, la proporción entre víctimas mortales no combatientes y combatientes se podría situar en torno a algo más de la mitad. Eso, con todas las cautelas metodológicas y terminológicas, a falta de un desglose concienzudo de las víctimas ocasionadas por los bombardeos sobre pueblos y ciudades, y de estar en lo cierto tanto las investigaciones sobre registros de muertos en combate que situarían esa cifra en torno a 167.000, como las mucho más recientes y contrastadas sobre víctimas de la violencia política en ambas retaguardias, que la colocan alrededor de las 185.000: 55.000 en la retaguardia republicana y, probablemente, unas 130.000 en la franquista, sumando los datos fiables ya recogidos a las estimaciones para provincias importantísimas como Ávila, Zamora o León y considerando, además, buena parte de las muertes en zonas como Levante y Madrid, ocupadas al final de la guerra, como víctimas *de* guerra y no de posguerra, al ser asesinadas durante o inmediatamente después (y a resultas) de la ocupación militar¹¹.

En una escala global, por tanto, la guerra española no fue tan relevante, ni desde un punto de vista tecnológico ni en cuanto a pérdidas humanas, como otros conflictos bélicos del corto siglo XX. Pero eso no le resta, sin embargo, importancia interna en términos cuantitati-

⁹ Véase, sobre todo, TRAVERSO, E.: *A ferro e fuoco. La guerra civile europea, 1914-1945*, Bolonia, Il Mulino, 2007. También RANZATO, G. (ed.): *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994.

¹⁰ KRAMER, A.: *Dynamic of destruction. Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford, Oxford University Press, 2007, p. 334, y en el artículo incluido en este dossier. Véase una reflexión global en este sentido en KERSHAW, I.: «Guerra y violencia política en la Europa del siglo XX», en su importante recopilación de artículos *Hitler, los alemanes y la solución final*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2009, pp. 569-599, artículo publicado originalmente en inglés en 2005.

¹¹ SALAS, R.: *Pérdidas de la guerra*, Planeta, Barcelona, 1977; JULIÁ, S. (coord.): *Víctimas de la Guerra Civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999; más las actualizaciones de los datos en Galicia, Castilla-León, País Vasco, Cantabria, Cádiz y las Baleares. Véase RODRIGO, J.: *Hasta la raíz...*, *op. cit.*

vos y cualitativos, ni su espacio, de enorme relevancia específica, en la historia contemporánea —y en particular de la Europa de entreguerras— del terror. El elemento característico de la Guerra Civil que más llamativa y radicalmente la sitúa entre la panoplia de las guerras totales y las guerras de exterminio contemporáneas está, precisamente, en la centralidad de la violencia en el interior de las relaciones sociales de las retaguardias, y como vehículo de comunicación entre ambas retaguardias (o estados, como se prefiera) enfrentadas. No se trata de homogeneizar tanto el pasado sobre el rojo oscuro de la sangre como para que no se dejen percibir otros matices cromáticos. Se trata, sin embargo, de que la guerra comenzó con el terror, en la doble y paralela fase de golpe de Estado y revolución obrera, y su evolución posterior estuvo determinada por el mismo. La historia de la Guerra Civil está marcada por la de una violencia en los frentes y en las retaguardias de tipo acumulativo. Y entre julio y, aproximadamente, diciembre de 1936, se superaron varios puntos de no retorno en esa historia española del terror contemporáneo.

Eso necesita de una explicación de carácter histórico que, además de constatar las cifras totales de la violencia y observar sus continuidades y discontinuidades, sus porcentajes y asimetrías (lo que no debe ser un punto de llegada, sino más bien de partida), atienda a su dimensión cronológica, pues no se comprenden sin ella, y la ponga en relación con el resto de fenómenos característicos de la vida en retaguardia que, a la postre, han erigido la guerra española en la cumbre de la contemporaneidad violenta hispana, en alimento inagotable de prácticas rememorativas y de construcciones identitarias. Como recuerda Jan T. Gross, detrás de cada asesinato hay decisiones concretas, beneficiarios, verdugos y víctimas, no solamente países ni ideologías, añadiríamos nosotros¹². Nada de cuanto aquí se explica tiene sentido sin atender a cómo el golpe de Estado de 1936 rompió los frenos y ataduras de la violencia política, haciendo explotar en forma de crisis armada la santabárbara social. Ni la situación del orden público ni la capacidad movilizadora, más allá de la propaganda, de los conspiradores derechistas contra el gobierno de izquierdas hacía suponer que España estuviese abocada irremisiblemente a una guerra civil. El hecho de que, al calor del golpe de Estado, se resquebrajasen rápida y radical-

¹² GROSS, J. T.: *Vecinos. El exterminio de la comunidad judía de Jedwabne*, Barcelona, Crítica, 2002.

mente las cadenas de contención de la violencia, y que esas estuviesen ya bastante dañadas por los mecanismos de identificación del enemigo y de lucha política de los meses anteriores a julio del 36, no debe llevar a conclusiones ahistóricas motivadas por necesidades extraintelectuales. Que «el alzamiento se estaba viendo venir», casi como un irrefrenable fenómeno meteorológico ante la «insostenible» situación de una República que «no conseguía traer paz y orden», como alguien ha afirmado, resulta una conclusión, además de ucrónica, inadmisiblemente¹³. Pero una vez rotas esas cadenas de contención, con las armas invadiendo el espacio público, bajo el estruendo de los disparos y entre el olor de la pólvora, las cosas serían bastante diferentes.

El golpe abrió un marco de posibilidades radicalmente nuevo, en el cual los actores políticos y sociales actuaron en función de sus repertorios de movilización ya conocidos y experimentados, lo cual nos situaría en la pista de analizar las continuidades entre preguerra y guerra, pero llevándolos a los extremos a los que los abocaría la nueva situación. Fueron el golpe militar y sus consecuencias, por tanto, los que destrozaron la legalidad vigente y la unidad de las fuerzas coercitivas. Fueron, así, las armas, las que verdaderamente hablaron en las primeras semanas después del 17-19 de julio. Y fue, en definitiva, la violencia la que terminó de definir al enemigo (y al amigo). Superados los tabúes sobre su empleo, paulatinamente desactivada y embotada una empatía sacrificada en el altar de la revolución o del levantamiento, y convertido con el fragor bélico el adversario político en enemigo delimitado (y, al poco, deshumanizado), se podía, y se debía, proceder a su eliminación masiva, a su exterminio profiláctico. A la violencia contra el enemigo de clase o contra el rojillo. Con esa exacerbación de las fracturas sociales se creó el espacio propicio para el definitivo asentamiento y afianzamiento de mitos y representaciones del enemigo preexistentes, multiplicadas exponencialmente en las cajas de resonancia del golpe y de la revolución¹⁴. Y así, en un bre-

¹³ El artículo, de compleja gramática y delirante estructura (a destacar su identificación entre «cultura» e «izquierdismo» como obstáculo para conocer la «verdad del pasado»), es el de LLERA, L. de: «La cultura española y la Guerra Civil», en BULLÓN DE MENDOZA, A., y TORRES, L. E. (coords.): *Revisión de la Guerra Civil española*, Madrid, Actas, 2002. Sobre la supuesta inevitabilidad de la guerra, MORADIELLOS, E.: *1936. Los mitos de la Guerra Civil*, Barcelona, Península, 2004, pp. 68-86.

¹⁴ LEDESMA, J. L.: «Las fuentes locales de la violencia: conflictividad rural, fractura social y contrapoderes en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra

vísimo margen de tiempo se impusieron en las neonatas retaguardias las retóricas y los discursos de alienación del enemigo, la homogeneización de la sociedad y, con ella, las responsabilidades colectivas. Parece claro, pues, que la construcción y éxito de estereotipos (como el fascista y el de la anti-España), que no fueron otra cosa que la idealización del enemigo y de su discriminación de cara a su expulsión de la *civitas*, no tendrían sentido sin unos elementos culturales previos. Pero tampoco habrían tenido concreción práctica ni, por tanto, la trascendencia histórica que cabe atribuirles desde la actualidad, sin la invasión de violencia que desbordó los espacios públicos y que fue la primera en desencadenarse. Y, en cualquier caso, acabar con esos enemigos e implicarse en esas violencias acabaría convirtiéndose en condición *sine qua non* para pertenecer al *nosotros*, llevando paulatinamente al extremo la sentencia de A. J. Kaminsky, según la cual toda dictadura (o, en este caso, proyectos de dictadura) no es sino una pirámide de dictadores¹⁵.

Como en la mítica caja, detrás de la violencia habrían escapado el resto de males, para explicarla, justificarla y legitimarla. La implantación de unos discursos excluyentes y unívocos que acabarían cristalizando en identidades colectivas estandarizadas y retroalimentadas no fue, sin embargo y a juzgar por los análisis de Santos Juliá, una tarea sencilla¹⁶. En unos primeros compases del conflicto en los que la pluralidad de voces que definían lo propio y lo ajeno —al nosotros y (pero sobre todo, en función) al ellos—¹⁷ se agolpaba y buscaba su

civil», en FRÍAS, C., y RUIZ CARNICER, M. A. (coords.): *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2001, pp. 261-271. Sobre las imágenes del enemigo y sus empleos, véanse NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: «Nations in arms against the invader: on nationalist discourses during the Spanish civil war», en EALHAM, C., y RICHARDS, M. (eds.): *The splintering of Spain. Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*, Cambridge University Press, 2005, pp. 45-67; íd.: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica en la Guerra Civil española, 1936-1939*, Madrid, Marcial Pons, 2006. Sobre la construcción de la imagen del enemigo en la retaguardia sublevada, véase SEVILLANO, F.: *Rojos. La representación del enemigo en la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2007.

¹⁵ KAMINSKY, A. J.: *Konzentrationslager 1896 bis heute. Eine analyse*, Stuttgart, Kohlhammer, 1982.

¹⁶ JULIÁ, S.: «Los nombres de la guerra», *Claves de razón práctica*, 164 (2006), pp. 22-31.

¹⁷ No puedo dejar de citar como referencia el estupendo trabajo de MORO, S.: *Ellos y nosotros*, Madrid, Blume, 2006, un estupendo ensayo visual sobre la Guerra Civil, posiblemente el más rico y complejo de los que puedan encontrarse en la actua-

espacio de poder, la polisemia solamente era superable mediante el recurso a los estándares menos definidos y de contornos más romos, menos precisos: a nociones de culturas políticas con bastante de indefinición interna y, por tanto, mucho de definición de sus límites y, por contraste, de lo situado fuera de ellos. Podría decirse, así, que esas identificaciones se definieron por contraste, en negativo. Tuvieron, en ese marco y ese tiempo esencialmente *nuevos*, especial éxito las del enemigo encarnado bajo las formas ideales del comunismo entre los sublevados, y del fascismo entre los revolucionarios. Y de esa manera, se situaron los estándares para la identificación propia, esquema general para desarrollar en él culturas de guerra tendentes hacia la equiparación entre el ideal identitario y la práctica política cotidiana. En la retaguardia republicana, la imagen estereotipada del fascismo dio forma al antifascismo pero, también, fue un recorrido hecho en la dirección contraria: también el antifascismo dio forma retórica e imaginaria al fascismo, legando así unos modelos interpretativos definidos que aún hoy acompañan al análisis general de la Guerra Civil¹⁸. Tras la otra trinchera, el estereotipo de los comunistas tuvo especial éxito, evocador de los miedos que despertaba lo que Hobsbawm llamó *fantasma* de 1917. Al poco tiempo llegaría la supremacía de la gran idea-fuerza, el mito (o, según como se interprete, el mitologema) negativo de la anti-España, ofrecido en bandeja por una Iglesia creadora de discurso y definición ante la imposibilidad de encontrar otras amalgamas de consenso. Aunque, para entonces, el punto de no retorno hubiese sido ya largamente atravesado.

El desarrollo de unas culturas propias y específicas en retaguardia, inventoras (o re-inventoras) de legitimidad, construidas sobre ele-

lidad y que, desde luego, trasciende largamente el formalismo habitual en los libros de fotografías, históricas o no, sobre el conflicto.

¹⁸ Sobre fascismo y antifascismo trata la imprescindible obra de GALLEGO, F.: *Barcelona, mayo de 1937*, Barcelona, Debate, 2007, a la que el autor añadiría en su edición de bolsillo un título tremendamente clarificador: *La crisis del antifascismo*. Algo sobre ese asunto lo apunté en el ensayo bibliográfico que le dediqué a las publicaciones recientes sobre la guerra, RODRIGO, J.: «Tirarse los muertos y los libros a la cabeza. Modos de ver la Guerra Civil española», *Alcores*, 2 (2006), pp. 247-273, aunque para adentrarse en estereotipos y cosmovisiones sobre la guerra, ningún artículo como los de CASANOVA, J.: «Guerra Civil, ¿lucha de clases? El difícil ejercicio de reconstruir el pasado», *Historia Social*, 20 (1993), pp. 135-150, y UCELAY DA CAL, E.: «Ideas preconcebidas y estereotipos en las interpretaciones de la Guerra Civil española: el dorso de la solidaridad», *Historia Social*, 6 (1990), pp. 23-46.

mentos precedentes pero redimensionadas por la aceleración histórica que supusieron, primero, el golpe de Estado y la subsiguiente apertura de la espita revolucionaria y, luego, la Guerra Civil *stricto sensu*, no parece haber sido hasta la actualidad un tema que haya despertado demasiado interés en la bibliografía sobre el conflicto¹⁹. De ahí que el debate en torno a la existencia, o no, de unas culturas de guerra haya tenido un calado mínimo en lo referido a la guerra española, interpretada muchas veces desde el paradigma de la excepción, la unicidad y la inoperatividad (implícita, pues rara vez se hace explícita) de los modelos y categorías interpretativas externas. Así, quedan por explorar esas culturas, que estarían tejidas con mimbres emocionales preñados de sacralidad, reconocibles en ambas retaguardias (y, también, en las de otras guerras nacionales e internacionales) y que abarcarían la demonización del enemigo —al que se reservará un espacio preferencial, por cuanto no solamente es ajeno sino, también, vecino, cercano—, la construcción de un relato legitimador y movilizador coherente e inteligible o, por fin y en consecuencia directa de esto último, la gestión de la perduración del mismo, en forma de memoria del conflicto y de la violencia.

A fin de cuentas, de existir las culturas de guerra, término del que se va a hablar largamente en este dossier, estarían nutridas preferente y fundamentalmente de diabolización del enemigo, construcción retórica de un relato autojustificativo en el pasado remoto y cercano, culto a los caídos y exaltación de la figura del líder carismático: nutridas, por tanto, de relatos de violencia. Pero no sólo: las culturas de guerra, además de una vehiculación, digamos, vertical, en forma de propaganda y de movilización de recursos, además de un *diktat* impuesto por el poder en la retaguardia en aras de la movilización de recursos para la guerra, y además de una práctica para legitimar la eliminación del contrario, nutrirían y partirían desde elementos de identificación que servirían para construir *en positivo* lealtades e ideales colectivos que acarrearían para la población una intensísima y, al

¹⁹ Dos excepcionales trabajos desbrozaron el camino en lo relativo a culturas, identidades y guerra: UCELAY DA CAL, E.: *La Catalunya populista: imatge, cultura i política en l'etapa republicana (1931-1939)*, Barcelona, Edicions de La Magrana, 1982, y UGARTE, J.: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998. Véanse otras excepciones en EALHAM, C., y RICHARDS, M. (eds.): *The splintering of Spain...*, *op. cit.*

menos al inicio, eufórica experiencia de modernidad, de nacionalización. Supusieron, pues, utopías concretas, unificadoras e igualitarias, pero indisolublemente relacionadas con el contexto bélico (y amplificadas por el mismo) y constituidas en relación con la utilización y justificación de los mecanismos de violencia política. Fue, pues, la guerra la que dotó de contenido al fascismo y al antifascismo en España, y no al revés. Y a partir de esa premisa es como, a mi juicio, podremos hoy hablar de un proceso de sacralización de la política²⁰.

En cualquier caso, y de cara a explorar la operatividad de las nociones generales sobre las que se basan los debates que se reproducen en este dossier, es necesario considerar que para hablar de una cultura de guerra en España como categoría operativa, ésta debe englobar no solamente las prácticas de identificación grupal frente al enemigo en tiempo de guerra, sino también cualquier tipo de prácti-

²⁰ La idea del *diktat* proviene de LEDESMA, J. L.: «El lastre de un pasado incauto: uso político, memoria e historiografía de la represión republicana», en FORCADELL, C., et al. (eds.): *Usos de la historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, pp. 33-53. Sobre el fascismo como «dictadura de favores mutuos» y la violencia como amalgama de identificación y aprovechamiento, véase ALY, G.: *La utopía nazi. Cómo Hitler compró a los alemanes*, Barcelona, Crítica, 2006, cuyo subtítulo en castellano dice exactamente lo contrario de lo que pretende explicar el autor, y de donde proviene la idea de la utopía concreta y unificadora. También en esa línea, GALLEGO, F.: *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*, Barcelona, Plaza & Janés, 2001, y, más lateralmente, en GELLATELY, R.: *No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Barcelona, Crítica, 2002. Para el planteamiento de la cultura de guerra como religión política es necesaria la obra completa y original, que pierde bastante en las traducciones, de Emilio Gentile, y en particular GENTILE, E.: *Le religioni della politica. Fra democrazie e totalitarismi*, Roma-Bari, Laterza, 2001. También es necesario dejar de considerar el concepto como una mera sustitución de la religión por la política, o como la invasión de la segunda en el espacio de la primera, y entenderlo ante todo como la elevación a carácter sagrado, objeto de culto y devoción y centro de rituales y creencias, de la política, la nación, el Estado o la ideología en la era de las políticas de masas. Sin embargo, en su formulación tiene un encaje complejo, como el propio autor reconoce, el contexto bélico y, en particular, el de una guerra civil. Y eso debe mover a una reformulación contextualizada para la España en guerra, y no a una mera transposición no de los debates, sino de sus conclusiones. Dos aproximaciones hacia la validez de esa categoría para la España de Franco (hasta donde sé, no se ha empleado para la España republicana, aunque en sí misma la sacralización de la política no es exclusiva del fascismo), en SAZ, I.: «Religión política y religión católica en el fascismo español», en BOYD, C. P. (ed.): *Religión y política en la España contemporánea*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 33-55, o en COBO, F.: «El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo de entreguerras», *Ayer*, 71 (2008), pp. 117-151.

ca cultural que, en tiempo de guerra o de paz, identifique, aliene o, en definitiva, construya la imagen personal y grupal *propia* frente al *otro*. El concepto debe su significación, relevancia histórica y calado semántico a su aplicabilidad para tiempos de *paz*: relacionada con el tiempo de *guerra* —como preparación o como continuación— pero enclavada en marcos no bélicos. También son «cultura de guerra», por tanto, las prácticas encaminadas hacia la percepción de la vida y de la identidad como de *combate permanente* frente al no-yo, el no-nosotros en función al cual definirse, estereotipado y estandarizado²¹. Lo cual une bajo la misma categoría los tiempos de guerra y posguerra, y revela que la cultura de guerra exitosa fue, fundamentalmente, la franquista. Lo que se perseguía, en todo caso, era la legitimación en todo orden del saqueo, la rapiña de los vencidos y, con ella —o mejor dicho: derivada de la misma—, de la construcción de una comunidad nacional fuerte, la de la Victoria, amalgamada en el beneficio y la demonización, exclusión, aprovechamiento y explotación del *otro*: del enemigo al que se le reservaba un lugar de imprecisa ubicación intelectual —no deja de sorprender la perversa vaguedad descriptiva—, pero preferencial en el espacio social y del poder. El *nosotros* se definía desde y en función al *ellos* y a la distancia que mediaba entre unos y otros. *Ellos*, pues, tenían reservado un espacio tan importante como *nosotros*.

Destaca así, a la hora de entender la capacidad movilizadora en las retaguardias, la dimensión que los símbolos, las imágenes y las retóricas identitarias tuvieron a lo largo de la contienda a la hora de constituir la pertenencia a la comunidad. Y en particular, cómo lo sagrado y lo laico (aunque predominando lo primero), lo tradicional y lo nuevo, los símbolos políticos y del poder, así como el relato estereotipado sobre el pasado remoto y cercano, fueron investidos de nuevos significados²². La identificación simbólica, además, sirvió como polo atrayente para la aceptación e interiorización de los proyectos políticos excluyentes definidos por retroalimentación, el antifascismo y el fascismo, y para contribuir al odio o, al menos, a la falta de empatía hacia las víctimas de una violencia desbordada en todo el escenario de la

²¹ Algo más restrictivo en la utilización del concepto se muestra GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español», *Historia Social*, 61 (2008), pp. 69-87.

²² Se sigue, por tanto, la estela dejada por CRUZ, R.: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006.

retaguardia, y cuya aceptación formaría parte sustancial de los proyectos de sociedad antagónicos que se enfrentaron en los frentes del 36-39. En una retaguardia llena de símbolos y carteles, atestados los tranvías y las paredes de carteles multicolores o grafitos monocromos y de frases conminativas en agresivas mayúsculas —acompañadas por unos no menos impactantes signos de exclamación—, ocupadas las calles por pañuelos, correajes, uniformes, armas y olor a pólvora, las escuelas por ejercicios de autoafirmación, las iglesias por militares o por milicias (en ambas retaguardias se ocuparon las iglesias, en una con la connivencia de sus titulares y en la otra no); en medio de un tiempo ocupado por la movilización, por los ritos funerarios y de exaltación de los *nuestros* o por la invasión, generalmente súbita, violenta e inesperada, del espacio público por la presencia —real o no— del enemigo (el enemigo al que se combate y frente al cual nos definimos; el enemigo que *nos* bombardea; el enemigo que ocupa el pueblo, que entra por la calle mayor): en esos espacios y ese tiempo, lo simbólico tuvo una importancia inusitada, *vital*, en el sentido más completo de la palabra. Levantar el puño con fuerza, o alzar el brazo en saludo fascista con energía (en definitiva: con violencia), establecía los límites de las relaciones interpersonales, del Poder con los individuos, y viceversa. Al igual que en la Rusia de 1917 y la Alemania de 1933, el arco que ocupaban los brazos al levantarse medía a su vez las pretensiones de poder sobre el espacio público²³.

Y en eso, en la ocupación de la calle, en el deseo de absorción, de apropiación total de la muerte y de la vida tras las trincheras, también la guerra española supuso un jalón de las dinámicas europeas, por supuesto con sus propias características. España no aprendió sólo y

²³ FRITZSCHE, P.: *Vida y muerte en el Tercer Reich*, Barcelona, Crítica, 2009, p. 29. Sobre las políticas de inclusión, STEPHENSON, J.: «Inclusion: building the national community in propaganda and practice», en CAPLAN, J.: *Nazi Germany*, Oxford, Oxford University Press, 2008, pp. 99-121. Fuentes para referirse a estas dinámicas en la España en guerra no abundan fuera de la literatura y la hemeroteca, pues además requieren de un componente espacial y figurativo al que no está demasiado acostumbrado la historiografía sobre la Guerra Civil. Es legítimo, por tanto, acercarse desde diferentes vías. La historiográfica la ha explorado Núñez SEIXAS en el libro ya citado *¡Fuera el invasor!* Una particularmente vívida, aunque escasamente utilizada, es la de la representación gráfica y, en particular, la del cómic. En los últimos años han aparecido interesantes aportaciones como las de Carlos GIMÉNEZ con *Malos tiempos* pero, por encima de todos, destaca con fuerza el brillantísimo trabajo de ALTARRIBA, A., y AUBERT I PUIG-ARNAU, J.: *El arte de volar*, Alicante, Edicions de Ponent, 2009.

exclusivamente de su propia experiencia en las guerras coloniales africanas de principios de siglo, pues a ésta hay que incorporar también, como espacio y posibilidades de aprendizaje, la experiencia de sus vecinos y la de las herencias de la Primera Guerra Mundial, por más que no participase directamente en la misma. Fascismo, antifascismo, movilización para la guerra total, cultura de guerra, terror, guerra de exterminio, campo de concentración son categorías históricas que también debemos utilizar y con las que también debemos interpretar la Guerra Civil española, y que provienen (o durante la misma fueron radicalmente redimensionadas) más de la experiencia europea de la guerra, la violencia, el internamiento y la aniquilación del enemigo que, pongamos, de la experiencia colonial española en África²⁴. La importación de categorías a la Península, portada en las experiencias de los oficiales o en los macutos de los Regulares, fue sin duda determinante para la *brutalización* de las formas políticas y bélicas: no son, de hecho, análisis incompatibles, pues ambas perspectivas deben ser incorporadas en igual medida a la exégesis del periodo, en cuanto diferentes constructoras de unas prácticas políticas, sociales y culturales atravesadas de aceptación de la violencia y «desempatía» hacia el enemigo. Y tal vez éste sea uno de los retos más importantes para la historiografía presente y futura sobre la polisémica y poliédrica guerra del 36: mostrar su total y brutal complejidad, y hacerlo no desde estándares narrativos y explicaciones simplistas, sino desde la cercanía y el conocimiento de unos debates históricos y

²⁴ GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La cultura de guerra...», *op. cit.*, que hace referencia sobre todo a los trabajos que más han defendido la idea de la proveniencia africana de la brutalización bélica: BALFOUR, S.: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península, 2002, y NERÍN, G.: *La guerra que vino de África. España colonizada*, Barcelona, Crítica, 2005. Sobre la brutalización de la guerra véase BARTOV, O.: *The Eastern Front, 1941-1945, German troops and the Barbarisation of Warfare*, Nueva York, Palgrave, 2001 [1985]. Para ampliar los límites de este debate, MOSSE, G. L.: *Toward the final solution. A history of European racism*, Londres, J. M. Dent & Sons Ltd., 1978, e *id.*: *Le guerre mondiali. Dalla tragedia al mito dei caduti*, Roma-Bari, Laterza, 1990. Sobre las prácticas de exterminio corriente véase BROWNING, Ch. R.: *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Europa*, Edhasa, Barcelona, 2002 (1992). Un intento de uso de categorías externas para la guerra española puede encontrarse en BAUMEISTER, M. (ed.): «If you tolerate this...». *The Spanish Civil War in the Age of Total War*, Frankfurt-Nueva York, Campus, 2008. Una investigación regional ejemplar en este sentido es la del autor en este dossier, GIL ANDRÉS, C.: *Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*, Barcelona, Crítica, 2006.

epistémicos sobre la guerra y las violencias colectivas del siglo XX frente a los cuales no puede seguir mostrándose impermeable. En ese sentido, también la retaguardia podrá ser el espacio de otra transformación: la de la historiografía sobre la Guerra Civil²⁵.

La transformación más exitosa, deseada y radical fue, así, la muerte del enemigo. Pero hubo más, inherentes a ese espacio común que supuso la retaguardia. La de los prisioneros de guerra en prisioneros políticos a través de las políticas de clasificación, internamiento, depuración y trabajos forzosos realizadas en las cárceles y, sobre todo, los campos de concentración y los sistemas de trabajos forzosos sería una de las que a más personas afectó durante el periodo bélico (y posbélico, cuando la retaguardia era *todo* el territorio nacional). Otra no menos importante, y también llevada a cabo con la violencia como canal preferente, fue la efectuada *dentro* de la retaguardia, un espacio permeable, mutable e inestable, y radicalmente transformado. Primero, por sus propios habitantes y gestores, que la convirtieron no solamente en el granero y la banca del frente, sino en un ámbito bélico propio y definido, una línea de frente o un espacio de batalla en sí mismo. Y después, en el caso de la retaguardia republicana —y los pocos territorios conquistados a la España franquista—, por sus ocupantes. En una guerra de invasión territorial, como fue parcialmente la Primera Guerra Mundial y como fue la española de 1936-1939, una retaguardia se convierte rápidamente en territorio ocupado y, asimismo, en otra retaguardia radicalmente diferente, pues radicalmente opuestos son los poderes que se enfrentan en las trincheras a las que aportan sustento, combatientes o víveres. El ejemplo del fascismo español y de sus campos de concentración es, en ese sentido, paradigmático.

²⁵ Un tema que suele ser retratado de manera descriptiva y acumulativa pero que sitúa sobre la mesa debates de índole mucho mayor que la simple relación temática y espacial y que, por tanto, sigue faltando aún de un puñado de reflexiones sobre los modos de ver la guerra desde la narración histórica, las herramientas de análisis de las que nos valemos, la jerarquía de los temas que proponemos-recreamos-reconstruimos, las cosmovisiones sobre el pasado bélico que transmitimos y su incidencia en el presente. Hay artículos como los de Santos Juliá, Manuel Pérez Ledesma, Julián Casanova, Hugo García o Juan Andrés Blanco que analizan cronológicamente el aluvión de libros sobre el conflicto, amén de algunos trabajos sectoriales (violencias, revisionismos) como los firmados por José Luis Ledesma o por mí. Pero estamos, a mi juicio, faltos de varios libros que inserten la historiografía de la guerra en el complejo entramado de la historiografía y el pensamiento histórico contemporáneos. Una visión personal de este asunto es la que propusieron IZQUIERDO, J., y SÁNCHEZ LEÓN, P.: *La guerra que nos han contado. 1936 y nosotros*, Madrid, Alianza, 2006.

mático, pues sumó al internamiento de prisioneros su utilización como cantera para el trabajo forzoso que, en España, fue un mecanismo de ocupación territorial que unió directamente las primeras líneas de fuego con la sociedad tras las trincheras. Fue, por tanto, el hijo directo de un proceso de guerra civil, pero no sólo: también de un proyecto de sociedad. Y, tanto por su naturaleza mixta (al ocupar a civiles y a prisioneros de guerra) como por su implicación directa con las necesidades bélicas, fue un vehículo de unión entre los dos grandes universos característicos de cualquier guerra pero, sobre todo, de las guerras totales de la Europa del siglo XX.

El territorio recién conquistado fue, como en todas las guerras totales, inmediatamente convertido en tierra de castigo para sus habitantes y sus recursos económicos, destinados éstos a favorecer a los conquistadores aun a costa del hambre y la carestía de la población, y depurados política, social e ideológicamente aquéllos²⁶. A ello no poco contribuyó el que la guerra fuese relativamente *limpia* en lo que atañe a la guerra irregular, de guerrillas moviéndose tras los frentes en acciones de sabotaje y control territorial —lo cual no quiere decir que no existiesen ni que no preocupasen a las autoridades—, adquiriendo una relevancia solamente parcial en momentos puntuales de una sola retaguardia, la franquista²⁷. La del 36 fue una guerra vivida en unas retaguardias complejas social y políticamente —sobre todo la republicana, atravesada de conflictos armados internos como los de las disoluciones de las colectividades, la lucha interna del antifascismo en Barcelona o el golpe de Casado, pero también en menor medida la franquista, donde destaca como espacio de conflicto la Salamanca del 37— pero en las que debemos también considerar que parte de los sujetos receptores de las políticas de identificación y movilización activa, la *zona gris* de la que habla Carlos Gil en su artículo, pudieron vivir, sobre todo en la retaguardia franquista, con una relativa normalidad que dejaría tiempo y espacios para la realización efectiva de las prácticas de identificación y construcción de las culturas de guerra de las que aquí se hablan.

La del 36 fue una guerra, en suma, contra la población civil, transformadora en sus prácticas de ocupación territorial, atravesada de

²⁶ KRAMER, A.: *Dynamic of destruction...*, *op. cit.*, p. 41.

²⁷ SERRANO, S.: *Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista*, Madrid, Temas de Hoy, 2001, pp. 23-67.

culturas de la violencia. Y una guerra, por fin, *total*. Observadas desde la óptica de lo que se puede identificar como retóricas y prácticas exterminadoras, comprobaremos cómo esas lógicas de la violencia, de la muerte y de la limpieza política abarcarían por igual a soldados y no combatientes, a las ciudades, las casas, las iglesias y los campos, totalizando el conflicto, pues a conflictos *totales* responderían dichas violencias²⁸. Una guerra total en movilización de recursos, total en explotación de los recursos humanos y económicos, propios o incautados, de cara a la victoria bélica, y total sobre todo en cuanto a la irrenunciabilidad de los objetivos de los estados en combate. Más allá de que la Guerra Civil alcanzase «a todos los lugares» y afectase «a las vidas de todas las personas», más allá de su dimensión militar, y más allá de hallarse o no entre las así denominadas por sus contemporáneos, la conflagración española fue total, pues las premisas de los combatientes así lo fueron²⁹. La capitulación incondicional, la consideración del civil como objetivo preferencial, movilización, control y coerción totales, la disolución de las fronteras entre los espacios y las nociones de público y privado y, sobre todo, la utilización de métodos totales de guerra a despecho de los más elementales principios morales (asesinato de civiles, internamiento preventivo y despiadado de soldados, depuraciones violentas de la población) fueron los jalones de una guerra total en los frentes y en las retaguardias, en la que la identificación propia y del enemigo se hizo también a través de elementos totales: todo o nada, el bien contra el mal.

En conclusión: la interacción entre violencia, movilización y cultura de guerra —entendida ésta como las prácticas culturales de identificación grupal frente al enemigo (un *ellos* estereotipado, proyección en negativo y responsable de los males, imaginarios, reales o potenciales, del *nosotros*) en tiempo de guerra o de paz— daría forma al concepto, noción y categoría histórica de retaguardia. Sin esos elementos, sin una construcción previa del enemigo maximizada por las necesidades bélicas, y sin el gradual y acumulativo odio hacia el *otro* elevado a norma de convivencia, no habrían podido atravesarse en

²⁸ Sobre las retóricas exterminadoras es necesario acercarse a los análisis de Santos Juliá, que abarcan varios trabajos, artículos y capítulos de libro, entre los que destacan JULIÁ, S.: «De guerra contra el invasor a guerra fratricida», en *id.* (coord.): *Víctimas de la Guerra Civil...*, *op. cit.*, pp. 11-54, e *id.*: «Los nombres...», *op. cit.*

²⁹ Las citas en CHICKERING, R.: «La Guerra Civil española en la era de la Guerra Total», *Alcores*, 4 (2007), pp. 21-36.

España todos los umbrales de aceptación cotidiana de la violencia, rotas sus ataduras con el golpe de Estado del 36. Tras el mismo, la transformación de las categorías políticas, sociales, culturales, se hizo palmaria durante una guerra total como la civil española, cuyas retaguardias se convirtieron en auténticos laboratorios de violencia, movilización e identificación. La construcción, de hecho, de identidades excluyentes coadyuvaría a explicar los procesos de violencia de masas encaminados a depurar, a limpiar, a derribar, pero también a reeducar, a recristianizar, a reconducir. Identidades totalizantes para una guerra total: España contra el invasor, España contra la anti-España, su negación misma.

Una de ellas acabaría transformando radical y definitivamente la otra con la victoria bélica y con la venganza política sin prácticamente paliativos. Si, en tiempo de guerra, España se convirtió en un enorme laboratorio de pruebas de la violencia contra los civiles, la transformación humana y del territorio, en tiempo de paz, sin combates ya por los monopolios de la violencia o por la apropiación de los discursos, sometidos los vencidos al yugo de la *verdadera* España (y perseguidos por sus flechas), el territorio ocupado fue, de nuevo, espacio de transformación. Por eso, en buena medida, tras el final retórico de la guerra con el fin de los combates, en abril de 1939, las muertes continuaron, las condenas políticas se mantuvieron y se alargó el estado de guerra hasta 1948: porque tras el paso de los ejércitos, toda España se convirtió, más que en una cárcel, en una inmensa retaguardia.

* * *

Sobre estas líneas recién apuntadas van a transcurrir los artículos que conforman este dossier. No se trata aquí, sin embargo, tan sólo de lanzar una mirada novedosa sobre el conflicto, sus representaciones y sus memorias, ligada a los avances historiográficos realizados en los últimos años sobre las violencias en retaguardia, la movilización o las simbologías, protagonistas de los cuales han sido, en buena medida, los integrantes de este dossier. Es, además y sobre todo, una exploración de la Guerra Civil como auténtico laboratorio histórico privilegiado de violencia, de movilización y construcción identitaria, de cultura de guerra. Las violencias tras las trincheras, de naturalezas en sí mismas poliédricas, no pueden comprenderse sin explorar las profundas conexiones que se establecen entre ellas y con otros aspectos

inherentes a la guerra (y a la vida, y a la muerte) tras los frentes. Elementos que afectaron —y hasta transmutaron— las vidas de miles de personas, a veces más incluso que la propia violencia. Pues, en definitiva, aunque se trate de explorar un territorio de muerte y castigo, ni la violencia lo es todo (aunque fuese de violencia —lógico— de lo primero que se alimentaron las retóricas autojustificativas y encaminadas a legitimar la eliminación del contrario), ni se trata aquí de reproducir dinámicas y percepciones memorísticas según las cuales en ella, o mejor, en sus víctimas, se condensa toda la guerra³⁰.

A través, por tanto, de un análisis complejo y comparado que no renuncie a *impurezas* interpretativas, es como situaremos el eje central de los actuales relatos históricos sobre la guerra, basados en la violencia desencadenada contra la población civil, en su contexto histórico y epistemológico. Para ello, los autores de este dossier plantean un debate poliédrico sobre movilización, cultura e identidad, con el prisma situado sobre las complejas interrelaciones de los diferentes fenómenos que dan sentido y naturaleza histórica a la vida tras las trincheras durante la Guerra Civil. Y eso, en buena medida, entronca en algunos casos lateralmente y en otros directamente con las propuestas para otros conflictos y procesos bélicos que configuran, *grosso modo*, el entramado histórico, interpretativo e historiográfico en el que se enclava este dossier. Eduardo González Calleja analiza las continuidades y discontinuidades en los repertorios de violencia entre los meses del Frente Popular y los primeros del conflicto bélico, desde una triple perspectiva: las continuidades culturales en la cultura de guerra, la actuación de escuadras paramilitares, y el control del orden público. Después, Rafael Cruz y José Luis Ledesma exploran los perfiles y contornos de las prácticas violentas en ambas retaguardias, el primero en particular los de las campañas de limpieza política realizadas al socaire del tiempo detenido y caluroso del verano del 36, y sus interconexiones con las necesidades de movilización y legitimación del poder tras los frentes. Algo en lo que abunda Ledesma que, además de una exhaustiva revisión conceptual de los ejes sobre los que bascula este dossier y una mirada sobre el poder y la represión que, lejos de excluirse, fueron realidades necesariamente unidas en la reta-

³⁰ LEDESMA, J. L., y RODRIGO, J.: «Caídos por España, mártires de la libertad. Víctimas y conmemoración de la Guerra Civil en la España posbélica, 1939-2005», *Ayer*, 63 (2006), pp. 233-255.

guardia revolucionaria bajo el calor de los fuegos del 36, propone una interpretación de los mecanismos políticos en retaguardia mucho menos exclusiva de a la que estamos acostumbrados por una historiografía que, generalmente de modo formalista, concede solamente al Estado el control, entendido como limitador, de la violencia.

Por su parte, y abundando en esta perspectiva conscientemente situada a mitad de camino entre lo político, lo cultural y lo social, Carlos Gil plantea un estudio sobre las dimensiones prácticas de lo que significaba *vivir* en retaguardia, un espacio de identidad y violencia, construyendo con ello un espacio interpretativo en torno a la muerte y sus protagonistas, y adelantando la validez de categorías derivadas de otros procesos de violencia colectiva como el exterminio durante la Segunda Guerra Mundial para el análisis de la guerra española. Gil plantea, fundamentalmente, la noción de *zona gris* planteada por Primo Levi en *I sommersi e i salvati* para cuestionar los relatos dicotómicos al uso y para escudriñar las relaciones sociales e identitarias que desde las violencias se construyeron en el tiempo del terror y la exclusión. Algo en lo que profundiza Hugo García, al analizar los orígenes, las formas literarias y la utilización de las narrativas de violencia (en el caso que él analiza, la del *terror rojo*) desde la perspectiva de cómo se llenaron de contenido, de identidad, esas zonas grises de la sociedad sobre las que se proyectaban de manera radical los estereotipos del enemigo. De hecho, este artículo supone una indagación en los mecanismos de identificación y movilización del fascismo, y además en los territorios de construcción de una determinada memoria de la guerra que sigue viva y vigente en la actualidad. Está por hacer aún un análisis sobre los testigos, las memorias, las narraciones de la violencia franquista y sus estereotipos, y por ver si, salvando las lógicas distancias el correlato al antaño *terror rojo*, no sería hoy el relato del *genocidio franquista*.

Por fin, el último artículo sobre las continuidades y discontinuidades en las prácticas de violencia estatal, asesinato de masas y genocidio en la Europa de entreguerras, del profesor del Trinity College de Dublín Alan Kramer, sirve como contrapunto externo para comprender que, si queremos entender la Guerra Civil, es también necesario salir fuera de sus trincheras: estudiar otras guerras civiles pero, también, los conflictos mundiales cuyos límites cronológicos marcan los de la guerra civil europea y entre los cuales se sitúa la guerra del 36. Constatar sus herencias y legados, entender otros fenómenos de vio-

lencia y sus categorías de análisis y compararlos con los de la guerra española nos acercará al entendimiento de un conflicto huérfano de un testimonio de la talla de Vasili Grossman o de la infinita hondura y altura de Primo Levi, pero sobre el que reflexionaron nombres como Georges Orwell y Max Aub, entonces, o Marcos Ana, ahora. Si queremos comprender la hora más sangrienta del reloj español, habremos de comprender también las lecciones sobre la condición humana que se extraen de la Guerra de España. Esa de la que, mientras se termina esta introducción, se cumple el septuagésimo aniversario de su final. O mejor, del que Juan José Carreras denominó su final *retórico*.

Zaragoza, 1 de junio de 2009. 70 aniversario del regreso a Hamburgo de la Legión Cóndor que, según se leía ese día en *La Vanguardia*, había combatido en España a las «heces patibularias del mundo».

Experiencia en combate. Continuidad y cambios en la violencia represiva (1931-1939)

Eduardo González Calleja

Universidad Carlos III de Madrid

Resumen: En este trabajo se trata de demostrar la hipótesis de que las instituciones, las formas organizativas, las estrategias y los comportamientos de violencia represiva desplegados durante la Segunda República formaron parte de un repertorio de acción colectiva marcado por la interacción de las experiencias de combate acumuladas por los grupos contestatarios y por los agentes de la autoridad. Este repertorio evolucionó y trató de adaptarse a la lógica de la guerra, transformándose en algunos aspectos y convirtiéndose en residual en otros a medida que las necesidades de la guerra dejaban obsoletas algunas manifestaciones violentas que se habían practicado hasta el 18 de julio. Aunque los dos bandos en lucha mantuvieron concepciones y estrategias violentas muy diferentes, el artículo analiza la evolución de tres elementos clave que ya estaban suficientemente caracterizados en la época anterior: la brutalización progresiva de la cultura de guerra, la incorporación de usos paramilitares en el frente de batalla y la gestión del orden público en la retaguardia.

Palabras clave: España, Guerra Civil, orden público, represión, Segunda República, violencia.

Abstract: This work tries to confirm the hypothesis that institutions, organizational forms, strategies and behaviours of repressive violence developed during the Spanish Second Republic were part of a repertoire of collective action marked for the interaction of combat experiences accumulated by protest groups and by agents of authority. This repertoire evolved and tried to adapt itself to the logic of civil war, transforming in some respects and becoming residual in others as the necessities of war left obsolete some violent demonstrations that had been practiced until July 18th. Although both sides of the civil war deployed very different

conceptions and strategies of violence, this work analyzes the evolution of three key elements that were sufficiently characterized in the previous period: the progressive brutalization of the culture of war, the incorporation of paramilitary uses in the battlefield and the management of the public safety in the rear.

Key words: Civil War, public order, repression, Second Republic, Spain, violence.

«Le daban un culatazo y lo caían al suelo y le daban una descarga y allí quedaba. Luego iban por otro y decían: “¿Tú conoces a ése?”; y al mirar el pobre recibía una descarga y allí quedaba. Y así uno y otro y sacaron a 14 de sus casas que murieron acribillados. Un montón que imponía»¹.

«Pasé por Villafría; eso era el día 15 y encontré un grupo de cinco muertos, ya los pocos pasos otros grupo de diez, y uno de ellos tenía los pies atados con el cinto del pantalón, y a los pocos metros había otro grupo de ocho, y luego uno de solo a cada poco, y dichos hombres habían sido sacados de sus casas a la calle y allí los fusilaron entre los del Tercio y los de Regulares»².

Contra lo que pudiera suponerse, estos dos testimonios de testigos presenciales de sendas masacres perpetradas sobre población indefensa no corresponden al sangriento verano de 1936, sino que dan cuenta de la brutalidad con que las fuerzas coactivas del Estado (policiales unas, militares otras) actuaron en Casas Viejas (Cádiz) el 11 de enero de 1933 y en Villafría (Asturias) el 13 de octubre de 1934, a años de distancia del desencadenamiento de la Guerra Civil. Aunque, en ambos casos, las ejecuciones sumarias se perpetraron como respuesta a presuntos delitos de rebelión militar castigados al amparo del estado de guerra, conmueva pensar que tuvieron lugar en un país todavía mayoritariamente ajeno a las servidumbres políticas, sociales, psicológicas y morales (polarización, militarización, privatización de la violencia, miedo y odio al enemigo íntimo...) que caracterizan a un conflicto fratricida. Sin embargo, estos y otros actos de violencia extrema tuvieron lugar en un contexto de democracia parlamentaria, y com-

¹ Carta de Andrés Muñoz, en CRT DE ANDALUCÍA Y EXTREMADURA: *Han pasado los bárbaros (la verdad sobre Casas Viejas)*, Sevilla, La Confederación, 1933, p. 42.

² Testimonio recogido por SOLANO PALACIO, F.: *La revolución de octubre. Quince días de comunismo libertario en Asturias*, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 1994, p. 181.

pendían un proceso de brutalización de la vida pública aún no bien conocido, delimitado ni explicado, que sentó un funesto precedente de inhumanidad para posteriores actuaciones políticas.

Se ha repetido en infinitas ocasiones que la Guerra Civil fue la gran cesura histórica del siglo XX español, el punto de ruptura con el programa de reformas abordado con diversa fortuna desde inicios de la centuria. Desde la perspectiva de la lucha por el poder, el estallido bélico supuso sin duda un punto y aparte con respecto a las anteriores manifestaciones de disenso político, ya que abrió las compuertas para su resolución a través de unos modos coactivos de máxima intensidad que implicaron un desprecio absoluto por los derechos civiles de la ciudadanía. Todo esto es muy cierto, tal como quedó de manifiesto en la construcción social de una guerra cuya dinámica transitó por derroteros muy diferentes de los de la confrontación política de años precedentes. Pero no hay que perder de vista que, en perspectiva histórica, las rupturas nunca son radicales y que, para el caso que nos ocupa —al menos en los primeros meses de la contienda—, continuaron funcionando las instituciones, las formas organizativas, las estrategias y los comportamientos de violencia coactiva desplegados en años anteriores, que trataron de adaptarse con diversa fortuna a la lógica bélica y que acabaron por consolidarse o por convertirse en residuales a medida que las necesidades de una guerra larga y «total» (con su corolario de intensa movilización de recursos para el fin concreto de la derrota militar del adversario) dejaban obsoletas las manifestaciones secuenciales y sectoriales de la violencia política tal como se había venido entendiendo hasta el 18 de julio.

Como cualquier otra forma de acción colectiva de confrontación, la violencia política se gestiona a través de modalidades alternativas o repertorios disponibles de acción, que se despliegan dentro de los límites marcados por las instituciones existentes, las prácticas y las creencias compartidas. Estos repertorios incorporan un sentido de regularidad, orden y opción deliberada, se van redefiniendo en el transcurso de la acción en respuesta a nuevos intereses y oportunidades, y son interiorizadas por los grupos sociales y políticos tras un largo proceso de aprendizaje³. Por lo general, las experiencias de combate acumuladas por los grupos contestatarios y por los agentes de la autoridad interaccionan, generando un número limitado de for-

³ TILLY, Ch.: *La France conteste de 1600 à nos jours*, París, Fayard, 1986, p. 541.

mas de acción más practicables y frecuentes de lo que pueden serlo otras que, en teoría, sirven para los mismos fines⁴. Estos repertorios evolucionan como resultado de la improvisación y de la lucha, y están siempre sujetos a innovación, al residir en las relaciones sociales y políticas y no en las estrategias aisladas de los actores o en las identidades individuales⁵.

El inicio de la Guerra Civil provocó importantes mutaciones en los repertorios de la violencia coactiva (entendida ésta como la aplicación, o la amenaza de aplicación, de sanciones físicas contra el incumplimiento de ciertas normas impuestas por un actor político que ostenta el poder legal o *de facto*, y que implica la manipulación de los costes recíprocos de la acción colectiva entre los contendientes), pero no hizo tabla rasa de los repertorios preexistentes, sino que obligó a que se adaptaran, mediante una selección de las actuaciones que podían aplicarse con mayor eficacia al nuevo contexto bélico. No se trata aquí de establecer una improbable relación de causa-efecto entre la violencia colectiva desplegada en los procesos de confrontación política planteados en los años 1931-1936 y la Guerra Civil (cuyo estallido tuvo más que ver con los conflictos múltiples planteados durante esa etapa y con el modo de superarlos a través de un levantamiento militar), sino de analizar de qué modo la ruptura neta y brutal con la situación anterior que aparejó el fracaso parcial del golpe y el ulterior desencadenamiento de la guerra obligó a que las modalidades de violencia coactiva hubieran de acomodarse lo mejor posible a la nueva situación. Aunque los dos bandos que acabaron por perfilarse en la contienda mantenían muy distintas concepciones y estrategias de despliegue de esta violencia, nos detendremos en la observación de la evolución de tres elementos clave que ya estaban suficientemente caracterizados en la época precedente: la brutalización progresiva de la cultura de guerra, la incorporación de usos paramilitares en el frente de batalla y la gestión del orden público en la retaguardia.

⁴ TILLY, Ch.: «Violenza e azione collettiva in Europa. Riflessioni storico-comparate», en DELLA PORTA, D., y PASQUINO, G. (eds.): *Terrorismo e violenza politica*, Bologna, Il Mulino, 1983, p. 69.

⁵ MCADAM, D.; TARROW, S., y TILLY, Ch.: *Dinámica de la contienda política*, Barcelona, Hacer, 2001, p. 161.

La brutalización de la cultura de guerra del Ejército

El término «brutalización» designa el contagio en las sociedades de posguerra de las prácticas de violencia máxima desplegadas en el campo de batalla. El concepto, acuñado por George L. Mosse en un ensayo cuyo fin último era determinar el vínculo entre la experiencia bélica y la emergencia del nazismo, hace referencia al proceso por el que una guerra de nuevo tipo —en este caso, el primer conflicto mundial— generó una violencia de intensidad desconocida hasta ese entonces, y cómo esta violencia se trasladó al campo de la política «convencional» durante la posguerra para explicar el enconamiento de la lucha partidista durante el periodo de ascenso de los totalitarismos⁶. Para España, que no se había involucrado en ningún conflicto internacional desde 1898, la única experiencia bélico-cultural reciente en la dirección de la brutalización era, además del último conflicto en Cuba⁷ y del interés que suscitó en algunos sectores políticos la guerra de 1914, la experiencia colonial en Marruecos. En los últimos años, autores como Sebastián Balfour, María Rosa Madariaga o Gustavo Nerín han planteado la interesante hipótesis de que la brutalización de la Guerra Civil se debe en buena medida a que la experiencia de combate más inmediata no procedía del «civilizado» marco europeo occidental (que generó «anticuerpos» como el proverbial pacifismo de una parte de los movimientos excombatientes de posguerra), sino de la Guerra del Rif, una de las últimas campañas coloniales de conquista del siglo XX⁸. En el aspecto concreto de la «invención» de la imagen del enemigo, la caracterización del «moro» implicaba

⁶ MOSSE, G. L.: *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Londres, Oxford University Press, 1990. Un análisis del concepto, en GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español», *Historia Social*, 61 (2008), pp. 69-87.

⁷ Sobre la «brutalización» de la Guerra de Cuba, véanse ELORZA, A., y HERNÁNDEZ SANDOICA, E.: *La Guerra de Cuba (1895-1898). Historia política de una derrota colonial*, Madrid, Alianza, 1998; y TONE, J. L.: *Guerra y genocidio en Cuba, 1895-1898*, Madrid, Turner, 2008.

⁸ Sobre la «brutalización» de la Guerra del Rif, véanse BALFOUR, S.: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península, 2002; MADARIAGA, M. R.: *Los moros que trajo Franco. La intervención de tropas coloniales en la Guerra Civil*, Barcelona, Martínez Roca, 2002; y NERÍN I ABAD, G.: *La guerra que vino de África*, Barcelona, Crítica, 2005.

siempre un alto grado de deshumanización, de eliminación de la empatía y de simplificación de identidades necesariamente complejas⁹. Esta elaboración simbólica resulta más sencilla de realizar en las guerras internacionales o coloniales que en una guerra civil pero, en los conflictos armados que atenazan a comunidades políticas y sociales razonablemente homogéneas, existe una mayor necesidad de separar a los grupos enfrentados a través del fomento del odio y la violencia, que incrementan la vulnerabilidad de ambos bandos con su capacidad para infligir humillaciones imborrables basadas en la deshumanización radical del adversario, sobre el cual se ejercita el poder por excelencia de la vida o de la muerte¹⁰.

Balfour ha destacado la continuidad de los referentes culturales de la oficialidad española entre la Guerra de Marruecos y la Guerra Civil. Fue este colectivo profesional el que trasladó la brutalidad de la experiencia militar colonial al terreno peninsular, desencadenando durante los primeros meses de la contienda civil una guerra de aniquilamiento dirigida a la conquista del territorio y a la aplicación de escarmientos colectivos en el frente y la retaguardia¹¹. El desempeño por parte de destacados militares africanistas de puestos clave de la seguridad pública en la transición de la Monarquía a la República (con los casos bien conocidos de Mola en la Dirección General de Seguridad y de Sanjurjo en la Dirección General de la Guardia Civil, que acabarían ocupando los también africanistas Cabanellas en 1932 o Pozas en 1936) no fue sino la antesala de una presencia destacada de la oficialidad excedentaria de Marruecos en todos los cuerpos unifor-

⁹ MADARIAGA, M. R.: «Imagen del moro en la memoria colectiva del pueblo español y el retorno del moro en la Guerra Civil de 1936», *Revista Internacional de Sociología*, 46 (1998), pp. 575-599; MATEO DIESTE, J. LL.: *El «moro» entre los primitivos. El caso del Protectorado español en Marruecos*, Barcelona, Fundación La Caixa, 1997; y MARTÍN CORRALES, E.: *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica (siglos XVI-XX)*, Barcelona, Bellaterra, 2002.

¹⁰ WALDMANN, P.: «Guerra civil: aproximación a un concepto difícil de formular», en WALDMANN, P., y REINARES, F. (comps.): *Sociedades en guerra civil. Conflictos violentos de Europa y América Latina*, Barcelona, Paidós, 1999, p. 31.

¹¹ Las instrucciones a las primeras columnas que partieron de Sevilla eran de este tenor: «Se extremará la energía en la represión, sobre todo en aquellos individuos que se consideren peligrosos y de acción» (ESPINOSA, F.: *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 5). Otra referencia a estos métodos coloniales de «acercamiento indirecto» y «limpieza sistemática» de las poblaciones aplicados a los primeros pasos de la campaña de aproximación a Madrid, en BALFOUR, S.: *Abrazo...*, *op. cit.*, pp. 531-548.

mados de Policía durante la República, aunque sin causar baja en sus armas y cuerpos de procedencia¹². La migración al escenario peninsular de una cultura bélica caracterizada por la extremada crueldad hacia el enemigo, el empleo abusivo de lo que la sociología policial denomina «cheque gris» (órdenes escritas que, sin dar carta blanca al uso de la fuerza, ofrecían una cobertura explícita a la escalada de medios coactivos y las posibles responsabilidades penales)¹³ y el favorable contexto de oportunidad brindado por la declaración —no tan frecuente como en el pasado— del estado de guerra facilitaron la perpetración por parte de los agentes estatales de excesos violentos de creciente intensidad. Las declaraciones de Sanjurjo al diario pacense *La Libertad*, donde anunció que «en un rincón de la provincia de Badajoz [Castilblanco] hay un foco rifeño»¹⁴, instigaron la matanza de Arnedo y alimentaron en ciertos cuerpos policiales la visión del proletariado español como un enemigo exterior susceptible de ser exterminado. La reiterada alusión de la operación represiva de la Guardia Civil y de Asalto en Casas Viejas (dirigida por el capitán Rojas, a la sazón procedente del Tercio) con el término bélico de *razzia* («incursión rápida o golpe de mano» según el *DRAE*) es un claro ejemplo de esa mentalidad militarista subyacente a una concepción del orden público basada en la imposición de la ley a través del terror¹⁵. Pero no sólo cruzaron el Estrecho las actitudes y los prejuicios militaristas: las tropas coloniales fueron trasladadas repetidas veces a la Península por el gobierno para dirigir las contra los golpistas de Sevilla (un tabor de regulares) en agosto de 1932 o contra los revolucionarios asturianos (dos tabores de regulares y tres banderas

¹² La procedencia mayoritariamente africana (sobre todo del Tercio y Regulares) de la inmensa mayoría de los oficiales de las secciones de Asalto del Cuerpo de Seguridad es confirmada por SALAS LARRAZÁBAL, R.: *Historia del Ejército Popular de la República*, vol. 1, Madrid, La Esfera de los Libros, 2006, p. 132.

¹³ PALACIOS CEREZALES, D.: *Estado, régimen y orden público en el Portugal contemporáneo*, vol. 1, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2008, p. 119.

¹⁴ Cit. por ESPINOSA, F.: *La primavera del Frente Popular. Los campesinos de Badajoz y el origen de la Guerra Civil (febrero-julio 1936)*, Barcelona, Crítica, 2007, p. 33.

¹⁵ SENDER, R. J.: *Casas Viejas*, Zaragoza, PUZ-Instituto de Estudios Altoaragoneses-Gobierno de Aragón, 2004, p. 93. Al narrar este suceso, la CRT DE ANDALUCÍA Y EXTREMADURA: *Han pasado...*, op. cit., pp. 25-30, describe una secuencia típica de guerra de exterminio: sacas y fusilamiento ejemplarizante de los hombres, mientras que las mujeres que tratan de seguirlos y protegerlos son rechazadas; incendio de viviendas, robo y saqueo.

de la Legión) y catalanes (una bandera del Tercio) en octubre de 1934. En la insurrección asturiana confluyeron varias circunstancias que otorgaron a los combates una ferocidad inusitada: un gobierno frágil que otorgó virtual carta blanca a los militares para actuar discrecionalmente al amparo del estado de guerra, unas fuerzas coloniales acostumbradas a las prácticas punitivas de extremo rigor y un bando revolucionario bien organizado desde el punto de vista político y militar, que opuso una feroz resistencia por circunstancias eminentemente locales, como fueron la disponibilidad de armas, la orografía favorable y la alianza del conjunto de las fuerzas obreras. En esos días, la prensa de derechas describió Asturias como un nuevo Rif, y el general Franco (que al igual que otros destacados represores, como el comandante de la Guardia Civil Lisardo Doval, había operado en el mismo escenario en agosto de 1917) llegó a comparar la campaña sobre los mineros con una «guerra fronteriza» contra extranjeros, disociando a los asturianos de la categoría general de los españoles¹⁶. Menos de dos años después, los términos contenidos en la «Instrucción Reservada núm. 1» cursada por Mola el 25 de mayo de 1936 para desencadenar la insurrección («Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado. Desde luego serán encarcelados todos los directivos de los partidos políticos, sociedades o sindicatos no afectos al movimiento, aplicándoles castigos ejemplares a dichos individuos para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas») ¹⁷ pueden interpretarse como una edición corregida y aumenta-

¹⁶ BALFOUR, S.: *Abrazos...*, *op. cit.*, pp. 383 y 464. Las brutalidades de las tropas coloniales en Asturias, en pp. 466-472. Según MOLINS I FÁBREGA, N.: *UHP. La insurrección proletaria de Asturias*, Madrid, Júcar, 1977, p. 205, desde el 13 al 26 de octubre se enterraron en el cementerio de Oviedo 600 cadáveres y, del 5 al 13, el número de cadáveres recogidos en la capital y alrededores fue de 1.276. El 80 por 100 correspondía a revolucionarios. Una reflexión atinada sobre la «guerra asturiana» como cesura evidente de los usos violentos practicados en España desde comienzos de los años veinte, a través de insurrecciones de coste relativamente reducido, y la implantación de nuevos métodos basados en la «limpieza» de los enemigos de clase por ambos bandos, en UCELAY DA CAL, E.: «Buscando el levantamiento plebiscitario: insurreccionalismo y elecciones», *Ayer*, 20 (1995), p. 74.

¹⁷ Cit. por CIERVA, R. de la: *Historia de la Guerra Civil Española, I, Perspectivas y antecedentes, 1898-1936*, Madrid, San Martín, 1969, pp. 769-771. Otras declaraciones realizadas por Mola durante la guerra a la siembra del terror a través del «exterminio de los enemigos de España» en una guerra sin cuartel, en RODRIGO, J.: *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza, 2008, p. 63.

da de las operaciones de «limpieza» o de «policía» que él y sus compañeros de armas habían realizado en el Rif y en la Península en las dos décadas anteriores.

La brutalidad característica de la Guerra Civil parece intuirse en las violencias represivas (redadas, detenciones ilegales, asesinatos en masa, entierros clandestinos...) de los años 1933-1934, del mismo modo que la violencia insurreccional que socialistas y anarquistas practicaron durante esos mismos años (reclutamiento de milicias, ataques a puestos de la Guardia Civil, destitución y detención de autoridades civiles, destrucciones iconoclastas, asesinatos de sacerdotes...) prefiguraron, pero no causaron, los excesos revolucionarios del verano de 1936. Todo ello permite mostrar el tortuoso camino recorrido por el proceso psicológico de brutalización desde el pronunciamiento de Sanjurjo de 1932, bastante inocuo en su convencional ritual decimonónico, hasta la Guerra Civil planteada como una campaña de conquista o de resistencia fundamentada en la crueldad extrema¹⁸. En su factura inmisericorde, el conflicto de 1936-1939 fue una guerra de liquidación y de exterminio similar a la emprendida en Europa del Este en ambos conflictos mundiales. Una guerra que, al menos en sus inicios, no se caracterizó por el derroche de material, sino por la «desmodernización», la devastación y el despoblamiento¹⁹. En el frente Sur, las acciones de vanguardia del Ejército de África marcaron el jalón más alto de la brutalidad (listas negras, violaciones y vejaciones sexuales, mutilaciones, asesinatos y exhibición de las víctimas con carácter ejemplificador), facilitando y legitimando las acciones represivas del segundo escalón (delaciones, detenciones de la Guardia Civil, juicios militares sumarísimos, acciones punitivas de Falange y el Requeté), que eran más parecidas a las que se estaban dando en la zona Norte²⁰. Francisco Sevillano advierte que la frustración del objetivo inmediato de conquista del Estado coadyuvó a convertir el esta-

¹⁸ BALFOUR, S.: *Abrazos...*, *op. cit.*, p. 486.

¹⁹ Como asevera RICHARDS, M.: *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 1999, p. 34, hasta noviembre de 1936 no hubo un enfrentamiento regularizado, sino escaramuzas, peleas callejeras, operaciones policiales y purgas emprendidas por el Ejército rebelde con apoyo de milicias, con expediciones violentas de saqueo y pillaje bajo la tradicional denominación de razzias.

²⁰ Véase ESPINOSA, F.: *La justicia de Queipo. Violencia selectiva y terror fascista en la II División en 1936*, Barcelona, Crítica, 2006.

lido inicial de violencia en una «guerra de exterminio» del enemigo. Esta realidad, que fue común a los dos bandos contendientes, tuvo en la zona rebelde características peculiares que impulsaron una «barbarización» creciente de los comportamientos individuales y colectivos. La cultura política dominante en amplios sectores de la población sometida a la férula militar contemplaba la violencia, no como un mero instrumento, sino como un valor en sí mismo que orientaba la conducta moral y política. La inaudita voracidad de la violencia, que se presentaba como un remedo de las operaciones contrainsurgentes en Marruecos y que, en algunos aspectos (especialmente en la selección de las víctimas prioritarias), prefiguró la política de exterminio de la *Wehrmacht* en la Unión Soviética y los Balcanes, se puede explicar al ser dirigida, ejecutada y alentada en cada lugar de la zona nacionalista por la yuxtaposición de las necesidades militares, el oportunismo de Falange y los intereses de la Iglesia católica, cuya contribución a la legitimación religiosa del alzamiento generó un poderoso estereotipo: el de la sangre redentora de los «mártires de la Cruzada»²¹.

Los límites de la paramilitarización de las fuerzas políticas: la militarización del voluntariado en el frente

La Guerra Civil tuvo un componente muy significativo de voluntariado en ambos bandos, cuya experiencia y organización en los conflictos prebélicos resultó fundamental para movilizar el incipiente esfuerzo bélico²². En los años treinta se dieron en España todos los rasgos característicos de la paramilitarización de las luchas políticas, aunque en un tono menor y con un evidente desfase cronológico respecto de los países europeos que más sufrieron esta peculiar forma de activismo partidista, como la Unión Soviética, Italia o Alemania²³. Bien es cierto que las acciones estrictamente «militares» protagonizadas por estos grupos armados fueron minoritarias en

²¹ SEVILLANO CALERO, F.: *Exterminio. El terror con Franco*, Madrid, Oberon, 2004.

²² ARÓSTEGUI, J.: «Sociedad y milicias en la Guerra Civil Española, 1936-1939. Una reflexión metodológica», en *Estudios de Historia de España. Homenaje a Tuñón de Lara*, vol. 2, Madrid, UIMP, 1981, p. 307.

²³ Sobre esta cuestión, véase el dossier dirigido por ARÓSTEGUI, J.: «La militarización de la política durante de II República», *Historia Contemporánea*, 11 (1994), pp. 11-179.

relación con funciones más rutinarias, como la protección de locales, mítines y dirigentes y, sobre todo, con las actividades de propaganda que, con frecuencia, estuvieron vinculadas a la propia acción violenta. Ello no quiere decir que, en coyunturas específicas y en el seno de determinados movimientos (sobre todo del carlismo), no se destacara una minoría más activista que aspiraba a atravesar el umbral de la violencia callejera para lanzarse al combate a campo abierto. Estos «grupos de conflicto» formados por jóvenes altamente motivados, adiestrados con frecuencia por instructores militares procedentes de las tropas coloniales de elite, nutrirían los cuadros de oficiales y suboficiales milicianos y provisionales de ambos bandos durante la Guerra Civil.

El progreso de la paramilitarización de la vida política durante la República nunca implicó la erección de una alternativa plausible al Ejército regular. Este asunto no fue planteado en serio por ningún grupo de la derecha; ni siquiera por el carlismo, tan obsesionado en el pasado con el levantamiento de un «Ejército Real». En la izquierda obrera, los comunistas exigieron desde el inicio de la República el desarme y la disolución del Ejército y la Guardia Civil y la movilización revolucionaria del pueblo a través de milicias y soviets que debían convertirse, respectivamente, en el brazo armado y político del contrapoder obrero y campesino. En su IV Congreso, cuyas resoluciones se hicieron públicas el 12 de febrero de 1932, las Juventudes Socialistas resucitaron la imagen jacobina del «pueblo en armas»: las milicias no serían un organismo revolucionario, sino el embrión de un Ejército popular que sustituiría de forma legal y pacífica al existente, mediante un proceso que debía incluir la supresión total del presupuesto de Guerra y la retirada de las tropas de Marruecos y otras medidas que debían adoptarse a escala europea, como la reducción del servicio en filas, la condonación de las deudas de guerra y el desarme total²⁴. La necesidad de creación de una fuerza armada fiel a la República volvió a ponerse sobre el tapete tras la rebelión de Sanjurjo: Largo Caballero propuso por dos veces en Consejo de Ministros la organización del pueblo en milicias cívicas republicanas y socialistas para defender el régimen, al estilo de la declinante *Reichsbanner* alemana, pero la idea fue unánimemente rechazada por sus colegas de gabinete, sobre todo

²⁴ Véase el folleto *Resoluciones del IV Congreso de las Juventudes Socialistas*, Madrid, 1932, p. 23.

por sus correligionarios Prieto y de los Ríos, quienes sospechaban que tal organización corría el riesgo de radicalizarse hacia el objetivo de la revolución social²⁵. A inicios de 1934, Largo volvió a proponer el desarme de las distintas instituciones coactivas del capitalismo (Ejército, Guardia Civil, Guardia de Asalto, Policía, Tribunales de Justicia) y su sustitución por el «armamento general del pueblo»²⁶. En el V Congreso de la FJS, celebrado a mediados de abril de 1934, el dirigente socialista expresó la necesidad de crear «un ejército revolucionario de hombres que hagan promesa de obediencia», que serviría «para defendernos primero y luego para conquistar el poder»²⁷. Los socialistas más radicalizados estaban pensando en el armamento de los trabajadores y en la creación de un embrión de Ejército revolucionario con base en las milicias socialistas y con el apoyo y asesoramiento de militares simpatizantes. Pero a la hora de la verdad, salvo en Asturias (donde el 10 de octubre el efímero comité revolucionario provincial compuesto por comunistas, anarcosindicalistas y jóvenes socialistas decidió sustituir las milicias por un Ejército de leva de todos los obreros entre los dieciocho y treinta y cinco años), no se pensó tanto en crear un «Ejército Rojo» como en obtener, tal como se había aspirado durante la huelga revolucionaria de diciembre de 1930, la cooperación o al menos la neutralidad del Ejército regular. En todo caso, durante esas semanas cruciales, las fuerzas obreras se plantearon cuestiones en torno a la militarización de la lucha armada bastante similares a las que se discutirían durante el verano de 1936. El fracaso de la insurrección de octubre y la brutal represión ulterior no sólo no hicieron avanzar el proyecto militarizador del obrerismo revolucionario, sino que dieron nuevos bríos a los proyectos pretorianos del sector antirrepublicano de las Fuerzas Armadas.

Las organizaciones de la izquierda obrera no volvieron a plantearse la militarización hasta la primavera de 1936, cuando la primera espiral de violencia provocativa protagonizada por Falange volvió a suscitar el debate sobre la creación de milicias populares de autodefensa. *El Obrero de la Tierra* observaba que «la República no tiene más defensa real que el pueblo, los obreros organizados de la ciudad

²⁵ LARGO CABALLERO, F.: *Escritos de la República. Notas históricas de la guerra de España, 1917-1940*, Madrid, Pablo Iglesias, 1985, p. 28.

²⁶ «Dice Largo Caballero...», *Renovación*, 124, 6 de enero de 1934, p. 1.

²⁷ Cit. por JULIÁ, S.: *Historia del Socialismo español (1931-1939)*, vol. 3, Barcelona, Conjunto Editorial, 1989, p. 105.

y de la tierra. Y a ese pueblo hay que organizarlo militarmente. Formando o ayudando a que se formen las milicias del pueblo»²⁸. El 31 de marzo, *Mundo Obrero* llamaba a la creación de milicias obreras y campesinas para acabar con la amenaza de contrarrevolución y, el 2 de abril, este mismo periódico y *Claridad* respondieron a las medidas gubernamentales sobre desarme de los ciudadanos con la propuesta de creación de una milicia obrera y campesina que impulsara coactivamente en cada pueblo el programa del Frente Popular²⁹. Nueve días más tarde, *El Obrero de la Tierra* se comprometió a patrocinar la puesta en marcha de una Agrupación Nacional pro Milicia Popular Antifascista, proyecto que fue apoyado por *Claridad*, *Renovación* y *Juventud Roja*. Antes que en una acción armada preventiva contra la reacción, los líderes obreros confiaban en la unidad proletaria frente a cualquier intentona militar. A pesar de que el dirigente ugetista Pascual Tomás anunciase el 18 de mayo en *Claridad* que «si mañana (...) saliese la reacción a la calle (...) las milicias del Frente Popular se echarían a la calle» y que Largo Caballero afirmase en Cádiz que «si la República está en peligro el día de mañana, ocurra lo que ocurra, la clase trabajadora estará a su lado para salvarla»³⁰, la remota posibilidad de que un gobierno republicano disolviese el Ejército y confiase las armas a las organizaciones obreras sólo era acariciada por el entorno de Largo Caballero y en absoluto compartida desde las columnas de *El Socialista*, *Política* o *Mundo Obrero*. El portavoz comunista aseguraba que «las Milicias no significan ninguna traba para el ejercicio de las funciones propias del Gobierno (...) Es una organización de fibra popular. La parte más combativa del Frente forma en ella para la lucha contra la reacción y el fascismo —objeto del Frente Popular— y para la defensa de las conquistas logradas por el pueblo. Es una organización que se opone a todos los enemigos de la República, y que constituye una garantía para el régimen (...) Téngase en cuenta que si otros organismos, otras fuerzas que debían ser leales fallan, las Milicias JAMÁS FALLARÁN»³¹.

²⁸ *El Obrero de la Tierra*, 28 de marzo de 1936, cit. por ESPINOSA, F.: *La primavera...*, op. cit., pp. 142-143.

²⁹ «Milicias del pueblo. Urge formarlas hasta en la última aldea de España», *Claridad*, 2 de abril de 1936, p. 1.

³⁰ *El Socialista*, 26 de mayo de 1936, p. 4.

³¹ «Hoy. Significación de las Milicias Populares», *Mundo Obrero*, 15 de junio de 1936, p. 1.

Nada que ver, por tanto, con un proceso coherente de militarización pero sí con una estrategia de continua movilización defensiva, que aún no apuntaba al Ejército como el gran enemigo a batir. El 11 de julio, Álvarez del Vayo confió al embajador soviético en Londres, Ivan Mikhailovich Maisky, que las JSU habían creado su propia milicia para defender la República³². Pero más que una febril actividad para la creación de un «Ejército Rojo», en el entorno obrero existía en los días inmediatos al golpe un generalizado nerviosismo de carácter reactivo: desde las semanas previas al 18 de julio, el acuartelamiento en los centros obreros y la vigilancia pasiva de las instalaciones militares fueron constantes³³ y, cuando el golpe ya era inminente, la comisión Ejecutiva del PSOE convocó el 16 de julio una reunión de todos los representantes de grupos obreros del Frente Popular: aunque los socialistas se abstuvieron en la decisión final, el resto de las organizaciones acordó impulsar la creación de nuevos comités en toda España para acelerar la creación de una milicia de defensa de la República, exigir armas al gobierno y solicitar una purga a fondo de los militares conspiradores³⁴. Se trataba, en suma, de instrumentar la defensa del régimen más allá de lo establecido en el pacto del Frente Popular y al margen de los resortes coactivos del Estado. Un salto en el vacío que muchos entendieron como un paso irreversible hacia la privatización de la violencia como antesala de una guerra civil. Por eso, el 17 de julio, la Comisión Ejecutiva de la UGT se seguía preguntando si era posible responder de los hombres que se enrolasen en esos comités, para qué habrían de salir a la calle en caso de golpe de Estado y, si se armaba a las milicias, qué garantías habría de que el Estado no las persiguiera. *El Obrero de la Tierra* aún clamaba el día 18 por la creación de unas milicias populares que comenzarían su formación en los días y meses siguientes. A pesar de estos toques de atención a las masas trabajadoras, que se solaparon con las llamadas a la tranquilidad por parte del gobierno, no se desarrollaron milicias populares dignas de

³² Cit. por JULIÁ, S.: *La izquierda del PSOE (1935-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1977, pp. 284-285, quien a su vez lo toma del libro de MAISKY, I. M.: *Spanish Notebooks*, Londres, Hutchinson, 1966.

³³ TAGÜENA, M.: *Testimonio de dos guerras*, Barcelona, Planeta, 1978, p. 69.

³⁴ PAYNE, S. G.: *El colapso de la República. Los orígenes de la Guerra Civil (1933-1936)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005, p. 494. Ese mismo día, *Claridad* exigió el licenciamiento del Ejército y la movilización armada del pueblo apoyado por los militares leales.

tal nombre, ni mucho menos un embrión de Ejército Popular auspiciado por el Estado. El propio Líster, que simultaneaba su trabajo antimilitarista en los cuarteles con la organización de las MAOC, reconoció que «las milicias de izquierda, que apenas disponían de armas, tenían el sueño de formar al “pueblo armado”. De ahí las exigencias de los partidos de izquierda al gobierno para que facilitase armas a las milicias y autorizara el desempeño de funciones parapoliciales como «ejército del pueblo»³⁵.

A la hora de la verdad, el tránsito de la paramilitarización a la militarización fue mucho más complicado de lo que cabía esperar: frente al golpe militar, las organizaciones obreras siguieron un protocolo de actuación muy similar al empleado contra las «agresiones fascistas» de la primavera de 1936: huelgas generales (esta vez indefinidas) convocadas por comités intersindicales, manifestaciones callejeras de protesta y representaciones ante las autoridades. Pero con la entrega de armas a partir del día 19, la movilización obrera y campesina derivó en muchos puntos de España en una insurrección popular, donde no faltaron actitudes violentas tan tradicionales como la constitución de juntas locales revolucionarias, la erección de barricadas, el asalto a los cuarteles y cuartelillos y las consabidas muestras de anticlericalismo popular. La paramilitarización alcanzó su momento culminante en los primeros meses de la guerra, pero en circunstancias muy distintas de las que habían posibilitado la aparición de este fenómeno en los años anteriores. El 19 de julio, la *Gaceta de la República* decretó la disolución de aquellas unidades militares donde algún mando hubiera intentado sublevarse. Esta eliminación sumaria del Ejército regular posibilitó el arranque del «periodo miliciano» de la guerra, caracterizado por el enrolamiento espontáneo de la población en batallones de fortuna formados en buena parte sobre una base sindical, profesional o partidista. Pero casi de forma inmediata, los decretos de movilización obligatoria alteraron la fisonomía de estas formaciones armadas, que fueron gradualmente militarizadas siguiendo la dinámica característica de las guerras civiles «clásicas» hacia el control y la centralización de la violencia coactiva en manos del Estado. El proceso de toma de decisiones es bien conocido: el 28 de julio, el gobierno Giral llamó sin éxito a dos quintas ya licenciadas (las de 1934 y 1935), puesto que

³⁵ CRUZ, R.: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006, p. 143.

muchos de sus integrantes estaban por entonces encuadrados en las unidades milicianas y se carecía de los medios coactivos para imponer su incorporación a filas. Por decreto de 3 de agosto se trató de organizar un Ejército Voluntario al estilo del forjado durante la guerra civil estadounidense: batallones de milicianos voluntarios de entre veinte y treinta años (el 18 de ese mes se amplió el llamamiento a los reservistas ya instruidos), comprometidos por un plazo que iba desde los dos meses hasta la duración de la campaña, mandados por oficiales y suboficiales de Ejército, Guardia Civil o Carabineros, y bajo el control de una Junta Central de Reclutamiento y de una Inspección (Comandancia desde el 20 de octubre) General de Milicias. Pero la inicial hostilidad a la creación de un «Ejército de ciudadanos» con disciplina castrense que, con diversos matices, compartían la mayoría de las organizaciones del FP salvo los republicanos, condujo al fracaso de esta iniciativa, que se abandonó el 28 de agosto para retornar a la base miliciiana original. Con todo, figuras destacadas como el general Rojo diferenciaron claramente la capacidad combativa de una masa a la que se arma (milicia) y un Ejército regular³⁶. Las sucesivas derrotas gubernamentales que jalonaron el avance rebelde hacia Madrid obligaron a acelerar el proceso de disciplinamiento castrense: el 28 de septiembre, el gobierno de Largo Caballero decretó el pase de los oficiales y suboficiales de milicias a las escalas activas del «futuro ejército del Pueblo». Dos días más tarde se ordenaba la militarización de las milicias (que se efectuaría a partir del 10 de octubre en la zona Centro y desde el 20 en el resto del territorio), que quedarían sometidas al Código de Justicia Militar. El 24 de octubre, la Generalitat (que había declarado disuelto el Comité Central de Milicias Antifascistas a inicios de mes y los comités locales, el 11 de octubre) militarizó sus «milicias populares voluntarias» y en Euzkadi se tomó idéntica medida un día más tarde, transformando en *Eusko Gudarostea* en Ejército Vasco. Los batallones de milicias constituyeron el embrión del Ejército Popular y, antes y después de su militarización, conservaron nombres, símbolos y contenidos políticos, elementos básicos para motivar a los combatientes y sostener el esfuerzo de movilización. El 18 de octubre, las milicias comenzaron a encuadrarse en brigadas mixtas inspiradas en la antigua columna de operacio-

³⁶ ROJO, V.: *España heroica. Diez bocetos de la guerra española*, Barcelona, Ariel, 1975, p. 30.

nes española, y las divisiones comenzaron a crearse a partir del 27 de noviembre³⁷. Desde la fecha del golpe, las dotes organizativas del PCE se pusieron de manifiesto en la conducción de la resistencia urbana contra los sublevados y en la rápida disolución de las MAOC, a fines de julio, para acelerar la creación del Quinto Regimiento de Milicias Populares, verdadera unidad modelo de carácter formativo que, en sus diversas comandancias y cuarteles, actuó como el embrión técnico-militar de ese Ejército Popular de nuevo cuño que fue emergiendo de las cenizas de la anterior institución armada³⁸.

Mientras que la República aceptó el *ethos* miliciano como tradición constitutiva del Ejército Popular, el bando rebelde hizo virtual tabla rasa de esta herencia, disolviéndola en el más amplio proceso del militarismo/militarización³⁹. Si, en principio, las milicias de las formaciones políticas de derecha se estructuraron en unidades pequeñas tipo compañía vinculadas a las columnas militares, la evolución de la guerra obligó a un redimensionamiento y a una despolitización centradas en su militarización forzosa. El 25 de septiembre, Mola prohibió la creación de nuevas unidades milicianas, para restringir su autonomía e incorporarlas progresivamente al Ejército regular⁴⁰. La transformación de estos grupos de civiles armados en unidades de combate se produjo entre julio y octubre, al tiempo que se incorporaban en su seno mandos militares profesionales. La respuesta de los partidos osciló entre el apoyo sin tapujos de los cedistas y los monárquicos alfonsinos, el conformismo de la Falange y la búsqueda de un imposible espacio de autonomía por parte del carlismo. El 20 de septiembre, una circular de la Junta de Mando Provisional de FE reconocía la necesidad de un encuadramiento militar por oficiales que se deseaba fuesen afines al partido⁴¹. Se crearon academias falangistas en Pedro Llen (Salamanca), Sevilla y otras localidades para la capaci-

³⁷ Sobre las brigadas mixtas, véase SALAS LARRAZÁBAL, R.: *Historia del Ejército Popular...*, *op. cit.*, vol. 1, pp. 652-656.

³⁸ ALPERT, M.: *El Ejército Republicano en la Guerra Civil*, Madrid, Siglo XXI, 1989, pp. 48-54; BLANCO, J. A.: *El Quinto Regimiento en la política militar del PCE en la Guerra Civil*, Madrid, UNED, 1993, p. 47; y MODESTO, J.: *Soy del Quinto Regimiento*, Barcelona, Laia, 1978, p. 55.

³⁹ ARÓSTEGUI, J.: «Sociedad y...», *op. cit.*, pp. 313-314.

⁴⁰ CASAS DE LA VEGA, R.: *Las milicias nacionales*, vol. 1, Madrid, Editora Nacional, 1977, p. 303.

⁴¹ GARCÍA VENERO, M.: *Testimonio de Manuel Hedilla*, Barcelona, Acervo, 1972, p. 254.

tación de jefes de escuadra y de falange, que fracasaron por culpa de la mayor capacidad de atracción de los cursos formativos del Ejército, sobre todo cuando sendos decretos de 28 de enero y 1 de febrero de 1937 ordenaron que los alumnos de las academias de milicias fueran sometidos a la misma preparación que los alféreces provisionales⁴². Por parte carlista, la función de «batallón sagrado» del Primer Tercio de Pamplona que, desde inicios de 1936, actuaba como reserva de oficiales y cuerpo de mandos de la masa carlista que iba a movilizarse en Navarra⁴³, no resultó suficiente para impulsar una militarización que no convergía necesariamente con la auspiciada por el Ejército. El incremento del número de tercios de requetés y la continuada sangría de oficiales que caían en combate o pasaban al Ejército como personal de reemplazo o a través de los cursillos de alférez, imponían una reconstrucción de los mandos. A fines del verano, las Juntas de Guerra Nacional y de Navarra hablaron de crear en Toledo una «Real Academia Militar» para oficiales del Requeté bajo la advocación de San Javier, que Fal Conde anunció oficialmente el 8 de diciembre. Temiendo la erección de un nuevo «Ejército Real», el mando militar protestó y, tras una entrevista con el conde de Rodezno, Franco logró que los carlistas navarros desautorizasen a Fal, que fue desterrado a Portugal el 20 de diciembre⁴⁴. No resulta casual que dos días después fuera hecho público el decreto número 112 de militarización de las milicias, por el cual las unidades partidistas quedaban sometidas al Código de Justicia Militar. Fueron medidas previas a la unificación política forzada del 19 de abril que, tras ratificar en su artículo 3 la fusión de todas las milicias *manu militari*, eliminó de forma sumaria las academias no adscritas al Ejército e impuso la integración en las

⁴² CASAS DE LA VEGA, R.: *Las milicias...*, op. cit., vol. 1, pp. 305-306; PAYNE, S. G.: *Falange. Historia del fascismo español*, París, Ruedo Ibérico, 1965, p. 118; y GARCÍA VENERO, M.: *Testimonio de...*, op. cit., pp. 344-345.

⁴³ UGARTE, J.: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, pp. 262-266.

⁴⁴ PAYNE, S. G.: *El régimen de Franco, 1936-1975*, Madrid, Alianza, 1987, p. 380. Sobre la Real Academia de Requeté, véanse FAL CONDE, M.: «Organicé la Real Academia de requetés por encargo de Mola», *El Pensamiento Navarro*, 19 de febrero de 1970, p. 8; BURGO, J. del: «Un episodio poco conocido de la guerra civil: la Real Academia Militar de requetés y el destierro de Fal Conde», *Príncipe de Viana*, 196 (1992), pp. 481-506; y BORBÓN PARMA, M. T. de; CLEMENTE, J. C., y CUBERO, J.: *Don Javier, una vida al servicio de la libertad*, Barcelona, Plaza & Janés, 1997, pp. 119-127.

mismas unidades de los voluntarios y los individuos procedentes de la recluta obligatoria. A partir de enero de 1937 se dictaron medidas complementarias, como la reducción de las unidades de milicias al modelo de batallón.

Las fuertes diferencias que se constatan en los tortuosos procesos de conversión de las formaciones paramilitares desde la lógica de la lucha política armada a la lógica de la guerra dicen mucho acerca de la naturaleza del poder político en cada bando: los militares sublevados no deseaban las milicias políticas, simplemente las soportaron⁴⁵, y acabaron por integrarlas a viva fuerza en el modelo de Ejército preexistente, mientras que el gobierno republicano —siempre en medio de fuertes contradicciones y titubeos— hubo de moldear al Ejército Popular a partir del modelo miliciano ya existente.

El control del orden público en la retaguardia

Una de las preocupaciones esenciales de ambos bandos fue la defensa armada del «orden» revolucionario o contrarrevolucionario en las respectivas retaguardias. La política de los sucesivos gobiernos republicanos puede compendiarse en una penosa reconstitución o readaptación de los instrumentos coactivos anteriores a la guerra, mientras que en la zona rebelde el control de la retaguardia se fió casi en exclusiva a la habitual militarización de las funciones gubernativas en una situación de estado de guerra.

El orden público en zona republicana pasó por las siguientes fases, dictadas en buena parte por la evolución de la misma guerra: desmoronamiento del sistema coactivo existente, «popularización» de los instrumentos policiales y jurídicos y «normalización» posterior a través de un mayor control del Estado. En el paso por cada una de estas etapas se pudo constatar la continuidad del tradicional modo gubernativo de control de la protesta: se mantuvo un tono más represivo que preventivo en la acción del Estado, hubo una voluntad constante de ampliación de los ámbitos de delito político, se manifestó una tendencia a la centralización y a la uniformidad de la acción represiva estatal (eliminando competencias específicas en Aragón y Cataluña), y se siguió abusando de las medidas de suspensión de

⁴⁵ ARÓSTEGUI, J.: «Sociedad y...», *op. cit.*, p. 323.

garantías, a través de la aplicación sistemática del estado de alarma, pero no del estado de guerra, que no llegó a imponerse hasta el 23 de enero de 1939 ante el temor a una intervención pretoriana del Ejército propio que, a la postre, tuvo lugar el 5-6 de marzo.

El Estado republicano logró a duras penas sobrevivir a la rebelión militar gracias al apoyo que recibió de las formaciones obreras, pero el vacío de poder que produjo el fracaso del golpe y el virtual derrumbamiento de la maquinaria gubernativa condujo a la proliferación de unos contrapoderes cuya composición multipartidaria (pero no sus nuevas funciones revolucionarias de represión paralegal) ya había quedado esbozada en los meses anteriores con la proliferación de comités locales del Frente Popular. Al estallar la guerra, estos comités escaparon al control del gobierno central y pasaron de la vigilancia antifascista al desempeño más o menos espontáneo de las labores de represión.

Junto a la ardua transformación de las milicias políticas en unidades militares operativas, en la retaguardia de ambos bandos se produjo una intensa paramilitarización de la gestión del orden público. En la zona gubernamental proliferaron los comités de salud pública, de guerra o de milicias antifascistas, grupos armados más o menos incontrolados, «checas», patrullas de vigilancia y control y milicias de investigación y vigilancia que, en buena medida, procedían de la movilización de los grupos antifascistas y comités locales del FP surgidos al calor de los enfrentamientos políticos de la primavera de 1936. Estos organismos de contrapoder revolucionario acabaron por imponerse de forma coactiva en las instancias del poder local merced a su actuación combinada con las milicias de retaguardia⁴⁶. Un ejemplo muy conocido de esta situación lo encontramos en Cataluña, donde, hasta fines de 1936, subsistieron dos organismos de orden público: el que dependía de la Conselleria de Governació y el que fue creado por el Comité Central de Milicias Antifascistas para gestionar tareas tan diversas como la guerra, las milicias de Barcelona y comarcas, las patrullas de control, las investigaciones policiales, la prensa y

⁴⁶ La proliferación de los comités como «micropoderes» locales resultado del derrumbe del aparato administrativo y de la organización del voluntariado armado, encargados de la administración de la violencia coactiva, en LEDESMA, J. L.: *Los días de llamas de la revolución. Violencia política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico (CSIC), 2003, pp. 137-138.

la propaganda, el aprovisionamiento, los transportes y la salud⁴⁷. Cuando se disolvió ese Comité a inicios de octubre no lo hicieron sus patrullas de control, creadas el 10 de agosto en buena medida sobre la base de los comités de defensa confederales como institución netamente revolucionaria.

Lo que Azaña denominó «rescate del orden público por el Estado»⁴⁸ fue un proceso muy arduo que acabó por convertirse en una lucha descarnada por el poder político. La «defensa revolucionaria» de la legalidad republicana trató de ser canalizada mediante la adopción de una serie de medidas con las que el ejecutivo inició una trabajosa recuperación del poder, que se centró en la asunción del control de los aparatos coactivos, especialmente la Policía y la administración de justicia⁴⁹. El gobierno de Largo Caballero aumentó en 28.000 los efectivos de Asalto, y los Carabineros pasaron de 15.000 a 40.000. La inserción de las milicias en el Ejército Popular en septiembre de 1936 coincidió con la intervención gubernativa sobre las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia (MVR) y su definición como cuerpo policial de carácter transitorio. El 7 de octubre se ordenó que todos los grupos

⁴⁷ GODICHEAU, F.: *La Guerre d'Espagne. République et révolution en Catalogne (1936-1939)*, París, Odile Jacob, 2004, p. 103.

⁴⁸ AZAÑA, M.: *Memorias políticas y de guerra*, 3.^a ed., vol. 2, Barcelona, Crítica, 1980, p. 220.

⁴⁹ El organismo de control social donde más claramente se percibió el derrumbamiento de las estructuras estatales y su dramática evolución a lo largo de la contienda fue la Justicia penal. Atendiendo a la periodización establecida por SÁNCHEZ RECIO, G.: *Justicia y guerra en España. Los Tribunales Populares (1936-1939)*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil Albert, 1991, pp. 76-80, tras el colapso de inicios de la guerra, el gobierno Giral dio carta de naturaleza a los Tribunales Populares surgidos el 23-25 de agosto de 1936 tras las matanzas en la Cárcel Modelo de Madrid, que fueron evolucionando y ampliando sus competencias hasta convertirse en un modelo alternativo de la administración de justicia. El 10 de octubre fueron creados los Jurados de Urgencia para conocer delitos de hostilidad al régimen y, el 17, los Tribunales de Guardia para juzgar delitos de adhesión y ayuda a la rebelión. La asunción de la cartera de Justicia por Juan García Oliver el 4 de noviembre supuso la «normalización» de la justicia popular revolucionaria pero, también, la reaparición de las instancias jurisdiccionales estrictamente castrenses: por decreto de 14 de enero de 1937 se ampliaron las competencias de los Tribunales Populares a toda materia militar, dejando a los futuros Tribunales Populares Especiales de Guerra (creados el 16 de febrero e incorporados en Cataluña el 28 de abril) los delitos comprendidos en el Código de Justicia Militar, y sólo cuando fuese imposible el desplazamiento al lugar de los Tribunales Populares. Los días 22 y 29 de junio se establecieron Tribunales de Espionaje y Alta Traición y, en octubre, los Tribunales Permanentes del Ejército.

de milicias ocupadas en labores de investigación se integraran en las MVR, que fueron subordinadas a la Dirección General de Seguridad y coordinadas con el Estado Mayor del Ejército. Un decreto de 26 de diciembre restableció el Cuerpo de Seguridad bajo su tradicional división en un grupo uniformado (unos 58.000 hombres de la Guardia Nacional Republicana, Guardia de Seguridad y Asalto, agentes de Investigación y Vigilancia y MVR, que unificarían su organización en noviembre de 1937) y un grupo civil de Investigación y Vigilancia, identificable con el actual Cuerpo Superior de Policía. En marzo de 1937 se reorganizó de nuevo el Cuerpo de Investigación y Vigilancia y el instituto de la Guardia Civil que, desde el 29 de agosto de 1936, había cambiado su denominación por la de Guardia Nacional Republicana. El Consejo Nacional de Seguridad, creado el 27 de diciembre bajo la presidencia del ministro de la Gobernación Ángel Galarza, que debía fundir todos los cuerpos de orden público de la retaguardia, abordó la eliminación de las policías paralelas a fines de 1936, que desaparecieron definitivamente tras los sucesos de mayo de 1937, cuando el gobierno Negrín recuperó las competencias de orden público detentadas hasta entonces por la Generalitat y el Consejo de Aragón en el marco de su campaña por la centralización, militarización y despolitización de la defensa del Estado republicano⁵⁰. Sobre la base de las MVR se creó, en mayo de 1937, el Departamento Especial de Información del Estado (DEDIDE) para tareas de información y espionaje que, un año después, fue absorbido por el omnipotente Servicio de Investigación Militar (SIM), creado por Prieto el 9 de agosto de 1937. El 14 de julio de ese año se suprimieron los Consejos Provinciales de Seguridad, atribuciones que pasaron a controlar los gobernadores civiles y los jefes de Seguridad y Policía de cada provincia.

En zona rebelde, la declaración inmediata del estado de guerra condujo a que los jefes y oficiales del Ejército y de la Guardia Civil asumieran la totalidad de la responsabilidad gubernativa como delegados militares de orden público. La conquista del poder local siguió

⁵⁰ CERVERA GIL, J.: *Madrid en guerra. La ciudad clandestina*, Madrid, Alianza, 1998, pp. 104 y 426. En noviembre de 1936 las MVR se disolvieron, incorporándose a las fuerzas de la Policía Popular, aunque muchos comités y grupos de milicias se resistieron a cumplir la orden. A la par, los comités revolucionarios y antifascistas locales fueron sustituidos por consejos municipales formados por acuerdo de todas las organizaciones políticas según decretos de la Generalitat de 9 de octubre de 1936 y del gobierno central de 4 de enero de 1937.

un protocolo bastante homogéneo: declaración solemne del estado de guerra, ocupación de los edificios oficiales, detención y sustitución de las autoridades locales y provinciales, control de los servicios públicos esenciales y armamento de la población afín, levantada en milicia o guardia cívica, como preludio de la violencia aplicada en grado máximo al rival político. Durante las primeras semanas de la contienda se produjo en la retaguardia una movilización contrarrevolucionaria de contornos «cívicos» que actuó como auxiliar y complemento del poder militar. No era la primera vez: a medida que se agudizaba el problema del orden público durante la República, se había ido produciendo una privatización de la seguridad que se tradujo en la reaparición del fenómeno de las uniones cívicas, surgidas en la crisis de la Restauración, y cuya manifestación más llamativa fue la «nacionalización» y «estatalización» del tradicional Somatén catalán durante la Dictadura de Primo de Rivera⁵¹. Las uniones cívicas, entendidas como voluntariado armado nutrido por «ciudadanos honrados» que cooperaban con la autoridad gubernativa y/o militar en caso de alteración grave de orden público, habían tenido ocasión de actuar en Madrid, bajo la denominación de «guardia cívica republicana», en la jornada festiva del 14 de abril, y en varias ciudades durante los incendios de 11 y 12 de mayo, pero recuperaron su característica impronta de movilización armada de carácter conservador durante la sangrienta huelga revolucionaria que tuvo lugar en Sevilla del 20 al 28 de julio de 1931. Los rumores sobre la organización de un Somatén clandestino dejaron paso, tras las elecciones de noviembre de 1933, a un intento de politización por parte de la CEDA de la entidad paramilitar Tiro Nacional de España, que fue cortada de raíz por un decreto del Ministerio de la Guerra, que señaló que el Estado no subvencionaría a esta entidad, ni sus socios obtendrían armas de forma diferente al resto de los ciudadanos⁵².

La movilización «cívica» confirmó su carácter netamente derechista durante la revolución de octubre de 1934, cuando los jóvenes de la JAP, secundados por carlistas o falangistas, se ofrecieron a las autoridades civiles y militares para efectuar tareas de protección calle-

⁵¹ GONZÁLEZ CALLEJA, E., y REY REGUILLO, F. del: *La defensa armada contra la revolución. Una historia de las «guardias cívicas» en la España del siglo XX*, Madrid, CSIC, 1995, p. 248.

⁵² «El Tiro Nacional de España», *Heraldo de Madrid*, 17 de enero de 1934, p. 10.

jera y mantenimiento de los servicios públicos esenciales⁵³. Las experiencias de junio y octubre de ese año actuaron como precedente para el futuro comportamiento tanto de las fuerzas de seguridad como de los grupos de ciudadanos armados que hicieron causa común con las mismas y que, en muchos lugares, actuaron de forma destacada en la represión preventiva del movimiento insurreccional. La onda de terror que afectó a las clases propietarias tras el «octubre rojo» trató de paliarse a partir de 1935 con la concesión masiva de licencias de armas de fuego. La presencia de ciudadanos de ideas conservadoras apoyando con las armas en la mano a las fuerzas gubernativas y militares fue una escena habitual en toda la secuencia conflictiva de la España agraria durante el periodo republicano, especialmente en 1934, y volvería a contemplarse a partir de julio de 1936: en algunas ciudades de la retaguardia rebelde surgieron grupos armados de propietarios y milicias de segunda línea que, bajo la cobertura de los comités civiles de conspiración constituidos esa primavera a escala local, comarcal y provincial (que, en estrecha dependencia de los comités militares, organizaron las primeras unidades de voluntarios políticos, dieron apoyo logístico a las tropas y prepararon grupos técnicos para garantizar los servicios esenciales y el orden público, sustituyendo en ocasiones a las autoridades republicanas)⁵⁴, fueron los garantes del orden contrarrevolucionario, ya no a través de la vigilancia del movimiento obrero, la organización de la defensa civil y el mantenimiento de los servicios públicos, sino mediante el empleo sistemático del terror bajo un permanente estado de excepción. Estos grupos de vigilancia de retaguardia acostumbraron a adscribirse al «segundo escalón» de las milicias de Falange o Requeté pero, en otras ocasiones, adoptaron los evocadores nombres de «Milicias Cívicas», «Acción Ciudadana» o «Defensa Ciudadana», o «Españoles Patriotas», como fue el caso de la milicia de segunda línea afincada en la «pacificada» Badajoz. Bien es cierto que estos usos defensivos marca-

⁵³ GIL ROBLES, J. M.: «Acabamos de vencer en una magnífica batalla ciudadana», *JAP*, núm. 1, 27 de octubre de 1934, p. 16.

⁵⁴ IRIBARREN, J. M.: *Con el general Mola: escenas y aspectos inéditos de la guerra*, Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1937, p. 32. Según la base 9 de la «Instrucción Reservada núm. 1», los comités civiles sólo debían conocer su composición particular en cada provincia, de modo que la organización civil del golpe nunca existió por sí misma, y todo se resolvió en los contactos con diversos grupos políticos de manera independiente y no orgánica.

damente conservadores fueron superados por la irrupción masiva del trascendental fenómeno de la regularización bélica de la milicia política armada, de modo que las organizaciones «cívicas» hubieron de adaptarse a la organización militar y política surgida de la Unificación de abril de 1937, formando «Columnas de Orden y Policía», Bandejas y Escuadrones de FET⁵⁵. Hasta fines de 1936 predominó la acción represiva de las milicias de partido, empleadas por los militares golpistas como fuerzas auxiliares en las «operaciones de limpieza», sacas y paseos que, autorizados por las autoridades castrenses, se extendieron hasta bien entrado 1937, cuando la dirección de la represión pasó definitivamente a manos de la Guardia Civil y el Ejército.

Como ha quedado dicho, en la zona rebelde la tónica dominante fue la militarización inmediata del conjunto de las instancias gubernativas. Aunque apenas se modificó la estructura tradicional de la Policía en Cuerpo de Investigación y Vigilancia y Cuerpo de Seguridad y Asalto, su depuración refuerza la idea del protagonismo exclusivamente castrense del movimiento: se suprimieron las jefaturas de Policía y las jefaturas superiores de Orden Público, y se nombraron a delegados de Orden Público entre las filas de los cuerpos armados. La figura del director general de Seguridad fue sustituida a partir del 2 de octubre de 1936 por un gobernador general (cargo ya instituido en Asturias y Cataluña tras octubre de 1934 y regentado sucesivamente por el militar falangista Francisco Feroso Blanco y por el general Luis Valdés Cabanillas desde el 4 de noviembre hasta la constitución del Ministerio de Orden Público en enero de 1938) residente en Valladolid, encargado de coordinar la actuación de los gobernadores civiles y a las autoridades militares, inspeccionar la labor policial y velar por el orden público en el conjunto de la zona rebelde. El 15 de octubre de 1936 se creó la Jefatura Superior de Policía que, el 31 de octubre de 1937, cambió su denominación por la de Jefatura de Seguridad Interior, Orden Público e Inspección de Fronteras, de la que dependían los servicios de Orden, Policía, Investigación y Vigi-

⁵⁵ Sobre las milicias de segunda línea, formadas por militantes de FET entre veinticinco y cuarenta y cinco años de edad y cerca de 150.000 hombres en agosto de 1938, CASAS DE LA VEGA, R.: *Las milicias...*, op. cit., vol. 2, p. 857; y PALACIO ATARD, V.: «La quinta columna, la movilización popular y la retaguardia», en PALACIO ATARD, V.; CIERVA, R. de la, y SALAS LARRAZÁBAL, R.: *Aproximación histórica a la guerra española*, anejo núm. 1 de *Cuadernos Bibliográficos de la Guerra de España (1936-1939)*, Madrid, Universidad Complutense, 1970, pp. 245-246.

lancia, Seguridad y Asalto, Guardia Civil y guardias militarizados de las fronteras. A su frente se puso a un hombre de tan dilatada experiencia en funciones represivas como Severiano Martínez Anido, que, a inicios de 1938, pasó a regentar un Ministerio *ad hoc* de Orden Público, con una Jefatura del Servicio Nacional de Seguridad formada por ocho secciones, entre las cuales se encontraban Investigación y Vigilancia, Orden Público, Antimarxismo y Seguridad y Asalto. Tras la muerte de su titular, las funciones de orden público fueron incorporadas al nuevo Ministerio de la Gobernación creado el 29 de diciembre de 1938 y colocado bajo la férula de Ramón Serrano Suñer. En 1939 se avanzó tímidamente en la desmilitarización del orden público al reorganizarse los servicios de seguridad en las provincias con la supresión de las delegaciones de Orden Público, cuyas funciones pasaron a los gobernadores civiles. Las escalas del personal policial del Nuevo Estado comenzaron a formarse entonces a base de agentes fieles, de «policías honorarios» a tiempo parcial y de auxiliares a tiempo completo.

A diferencia de la República, que el 17 de octubre de 1936 transfirió al Ministerio de la Gobernación las facultades judiciales de las autoridades militares emanadas de los bandos, en la España rebelde la justicia ordinaria dejó paso inmediato a la jurisdicción militar⁵⁶. Los sublevados aplicaron de forma sistemática tanto el bando de estado de guerra (que fue confirmado y extendido el 28 de julio al territorio bajo su mando por la Junta de Defensa Nacional) como el fuero de guerra establecido por decreto de 31 de agosto de 1936. Paradójicamente, este régimen jurídico de excepción quedó justificado por la Ley de Orden Público elaborada por el gobierno republicano-socialista y promulgada el 28 de julio de 1933, sobre cuya base el Ejército pudo ampliar de forma abusiva sus competencias jurisdiccionales, tergiversando el sentido del delito de rebelión militar bajo el ardid de la famosa «justicia al revés» denunciada en su día por Serrano Suñer. El 24 de octubre se creó un Alto Tribunal de Justicia Militar que asumió las competencias que en época de paz había ostentado la Sala Sexta del Tribunal Supremo⁵⁷. Dado que la jurisdicción militar dominaba todo el sistema jurídico, esta instancia jurisdiccional era clave, al

⁵⁶ BALLBÉ, M.: *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*, Madrid, Alianza, 1985, p. 453.

⁵⁷ Sobre esta cuestión, véase GIL VICO, P.: *La noche de los generales. Militares y represión en el régimen de Franco*, Barcelona, Ediciones B, 2004.

extender su competencia sobre una pluralidad de fuentes legales y una gran cantidad de delitos incluidos en los bandos militares. El 1 de noviembre de 1936 se previó la constitución en el Madrid ocupado de ocho Consejos de Guerra para «el restablecimiento del orden jurídico en la plaza de Madrid, alterado durante más de tres meses, y el sin-número de crímenes de todo orden, amparados por la carencia de Tribunales, cuando no protegidos a instancias del llamado Gobierno de la República». A pesar de la intromisión abusiva de la jurisdicción militar en todos los recovecos del orden público, no cabe duda de que los golpistas supieron aprovechar la disponibilidad legal de los procedimientos de excepción en estado de guerra que fijaba la ley republicana de Orden Público que, sintomáticamente, se mantuvo en vigor hasta el 29 de julio de 1959, en un reconocimiento implícito del componente autoritario en la gestión del orden público que caracterizó a toda la etapa republicana.

Conclusión

La moderna sociología de las guerras civiles pone de manifiesto los importantes cambios que se suceden en la dinámica de la violencia coactiva en este tipo de conflictos y su frecuente evolución desde la violencia indiscriminada de los primeros momentos, marcada frecuentemente por lógicas terroristas, a la violencia selectiva, basada en el control de la población civil a través de la información, a medida que se va regularizando el enfrentamiento con la definición los bandos beligerantes⁵⁸. Hemos tratado de ver cómo algunas de las estrategias de violencia coactiva desplegadas con anterioridad a la guerra (la gestión del orden público bajo premisas castrenses de carácter punitivo, la paramilitarización de la política, la movilización antirrevolucionaria de carácter «cívico», la caracterización punitiva antes que preventiva de la función policial) hubieron de adaptarse a las nuevas circunstancias bélicas y experimentaron un acusado proceso de cambio desde la privatización (ruptura con altos designios político-ideológicos y uso de la violencia con fines particulares, frecuentemente de tipo criminal, donde la población pierde su importancia como base

⁵⁸ KALYVAS, S.: «The Paradox of Terrorism in Civil Wars», *The Journal of Ethics*, 8 (2004), p. 101.

de apoyo social) a la institucionalización bajo la férula del Estado. La homogeneización forzada en la práctica de la violencia coactiva y su creciente estatalización tanto en el frente como en la retaguardia fueron un reflejo cabal de la «normalización» de la guerra: unos intercambios violentos cada vez más previsibles, ritualizados pero no por ello menos letales que en el pasado, ya que perseguían un control absoluto de la retaguardia.

Bien es cierto que en el bando republicano, más pluralista en lo ideológico y más disperso en el ejercicio del poder político, esta *mise au pas* fue mucho más complicada y no llegó a culminarse hasta bien entrado el año 1937. Por el contrario, en la zona rebelde, el control de la violencia coactiva se abordó desde el primer momento y de forma mucho más drástica con la militarización de todas sus posibles manifestaciones. El legado de este modo de reconstruir los resortes de control social por parte del Nuevo Estado se mantuvo vivo hasta el tramo final de la dictadura. Por otra parte, el nuevo marco político semitotalitario de la España de posguerra hizo imposible el retorno a los viejos repertorios de violencia proactiva. Las culturas del conflicto habían cambiado y se había instalado un miedo casi universal que imposibilitó la perpetuación de las añejas tradiciones violentas que, con el paso del tiempo, fueron convirtiéndose en reactivas y residuales: el insurreccionalismo (trasmutado en una sorda resistencia campesina a través del bandolerismo político y la guerrilla), el malestar militar (que no pasó del nivel de conjura) o el paramilitarismo partidista, ahora convertido en nostálgico ex combatentismo o en tenso «vigilantismo».

Lo que hemos pretendido explicar aquí es un proceso más complejo que una relación puramente mecánica de carácter causal entre las violencias de la República y las de la Guerra Civil. No se trata, pues, de afirmar que de aquellos polvos vinieran esos lodos, pero sí mostrar que una ruptura tan traumática de la paz civil como la que aconteció en España entre 1936 y 1939 no puede entenderse ni explicarse sin atender a las pautas de comportamiento violento de épocas anteriores.

Las campañas rebeldes de aniquilación del enemigo

Rafael Cruz

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: En este texto se analizan las prácticas de violencia colectiva llevadas a cabo por agentes armados en las zonas conquistadas por los rebeldes a partir de julio de 1936. No se defiende un enfoque idealista o estructural de la violencia, al no centrar la argumentación en las intenciones previas o en la ideología de los agentes de la limpieza política. Lo que en realidad influyó en las decisiones para matar de forma generalizada fue la eliminación de los resortes de la ley republicana al derrumbarse el Estado en los territorios conquistados por los rebeldes en una secuencia revolucionaria, de una rebelión militar y el desencadenamiento de una guerra. Se generaron procesos de incertidumbre, polarización, competencia y movilización políticas, así como de dispersión o descoordinación del poder, que alimentaron la posibilidad de políticas crueles, represalias, ajustes de cuentas, represiones ejemplares y masacres. En ese contexto revolucionario y bélico debe incluirse un proceso de carácter cultural consistente en la identificación del enemigo desde una triple perspectiva, según su orientación fuera hacia el pasado, el presente o el futuro.

Palabras clave: violencia colectiva, limpieza política, campañas de aniquilación, proceso político, consideración del enemigo.

Abstract: This text analyzes the practices of collective violence by armed officers in the areas conquered by the rebels since July 1936. An idealistic or structural approach of the violence is not defended, when not centering the argumentation in the previous intentions or the ideology of the agents of the political cleansing. The elimination of the means of the republican law was, in fact, what influenced on the decisions to kill in a generalized manner, when collapsing the State in the territories conquered by the rebels in a revolutionary sequence, of a military rebellion and the outbreak

of a war. Processes of political uncertainty, polarization, competition and mobilization were generated, as well as of dispersion or lack of coordination of the power that fed the possibility on cruel policies, retaliation, settling of scores, exemplary repressions and massacres. In that revolutionary and warlike context a process of cultural character consisting in the identification of the enemy from a perspective triple must be included, according to its direction towards the past, the present or the future.

Key words: collective violence, political cleansing, aniquilation campaigns, political process, identification of the enemy.

«Los malvados marxistas. ¡Muera la canalla! (...)
Cordobeses, que sois amantes de San Rafael;
cordobeses, devotos de la Virgen de la Fuensanta,
declarad guerra a muerte a los laicos,
a los masones, a sus hijuelas y a todos sus adeptos...»¹.

En el Archivo del Tribunal Territorial de La Coruña consta que una persona fue interrogada a finales de agosto de 1936 sobre el paradero de unos individuos refugiados en el monte después de haber resistido con armas la rebelión militar del 20 de julio en la ciudad. Al trasladar al detenido hacia aquellos parajes a las cuatro de la madrugada y «convenientemente esposado», el declarante afirmó que el preso se dio a la fuga y la fuerza, después de darle el alto, disparó contra él. De resultas, el detenido cayó muerto a doscientos metros del lugar del que se fugó y después de haber saltado dos muros que había en el monte, que se conocía como Monte da Costa².

La muerte de paisanos a través de la llamada ley de fugas fue una de las prácticas de violencia colectiva realizada por agentes armados en las zonas conquistadas por los rebeldes a partir de julio de 1936. La violencia colectiva forma parte de los enfrentamientos sociales y políticos y no debe estudiarse como una anomalía o como consecuencia de

¹ MORENO GÓMEZ, F.: *La guerra civil en Córdoba (1936-1939)*, Madrid, Editorial Alpuerto, 1985, p. 461. Este texto constituye una versión diferente a la publicada en CRUZ, R.: «Olor a pólvora y patria. La limpieza política rebelde en el inicio de la guerra de 1936», en GÁLVEZ, S. (coord.): *Generaciones y memoria de la represión franquista. Un balance de los movimientos por la memoria*, Dossier monográfico en *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 7 (2007), UCM, Madrid [<http://hispanianova.rediris.es/7/dossier>]; texto reproducido también en CRUZ, R.: *Repertorios. La política de enfrentamiento en el siglo XX*, Madrid, CIS, 2008.

² Causa 198/37, reproducido en GRANDÍO, E.: *Años de odio. Golpe, represión e guerra civil na provincia da Coruña*, A Coruña, Deputación da Coruña, 2007, p. 170.

situaciones esporádicas que requieren un análisis diferente. Tampoco sería conveniente entender la violencia por la específica propensión de algún tipo de personas a perpetrar actos de ese carácter, sino como producto de las relaciones sociales, de la misma manera que sucede en los enfrentamientos sin violencia. Ambos tipos tienen su origen en una multitud de conflictos sociales inherentes a toda relación.

La violencia colectiva se produce también de forma habitual en las guerras entre Estados y en las guerras internas y, en ambos casos, se presenta de muy diferentes formas. A la violencia producida por los ejércitos en las batallas suelen sumarse otros tipos de violencia, como los fusilamientos de soldados enemigos «sobre el terreno», los bombardeos de ciudades, el asesinato de civiles en los territorios conquistados, el saqueo, las violaciones, las venganzas, el pillaje militar, las torturas, etcétera: diversos tipos de violencia cometidos por distintos agentes y contra diferentes clases de víctimas.

Limpieza política

Algunas de esas formas de violencia se integran en un conjunto que podría denominarse «limpieza política», un concepto preferible a otros como «limpieza étnica», «terror», «represión», «crímenes de guerra», «crímenes contra la humanidad», «barbarie», «masacres» o «genocidio», acuñado este último por Raphael Lemkin en 1944³.

La «limpieza política» puede ser definida como la dinámica de homogeneización política de la población de un territorio por medio del uso de la fuerza o la intimidación contra personas pertenecientes a grupos identificados como enemigos políticos. Es un concepto más amplio que el de «politicidio», al incluir la eliminación de cargos institucionales. La limpieza política se produce durante campañas de aniquilación, al indicar la persistencia de las agresiones y en las que el objeto de ataque no es una organización especializada en los medios de coerción⁴.

³ LEMKIN, R.: *Axis Rule in Occupied Europe: Laws of Occupation, Analysis of Government, Proposals for Redress*, Washington, Carnegie Endowment for International Peace, 1944. Definiciones de algunos de estos conceptos, en KALDOR, M.: *Las nuevas Guerras. Violencia organizada en la era global*, Barcelona, Tusquets, 2001 [1999], pp. 49-51.

⁴ Limpieza política, en MANN, M.: *Fascists*, Nueva York, Cambridge University Press, 2004, pp. 343-344. Campañas, en TILLY, Ch.: *The Politics of collective Violence*,

A pesar del carácter trágico, demoledor, decidido y constante, las campañas de limpieza política se producen, en general, sin planificar de antemano y sin una intención inicial de los agentes. Constituye más bien una especie de «Plan C», después de haber fallado un «Plan A», consistente en el ejercicio de una violencia más o menos rutinaria en el marco de un régimen político relativamente intacto; y haber fallado también un «Plan B», una versión más directa y radical de la violencia ejercida en el anterior, en el contexto de una ofensiva armada al margen de las leyes e instituciones de un régimen establecido⁵.

La violencia más o menos rutinaria se transforma en campañas de limpieza política en escalada, debido al desencadenamiento de crisis políticas desestabilizadoras de los Estados, como rebeliones, situaciones revolucionarias y guerras.

La limpieza política en las guerras

En el análisis de las campañas de aniquilación de la guerra española se echa de menos una comparación con la producida en otras guerras internas similares durante el siglo XX. Sin salir de Europa pueden mencionarse las guerras internas entabladas en Albania (1912-1913 y 1943-1944), Finlandia (1918), Rusia (1918-1920), Portugal (1919), Irlanda (1919-1923), España (1936-1939), Grecia (1944-1948), Yugoslavia (1941-1944, 1991-1996, 1999), Francia (1941-1944), Italia (1943-1945), Chipre (1955-1959, 1963-1964) y Chechenia (1994-1996 y 1999-?), algunas de ellas durante la ocupación del territorio por ejércitos de otros Estados.

En Finlandia se desencadenó una guerra interna entre febrero y mayo de 1918, prolongada durante el verano por el internamiento en campos de concentración de soldados enemigos. Hubo 36.000 muertos, el 1 por 100 de la población finesa, que puede compararse con el 2 por 100 de las víctimas mortales en la guerra de los Estados Unidos en 1861-1865. La limpieza política supuso la muerte de 1.600 soldados «blancos» y 8.400 «rojos», así como la de 13.500 «rojos» internados en campos de concentración.

Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 14-15 y 105. Politicidio, en GONZÁLEZ CALLEJA, E.: *La violencia en la política*, Madrid, CSIC, 2003, p. 385.

⁵ Los planes, en MANN, M.: *The dark side of democracy explaining ethnic cleansing*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 5-8.

Sin declararse la guerra de manera oficial, entre febrero de 1945 y febrero de 1946 se produjeron 2.000 asesinatos en Grecia perpetrados por grupos anticomunistas. En éstas, y en el resto de las experiencias europeas, existieron diversos ritmos y grados de magnitud, extensión, dispersión o centralización y diversidad de la limpieza política y de relación con los enfrentamientos pasados, presentes y futuros.

Mientras no se haga una comparación de algunas de estas experiencias europeas con la española de 1936 y, a través de ella, se realice una comprobación de las hipótesis expuestas desde hace años hasta hoy por la historiografía sobre la guerra española no se podrá avanzar de forma contundente en la comprensión de la limpieza política desencadenada en la Guerra de los Tres Años⁶.

En España, la Guerra de los Tres Años

Los episodios de enfrentamiento con violencia a pequeña escala desplegada con anterioridad al 17 de julio de 1936 fueron reemplazados por el ejercicio de la violencia colectiva a gran escala con el inicio de la guerra. La razón de ese cambio fue el derrumbe del Estado español, producto de la rebelión militar en una parte significativa del territorio, las insurrecciones urbanas relacionadas con las distintas iniciativas militares —a favor o en contra de la rebelión— y la distribución masiva de armas a grupos políticos y sindicales en ambos lados, ocurrida desde el mediodía del 19 de julio en el bando republicano y desde el 18 y 19 de julio en el bando rebelde.

El resultado de estos enfrentamientos —en esencia de carácter militar— fue la pérdida de las capacidades coercitivas en posesión exclusiva de un gobierno —el gobierno de la República dirigido por Santiago Casares Quiroga— hasta el 17 de julio, y su dispersión en múltiples grupos militares y civiles a lo largo del territorio. En los días de la rebelión militar y su resistencia se había producido *una situación revolucionaria*, es decir, un proceso político en el que dos o más bloques realizan una reclamación por el control exclusivo del Estado y

⁶ Comparaciones generales del desarrollo de las guerras, en CASANOVA, J.: «Civil Wars, Revolutions and Counterrevolutions in Finland, Spain, and Greece (1918-1949): A Comparative Analysis», en *International Journal of Politics, Culture and Society*, 13-3 (2000), pp. 515-537; y en MINEHAN, P.: *Civil War and World War In Europe. Spain, Yugoslavia, and Greece, 1936-1949*, Hampshire, Palgrave Macmillan, 2007.

reciben el apoyo de alguna parte importante de la población. Lo que no ocurrió fue *un resultado revolucionario*, es decir, ninguna transferencia completa de poder del Estado. Los sublevados no pudieron conquistar Madrid durante aquellos días, única forma de desplazar a los gobernantes anteriores y ocupar su puesto en el Estado. Las diversas iniciativas y respuestas militares de los días de julio provocaron un reparto del territorio⁷.

Y la situación revolucionaria permaneció intacta... durante tres años. En efecto, en poco más de una semana después de la inicial rebelión militar del 17 de julio en el norte de África, esa situación revolucionaria adoptará la forma de *una guerra interna*. Todos los contendientes anunciaron en los primeros días que iba a ser corta, pero la guerra se prolongó al intervenir diversos Estados europeos que proporcionaron ayuda militar y económica a ambos bandos, aunque de forma desequilibrada y muy ventajosa para el bando rebelde.

Entonces puede pensarse que buena parte de las características de la violencia rebelde en esos primeros meses de enfrentamiento a gran escala fue el resultado del propio proceso desencadenado, en primer lugar, por la rebelión militar iniciada el 17 de julio y, en segundo lugar, por el inicio de la guerra, algunos días más tarde.

Durante las tres legislaturas republicanas, diversos gobiernos ya habían aplicado diferentes políticas de exclusión. Entre ellas, destaca la desplegada contra los insurrectos y huelguistas de octubre de 1934, con la ilegalización de los partidos políticos participantes, la apertura de numerosos procesos judiciales, el encarcelamiento de miles de personas y algunas sentencias de muerte cumplidas y conmutadas. Pero ni esta experiencia ni ninguna otra —como las orientaciones del general Mola para extremar la violencia en los primeros momentos de la rebelión— prejuzga si, en el verano de 1936, se iba a matar de forma

⁷ Los conceptos de situación y resultado revolucionario como dos partes de una revolución política proceden de TILLY, Ch.: *Las revoluciones europeas. 1492-1992*, Barcelona, Crítica, 1992. El uso del término «revolución» en el análisis de Tilly y, por derivación, en este texto no implica que los protagonistas fueran «revolucionarios» o estuvieran haciendo «la revolución», una actitud política e ideológica que «chirría» al referirse a los rebeldes en la guerra de 1936. En su lugar, debe entenderse como una herramienta conceptual que sirve para definir un proceso político en el que no existe una sola autoridad estatal en un territorio, se produce la lucha por la existencia de un solo Estado y puede haber o no una transferencia del poder del Estado anterior a otro distinto, inexistente antes de empezar el proceso político revolucionario.

tan generalizada como a la postre ocurriera⁸. Tampoco existió una disposición especial propensa al aniquilamiento del adversario, como afirmó Azaña y resaltaron con posterioridad algunos de los valedores de la guerra fratricida, ya que si hubiera sido así el número de muertos habría sido mucho más alto y las campañas de aniquilación, más prolongadas e intensas.

Desde esta perspectiva contingente, y en esencia derivada del derrumbe del Estado por la rebelión militar, habría que explicar dos cosas: ¿por qué empiezan las campañas de limpieza política nada más comenzar la rebelión militar y la insurrección urbana consiguiente?; ¿por qué no sólo no se mantiene, sino que aumenta, el número de asesinatos tras el inicio de la guerra y durante el verano-otoño?

Aunque puedan existir otras variables y circunstancias tan decisivas, este texto se concentra en dos de ellas: en primer lugar, la que relaciona las campañas de aniquilación y el proceso político; en segundo lugar, la que vincula la limpieza con la consideración del enemigo por los agentes y observadores de las campañas. Sólo voy a analizar la limpieza política perpetrada en el campo rebelde y en el verano y otoño de 1936, periodo en el que se produce quizá más de la mitad aproximada del total de asesinatos durante la guerra en ese bando⁹.

Variable relacionada con el proceso político

La dinámica general que agrupa al conjunto de circunstancias bajo la condición de esta variable residió en la participación de agentes de

⁸ No puede hablarse, sin embargo, en términos absolutos. Puede situarse una secuencia de tres procesos que sirvieron de contexto para la realización y alcance de las campañas de aniquilación. El primero de ellos fue el de la preparación de la rebelión, durante las semanas anteriores al 17 de julio. Los conjurados pensaron en la neutralización de los adversarios, sobre todo, de los dirigentes militares y políticos. El segundo proceso fue el de la propia rebelión y su resistencia. En ese contexto, las campañas locales fueron muy rápidas y amplias, pero limitadas, si no se hubiera producido su continuación y desborde en el tercer proceso, el de inicio de una guerra, donde las campañas, sobre todo en los dos primeros meses, fueron constantes, decididas y de un alcance extraordinario. Si existen vínculos entre el primer y el segundo proceso, creo que existen menos entre el primero y el tercero.

⁹ Una síntesis interpretativa actualizada de la violencia en toda España durante la guerra y los primeros años de la victoria, en RODRIGO, J.: *Hasta la raíz. Violencia durante la Guerra Civil y la Dictadura Franquista*, Madrid, Alianza Editorial, 2008.

la limpieza política en procesos políticos que influyeron o desempeñaron el papel de oportunidad en la realización de las campañas rebeldes de aniquilación.

En primer lugar, debe destacarse la relevancia inicial de la eliminación de las barreras legales anteriores. El derrumbe instantáneo de la capacidad coercitiva del Estado republicano implicó la desaparición de las leyes represivas y de las dinámicas de control policial existentes hasta el mismo 17 de julio de 1936; una situación que facilitaba la comisión de lo que hasta ese día habían sido considerados delitos punibles por el Código Penal reformado de 1870. El derrumbe del Estado actuaba como una oportunidad para que personas y grupos con armas pudieran ejercer la autoridad hasta entonces en manos exclusivas de un único gobierno.

En segundo lugar, en el mismo instante de la sublevación militar y las insurrecciones urbanas se inició en la zona rebelde —así como en el lado contrario— el despliegue de lo que podría denominarse una estrategia revolucionaria, es decir, un conjunto de iniciativas extendidas para la conquista del poder con la exclusión y reducción de los adversarios más señalados, esto es, jefes y oficiales del Ejército y cargos institucionales del régimen republicano, como gobernadores civiles, alcaldes y concejales, así como miembros de las gestoras provinciales. Esa estrategia constituye una maniobra habitual en todo inicio de situaciones revolucionarias en el territorio por controlar. Así ocurrió de manera inmediata tras la rebelión militar, con especial incidencia en la zona del norte de África, donde los militares rebeldes fusilaron a varias docenas de compañeros de armas para hacer irreversible su control del Protectorado¹⁰.

En tercer lugar, a pesar de los rumores y de la publicidad de la rebelión militar durante las semanas anteriores al 17 de julio, ésta produjo a la postre una enorme desorientación en sus protagonistas. Por ello, la rebelión militar introdujo tremendas dosis de incertidumbre sobre quiénes se sumarían a la acción de los rebeldes y quiénes apoyarían de manera activa al Gobierno. La violencia rebelde inicial se produjo en ese contexto, con el objeto de reducir la incertidumbre sobre la ubicación de los protagonistas: incertidumbre sobre la posición de

¹⁰ ESPINOSA MAESTRE, F.: «Julio de 1936. Golpe militar y plan de exterminio», en CASANOVA, J., *et al.*: *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 62.

los oficiales y jefes del Ejército regular y de los policías no contactados por los rebeldes con anterioridad; incertidumbre sobre los «aliados» o «enemigos» civiles, cuya disposición podía entrañar un recurso tanto favorable como peligroso para los objetivos de la sublevación; pero, también, incertidumbre sobre qué harían los enemigos si se encontraran libres para actuar, si serían capaces de convocar, por ejemplo, la temida huelga general. De ahí que fuera coherente con esas apreciaciones la detención o pronto fusilamiento de los oficiales del ejército, los dirigentes políticos de la izquierda y de los sindicatos.

Una incertidumbre incrementada por el fracaso de la rebelión en cuanto a la imposible conquista inicial de Madrid y la percepción exagerada por parte de los rebeldes sobre el poder del Gobierno de la República para rematar la faena. La violencia significó, en ese sentido, un canal abierto de comunicación con el Gobierno de la República: había que demostrar a Madrid con rapidez que la actitud de los rebeldes era irreversible.

En definitiva, al detener, fusilar, intimidar... se delimitaban los campos de enfrentamiento, se establecían los argumentos de la rebelión, se amedrentaba a los potenciales enemigos y se encontraban aliados por la razón de la fuerza. La violencia de los primeros días representó una solución a la incertidumbre de los inicios.

En cuarto lugar, en las zonas conquistadas por los rebeldes se produjo de inmediato una polarización política e identitaria. Meses atrás, al menos desde las elecciones de febrero, se había pasado de la fragmentación-polarización de los bloques y de la dinámica mayoría-oposición parlamentaria a una convergencia posterior por la incorporación al régimen republicano de sectores más moderados e incluso católicos, en el contexto de la desintegración de la CEDA. En la semana posterior al 17 de julio, en virtud del poder de las armas, de la incertidumbre por el resultado del enfrentamiento y de los objetivos de las nuevas autoridades militares, resurgió la polarización entre partidarios de la rebelión y los no partidarios, con la marginación de las posiciones moderadas.

La polarización se intensificó cuando los rebeldes prescindieron de la retórica republicana y adoptaron el lenguaje de cruzada religiosa y se arroparon con la bandera rojigualda. La identidad católica se convirtió en la más extendida y compartida, al cooptar en la práctica la identidad nacional impulsada por falangistas, alfonsinos y militares. La polarización se hizo muy visible en la vida cotidiana y en los actos

oficiales, casi siempre con presencia de buena parte de la población. Una hipotética posición moderada, equidistante de los dos bandos en lucha perdió su lógica política, se convirtió en peligrosa para la supervivencia individual y, por tanto, quedó estrangulada¹¹.

Esa polarización no se identificó necesaria y directamente con la violencia a gran escala. No fue su razón de ser u origen. La polarización se había producido ya, por ejemplo, en algunas semanas de 1936, pero su activación puede considerarse el marco necesario para que algunos de los protagonistas promuevan el ejercicio de la violencia colectiva y ésta se convierta en algo más peligrosa por sumarse al aprovechamiento de una gran oportunidad: el derrumbe del Estado y la distribución y el uso legítimo de las armas para vencer a los enemigos. La polarización por lo general facilita la violencia colectiva porque visibiliza con mayor nitidez la separación política entre grupos, inutiliza o incorpora al bando vencedor a los hasta entonces no comprometidos y crea oportunidades a los dirigentes políticos para tomar iniciativas más extremas contra sus enemigos¹².

En quinto lugar, el aumento de la competencia política en cada uno de los bandos, debido a la apertura de procesos de conquista y reordenación del Estado, elevó la amenaza o el uso de las armas en retaguardia a la categoría de recurso en la disputa política con los potenciales competidores. En la búsqueda del reconocimiento del derecho al control exclusivo de un territorio y una población, matar se convirtió en poder. Falangistas, carlistas, albiñanistas, guardias civiles y oficiales del Ejército regular compitieron entre sí en las detenciones y ejecuciones de los individuos considerados enemigos¹³.

Matar, además, formaba parte de la subversión en ciernes en el bando rebelde, como un elemento más de la drástica transformación política respecto de la República. La sangre vertida del enemigo cons-

¹¹ Ejemplos de clima popular de polarización y exaltación del mando, en MORENO GÓMEZ, F.: *La guerra civil en Córdoba...*, op. cit., p. 307; y VINCENT, M.: *Catholicism in the Second Spanish Republic. Religion and Politics in Salamanca, 1930-1936*, Oxford, Clarendon Press, 1996, pp. 246-257. La identidad católica durante los primeros meses de la guerra, en CRUZ, R.: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 300-312.

¹² TILLY, Ch.: *The Politics of collective Violence*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 21-22.

¹³ CABANELLAS, G.: *La guerra de los mil días*, 2 vols., México, Grijalbo, 1973; GIL ANDRÉS, C.: *Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*, Barcelona, Crítica, 2005; GRANDÍO, E.: *Anos de odio...*, op. cit., pp. 159 y ss.

tituía un símbolo de un régimen por construir que se pretendía radicalmente distinto, un detalle muy lejano a un simple cambio de gobierno, de mayoría parlamentaria o de legislación.

Las campañas de aniquilación se realizaron al unísono del despliegue de una gran movilización política de cada grupo competidor en el bando rebelde. La movilización, en forma de desfiles, procesiones, entierros, concentraciones, mítines, etcétera, se convirtió, además, en una gran oportunidad para la limpieza política, al activar la identidad propia y elevar la consideración negativa del enemigo. El éxito de la movilización acrecentó el compromiso y la respetabilidad de la causa por la que morían y mataban. De esa manera, la movilización reducía el coste de matar. Dejemos que se complete el párrafo iniciado con la frase anterior de Moreno Gómez sobre la experiencia cordobesa:

«El clima de exaltación de los sublevados en Córdoba llegaba al paroxismo. Los himnos y manifestaciones “patrióticas” eran espectáculo diario en las avenidas de la capital, que al anochecer resucitaba de su sopor veraniego y se animaba con las interpretaciones de la Banda de Música y su mejor repertorio militar y falangista, para acabar cada madrugada con la conducción de varias decenas de infortunados en el “camión de la muerte” hasta las tapias de los cementerios»¹⁴.

Y de manera inversa, la limpieza política se convirtió en movilización al encumbrar a las milicias que la realizaron, debido al carácter de espectáculo público que adquirieron las ejecuciones, como las celebradas en las plazas mayores de las ciudades durante el Antiguo Régimen. Con su asistencia ahora, como entonces, la población asistente reconocía el papel de autoridad de los jueces y verdugos, certificaba como positiva la limpieza política y simbolizaba con su presentación en el lugar la unión de autoridades y pueblo en la búsqueda de la victoria sobre el enemigo. Pero, sobre todo, la presencia de la población resultaba ser una iniciativa con el objetivo de asegurar la supervivencia colectiva: una actitud de aquiescencia e, incluso, de entusiasmo, reducía las sospechas de disentimiento de la población, una percepción siempre disponible y rauda a relucir por los partidos, milicias, policías y militares rebeldes¹⁵.

¹⁴ MORENO GÓMEZ, F.: *La guerra civil en Córdoba...*, op. cit., p. 307.

¹⁵ Los espectáculos públicos de represión, en *El Norte de Castilla*, 25 de septiembre de 1936; FRASER, R.: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, Barcelona, Crítica, 2007,

En sexto lugar, la violencia colectiva en forma de limpieza política pudo realizarse a partir de la dispersión o descoordinación entre los principales dirigentes políticos y militares que actuaron de una manera autónoma y exclusiva en el territorio bajo su control al menos durante casi todo el año 1936. Esa descoordinación en la cumbre del poder político facilitó la actuación de todo tipo de agentes de la limpieza política sin un control central efectivo permanente. La dispersión, además, aumentó la incertidumbre, la polarización y la competencia política que, como se observó con anterioridad, proporcionaron oportunidades para llevar a cabo las campañas. Dionisio Ridruejo dio su parecer respecto a lo sucedido:

«Para la represión informal o espontánea, entraron en trágico concurso todas las milicias, las fuerzas de seguridad y los partidos de ocasión, bajo la tutela de autoridades aquiescentes o inspiradoras y con la instigación y denuncia de sanedrines reaccionarios y cacicatos rurales. Pasados los primeros meses, el Ejército tomó el control exclusivo de ella, formalizándola a través de los consejos de guerra, salvo cuando la ejecutaban directamente las fuerzas de ocupación»¹⁶.

Pero en ocasiones, las mismas autoridades formales no tenían capacidades suficientes en todos los lugares para imponer sus propios criterios:

«Muchas veces, las ejecuciones se llevaban a cabo contra las órdenes expresas de las autoridades, impotentes para contener la ola de crímenes... El Gobernador Civil de Valladolid —ahora se trata de ley “nacional”, claro está— resulta impotente para contener el reinado del terror»¹⁷.

En séptimo lugar, el derrumbe del Estado, la competencia política, la polarización y las actividades armadas en el frente encumbraron

pp. 226-227; GRAHAM, H.: *The Spanish Republic at War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002 [traducción castellana, 2006], pp. 117-118.

¹⁶ RIDRUEJO, D.: *Escrito en España*, Madrid, G. del Toro Editor, 1976, p. 120. Abundan en la autoría dispersa de la limpieza política: CABANELLAS, G.: *La guerra de...*, op. cit., vol. 2, pp. 846-861; ORTIZ VILLALBA, J.: *Sevilla, 1936: del golpe militar a la guerra civil*, Córdoba, Vistalegre, 1998, p. 148; HERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *La represión en La Rioja durante la guerra civil*, 3 vols., Logroño, Ingrabel, 1984, p. 26; GRANDÍO, E.: *Años de odio...*, op. cit., p. 160.

¹⁷ CABANELLAS, G.: *La guerra de...*, op. cit., p. 858.

a los especialistas en el ejercicio de la violencia, en esencia, oficiales del Ejército regular, guardias civiles, guardias cívicas, bandas y milicias de partido. Su protagonismo y extensión fueron importantes por el reparto generalizado de armas desde los primeros días de la rebelión y la organización del esfuerzo militar. La entrega de armas fue relativamente selectiva ya que, por la polarización existente, se cerró el acceso a las armas a otros grupos y personas que no contaron con la confianza inicial de las autoridades militares o de los grupos armados.

La entrega de armas, además, supuso una certificación para su uso discrecional por parte de las autoridades militares:

«Los jefes provinciales de Falange tenían facultades para disponer fusilamientos, con carácter de autoridad suprema, juzgando por sí y ante sí la responsabilidad de cada uno. En competencia con las milicias políticas, fuerzas militarizadas se dedicaban también a cometer crímenes con la máxima impunidad»¹⁸.

De esa manera, las funciones policiales que, en una situación no bélica, se encuentran muy reguladas por leyes y técnicas y supervisadas por mandos centralizados, en un semi-Estado como el rebelde del verano y el otoño de 1936 se encontraron dispersas en multitud de grupos armados, autónomos entre sí y con jefes que competían entre sí por el control del territorio o por actuar en la dirección de la victoria militar sobre el enemigo. Con todas estas condiciones, la proliferación de armas y de grupos armados facilitó la inflación asesina en el bando rebelde.

En último lugar, esta extensión de armas y grupos armados facilitó la limpieza política en todo tipo de núcleos de población: en pequeñas y medianas ciudades, así como en pueblos de reducidas dimensiones. En ellos, los enfrentamientos políticos ocasionados por la rebelión militar del 17 de julio a escala nacional se convirtieron en enfrentamientos a escala local, de barrio, etcétera. Las transformaciones políticas operadas en una dimensión amplia afectaron a las relaciones sociales locales, de carácter vecinal y familiar. Parte de la población en las zonas controladas por los rebeldes entendió que era el momento de cambiar los términos de las relaciones instituidos durante los últimos años o meses, en pleno régimen republicano. La

¹⁸ *Ibid.*, p. 853.

nueva situación bélica era propicia para cambiar las posiciones sociales de estatus, influencia y dominación, alteradas por los cambios y enfrentamientos republicanos.

«La mirada que acusa, el dedo que denuncia y la mano que apunta los nombres en la lista estaban dentro de los pueblos», señala Carlos Gil Andrés, para afirmar que los participantes necesarios de la limpieza política fueron vecinos¹⁹. Vecinos que, hasta entonces, habían sobrellevado sus relaciones sin ejercer violencia de forma tan generalizada pero que, a partir de la rebelión militar y el inicio de la guerra, encontraron una oportunidad para dirimir los conflictos sociales de manera violenta. Sus diferencias, quizá, no eran políticas ni pertenecían a partidos o bandos distintos: el conflicto que mantenían era de posición social, de estatus, reformulado por la aplicación de la reforma agraria, las huelgas y los jurados mixtos, la política local desde el Ayuntamiento, los ascensos profesionales por designación, etcétera²⁰.

Ocurrió de forma similar en 1931, tras la proclamación de la Segunda República; otra vez, después de la huelga general de octubre de 1934; y, finalmente, durante la primavera de 1936, con el triunfo de la coalición de izquierda en las elecciones de febrero. En todas estas ocasiones, los cambios de régimen, de gobierno y los enfrentamientos políticos a escala nacional se trasladaron al ámbito local en forma de conflicto y, a veces, de violencia individual y colectiva. Pero en todas aquellas ocasiones, en una dimensión mucho menor que la de la experiencia vivida del verano y otoño de 1936, cuando el derrumbe del Estado y la proliferación de armas y grupos armados hicieron posible que los enfrentamientos por la posición social entre vecinos se mancharan de sangre a borbotones.

Variables relacionadas con la consideración del enemigo

La guerra iniciada en la última semana de julio de 1936 en los frentes se extendió a la retaguardia. En ella se activó una especie de síndrome de la «quinta columna», por el que resultaba peligroso convivir con toda persona que no se adhiriera a los rebeldes y colaborara con ellos. Surgió entonces un proceso de identificación de todas esas

¹⁹ GIL ANDRÉS, C.: *Lejos del frente...*, op. cit., p. 183.

²⁰ GOULD, R. V.: *Collision of Wills. How Ambiguity about Social Rank Breeds Conflict*, Chicago, The University of Chicago Press, 2003, pp. 157-164.

personas, consideradas de manera individual, por acciones o creencias reveladas, o por su pertenencia conocida a agrupaciones políticas o sindicales. Esa identificación se realizó desde tres posibles perspectivas, según se orientaran al pasado, al presente o al futuro²¹.

Se identificó a los enemigos bajo una perspectiva orientada al pasado, al otorgar prioridad al «ajuste de cuentas» respecto de los enfrentamientos anteriores. Entre ellos cabe destacar las insurrecciones anarquistas de 1932 y 1933, la huelga general y las insurrecciones de octubre de 1934 y los enfrentamientos de la primavera de 1936. Ajuste de cuentas que también fue respuesta a las disputas por la alteración de la posición social en la vecindad y el trabajo, así como por la competencia sindical anterior, de la que fue una muestra la violencia cometida por «los camisas nuevas» —muchos de ellos, antiguos anarcosindicalistas— de Falange Española contra miembros de la UGT.

Se identificó a los enemigos, además, con una perspectiva orientada al presente, cuando se recibieron rumores y noticias del comportamiento belicoso del enemigo, al organizar columnas de civiles —militianos— para participar en la guerra como soldados, al detener y asesinar a sus camaradas en la otra zona y al lanzar bombas sobre las ciudades controladas por los rebeldes.

Esta orientación se completó con el convencimiento de la existencia de un aliado exterior del enemigo muy poderoso: la Unión Soviética. Una consideración que se produjo, incluso, con anterioridad a la entrega de ayuda armamentística al Gobierno republicano por parte de ese país en octubre de 1936. Tal convencimiento se extendió a través de la prensa publicada en la zona rebelde, y la idea de la participación soviética llegó a ser tan difundida que se identificó al enemigo como extranjero, no español, al ser dirigido desde la Rusia soviética.

Se identificó a los enemigos, por último, con una perspectiva orientada al futuro, al entender que, con la perpetración de la limpieza política, los rebeldes se anticipaban e impedían la realización de una revolución comunista futura si el enemigo triunfaba. En los primeros meses de la guerra se publicaron en la prensa y en libros de la zona rebelde supuestos informes sobre la preparación de una revolu-

²¹ Aunque no se utiliza la misma argumentación, las tres perspectivas se encuentran presentes en el libro de SEVILLANO, F.: *Rojos. La representación del enemigo en la Guerra Civil*, Madrid, Alianza Editorial, 2007.

ción comunista, a la que de hecho se anticiparon los militares sublevados. Entonces, su consecución era más que cierta si la guerra terminaba con el triunfo del enemigo.

Cada una de estas perspectivas de orientación en la identificación del enemigo apareció de manera diferente en cada territorio, en cada agrupación, en cada familia, en cada persona²². Pudo abrazarse una de ellas, pero no la misma en todas las comunidades. Así se explicaría, por ejemplo, que en algunos lugares no existiera una limpieza proporcional a la magnitud de los enfrentamientos durante el régimen republicano. En otras zonas, como La Rioja, las campañas de aniquilación se cebaron en los protagonistas de la insurrección de diciembre de 1933. Una orientación hacia el presente pudo ser la fundamental, por ejemplo, en Huelva, donde no existió ninguna relación entre los escasos asesinatos cometidos por los defensores de la República en las primeras semanas y las decenas de ellos perpetrados por los rebeldes al conquistar la provincia²³.

Una perspectiva orientada hacia el futuro pudo extenderse sobre todo entre los jefes militares y dirigentes políticos, quienes miraron más allá de las contingencias de la guerra, ocupándose ya desde el principio de eliminar toda rebeldía futura. A esta posibilidad se refiere Michael Richards al afirmar:

«La represión fue intencionalmente exhaustiva, no con miras a la seguridad presente, sino destinada a retirar para el futuro todo obstáculo probable, toda veleid de oposición, todo rebrote de las fuerzas o significaciones condenadas»²⁴.

Cuando en algunos lugares pudieron unirse las perspectivas orientadas hacia el pasado, el presente y el futuro, a cargo de diferentes grupos, el enemigo identificado de esa manera resultó ser dema-

²² Una visión general y completa de las razones de las campañas, en LEDESMA, J. L.: «La “santa ira popular” del 36: la violencia en guerra civil y revolución, entre cultura y política», en MUÑOZ, J. L.; LEDESMA, J. L., y RODRIGO, J. (coords.): *Culturas y políticas de la violencia en la España del siglo XX*, Madrid, Editorial Siete Mares, 2005, pp. 147-192.

²³ La Rioja, en GIL ANDRÉS, C.: *Lejos del frente...*, op. cit., p. 182; y HERNÁNDEZ GARCÍA, A.: *La represión en La Rioja...*, op. cit., pp. 9 y 11. Huelva, en ESPINOSA MAESTRE, F.: «Julio de 1936...», op. cit., p. 55.

²⁴ RICHARDS, M.: *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 1999 [1998], p. 31.

siado culpable y peligroso para dejarlo suelto por la calle; se apilaban muchos argumentos para su aniquilación. De ahí las campañas realizadas por los rebeldes.

Conclusiones

Puede llegarse a una primera conclusión: las campañas de aniquilación del enemigo no han sido nunca necesarias o imprescindibles para la victoria de un ejército en una guerra. Sin duda, en el caso español, pudieron haber sido sustituidas por la combinación de detenciones masivas, algunos asesinatos y la utilización permanente de la amenaza de fuerza. En este texto no se defiende un enfoque idealista o estructural de la violencia, al no fiar la argumentación sobre todo en las intenciones previas o en la ideología de los agentes de la limpieza política. En su lugar, las campañas de aniquilación se produjeron por la creación de una serie de oportunidades y procesos acaecidos en el mismo verano y otoño de 1936.

Lejos de ser producto esencial de una planificación realizada de antemano y perpetrada por agentes especialmente predispuestos a matar de manera masiva, la limpieza política fue un proceso improvisado de carácter político y cultural. Lo que en realidad influyó en las decisiones para matar de forma generalizada fue la eliminación de los resortes de la ley republicana al derrumbarse el Estado en los territorios conquistados por los rebeldes en una secuencia revolucionaria iniciada el 17 de julio, primero a partir de una rebelión militar y, poco después, del desencadenamiento de una guerra.

En ese contexto revolucionario se generaron procesos de incertidumbre, polarización, competencia y movilización políticas, así como de dispersión o descoordinación del poder que alimentaron la posibilidad de políticas crueles, represalias, ajustes de cuentas, represiones ejemplares y masacres. Cuando cada uno de los poderes fragmentados intervenía de forma protagonista en el proceso político existente en el bando rebelde, matando, producía la impresión de una intervención irreversible, con independencia del resultado conseguido para lograr la victoria en la guerra.

En ese contexto revolucionario y bélico debe incluirse un proceso de carácter cultural consistente en la identificación del enemigo desde una triple perspectiva, según su orientación fuera hacia el

pasado, el presente o el futuro. El alcance y la extensión de la limpieza política pudo relacionarse con la percepción de agravios pasados, de agresiones presentes y de peligros futuros. Aunque esa identificación tripartita del enemigo no se produjo en todos los lugares ni entre todos los grupos, al activarse las perspectivas de manera aislada, compartida o a la vez, erigieron argumentos con los que aniquilar a la población no adherida de manera activa a los rebeldes, en forma de campañas.

Qué violencia para qué retaguardia o la República en guerra de 1936

*José Luis Ledesma**

Universidad de Zaragoza

Resumen: El objetivo de este artículo es servirse de la discusión de los conceptos cuyo debate propone este dossier —retaguardia, cultura de guerra, movilización— para tratar de abrir nuevas vías de análisis y problematizar nuestro conocimiento sobre las violencias que tuvieron por escenario la zona republicana al principio de la Guerra Civil española de 1936-1939. A partir de la lectura crítica de los orígenes y contexto político de esas violencias, lo que se sugiere es que estas últimas no eran el mero producto de un supuesto vacío de poder. Estaban más bien generadas por la inicial atomización del poder y por la consiguiente pléyade de unos grupos y organizaciones armados para los que la violencia no era la simple represión de los enemigos. Su administración y «control» constituían también un vector nuclear en la lucha por espacios de poder y autoridad en la retaguardia republicana y remitían, en última instancia, a una disputa discursiva de gran calado y recorrido político: qué «justicia popular» para qué revolución.

Palabras clave: violencia, Guerra Civil, cultura de guerra, retaguardia, movilización, revolución.

Abstract: This article attempts to use the discussion of the key concepts that guide this dossier —rearguard, war culture, mobilization— with a view to help further and problematize our understanding of the nature of the violence employed on the Republican side in the Spanish Civil War (1936-39). By critically examining the origins, political context and production of violence, I suggest that violent practices were not the mere

* El autor participa en el Proyecto «Memoria de dictaduras, políticas de olvido y reconciliación: un estudio comparado de España y Argentina» (HUM2006-05172).

product of a vacuum of power. They were generated by the initial atomization of power and by the subsequent presence of numerous armed groups and organizations for which violence was not only a matter of punishing enemies. The administration and «control» of violence were a tool in the struggle for spaces of power and authority, and they ultimately referred to a crucial discourse contention that was at play among the different political actors and powers: what «popular justice» for which revolution.

Key words: violence, Spanish Civil War, war culture, rearguard, mobilization, revolution.

«Determinar el principio en virtud del cual ha de morir el acusado es determinar el principio en que vive la sociedad que lo juzgó. La Revolución, juzgando a Luis XVI, se decía de qué ideas morales se componían su vida y su derecho» (Jules Michelet, *Historia de la Revolución francesa*).

Cuando vaticinaba, a la altura de 1937, que «la guerra, el pánico, el odio, la miseria y la memoria de horribles crímenes obstaculizarán la libertad seguramente por largo tiempo», José Castillejo no erraba. La base real que significaban los ecos, miedos y venganzas generados por la contienda y el abrasivo relato de la guerra que sobre ellos construyeron los vencedores sirvieron, en efecto, de argamasa para la implantación y perpetuación de la longeva dictadura franquista. De hecho, quizá el veterano pedagogo institucionista también podía prever que esa «memoria de horribles crímenes» sería asimismo un duro obstáculo que pesaría sobre el recuerdo individual y colectivo del conflicto fratricida. Lo que tal vez ni siquiera él podía intuir es que, a través de los complejos meandros de lo que seguimos llamando de modo abusivo «memoria», esa traba habría de pervivir durante décadas, que todavía setenta años después iba a condicionar y, a menudo, ofuscar toda representación pública de la Guerra Civil, y que tampoco los historiadores iban a ser enteramente inmunes a tales rémoras¹. Frente a ello, este ensayo tiene como objetivo aportar algunos interrogantes y elementos conceptuales para una lectura crítica de las violencias que tuvieron por escenario la retaguardia republicana-

¹ CASTILLEJO, J.: *Guerra de ideas en España. Filosofía, política y educación*, Madrid, Siglo XXI, 2009 [1937], p. 122. La frase que sirve de acápite procede de MICHELET, J.: *Historia de la Revolución francesa*, vol. 2, Vitoria-Gasteiz, Ikusager, 2008 [1847-1853], pp. 519-520.

na, que no sólo ponga en relación las primeras con esta segunda, sino, como sugieren las palabras de Michelet al respecto de la Francia revolucionaria, también al revés.

Si de rémoras se habla, acaso se trate sólo de que la sangre es más bien sal que abono para el cultivo de análisis ponderados y complejos. Es posible que opere también el hecho de que a los aludidos lastres del pasado hispano se ha unido, en la última década, el efecto simplificador que sobre los relatos históricos de las violencias de la guerra han tenido el vivir «bajo el imperio de la memoria» y la irrupción de narrativas de mayor eco mediático y político: la vehiculada en torno a la denominada «recuperación de la memoria histórica» y la neo-franquista y martirial. O tal vez no sea sino el rostro ibérico de la problemática relación que las sociedades occidentales mantienen con sus pasados bélicos y traumáticos de la pasada centuria. Una relación que no sólo ha supuesto dispares (des)equilibrios entre recuerdo y olvido, «síndromes» e, incluso, «guerras» de memoria y competencia de víctimas respecto de los fantasmas que habitan el desván de cada cual, sino que tiende además a convertir ese ayer en un «palacio de la memoria moral», en una «Cámara de los Horrores históricos» cuyo recuerdo tendría como función menos comprenderlo que exorcizarlo y disociarlo de nuestro hoy².

Sea como fuere, es lo cierto que, puestos a buscar retos pendientes, se podría argüir la falta de monografías y cifras definitivas sobre algunas regiones y de mayores recorridos en el estudio de prácticas violentas no homicidas, o la escasa frecuencia de discusiones conceptuales, miradas comparadas y diálogos con otras disciplinas. Pero para lo que aquí nos ocupa, interesa quizá destacar que, desde que comenzó a consolidarse en los años noventa, buena parte de la literatura sobre la «represión» ha propendido a convertirse en un campo de estudio auto-referencial dotado de su propio corpus de preguntas y convenciones no escritas; en una especie de «sub-registro» historiográfico específico y relativamente autónomo del más amplio registro que es el estudio de la Guerra Civil. Y si bien no faltan ya sólidos intentos de enriquecedora «apertura», es significativo que estén brotando sólo en

² JUDT, T.: *Sobre el olvidado siglo XX*, Madrid, Taurus, 2008 [2008], pp. 13-17 (citas en p. 15) y, para las atrocidades «de combate», AUDOIN-ROUZEAU, S.: *Combatre. Une anthropologie historique de la guerre moderne (XIX^e-XXI^e siècles)*, París, Seuil, 2008, pp. 22 y ss. y 40. Las cuestiones relativas a «bajo el imperio de la memoria», en el homónimo artículo de JULIÁ, S., en *Revista de Occidente*, 302-303 (2006), pp. 7-19.

los últimos años, que la mayoría de ellos los firmen historiadores que se acercan desde fuera de ese sub-registro y que, de momento, su influencia en el seno del mismo diste de ser mayoritaria ante la «multiplicación de estudios poco relevantes» que la cuestión sigue suscitando³. En realidad, tampoco somos aquí ninguna excepción. Son pocos los estudiosos del «violento» siglo XX que suscribirían de modo explícito el argumento de quienes, como Hannah Arendt, encuentran que la relación entre poder y violencia es de suma cero, que la segunda empieza allí y donde está ausente o ha sido abolido el primero y que «no sólo no son iguales, sino que en cierto modo son opuestos»⁴. Sin embargo, máxime al referirnos a fenómenos represivos masivos y generadores de ásperas memorias ulteriores, son mucho más numerosos aquellos cuyos trabajos parecen permeados por una similar idea implícita y tienen problemas para identificar las zonas de actuación común, transición o diálogo entre ambos. De ahí que no pocas historias parezcan establecer una irrevocable cesura entre las estrategias, tiempos y aun actores de la política y los de la violencia. Y de ahí que, por eso mismo, se suela imputar esta última a quienes se les atribuye o bien pautas pre-políticas o bien haber arrumbado y vampirizado toda práctica política en provecho del mero ejercicio del terror.

Pero si todo ello puede tener alguna validez, ésta es mayor caso de dirigir nuestra mirada al específico terreno de la zona republicana y, en particular, a la del primer medio año de Guerra Civil. No resulta necesario repetir aquí que, como tardío resultado de su centralidad en las

³ CASANOVA, J.: «Pasado y presente de la guerra civil española», *Historia Social*, 60 (2008), pp. 113-127 (aquí, p. 122). Lo referente al sub-registro, en GODICHEAU, F.: «La represión y la guerra civil: memoria y tratamiento histórico», *Protohistoria*, 5 (2001), pp. 103-122, puesto al día y matizado en íd.: «Les violences de la Guerre d'Espagne», *Revue d'histoire de la Shoah*, 189 (2008), pp. 413-430 (p. 419). Para un reciente balance de esta vasta literatura, véase GONZÁLEZ CALLEJA, E., y LEDESMA, J. L.: «Conflictividad y violencia sociopolítica en la España de la primera mitad del siglo XX», en NICOLÁS, E., y GONZÁLEZ, C. (eds.): *Mundos de ayer. Investigaciones Históricas Contemporáneas del IX Congreso de la AHC*, Murcia, Editum, 2009, pp. 331-361 (aquí, pp. 344-359). Entre las recientes aportaciones de apertura «externa», cfr. CRUZ, R.: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006; GIL ANDRÉS, C.: *Lejos del frente. La Guerra Civil en la Rioja Alta*, Barcelona, Crítica, 2006; GONZÁLEZ CALLEJA, E., et al.: «La cultura de guerra en la España del siglo XX», *Historia Social*, 61 (2008), pp. 65-145.

⁴ ARENDT, H.: *Sobre la violencia*, Madrid, Alianza, 2005 [1969], pp. 58-78; ¿*Qué es la política?*, Barcelona, Paidós, 1997 [1993] (entrecomillado en p. 94), y *Sobre la revolución*, Madrid, Alianza, 1988 [1963].

representaciones franquistas de la guerra, las violencias en la zona republicana son, para la historiografía, una de las cuestiones abordadas más tarde, en menor grado y con mayor economía de medios conceptuales y que, a su vez, esas lagunas hacen de ella un territorio franco para ensayismos de todo jaez, sobre todo aunque no sólo los de sesgo más conservador⁵. Bastará con apuntar que, aunque algunos estudiosos ya avanzaron hace tiempo que el uso de las violencias en la zona republicana estaba ligado a «la lucha por el poder y el control de la retaguardia» y era un problema «político», otros encuentran en las matanzas iniciales «connotaciones políticas puramente accesorias»⁶. Y será útil recordar, asimismo, que, aunque la mayoría de los autores estarían dispuestos a aplicar a esas prácticas el término «violencia política», el aún más habitual eje explicativo de esas violencias —el de sus asimetrías respecto de la «represión franquista»— las representa en última instancia como un fenómeno opaco de orígenes «espontáneos» en el que no aparecen estrategias u objetivos políticos ni otros protagonistas que los oscuros «incontrolados»; al modo, sobre todo si nos referimos a los días y meses de llamas de 1936, de una suerte de súbita kermés destructora que se habría desatado al calor del vacío de poder hasta que las autoridades lograran volver a tapar la marmita de las pasiones. Es decir, como un ejemplo señero de proceso violento cuya única relación con la práctica e instancias políticas, perfectamente negativa, habría sido la de nacer del vacío de éstas y ser abortado por el progresivo regreso de las mismas.

La realidad, no obstante, pudo haber sido más compleja. Y una vez más resulta útil dirigir la mirada fuera del mero contexto de la

⁵ LEDESMA, J. L.: «El 1936 más opaco: las violencias en la zona republicana durante la guerra civil y sus narrativas», *Historia Social*, 58 (2007), pp. 151-168. Para una muestra de que estas cuestiones no son privativas del caso español, véase SUNY, R. G.: «Russian Terror/ism and Revisionist Historiography», *Australian Journal of Politics and History*, 53-1 (2007), pp. 5-19 (p. 15).

⁶ El último entrecomillado, en RANZATO, G.: *L'eclissi della democrazia. La guerra civile spagnola e le sue origini 1931-1939*, Turín, Bollati Boringhieri, 2004, p. 405. Los anteriores, en SOLÉ I SABATÉ, J. M.^a, y VILLARROYA, J.: *La repressió a la reraguarda de Catalunya (1936-1939)*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 1989, p. 78; y GONZÁLEZ, C.: *Guerra civil en Murcia. Un análisis sobre el poder y los comportamientos colectivos*, Murcia, Universidad de Murcia, 1999, p. 175. Véanse también CASANOVA, J.: «Rebelión y revolución», en JULIÁ, S. (dir.): *Víctimas de la guerra civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999, pp. 55-177 (aquí, p. 126); y GRAHAM, H.: *Breve historia de la guerra civil*, Madrid, Espasa-Calpe, 2006 [2005], p. 45: la violencia de los republicanos tuvo «una dimensión política claramente discernible».

Guerra Civil española. Los recientes hallazgos y conclusiones de una amplia literatura multidisciplinar tienden a pintar un cuadro menos simple de los grandes fenómenos represivos. Ya no se trata únicamente de que «la violencia a gran escala está siempre presente como posibilidad, aunque sea remota, en la lucha política», o de que, cuando adviene, carezca raramente de criterios estratégicos y de organización. Ocurre también que las prácticas represivas masivas no son ajenas a ningún tipo de régimen, ni siquiera a la historia y valores de las democracias ni por ende a los de tipo revolucionario. Y sucede asimismo que, lejos de ser realidades antitéticas, violencia y orden se encuentran inextricablemente unidos, y no sólo en el sentido de que la primera puede servir para mantener, amenazar o asaltar el segundo, sino también porque contribuye decisivamente a fundarlo y a delinear sus perfiles y naturaleza⁷.

Desde ese punto de vista, lo que se propone aquí es intentar abrir las ventanas de las violencias que tuvieron por escenario la República en guerra para ponerlas en contacto con problemáticas y debates más amplios. Una propuesta tal descansa en el convencimiento de que este tipo de indagaciones pueden ayudar a vacunar contra imágenes estereotipadas de una guerra habitada, como si de un *western* se tratara, de buenos muy buenos y malos muy malos. Y es coherente con la apuesta de este dossier por una reflexión sobre la Guerra Civil a partir de nociones como «culturas de guerra», «retaguardia» y «movilización», y con la creencia de que «frecuentar» los conceptos y discutir sobre ellos es o debería ser «parte integrante e ineludible del oficio» del historiador⁸.

Qué escenario para qué violencia

Debería ser ya evidente que, mitos sobre el octubre de 1934 y la primavera de 1936 al margen, si el país se tiñó de sangre desde mediados de julio de ese último año fue, antes que nada, como resultado de

⁷ KALYVAS, S. N.; SHAPIRO, I., y MASOUD T.: «Introduction: integrating the study of order, conflict, and violence», en *ÍD.* (eds.): *Order, Conflict, and Violence*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, pp. 1-14. La frase entrecomillada, en TILLY, Ch.: *Contentious Performances*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, p. 7.

⁸ GUERREAU, A.: *L'avenir d'un passé incertain. Quelle histoire du Moyen Âge au XXI^e siècle?*, París, Seuil, 2001, p. 164.

la tormenta que desató la sublevación militar. Una carnicería de las dimensiones de la desencadenada desde el 17 de julio nunca se habría producido sin la apertura de un contexto de radical enfrentamiento armado que, en algún momento entre finales de verano y el otoño de 1936, acabó de perfilarse como una larga guerra civil. La violencia no fue la causa de esta última, sino precisamente la consecuencia más inmediata de su estallido. Y la contienda no fue la continuación o el resultado directo de las prácticas violentas de los años previos, sino más bien —en su amplitud, casuística, recursos empleados, actores y objetivos— una ruptura radical con las mismas. Sin embargo, no es menos cierto que resultaría simplificador colegir de lo anterior que todo brotó sin más de la mera mano de una guerra traída un día de julio por un puñado de espadones que inocularon al cuerpo social una repentina sed de sangre. En realidad, el campo político y social de aquella coyuntura no era mal terreno para el arraigo de discursos, ideologías y prácticas de la violencia.

No lo era, para empezar, porque la España de preguerra distaba de ser todo terror y caos, pero su imagen tampoco correspondía a la de una balsa de aceite. Albergaba una aguda conflictividad multisectorial vinculada no sólo a la lucha político-ideológica, sino también a distintos terrenos sociales, laborales y simbólicos; una conflictividad que se tradujo, a menudo, en episodios violentos que tuvieron un efecto no tanto polarizador cuanto disgregador de la acción colectiva. Y podremos suscribir o no que la República fue «una época de violencia», que ésta tuvo un peso decisivo en el proceso que condujo a la Guerra Civil y «creó el ambiente que se proyectó luego en el terror de las retaguardias» e, incluso, que dicho terror fue «la culminación de los enfrentamientos anteriores». Pero lo que parece incuestionable es que esas violencias y sus anejas retóricas bélicas minaron gravemente la estabilidad del régimen republicano, coadyuvaron a forjar líneas de fractura e identidades cuyo curso siguieron las prácticas represivas desatadas en 1936, y reflejaron el «déficit democrático» de muchos de los actores políticos y el arraigo de culturas o subpolíticas violentas e insurreccionales⁹. De hecho, ese arraigo conduce

⁹ GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La dialéctica de las pistolas. La violencia y la fragmentación del poder político durante la Segunda República», en MUÑOZ, J.; LEDESMA, J. L., y RODRIGO, J. (coords.): *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, Madrid, Siete Mares, 2005, pp. 101-146; DEL REY, F.: «Reflexiones sobre la violencia política en la II República», en GUTIÉRREZ, M., y PALACIOS, D. (eds.): *Conflicto políti-*

a considerar que se trataba de un buen caldo de cultivo violento, en segundo lugar, porque venía preparándose desde tiempo atrás. El país arrastraba desde el Novecientos una tradición de intervenciones armadas e incluso de guerra civil, hasta el punto de que puede afirmarse que «la guerra civil, abierta o en estado latente, constituyó la espina dorsal del siglo XIX español». No es menos cierto que el país había experimentado, desde principios del siglo XX, una creciente conflictividad aneja a los procesos de modernización económica y social y a la crisis del Estado liberal, y que tampoco era extraño que alcanzara entonces variadas manifestaciones violentas. Y se añadían a ello fenómenos específicos, como el resurgir de un violento pretorianismo en el Ejército, la recurrente militarización del orden público o la presencia de sub-culturas políticas con componentes excluyentes, caso del anticlericalismo¹⁰.

Podrá interpretarse todo ello como la ausencia de una cultura liberal-parlamentaria y de una mínima «lealtad sistémica», sustituidas aquí por una particular «cultura de guerra civil» moldeadora de lealtades excluyentes y «levantamientos plebiscitarios»¹¹. O cabrá leerlo también como el mero semblante español, tan extraño como cualquier otro, de la profunda crisis que azotó a la Europa de entreguerras. Una crisis no sólo económica y social, sino también política y de legitimidad de las democracias liberales, y que no en vano implicó, y éste sería el tercer gran ingrediente, el auge y la asimilación generalizada de discursos, ideologías y prácticas políticas de sesgo violento. Bajo la sombra de la Gran Guerra, esas décadas presenciaron el florecimiento de imaginarios de la violencia alimentados por la experiencia y el *pathos* de la muerte masiva, y a su vez eso nutrió proyectos

co, democracia y dictadura. Portugal y España en la década de 1930, Madrid, CEPC, 2007, pp. 17-97 (citas en pp. 18, 29 y 85), avance de los argumentos desarrollados en íd.: *Paisanos en lucha. Exclusión y violencia en la Segunda República española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.

¹⁰ Cfr. JULIÁ, S. (dir.): *Violencia política en la España del siglo XX*, Madrid, Taurus, 2000; y GONZÁLEZ CALLEJA, E.: *La razón de la fuerza. Orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, CSIC, Madrid, 1998, e íd.: *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, CSIC, Madrid, 1999. El entrecomillado es de NADAL, J.: «Guerra civil y contrarrevolución en la Europa del sur en el siglo XIX: reflexiones a partir del caso español», *Ayer*, 55 (2004), p. 47.

¹¹ UCELAY-DA CAL, E.: «Tristes tópicos: supervivencia discursiva en la continuidad de una “cultura de guerra civil” en España», *Ayer*, 55 (2004), pp. 83-105.

sociales y «teologías políticas» que propugnaban la ruptura radical con el orden liberal y que aceptaban la eliminación del otro como medio lícito. Todo ello supuso que, incluso en tiempos de paz, se produjera un trasvase de nociones militares al lenguaje de la política, que ésta experimentara procesos de militarización y que se viviera a menudo como una batalla en la que cada contendiente proponía una legitimidad fundacional apoyada en las armas. Y supuso que, en tiempos bélicos, la guerra «total» se convirtiera en un auténtico «catalizador» de violencia y que «llev[ara] directamente a un aumento exponencial de la dimensión mortífera» de las prácticas represivas. En realidad, según una reformulación crítica del concepto de Nolte, el conjunto del periodo de 1914-1945 podría considerarse una *guerra civil europea* en la que el conjunto de los conflictos bélicos adquirieron naturaleza de guerras civiles en la medida que eran guerras totales que afectaban al conjunto de la sociedad. Sería esa guerra civil europea, definida como un periodo de crisis, guerras y revoluciones, lo que creó un marco fuera del cual tanto el Holocausto como el resto de las prácticas represivas masivas nunca habrían sido posibles¹².

No pocos de los caminos desbrozados por la reciente literatura histórica en lo que respecta a todas esas cuestiones han tenido como inspiración el empleo de dos categorías. Una de ellas es la de *brutalización*. Acuñada por George L. Mosse hace dos décadas, el historiador alemán designaba con ella el proceso por el cual la experiencia de la Primera Guerra Mundial y su mitificación habrían extendido la banalización de la muerte no sólo a la sociedad de la Alemania de posguerra, sino también a sus prácticas políticas. De rápida fortuna historiográfica, el término ha servido para describir los cambios que esa contienda operó en su larga posguerra, ha tendido a ligarse al de «barbarización» y ha trascendido el caso alemán para ser aplicado al conjunto de las sociedades de entreguerras. Algo no muy diferente cabría decir de la categoría de *cultura de guerra*. Surgida en los años noventa, esta noción alude a una amalgama de elementos materiales y discursivos «mediante los cuales los individuos dieron sentido a la guerra» y aceptaron una situación de violencia de masas y guerra total. No en

¹² TRAVERSO, E.: *À feu et à sang. De la guerre civile européenne 1914-1945*, París, Stock, 2007, pp. 82 y 150-151. El entrecomillado anterior, en MAZOWER, M.: «Violencia y Estado en el siglo XX», *Historia Social*, 51 (2005), pp. 139-160 (p. 159). Dentro de una vastísima literatura, cfr. RODRIGO, J.: «Continente cementerio. Fascismo, heterofobia y violencia en Europa, 1914-1945», *Ayer*, 74 (2009), pp. 243-261.

vano, esa cultura se caracterizaría por «una espectacular imposición del odio hacia el adversario» y por ser no consecuencia de la guerra total, sino su «verdadera matriz»¹³. Pero lo que empezó siendo patentado en Francia, nombrado en singular y referido a la Gran Guerra ha conocido una pronta exportación a otras historiografías, a la posguerra de 1918 y a otros contextos bélicos y posbélicos del periodo 1914-1945, incluida la España de esas décadas. De este modo, parece claro que resulta arduo establecer la filiación entre el conflicto mundial y la «brutalización intensiva de las relaciones políticas y sociales que se dio durante la Guerra Civil». Mas lo sería menos encontrar vectores de esa brutalización, como la experiencia de combate y «deshumanización» del enemigo que portaban consigo los mandos y tropas africanas en 1936. Y cabría igualmente concluir que, al banalizar el uso de la violencia y familiarizar a la población con la muerte, la Guerra Civil habría desempeñado el papel que cupo en otros países a la guerra de 1914 en la formación de una cultura de guerra y en la brutalización de las relaciones en el seno de la *cit *¹⁴.

La aplicación de ambas categorías, sin embargo, no debería hacerse sin la toma de algunas cautelas. Para empezar, sugerentes y seductoras, la misma plasticidad que ha propiciado su rápida propagación revela que no son ajenas a una cierta laxitud conceptual. No queda

¹³ AUDOIN-ROUZEAU, S., y BECKER, A.: *14-18. Retrouver la guerre*, París, Gallimard, 2000, p. 145; íd.: «Vers une histoire culturelle de la première guerre mondiale», *Vingt me Siècle*, 41 (1994), pp. 5-9 (p. 6); así como íd.: «Violence et consentement: la "culture de guerre" du premier conflit mondiale», en RIOUX, J.-P., y SIRINELLI, J.-F. (eds.): *Pour une histoire culturelle*, París, Seuil, 1997, pp. 251-271. El entrecomillado previo, en PROST, A., y WINTER, J.: *Penser la Grande Guerre*, París, Seuil, 2004, p. 218. La referencia a Mosse, en MOSSE, G. L.: *De la Grande Guerre au totalitarisme. La brutalisation des sociétés européennes*, París, Hachette, 1999 [1990], pp. 181-206. Sobre la «barbarización», BARTOV, O.: *The Eastern Front, 1941-1945. German Troops and the Barbarisation of Warfare*, Palgrave, Basingstoke, 2001; y BOURKE, J.: «Barbarisation vs. Civilisation in Time of War», en KASSIMERIS, G.: (ed.): *The Barbarisation of Warfare*, Londres, Hurst & Co., 2006, pp. 19-38.

¹⁴ GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español» y «Presentación», *Historia Social*, 61 (2008), pp. 69-87 (cita en p. 80) y pp. 65-67, respectivamente; íd.: «Brutalización de la política y banalización de la violencia en la España de entreguerras», en NAVAJAS, C., e ITURRIAGA, D. (eds.): *Crisis, dictaduras, democracia*, Logroño, Universidad de La Rioja, 2008, pp. 23-38. Cfr., también, BALFOUR, S.: *Abrazo mortal. De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, Península, 2002; y RICHARDS, M.: *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 1999.

siempre claro, incluso entre sus mismos promotores, si el concepto de cultura de guerra se refiere sólo a la Gran Guerra o también a otros conflictos, si cubre a uno o a todos los países beligerantes, o si es una realidad unívoca o una mera amalgama de elementos inconexos. No son enteramente inmunes a argumentos de tipo circular, como cuando pueden aparecer al mismo tiempo como matriz y resultado de la guerra y/o de la violencia. Tampoco faltan indicios que matizan su alcance, caso de la escasa experiencia de violencia interpersonal directa durante la Gran Guerra, o de la aparición durante y tras la misma de una también amplia «cultura de la paz»¹⁵. Se suma a ello que, sea por falta de iniciativa o de útiles heurísticos, ha sido más frecuente invocar estas categorías que avanzar en la identificación de los mecanismos, interacciones y canales de transmisión específicos de las realidades a las que se refieren, a resultas de lo cual no se han despojado del todo del cierto sesgo intuitivo y metafórico que desprende el uso de esos términos o la atribución de otros como «impregnar» y «contagio». Y ocurre asimismo que, mientras no les aportemos ese mayor contenido empírico, corren el riesgo de aparecer, al modo de otros útiles de análisis «culturales», como una especie de últimas determinaciones que operarían y se impondrían de modo casi automático y uniforme y que apenas dejan espacio a los concretos sujetos y colectivos históricos.

Así las cosas, la indagación sobre la génesis, construcción y evolución de esa cultura o mejor culturas bélicas es sin duda un reto abierto que brinda prometedoras pistas para estudiar los orígenes de la Guerra Civil española, su conversión en guerra total y la experiencia de la misma tanto en los frentes como en las retaguardias. Sin embargo, siendo precisamente la falta de uniformidad en su distribución geográfica y temporal y en la participación de sujetos y grupos lo que define las violencias represivas de ese conflicto, este aspecto del mismo requiere integrar otros elementos de estudio que dilucidaran

¹⁵ PROST, A.: «Les limites de la brutalisation. Tuer sur le front occidental 1914-1918», *Vingtième Siècle*, 81 (2004), pp. 5-20; FERRO, M., et al.: *Frères de tranchées*, París, Perrin, 2005; y buena parte de las contribuciones de CAUSARANO, P., et al. (dirs.): *Le XX^e siècle des guerres*, París, L'Atelier, 2004, y CABANES, B., y PIKETTY, G. (dirs.): *Retour à l'intime au sortir de la guerre*, París, Tallandier, 2009. Para este debate, véanse PROST, A., et al.: «Controverses», *Le mouvement social*, 199 (2002), pp. 95-119; SMITH, L.: «The Culture de guerre and French Historiography of the Great War of 1914-1918», *History Compass*, 5-6 (2007), pp. 1967-1979.

quiénes, dónde y con qué objetivos y discursos dieron cuerpo a las pulsiones e identidades sangrientas que parecían legar la Europa de esos años y las coordenadas bélicas. O que pudieran dar cuenta del hecho de que las prácticas violentas estallaron desde el primer día de la contienda y se concentraron sobre todo en sus primeros meses, cuando se supone que, si es la guerra la que generó o nutrió esa cultura de guerra y esa brutalización y por tanto les precedió, éstas difícilmente podían estar determinando las matanzas estivales sin que se incurra en los citados argumentos circulares o sin suponer que tales elementos «de cultura» podían haber surgido e «impregnado» el país de un día para el otro.

Tampoco de la noche a la mañana emergió la propia guerra, el escenario real que inauguró la hora de las armas e hizo aflorar tradiciones y culturas violentas que, de otro modo, quizá nunca habrían sido protagonistas de esta historia. Lo que se iniciaba el 17 de julio de 1936 no era en puridad todavía una guerra. Se trataba primero de un golpe de Estado contra la República concebido como una operación quirúrgica de urgencia que nadie creía fuera a durar más allá de unos días o semanas; de una rebelión militar que se servía de la violencia para paralizar y ahogar en sangre si era necesario toda resistencia, y que provocó entre sus oponentes una respuesta no menos feroz. Acabado ese primer acto en tablas hacia finales de julio, ambos bandos comenzaron a improvisar a lo largo del verano una guerra de columnas que, aunque también aquí la mayor iniciativa cupo a los sublevados, dejó a diestro y siniestro un terrible reguero de muerte en el avance de las mismas y extendió a todo el país un terror que buscaba ya no sólo la parálisis, sino también la «limpieza política» de cada territorio. Sería únicamente a partir de octubre de ese año cuando, estabilizados los frentes e iniciada en Madrid la primera gran batalla, se perfilara ya como una guerra larga. Y no deja de ser significativo que sea precisamente entonces cuando comienza a enfriarse en ambos bandos el «terror caliente» estival y echen a andar inequívocos procesos de economización de la violencia. Se confirmaba, así, la relación intrínseca que parece darse entre el tipo de guerra o *warfare* que predomina en cada conflicto civil y el alcance de las prácticas represivas que alberga, en la medida que éstas suelen ser menos intensas en las guerras «convencionales» que en aquellas «irregulares» y «simétricas no-convencionales». De ahí que la parte del león de esas prácticas se produjera cuando todavía no existían frentes fijados y dos conten-

dientes organizados para la lucha, y no cuando la presencia de esos elementos hacía de ella una guerra del primero de esos tipos, por el grado de los recursos movilizados, «total»¹⁶.

Claro que lo que tampoco podía levantarse de un día para otro, lo que en buena medida determinaba la propia guerra, y acaso también su relación con el despliegue de las prácticas represivas, era las propias retaguardias. Tratándose de una guerra total, por cierto otro concepto no exento de un uso abusivo y «metafórico más que descriptivo», la contienda de 1936 se caracterizaría, en efecto, por un afán destructivo sin precedentes, por la radical difuminación de las fronteras entre combatientes y civiles y por una implicación también completa de la retaguardia en el esfuerzo bélico y en la eliminación del contrario¹⁷. Ahora bien, esa implicación no sería unívoca ni inmediata, porque tampoco lo fue la construcción de las propias retaguardias. Resulta así revelador que el uso del término «retaguardia» en los medios políticos y periodísticos fuera, durante las primeras semanas, mucho menos usual de lo que sería después, y que mantuviera a menudo un significado militar y meramente espacial. Y no lo es menos que las mayores violencias no se cometieran cuando las retaguardias estaban más delimitadas e integradas en esa guerra total, sino cuando se hallaban en gestación y más imprecisas eran sus funciones y confines.

¹⁶ Los primeros meses corresponderían a una guerra «simétrica no-conventional», es decir, entre dos bandos con escasa movilización o acceso a recursos armados, según la tipología de KALYVAS, S.: «Warfare in Civil Wars», en DUYVESTEYN, I., y ANGSTROM, J. (eds.): *Rethinking the Nature of War*, Londres, Frank Cass, 2005, pp. 88-108, aunque se considera ahí la española como paradigma de guerra convencional. Sobre la cuestión anterior, el inicio de la fase de «guerra civil» ha sido ubicado, según autores, entre finales de julio y otoño de 1936: CRUZ, R.: *En el nombre...*, op. cit., pp. 257-258, y RODRIGO, J.: *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza, 2008.

¹⁷ Cfr. BAUMEISTER, M., y SCHÜLER-SPRINGORUM, S. (eds.): *If You Tolerate This. The Spanish Civil War in the Age of Total War*, Frankfurt-Nueva York, Campus, 2008; CHICKERING, R.: «La Guerra Civil española en la era de la Guerra Total», *Alcores*, 4 (2007), pp. 21-36; y, para una discusión general, CHICKERING, R.; FOSTER, S., y GRINER, B. (eds.): *A world at total war: global conflict and the politics of destruction, 1937-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005. En cuanto al uso metafórico, en WINTER, J.: «Le génocide dans le contexte d'une guerre totale», *Revue d'histoire de la Shoah*, 189 (2008), pp. 277-295 (p. 279).

Qué movilización para qué retaguardia

Eso no quiere decir que la retaguardia no existiera como problema durante la primera fase de la lucha ni que, como ha sido a menudo apuntado para el caso de la zona republicana, todo fuera caos, anarquía y destrucción. Caos, improvisación y dispersión de iniciativas no faltaron en ese bando, y precisamente las prácticas violentas fueron uno de sus principales vehículos. Fue arduo y proceloso el camino que llevó al consenso sobre la necesidad de una «retaguardia capacitada, disciplinada y fuerte» que sería «la base de la victoria» si se fundara en «una moral de guerra que comporta renunciaciones y sacrificios» y una «unidad indestructible»¹⁸. Pero, poco a poco, fueron surgiendo desde el principio proyectos sobre cómo articular la retaguardia que, aunque diferentes y aun opuestos entre sí, compartían incluir alegatos a favor de algún tipo de «orden» en la misma, y que tenían en el alcance, gestión y «control» de esas prácticas represivas una de sus claves axiales. No en vano, la discusión y diferentes posturas sobre las violencias parecían definir y guiar la edificación de ese nuevo espacio que se generaba tras las trincheras.

Los botones de muestra podrían multiplicarse sin necesidad de acudir a la primera mitad de 1937, cuando tales debates inundaron los discursos, luchas y profundos cambios políticos, e incluso limitándonos al primer verano bélico. Desde la misma hora cero de la lucha, eran muchos los que, desde todos los rincones del espectro político, aplaudían «la limpia iniciada en la zona de retaguardia», la depuración, el saneamiento o la «urgente escarda» de la misma. Una tarea a la que *Claridad*, por ejemplo, dedicaba una sección con el revelador título de «la lucha en el frente de retaguardia»¹⁹. Pero prueba de que había distintos modos de entender esa labor era que, tan pronto como a finales de julio de 1936, el dirigente de ERC Joan Casanovas hablaba ya de los deberes «de la retaguardia» e incluía entre ellos imponer un «orden revolucionario» basado en la disciplina y una justicia a la que no guiaran la improvisación ni el simple «impulso personal». Menos de un mes después, Dolores Ibárruri urgía, desde Unión Radio, a «reorganizar la retaguardia [y] prepararnos para una guerra larga» y,

¹⁸ VALLDEPERES, M.: *Els perills de la veraguarda*, Barcelona, Forja, 1937, pp. 7-8.

¹⁹ ABC [Madrid], 30 de julio de 1936, p. 15; *Claridad*, 4 de septiembre de 1936, p. 3, y 28 de agosto de 1936, p. 3.

bajo el impacto de la matanza en la cárcel Modelo, *Política* proponía «exclu[ir] la violencia de la retaguardia, que no es su lugar adecuado». En septiembre, ante la «imperiosa necesidad de regular los servicios de orden en la retaguardia», el gobierno creaba las «Milicias de Vigilancia de la Retaguardia». Y en octubre, *ABC* de Madrid abogaba por una «disciplina de la retaguardia» basada en el control gubernamental de la represión, y *Llibertat* de Tarragona argüía que la victoria en toda guerra requiere tener «un ambiente en la retaguardia» y para ello nada mejor que una «justicia ejemplar» sin arbitrariedades. Ni siquiera entre los libertarios faltaban alusiones a lo que Joan Peiró llamara «peligro en la retaguardia». Para el poco después ministro cenetista, podía haber una violencia «natural en todas las revoluciones», pero los deshonoros «desmanes de los pseudo-revolucionarios» eran otras cosa, mientras que *Solidaridad Obrera* sentenciaba que la labor de la retaguardia exigía acabar con el terror, auténtico «enemigo de la revolución»²⁰.

Y es que, en efecto, lo que definía la retaguardia republicana no era sólo una situación de guerra. Inextricablemente unido a ésta se había desencadenado, en esta zona, un profundo proceso revolucionario. La intensa movilización política y social anterior al 17 de julio y los fantasiosos argumentos de quienes auguraban una «revolución inminente» se quedaron cortos cuando el «Movimiento» iniciado ese día sobredimensionó la primera e hizo crudamente real la segunda. La rebelión brindaba, así, un ejemplo extremo de «oportunidad política» abierta por una situación «contingente» e inauguraba una versión también radical de lo que los estudiosos de la acción colectiva denominan «escalada» movilizadora²¹. Es posible, eso sí, que la se-

²⁰ *La Vanguardia*, 29 de julio de 1936, pp. 1-2; *Treball*, 19 de agosto de 1936, p. 19; *Política*, 22 de septiembre de 1936, p. 1; *Gaceta de la República*, 17 de septiembre de 1936, p. 1857; *ABC*, 7 de octubre de 1936, p. 11; *Llibertat*, 14 de octubre de 1936; PEIRÓ, J.: *Perill a la reraguarda*, Mataró, Llibertat, 1936, pp. xv, xxi y 39-40; *Solidaridad Obrera*, 30 de septiembre de 1936, p. 3.

²¹ El término original, más contundente, sería *upward scale shift*: TILLY, Ch., y TARROW, S.: «Mobilization and Demobilization», en *id.*: *Contentious Politics*, Boulder, Paradigm, 2007, pp. 89-110, y añádate McADAM, D.; TARROW, S., y TILLY, Ch.: *Dinámica de la contienda política*, Barcelona, Hacer, 2005 [2001], pp. 246-250. Sobre el concepto de *oportunidades políticas*, véase, además de esas dos obras (pp. 45-68 y *passim*, respectivamente), McADAM, D.; MCCARTHY, J., y ZALD, M. (eds.): *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*, Madrid, Istmo, 1999 [1996], pp. 21-99.

cuencia de los hechos no fuera tan mecánica como a menudo se ha descrito. Una lectura alternativa sugiere que, sobre todo en las áreas donde la movilización previa era mayor, lo que el golpe hizo fue provocar una respuesta que, donde logró vencerlo con la ayuda de otros efectivos militares y policiales, devino en una movilización hasta entonces desconocida por su alcance y acceso a las armas. Sería esa movilización la que, guiada por las organizaciones políticas y sindicales hacia el control o improvisación de instancias de poder, nutrió una también inédita «situación revolucionaria». Es la intensidad de ambas y el hecho de producirse al margen e incluso contra el Estado, y no sólo la mera sublevación, lo que se unía a la inicial colisión originada por el golpe para acabar de ocasionar en esas áreas un colapso estatal y de sus mecanismos de coerción. Sería ese matrimonio entre las dos lo que hizo que los actores y poderes revolucionarios sintieran su suerte unida a la continuidad de aquella extrema movilización. Y habría de ser esa misma ligazón lo que llevaría meses después a muchos de ellos a resistirse al Estado cuando éste acometió la desmovilización de la revolución como paso previo para imponer y dirigir la muy distinta «movilización civil de la retaguardia» que parecía exigir el esfuerzo bélico «total». Algo que implicaba, sobre todo, la neutralización de esos propios poderes y que, a su vez, pasaba de manera insoslayable por la de las instancias y agentes que, hasta entonces, se habían encargado del grueso de las actividades represivas²².

Hasta que eso sucediera, lo anterior no conlleva que revolución y violencia fueran una misma cosa, según un argumento muy presente en las narrativas conservadoras sobre el siglo XX europeo. Por un lado, la historia comparada parece revelar que si las revoluciones se ven teñidas de sangre no es sólo en tanto que tales, sino porque tienen lugar en contextos, a menudo bélicos, de profundas resistencias, enemigos internos y externos y paralelos procesos contrarrevolucionarios también violentos²³. Y por otro lado, la violencia germinaba, incluso

²² Cfr. POZO, J. A.: «El poder revolucionari a Catalunya durant les mesos de juliol a octubre de 1936. Crisi i recomposició de l'Estat», Tesis Doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2002; GRAHAM, H.: *La República Española en guerra (1936-1939)*, Barcelona, Debate, 2006 [2002]. El entrecomillado, en *La Vanguardia*, 22 de noviembre de 1936, p. 2. Para la movilización bélica total, CHICKERING, R.; FOSTER, S., y GRINER, B. (eds.): *A world at total war...*, op. cit.

²³ MAYER, A. J.: *The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, Princeton, Princeton University Press, 2000.

más, allí donde no existía rastro de revolución. A pesar de la tendencia de ciertos relatos a sucumbir a un grosero *grand nivellement* o equidistancia retrospectiva ante toda violencia y víctima, las violencias ejercidas en una y otra retaguardia presentan importantes diferencias y también aquí los muertos «se niegan a ser todos iguales»²⁴. Diferencias, desde luego, cuantitativas, pues está ya acreditado que la franquista fue mucho más voluminosa, incluso cuando, al principio del conflicto, los republicanos ocupaban las zonas más pobladas. Poniendo en relación la población de uno y otro bando con los datos disponibles sobre las violencias sufridas en cada uno a lo largo de 1936, que es cuando más se mató y aún no opera el elemento distorsionador que serían los avances franquistas de 1937-1938, el forzosamente provisional cálculo es revelador: frente a una tasa de muertes rayana en el 3 por 1.000 en la «zona roja», se rebasaba el 5 por 1.000 en la «zona azul». Pero diferencias, asimismo, de orden cualitativo. En la zona fiel a la República, la depuración no estaba sancionada y dirigida desde la cúpula del poder, como sucedía en el bando «nacional». Procedía de la virtual desaparición del Estado y de la radical dispersión del poder que se produjo en la retaguardia republicana durante los primeros meses de la contienda. Y de igual modo, tampoco era una violencia previa y explícitamente planificada, ni constituía, como en la zona rival, la columna vertebral de un proyecto y régimen político. Al contrario, surgió como respuesta a la rebelión y a su oleada represiva, y fue en buena medida fruto de la improvisación que definía aquella inédita coyuntura²⁵.

Improvisación y falta de dirección, sin embargo, no significan que esas violencias carecieran de cualquier tipo de sentidos y motivaciones. No eran sólo una especie de ciega reacción fruto del supuesto caos inicial ni un mero «desbordamiento» de las incontenibles pasiones del pueblo, como se argumentaría desde todo el arco político republicano. Y tampoco consistían en un fenómeno enteramente «espontáneo» y protagonizado por grupos «incontrolados», que es la

²⁴ DE LUNA, G.: *Il corpo del nemico ucciso. Violenza e morte nella guerra contemporanea*, Turín, Einaudi, 2006, p. xvi, cita para la que sigo el original italiano frente a la aquí imprecisa traducción de la edición española (Madrid, 451 Editores, 2007, pp. 14-15). Lo anterior, en ROBIN, R.: *La mémoire saturée*, París, Stock, pp. 169-219; y LUZZATTO, S.: *La crisi dell'antifascismo*, Turín, Einaudi, 2004 (pp. 21-41 y *passim*).

²⁵ Véase un sólido balance de esas «asimetrías» en RODRIGO, J.: *Hasta la raíz...*, *op. cit.*, pp. 31-49.

imagen un tanto romántica que proyecta la descripción de esas violencias desde el simple contraste binario con las violencias franquistas. Frente a esas explicaciones, que al estudiar este fenómeno deberían ser más bien punto de partida que estación de llegada, es factible tratar de dar alguna vuelta de tuerca más al análisis y acercarlo hacia los caminos que transita la actual investigación sobre similares fenómenos. Según una vasta literatura generada al abrigo de diversas tradiciones disciplinares y teóricas, la apariencia anómica de la violencia no obsta para que ésta sea siempre menos espontánea que «instrumental» y «estratégica», esté ligada a una «función de control» y a la soberanía ejercida por cada actor político y se encuentre investida de una cierta «racionalidad», juicios normativos y sentidos²⁶. De hecho, incluso en episodios como el Holocausto, las limpiezas étnicas o las llamadas «nuevas guerras», supuestos reinos de lo irracional y la barbarie, el asesinato en masa contiene notables elementos de «organización» y «coordinación», de preparación, disciplina y aun institucionalización, y se caracteriza por su intencionalidad, por la ausencia de espontaneidad y por ser una práctica «excepcional» que se ha hecho perfectamente posible y «parte de nuestra civilización» en el marco de la «racionalidad» moderna²⁷.

Desde ese punto de vista, una primera línea de análisis se refiere a que si las violencias desplegadas en la zona republicana no se basaban en planes previos, calculadas estrategias o rígidas directrices «desde arriba», tampoco es riguroso sostener que surgieran de la nada y que fueran mero producto de la espontaneidad. Se nutrían de fracturas sociales, identidades excluyentes y nuevas pautas políticas que, las conjugemos o no en clave «cultural», habían ido fraguando desde

²⁶ KALYVAS, S.: *The Logic of Violence in Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, pp. 11-15, 23-27 y *passim*; HANNOYER, J.: «Introduction», en *id.* (coord.): *Guerres Civiles. Économies de la violence, dimensions de la civilité*, Paris-Beirut, Karthala-Cermoc, 1999, p. 10.

²⁷ ANGSTROM, J.: «Introduction. Debating the nature of modern war», en DUY-VESTEYN, I., y ANGSTROM, J. (eds.): *Rethinking the Nature...*, *op. cit.*, p. 10; TILLY, Ch.: *Violencia colectiva*, Barcelona, Hacer, 2007 [2003], pp. 110-112, 228 y ss.; SHAW, M.: *War and Genocide: Organized Killing in Modern Society*, Nueva York, Cambridge University Press, 2003, p. 21; TRAVERSO, E.: *La violencia nazi. Una genealogía europea*, México DF, FCE, 2003 [2002], pp. 171-172; MANN, M.: *El lado oscuro de la democracia. Un estudio sobre la limpieza étnica*, Valencia, PUV, 2009 [2005], p. 608. Cfr., también, KERSHAW, I.: «War and Political Violence in Twentieth-Century Europe», *Contemporary European History*, 14-1 (2005), pp. 107-123 (pp. 117-119).

años atrás. La Guerra Civil sobredimensionó la relevancia de esos factores previos, los revistió de nuevos significados y abocó a que se dirimieran con el lenguaje de las armas y desde las lógicas e identidades de tipo «endógeno» que inauguran todo conflicto bélico²⁸. Y redefinidos por la contienda en términos maniqueos, esos elementos hallaron, ahora sí, un escenario idóneo y sirvieron desde el principio para orientar las prácticas represivas y para guiar la búsqueda de sus blancos. Así, las culturas e identidades políticas incluían a menudo en los años treinta del siglo XX categorías de «enemigo», en el caso de la izquierda española las de «burgués» o «fascista» que, cuando estalló la lucha, ayudaron a definir en términos negativos la movilización contra los sublevados y a orientar la «profilaxis social». Ahora bien, el ejemplo paradigmático es el de la violencia anticlerical. Desde el siglo XIX, la Iglesia católica había sido asociada a los valores y sectores más reaccionarios de la sociedad española y se había ido convirtiendo en blanco de toda crítica social y acción colectiva, y no en vano el anticlericalismo devino en la identidad y cultura política más extendida entre la izquierda burguesa y obrera del país. Cuando la guerra hizo que la política se librara con plomo y pólvora, eso se tradujo para la Iglesia en una hecatombe. Con un obituario de casi 6.800 eclesiásticos asesinados, ninguna otra institución o grupo social sufrió una persecución tan rápida, intensa y, en ocasiones, sistemática. Construido previamente en el nivel discursivo como el enemigo por excelencia, cuando se pasó del dicho al hecho la violencia infligida al clero era la que menos objeciones éticas y políticas generaba. Quemar las iglesias y fusilar a los religiosos parecía para muchos, desde luego no sólo anarquistas, el primer y más nítido acto de la guerra y la revolución. Al parecer, nada simbolizaba mejor y de modo más unánime el hundimiento del viejo orden social y la refundación de otro nuevo y de una nueva «comunidad popular» por fin librada de ese otro gran polo político-cultural de los años treinta que era el «pueblo católico»²⁹.

De hecho, eso remite al significado profundo que la caza del contrario parecía tener para sus protagonistas. A pesar de lo crispado que

²⁸ KALYVAS, S.: *The Logic of Violence...*, *op. cit.*, pp. 22-23, mientras que subrayan las continuidades entre las dinámicas violentas de preguerra y guerra autores como TILLY, Ch.: *Violencia colectiva...*, *op. cit.*; y TARROW, S.: «Inside Insurgencies: Politics and Violence in an Age of Civil War», *Perspectives on Politics*, 5-3 (2007), pp. 587-600.

²⁹ Según la formulación de CRUZ, R.: *En el nombre...*, *op. cit.*, cap. 2, *passim*. En cuanto a la «profilaxis», en *Solidaridad Obrera*, 30 de agosto de 1936, p. 1.

estaba el ambiente político en la España anterior al 17 de julio de 1936, una guerra civil en toda regla y una revolución de esa intensidad eran un escenario imprevisto incluso para los más comprometidos política y sindicalmente. Con la derrota de la sublevación y el hundimiento del Estado republicano, en ciudades y pueblos de media España se abrió un presente de emoción e hipérbolos en el que el poder estaba en la calle y todo, incluso el gran cambio social, parecía al alcance de la mano. Eso y la escalada de la movilización colectiva que se produjo en los albores de la guerra implicó que resultaran insuficientes tanto las tradiciones políticas y prácticas sindicales como las estrategias, definiciones compartidas e identidades colectivas de preguerra. Ante una situación sin precedentes tal, los actores de esas jornadas hubieron de improvisar el significado de aquella naciente revolución y el contenido discursivo de los nuevos proyectos en liza. Y acuciados por la concreta realidad de una lucha a muerte, y antes de que hubiera tiempo para establecer un programa mínimo de construcción de la retaguardia, aquello significó antes que nada el rescate de retóricas agresivas y la violencia contra todo aquel que fuera categorizado como «enemigo del pueblo».

Así las cosas, la quema de sus símbolos y la eliminación de sus representantes era concebida durante el verano y primer otoño de 1936 no sólo como el modo más rápido de acabar con la rebelión anti-republicana y con el orden social que los sublevados trataban de apuntalar. Tales violencias eran un símbolo en sí mismas, el más irrefutable rito de paso que balizaba el inicio de la guerra y la revolución y un inequívoco acto fundador de la misma que emitía el mensaje de la imposible marcha atrás. Se trataba, asimismo, al menos hasta que el contenido que darles se convirtiera en objeto de competencia política, de la manera más inmediata de la que se disponía para otorgar significados a las nuevas identidades en formación, con lo que se confirmaba el profundo vínculo recíproco que existe entre lo identitario y las prácticas represivas³⁰. Resultaban también, en buena medida por eso mismo, un instrumento nuclear para participar en la «construcción social» de la retaguardia y de la propia guerra. Y eran también

³⁰ No en vano, la investigación sobre los fenómenos genocidas muestra que en sus orígenes existe siempre el convencimiento de que salvar al «nosotros» sólo puede hacerse a costa del «otros», y que «la identidad proporciona el marco donde toman cuerpo los procesos de violencia»: SÉMELIN, J.: *Purifier et détruire. Usages politiques des massacres et génocides*, París, Seuil, 2005, pp. 70-72.

algo que muchos protagonistas y espectadores de aquel drama consideraban un compañero de viaje no epifenoménico, sino explicable, aceptable e incluso necesario. Algo que para algunos de ellos tenía no sólo posibles funcionalidades estratégicas, sino que se revestía también de una cierta «moralidad» y se inscribía en —o buscaba forjarlos— determinados «horizontes de legitimidad»³¹. También aquí los ejemplos podrían ser muchos aunque no recurriéramos a las palabras manchadas de sangre de quienes se especializaron en hacerla correr, caso del «incontrolado» de Tortosa que, cuando su sindicato local debatía sobre el problema de las saturadas cárceles, proponía que para los presos «en vez de prisiones se hagan cementerios». Una voluntaria venida de París anotaba que debía «asumir enteramente esta revolución tan ansiada, no repudiar nada, ni siquiera los siniestros “paseos”». A pesar de recurrir a la manida imagen hidráulica de las «masas desbordadas», la días después ministra Federica Montseny afirmaba de modo mucho menos habitual que «si se ha matado, ha sido por la convicción de que era preciso y con pleno conocimiento de causa». «Qué revolución sería ésta si no se matara a nadie. Si no lo hiciéramos, todo quedaría igual», afirmaba un joven miliciano comunista. «La ejecución de los fascistas es la revolución», concluía el director de un periódico madrileño. Y de manera muy gráfica, *Claridad* vinculaba directamente en un pequeño titular «el nuevo orden social que se está creando con la guerra civil», «la violencia, partera de la historia» y la unión de «vanguardia y retaguardia»³².

³¹ Términos de PAVONE, C.: *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, Turín, Bollati Boringhieri, 1991; CRAINZ, G.: «La giustizia sommaria in Italia dopo la Seconda guerra mondiale», en FLORES, M. (dir.): *Storia, verità, giustizia: I crimini nel XX secolo*, Milán, Mondadori, 2001, pp. 162-170; e íd.: *L'ombra della guerra. Il 1945, l'Italia*, Roma, Donzelli, 2007 (p. 113). Las cuestiones relativas a la construcción social, en CRUZ, R.: *En el nombre...*, op. cit., pp. 261 y ss.

³² Archivo del Tribunal Militar Territorial núm. 3 [ATMT-3], Barcelona, PSU, núm. 546, 1939, s. f. (Actas del Pleno de la Federación Local de CNT, Tortosa, 23 de abril de 1937); ETCHEBÉHÈRE, M.: *Ma guerre d'Espagne à moi*, Arles, Actes Sud, 1998, p. 53; *Boletín de información y propaganda CNT-FAI*, 26 de octubre de 1936; PRUSZYŃSKI, K.: *En la España roja*, Barcelona, Alba, 2007 [1937], pp. 177-178; DE GUZMÁN, E.: *Madrid rojo y negro*, Madrid, Oberón, 2004 [1938], p. 92; *Claridad*, 2 de septiembre de 1936.

Qué justicia para qué República

Guerra civil, revolución, orden social, violencia. Ésos eran en buena medida los cuatro puntos cardinales de una retaguardia en trance de construcción a lo largo del verano y el otoño de 1936. Una guerra que ya fue inexpiable antes de llamarse guerra. Una revolución llegada sin manual de instrucciones. Una violencia hija de la primera y acompañante de la segunda. Y un orden que debía asegurar las conquistas, tanto las de territorios como las logradas en el terreno social, y estabilizar la retaguardia, pero sobre cuyos perfiles, semántica y control no tardarían en surgir las diferencias. También de inmediato, apenas sofocada la rebelión, *Treball* pedía instalar un «orden revolucionario». Y la fórmula no tardaría en inundar los discursos políticos de la zona republicana, ya se tratara de la fórmula del «orden revolucionario, pero orden», o de la que apuntaba al horizonte de un ordenamiento social, político y jurídico radicalmente nuevo³³. Lo que aquí interesa, en todo caso, es que una de las principales claves de bóveda de la definición de ese orden, o de esos órdenes, era justamente qué hacer y, acaso sobre todo, a *quién* dejar hacer en lo tocante a la violencia derramada por la retaguardia.

Eso mismo, el contexto político de las prácticas represivas y su quiénes, que es todavía hoy el ángulo más opaco del fenómeno, conduce a la otra vía de análisis que merece ser transitada. Como se apuntaba, las violencias en la zona republicana distaban de emanar de la cúspide del poder y de estar dirigidas o amparadas por sus gobernantes. Sin embargo, resulta también erróneo sugerir que fueran obra ora de un difuso «pueblo en armas», ora de no menos oscuras patrullas y grupos «incontrolados» que actuarían al margen de cualquier autoridad, criterio y organización. Y no lo es menos concluir que los poderes locales, partidos políticos, sindicatos e incluso determinados sectores del propio Estado republicano no tuvieron la menor implicación en ellas. En el estado actual de nuestros conocimientos, y en el marco de las nuevas preguntas que es legítimo hacer a las fuentes, hay indicios para sugerir que no faltaron entre las autoridades y organizaciones antifascistas posturas ambiguas hacia las prácticas represivas y responsables por omisión e incluso por acción, de modo que se hace

³³ *Treball*, 22 de julio de 1936, pp. 2 y 4; *ABC*, 5 de agosto de 1936, p. 25.

arduo establecer una tajante frontera entre una supuesta violencia «desde abajo» y una elite consagrada a abortarla. Contamos también con instrumentos para desconfiar de nociones como la de «incontrolados», que no sólo emborrona los perfiles de los actores de esos episodios y no deja espacio para otras lógicas que las ligadas a la codicia y la vesania, sino que tuvo ya durante la guerra una articulación y aplicación políticas bien poco inocentes³⁴.

Y, sobre todo, hay argumentos para cuestionar el carácter universalmente ignoto e incontrolable de quienes las protagonizaron. Desconocidos y sin dirección alguna no eran, desde luego, los autores y responsables de los episodios represivos más mortíferos, como, por supuesto, las repetidas matanzas de Paracuellos, pero también los asaltos a las cárceles de lugares como Málaga, Bilbao, Menorca, Santander, Guadalajara o Jaén. Plenamente indefinidos tampoco eran los de esa gran mayoría de actos violentos menos estruendosos que aparejaron buena parte de las víctimas en barriadas y pueblos de toda la zona republicana, a los que las fuentes retratan ligados a organizaciones políticas y sindicales, comités revolucionarios y de guerra, «grupos de investigación», patrullas de control y todo tipo de instancias y poderes locales. Y existen también datos para considerar que, incluso en el caso de los grupos habitualmente conocidos como «incontrolados», sus integrantes no eran completamente ajenos a todo control, sino que ejercían una versión peculiar del mismo. Una forma de control de la retaguardia precaria y sangrienta, e insostenible a largo plazo, pero que fue vista por algunos mandos milicianos y organizaciones como un urgente mal menor durante las primeras semanas de lucha, incertidumbre y atomización del poder. Que en una región como Aragón ese tipo de grupos y sus cabecillas mantuvieran relaciones estrechas entre sí y con los organismos revolucionarios del orden público de Barcelona, que por eso mismo parezca en ocasiones tra-

³⁴ Véanse GODICHEAU, F.: *La Guerra Civil en 250 términos*, Madrid, Alianza, 2005 [2003], pp. 136-137; y ROIG, C.: «El fenomen dels “incontrolats” a Catalunya durant la guerra civil (1936-1939)», Trabajo de investigación inédito, UAB, 2000. Sobre eso y la ambigüedad e implicación de las autoridades, véanse RUIZ, J.: «Defending the Republic: The García Atadell Brigade in Madrid, 1936», *Journal of Contemporary History*, 42-1 (2007), pp. 97-115; e íd.: «Incontrolados en la España republicana durante la guerra civil: el caso de Luis Bonilla Echevarría», *Historia y Política*, 21 (2009), pp. 191-218, articulados sobre dos casos incontrovertibles pero cuya conversión en norma hay que tomar con suma cautela.

tarse de toda una red informal que iba desde la Vía Layetana hasta la Cerdanya, Tarragona y el frente aragonés, o que acabaran desapareciendo de esa región por iniciativa de sus propios mandos milicianos y sindicales, apuntaría en esa dirección³⁵.

En realidad, es precisamente en esa aludida dispersión del poder donde se encuentra la clave postrera que explica el florecimiento de las prácticas violentas. La situación de colapso del Estado tejió sus condiciones de posibilidad, que provocaron la fallida sublevación militar de julio, la movilización revolucionaria y el inicio de la guerra. Eso no significó, sin embargo, que se creara un vacío o deflación hobbesiana de poder donde fuera imposible cualquier tipo de control, sino que era más bien una inflación de poderes, muchos de ellos armados. Es, esa situación, la que permitió a éstos reivindicar o arrogarse la administración de la violencia que generaba la situación de crisis radical del marco jurídico anterior. Y es su distinta intensidad la que determinó las notables diferencias regionales y temporales que presenta el uso de esa violencia. La evidencia empírica muestra que la mayor parte de los actos represivos y masacres se produjeron durante las primeras semanas y meses de la guerra, que es cuando el hundimiento del Estado y la fragmentación del poder eran mayores, y que remitieron por doquier a medida que el gobierno republicano y otros organismos regionales fueron unificando a partir de otoño los mecanismos del poder, incluidas sus funciones judiciales y de orden público. Eran casi siempre administradas por variopintos poderes locales, para los que ocuparse de esa tarea era no sólo una manera de «limpieza», sino también un modo de obtener espacios políticos y de par-

³⁵ A título de ejemplo, un pleno de regionales de la CNT condenaba ya a mediados de septiembre «las fechorías que comete la Brigada de la Muerte», una suerte de servicio «de investigación» de la columna confederal de Ortiz en el Bajo Aragón, y proponía «cortar» tales prácticas: Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis, Amsterdam: Archivo CNT, 79B.3 (Actas del Pleno de Regionales de la CNT, Madrid, 15-17 de septiembre de 1936, sesión 3.^a). No era mera retórica: esa brigada desaparecía ese mismo mes. Sobre algunos de esos grupos, véanse cuatro relatos procedentes significativamente de registros no historiográficos: MIR, M.: *Diario de un pistolero anarquista*, Barcelona, Destino, 2007; GARCÍA-ALIX, C.: *El honor de las injurias. Busca y captura de Felipe Sandoval*, Madrid, T Ediciones, 2007; ORENSANZ, T.: *L'òmnibus de la mort. Parada Falset*, Barcelona, Ara, 2008; GIMENÓLOGOS, Los: *En busca de los Hijos de la Noche. Notas sobre los Recuerdos de la guerra de España de Antoine Gimenez*, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2009, así como las memorias de PONS GARLANDÍ, J.: *Un republicà enmig de faistes*, Barcelona, Edicions 62, 2008 [1940].

ticipar en la construcción de la revolución. Y mientras persistió, el alto número de esos actores tendió a originar situaciones arbitrarias y de competencia por el uso de la violencia entre poderes de diverso signo —locales y supralocales, militares y civiles, políticos y sindicales, republicanos y revolucionarios— cuyo resultado solía ser aumentar el celo «purificador». De hecho, eso mismo explicaría que el despliegue de esas violencias fuera inferior allí donde la dispersión del poder fue menor y duró menos, caso de Vizcaya o de la cornisa sudoriental mediterránea, y que arraigaran de modo más sangriento en Aragón, en comarcas interiores de Cataluña y La Mancha o incluso en Madrid, donde esa misma situación fue más intensa y persistente³⁶.

La búsqueda de los sentidos que latían bajo esos episodios nos conduce al terreno de la política. Aunque no aceptáramos en todas sus consecuencias las formulaciones de los Clausewitz, Trotsky, Carl Schmitt o Duverger sobre la estrecha relación entre violencia o guerra, por un lado, y política, por el otro, parece útil utilizar un concepto de lo político que no incluyera sólo el terreno institucional, la reconstrucción estatal y las lógicas partidistas, sino también la invocación a la violencia y la demanda, control y administración de la misma como recurso para la disputa por espacios de poder y autoridad. La sublevación, el inicio de la guerra y la movilización revolucionaria, desde ese punto de vista, no habrían implicado que la política desapareciera o se viera engullida por la guerra y la violencia. Al contrario, habrían significado la recusación de los criterios convencionales de legitimidad y representatividad, una implosión de los márgenes de lo político que lo abría a formas no pautadas de actuación colectiva, incluido el propio castigo del «enemigo». De hecho, y sobre todo para unos nuevos contra-poderes surgidos del inicio de la guerra cuya legitimidad no podía ser sino de combate, habrían comportado la

³⁶ Como se sabe, julio, agosto y septiembre fueron en casi toda la retaguardia los meses más mortíferos, sumando alrededor de la mitad de las ejecuciones de toda la guerra, y el porcentaje fluctúa entre el 80 y 90 por 100 si se contabiliza hasta finales de año. Para una discusión de ese argumento desde un marco provincial, véase LEDESMA, J. L.: *Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2004. Un similar esquema interpretativo aparece en HERREROS, F., y CRIADO, H.: «Pre-emptive or Arbitrary: Two Forms of Lethal Violence in a Civil War», *Journal of Conflict Resolution*, 53 (2009), pp. 419-445, por más que se le pueda reprochar utilizar los estudios históricos como meros proveedores de datos en bruto y no recoger sus hipótesis aunque anticipen las de ese texto.

improvisación de una cierta «política sin mediaciones» o, cuando menos, la búsqueda de nuevos tipos de mediación y representación³⁷. Y, en ese marco, «el terreno sin duda más sensible» de la política del momento, el que se convirtió en escenario privilegiado de competencia y participación políticas por parte de actores estatales, milicianos, revolucionarios y locales de todo tipo, no era otro, como adivinaba Juan Andrade, que el «referente al orden público, es decir, a la estructuración de los organismos de vigilancia, control y represión»³⁸.

No se trataba únicamente, por tanto, de un recurso tan importante en tiempos de guerra como la gestión de la violencia. Se trataba también, por un lado, de una disputa entre distintas organizaciones y actores políticos, incluido el Estado republicano, por generar, mantener y consolidar espacios de poder, en la medida que administrar y canalizar la violencia representaba una fuente crucial de control y capital políticos. Si, para algunos o muchos, reprimir a los tenidos por responsables de la sublevación era al inicio de la guerra lícito, ejercerlo se convertía en una fuente de nuevas legitimidades, se hacía el más inmediato modo de ejercer autoridad y obtener «espacios de soberanía» y control social en un contexto de «flotación de poder» como el de 1936. Y se trataba asimismo, por otro lado, de una profunda disputa política y discursiva por la definición y contenido que dar al nuevo cuerpo político, a su ciudadanía e identidades, al recurrente «orden revolucionario» y, en suma, a ese proceso revolucionario al que a la postre estaba cosida la guerra³⁹. Para no pocos actores políticos e institucionales, la violencia era algo que debía ser puesto bajo control estatal, algo que resulta perfectamente coherente tanto desde una perspectiva humanitaria de hoy como desde la de la necesaria

³⁷ Una «política absoluta» es como lo denominan, desde una óptica algo diferente y sirviéndose del término de Alessandro Pizzorno, IZQUIERDO, J., y SÁNCHEZ LEÓN, P.: *La guerra que nos han contado. 1936 y nosotros*, Madrid, Alianza, 2006, p. 275.

³⁸ *La Batalla*, 20 de febrero de 1937. La cita anterior, en BARRULL, J.: *Violència popular i justícia revolucionaria. El Tribunal Popular de Lleida (1936-1937)*, Lleida, Pagès, 1995, p. 88.

³⁹ Cfr. el indispensable GODICHEAU, F.: *La guerre d'Espagne. République et révolution en Catalogne (1936-1939)*, París, O. Jacob, 2004; GALLEGO, F.: *Barcelona, mayo de 1937. La crisis del antifascismo en Cataluña*, Barcelona, Debate, 2007 (encontramos lo referente a los espacios de soberanía, p. 263); GRAHAM, H.: *La República española...*, op. cit., mientras que las cuestiones relativas a la flotación del poder son de CRUZ, R.: *En el nombre...*, op. cit., p. 263. Véase, para un contexto muy anterior, MARTIN, J.-C.: *Violence et révolution. Essai sur un mythe national*, París, Seuil, 2005 (pp. 113-128, 155-185).

movilización de la retaguardia para la guerra total de aquel ayer. Pero, para otros, tenía un contenido político muy diferente. Para quienes construyeron más o menos precarios espacios de poder entre las ruinas del Estado y la legalidad republicanas, las prácticas violentas representaban una manera directa de desafiar a ese mismo poder central. Significaban una fuente alternativa de poder y de representación. Y podrían constituir incluso una vía inmediata de creación de un «nuevo Derecho», al menos si aplicamos a la República en guerra de 1936 la formulación según la cual toda violencia, y máxime la de tipo revolucionario y fundadora de un nuevo cuerpo social, impugna y disuelve con su mera presencia la legalidad anterior y esboza, con ello, una legalidad, una política y un Derecho diferentes⁴⁰.

En ese sentido, «justicia popular» era, por supuesto, la puesta en marcha por los tribunales populares instituidos por el gobierno republicano a partir de agosto de 1936. Su objetivo era, precisamente, reemplazar las prácticas represivas iniciales del supuesto «pueblo en armas» por una justicia institucionalizada y reglada que frenara las masacres y apuntalara la reconstrucción del Estado frente a los poderes revolucionarios. Ese recorrido no estaría exento de obstáculos, retrocesos y claroscuros. Que creciera sobre lo que quedaba de la maquinaria estatal no impedía que albergara también arbitrariedades y graves carencias procesales. Tampoco es pertinente juzgar el conjunto de su trayectoria como un todo indiferenciado, en particular porque, siguiendo en su creación una lógica que parecería similar a la expresada por Danton en su célebre «seamos terribles para dispensar al pueblo de serlo», en sus inicios los tribunales populares republica-

⁴⁰ Esta hipótesis bebe de los lejanos ecos de BENJAMIN, W.: «Para una crítica de la violencia» en su *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, Madrid, Taurus, 1991, pp. 21-45; y de las diversas lecturas que de él hacen, entre otros, DERRIDA, J.: *Fuerza de ley*, Madrid, Tecnos, 2002; AGAMBEN, G.: *Estado de excepción*, Buenos Aires, A. Hidalgo, 2003; íd.: *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Valencia, Pretextos, 1998; y la menos especulativa de LACAPRA, D.: *History and its limits: human, animal, violence*, Ithaca, Cornell University Press, 2009, pp. 91-122. Véanse también WAHNICH, S.: *La liberté ou la mort: essai sur la Terreur et le terrorisme*, París, La Fabrique, 2003; y CRAINZ, G.: *L'ombra della guerra...*, *op. cit.*, donde se proponen líneas de lectura cercanas a la aquí asumida. El «nuevo Derecho» era lo que reivindicaban Joan Peiró (*Perill...*, *op. cit.*, p. XXII) y Andreu Nin, *conseller* de Justicia de la Generalitat y para quien «de todo lo que el estado burgués y capitalista llamaba justicia, no debe quedar nada»: citado en KAMINSKI, H. E.: *Los de Barcelona*, Barcelona, Del Cotal, 2002, p. 99.

nos lo fueron también para resultar creíbles y legítimos. No es a ese respecto casual que la mayoría de las cabeceras de la prensa republicana dedicaran a lo largo del verano y el otoño secciones diarias a esa justicia que fueron denominando «popular», «de la República» y del Frente Popular, y en las que era habitual describir la ejecución de penas capitales con titulares del tipo de «se ha hecho justicia». Y, con todo ello, hay razones para ser cautelosos a la hora de establecer una frontera del todo impermeable entre esa nueva justicia republicana y la anterior violencia, aunque sólo fuera porque ambas corrieron paralelas durante esos meses y compartieron no sólo blancos sino incluso algunos de sus espacios e impulsores. Pero a pesar de todo, y aunque ese sistema judicial fue objeto de múltiples resistencias y disputas políticas en los ámbitos estatal y local, no sólo acabó a medio plazo con las instancias extra-judiciales del estío revolucionario, sino que redujo de modo irrefutable la presencia de la muerte en la retaguardia⁴¹.

No obstante, «justicia» era también, para otros muchos actores políticos, la propia gestión de la violencia al margen de todo ordenamiento jurídico o desde otro en construcción. Para ellos, más que de «reemplazar a la justicia», de lo que se trataba era de sustituir una concreta administración institucional de la misma, estrechamente vinculada al *statu quo*, por otra de un supuesto carácter popular y que integrara un proyecto de justicia social frente al injusto orden social anterior⁴². Confundiríamos las cosas si, haciéndonos eco de debates políticos y relatos posteriores, viéramos un todo indiferenciado donde en realidad había un amplio abanico de opciones contradictorias que iban desde nuevas entidades judiciales y de orden público pseudo-gubernamentales con afán «ordenador» de la retaguardia hasta los más variopintos mecanismos locales y «comités de cuneta». En todo caso, hoy podrá parecer mera propaganda que los contemporáneos, incluidos dos ministros como Joan Peiró y García Oliver, hablaran de

⁴¹ SÁNCHEZ RECIO, G.: *Justicia y Guerra en España. Los Tribunales Populares (1936-1939)*, Alicante, Inst. Juan Gil-Albert, 1991; CANCIO FERNÁNDEZ, R.: *Guerra Civil y tribunales: de los jurados populares a la justicia franquista (1936-1939)*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2007; VÁZQUEZ OSUNA, F.: *La justicia durant la Guerra Civil. El Tribunal de Cassació de Catalunya (1934-1939)*, Barcelona, L'Avenç, 2009.

⁴² BARRIOBERO Y HERRÁN, E.: *El tribunal revolucionario de Barcelona, 1936-1937*, Sevilla, Espuela de Plata, 2007 [1937]. Las cuestiones sobre reemplazar a la justicia, en VÁZQUEZ OCAÑA, F.: *Pasión y muerte de la Segunda República española*, Madrid, FCE, 2007 [1940], p. 104.

la «santa ira popular» o de la «práctica de justicia expeditiva» del pueblo. Quizá suene a simples excesos retóricos que el cabecilla de un grupo «incontrolado» justificara públicamente la muerte de 28 personas declarando que habían «hecho justicia», o que un diario madrileño espetara que, ante una judicatura burguesa y que huele «a rancio», «el pueblo ha de tomarse la justicia por sí y para sí». Y podrá resultar verborrea revolucionaria que, por limitarnos a un solo marco regional, el presidente del Consejo de Aragón ensalzara la «justicia seca, árida, pero justicia fuerte y viril», que un periodista cantara «la justicia directa del pueblo» contra el enemigo, o que otro describiera una matanza en términos de «nada de tribunal, justicia popular»⁴³. Ahora bien, son legión las alusiones similares que cabe encontrar en fuentes y situaciones no destinadas al público. «Así se hace la justicia del pueblo», decía ufano un «hombre de acción» libertario al salir de una habitación con el gatillo aún humeante. Demostrar «que sabemos hacer justicia» para evitar que «vengan a administrarla gentes de fuera», proponía el miembro de un comité bajoaragonés. «Administrar la justicia que pide el pueblo», rezaba la orden de entrega de prisioneros que serían asesinados en Santander tras el bombardeo franquista de finales de año. Con la legalidad interrumpida y los tribunales sin actuar a consecuencia de la sublevación, exponía un año después un juez, al inicio de la guerra había sido «necesario suplirlos con la atropellada colaboración de los elementos antifascistas», los cuales «tuvieron que improvisar los resortes del poder del Estado mediante procedimientos expeditivos sin legalismos entorpecedores»⁴⁴.

Esa misma colaboración creó nuevas instancias represivas más o menos informales y aupó a las mismas a nuevos actores que hicieron de la labor de limpieza su forma de luchar y construir la retaguardia. Es evidente que no eran todos los que estaban, ni estaban todos los que eran. No serían los únicos protagonistas de esta historia de sangre y muerte que nunca habrían podido escribir solos. Por encima de ellos

⁴³ *Falset bajo el signo de los rojos*, Falset, Imp. J. Llop, 1940, p. 14; *CNT*, 12 de agosto de 1936; ASCASO, J.: *Texto taquigráfico del discurso pronunciado...*, Caspe, Nuevo Aragón, 1937, p. 9; PRATS, A.: *Vanguardia y retaguardia de Aragón*, Sevilla, Espuela de Plata, 2006 [1937], p. 149; *Solidaridad Obrera*, 31 de julio de 1936, p. 3.

⁴⁴ Archivo Histórico Nacional: Causa General [AHN: CG], leg. 199/2, exp. 29 fol. 384. La cuestión anterior, en ATMT-3: PSO, núm. 27.059, fol. 5vto.; Archivo Municipal de Calanda (Teruel): Actas, leg. 1104-19, y AHN: CG, leg. 1582/1: «Informe del Juez Instructor...», fol. 48.

tenían también su papel, por acción u omisión, diferentes autoridades, dirigentes y estructuras de las organizaciones políticas y sindicales. A su lado aparecían un sinnúmero de rostros locales que alentaban y compartían esa tarea y pretendían posicionarse así como nuevas elites comunitarias. Y por detrás se adivinaban los miles de vecinos de pueblos y barrios que, caminando por líneas de fractura que no tenían por qué seguir siempre la gran divisoria bélica y las siglas de ámbito estatal, firmaban denuncias e indicaban dónde se escondían curas, caciques y sublevados. Por tanto, los actuantes en esta trama no eran, en un extremo, colectividades enteras ni, en el otro, reducidas minorías de *meneurs*, y tampoco conformaban una especie de meros «fanáticos» aislada del resto de la sociedad. Se trataba más bien de hombres, casi nunca mujeres, que estaban vinculados a partidos, sindicatos y poderes locales y, como resulta habitual en los grandes procesos de violencia, de «gente corriente» a quienes las circunstancias forzaron a elecciones morales que dibujaron su distinto grado de implicación en el correr de la sangre. E incluso cabría añadir que su retrato responde a lo que la psicología social denominaría grupos «nómicos», en el sentido de que su transgresión no es anómica, sino que está guiada por creencias y códigos que rechazan los anteriores y afirman la posibilidad de «normas» alternativas⁴⁵. Sea como fuere, no todos tomaron las mismas decisiones ni actuaron según las mismas coordenadas. Pero, instalados en el corazón de un contexto que les daba acceso no sólo a las armas, sino también a espacios políticos en los que operaban discursos concurrentes sobre la justicia que debía definir la retaguardia, las elecciones de muchos de ellos caminaron donde y mientras se dio ese contexto en la dirección de una «moral en acción» profundamente impregnada de política. Aquello suponía que, durante el verano y otoño de 1936, diversos actores y grupos reivindicaron el uso legítimo aunque ilegal de la «justicia del Pueblo» como traducción de su supuesta soberanía originaria, y que hicieron así de su ejercicio una valencia fundadora de significados políticos y espacios de poder. Pero significaba también que, con ello, se confirmaba una vez más el amargo diagnóstico de Emile Cioran, aquel según el cual «toda fe ejerce una forma de terror, tanto más temible cuanto que los “puros” son sus agentes»⁴⁶.

⁴⁵ MOSCOVICI, S.: *Psicología de las minorías activas*, Madrid, Morata, 1981, pp. 102-103. La cuestión anterior, en MANN, M.: *El lado oscuro...*, *op. cit.*, pp. 9, 19-42.

⁴⁶ WAHNICH, S.: *La liberté ou la mort...*, *op. cit.*, p. 70; CIORAN, E. M.: *Breviario de podredumbre*, Madrid, Taurus, 1997 [1949], p. 30.

Al morir ese año, muchas cosas estaban cambiando. Con la creación del Tribunal Popular para la provincia de Granada el día 29 de diciembre, y con la del de Aragón dos semanas después, se extendía ya a toda la retaguardia republicana la justicia republicana. No era la única labor de la misma. El día 27 de ese último mes de 1936, la *Gaceta de la República* publicaba el decreto por el que se creaban los «Campos de Trabajo» con el objetivo de «descongestionar [las] prisiones, separando de ellas a los rebeldes ya enjuiciados por los órganos de Justicia»⁴⁷. Ese mismo día, confirmando el problema de las prisiones, el antes citado bombardeo franquista hacía estallar en Santander una venganza que se cobraba la vida de 156 presos, como sucedería una semana después en Bilbao con un balance aún más gravoso. Pero otras realidades se dibujaban ya en el horizonte. El día 23, el consejero comunista en la Junta de Defensa de Madrid Pablo Yagüe era tiroteado por un control obrero de la CNT, un hecho que no sólo iniciaba una espiral de sangrientas represalias entre comunistas y cenetistas. El atentado inauguraba, asimismo, una dura campaña política contra los «incontrolables» que se sumaba a la que comenzaba al mismo tiempo en Cataluña contra las Patrullas de Control y que ya no finalizaría hasta lo que Azaña llamaría «rescate del Orden Público por el Estado». Y, sobre todo, simbolizaba el paso a una nueva fase en la que la disputa política alrededor de la justicia y el orden público se haría descarnada y la violencia se desplegaría también entre los distintos sectores antifascistas, como mostraría un reguero de sucesos entre los de La Fatarella un mes después y los de Barcelona en mayo⁴⁸.

Con todo, aunque en realidad traducía en cifras todo lo anterior, lo más significativo era lo que sugería alguien tan poco sospechoso de minimizar aquellos hechos como Pío Baroja cuando anotaba que «los crímenes, los robos y los atropellos de toda clase terminaron a fines de diciembre de 1936 y principios del 37»⁴⁹. Después de cinco meses de contienda, y a falta de otros 27, alrededor de cuatro de cada cinco víctimas ya habían sido asesinadas. La contienda iría de mal en peor, con una derrota tras otra, se convertía en guerra total y tomaba cuerpo

⁴⁷ *Gaceta de la República*, 27 de diciembre de 1936, pp. 1118-1119.

⁴⁸ TERMES, J.: *Misèria contra pobresa. Els fets de la Fatarella del gener de 1937*, Catarroja, Afers, 2005; GALLEGO, F.: *Barcelona, mayo de 1937...*, op. cit.; GODICHEAU, F.: *La guerre d'Espagne...*, op. cit.

⁴⁹ BAROJA, P.: *Misèria de la guerra*, Madrid, Caro Raggio, 2006 [1951], p. 237.

una cultura de guerra. Sin embargo, y al contrario que, por ejemplo, la guerra civil rusa, los reveses bélicos y la escalada militar no implicaban una espiral de violencia, sino precisamente su control. Ni siquiera los terribles bombardeos franquistas de los dos años siguientes, con la excepción del de Jaén en marzo de 1937, ocasionarían ya las matanzas de presos de 1936. La primacía y lógica de la movilización para una guerra total, aunque esgrimida también con móviles partidistas, extendió el convencimiento de una necesaria centralización política incluso hasta las formaciones sindicales cuya representación dependía de su control de espacios de poder paraestatales. Eso y su institucionalización a través de los instrumentos judiciales y policiales de la República fueron minando lo que la violencia practicada al margen de los mismos había tenido de actuación soberana definidora de identidades y representatividad. Y aunque el proceso nunca se completaría del todo y gestaría nuevos aparatos represivos estatales, todo ello supuso que fueran cada vez menos los que se mantenían ligados a esa tarea profiláctica, más exiguos los espacios de poder de los que podían disfrutar para ejercerla, y menor la audiencia que recibían sus discursos sobre justicias alternativas y, por ende, su papel en la definición de la retaguardia.

La zona gris de la España azul. La violencia de los sublevados en la Guerra Civil

Carlos Gil Andrés

IES Rey Don García (Nájera)

Resumen: Este artículo presenta los resultados de un proyecto de investigación sobre la violencia política en la retaguardia dominada por los militares rebeldes durante la Guerra Civil. El estudio se centra en el caso de La Rioja, una pequeña región agraria controlada por los sublevados desde el primer día del conflicto. En primer lugar, se destaca el amplio respaldo social obtenido por la insurrección, sobre todo en el campesinado familiar católico y conservador. En segundo lugar, se analiza la compleja trama de los autores de la limpieza política, desde los responsables principales hasta la colaboración hallada en una parte del vecindario de cada pueblo, la «zona gris» de la violencia. En las últimas páginas se plantea la larga sombra del terror visible en la represión cotidiana de los vencidos, mantenida a lo largo de toda la guerra y la posguerra.

Palabras clave: España, siglo XX, Guerra Civil, violencia política, terror.

Abstract: This article presents the results of a research project about political violence practice in the rearguard controlled by the rebel militaries during the Spanish civil war. The study focuses on the case of La Rioja, a small agrarian region controlled by the revolts since the first day of the conflict. Firstly, it is highlighted the broad social supports obtained by insurrection, especially in the catholic and conservative family peasantry. Secondly, the text analyses the complex network of the perpetrators of political cleansing, from the main responsible figures to the collaborators that can be found within the neighbourhood of each village, the «grey area» of violence. In the last pages, it is surveyed the long shadow of the terror visible in everyday repression of the defeated, maintained throughout the war and post-war.

Key words: Spain, 20th century, Spanish civil war, political violence, terror.

«Es que aquí no se entiende, no se entiende»; «sí es que no había pasado nada para tanto»; «aquí han sido los mismos del pueblo»; «¿quién puede explicar eso?». Algunos informantes, testigos de brutalidad vivida en la retaguardia sublevada durante la Guerra Civil, confiesan su incapacidad para comprender las razones del terror asesino que se adueñó de comunidades rurales sin precedentes de conflictos graves, localidades donde nada hacía presagiar la ola de violencia desatada en el verano de 1936. Su testimonio obliga al historiador a replantearse las bases y los objetivos de su investigación. Como ha apuntado Josep Fontana, para descifrar la complejidad de la Guerra Civil hay que superar «las visiones en blanco y negro, o mejor en rojo y azul, que siguen dominando entre nosotros». Por muy loable que sea la tarea, no basta con contar los muertos, denunciar la injusticia padecida por todos los paseados, desaparecidos, encarcelados y vejados y reconstruir la memoria de las víctimas. Es una labor necesaria, todavía pendiente en muchos sitios, pero insuficiente; no es el resultado final de la investigación histórica, sino el inicio de un proceso que nos permita entender «por qué en esa Castilla azul en que no había ocurrido en los años de la República nada que pudiese considerarse como una amenaza revolucionaria y en que no puede ni siquiera decirse que llegara a existir guerra civil, pudo producirse tanta violencia y tanta muerte». Desvelar, en definitiva, «las razones de la sinrazón»¹.

En los últimos años se han multiplicado los trabajos que, desde el ámbito de la historia local, abordan el estudio de la violencia en la retaguardia dominada por los rebeldes. Pero muchas de las investigaciones publicadas no van más allá del registro ordenado de los nombres propios de las víctimas y la descripción, más o menos detallada, de sus historias personales, de las pequeñas biografías segadas por la barbarie de la guerra. Tienen un valor indudable para los familiares de los represaliados, privados durante décadas de cualquier tipo de reparación pública, pero contribuyen poco a la comprensión histórica del fenómeno que estudian. No es un problema de la escala reducida de observación. Más bien al contrario, la historia local puede y debe ser un escenario privilegiado para poner a prueba los conceptos y las interpretaciones generales, plantear nuevas preguntas a las fuentes y enriquecer el conocimiento histórico con aportaciones válidas para el estudio comparado de casos.

¹ «Prólogo» de J. FONTANA, en ROBLEDO, R. (ed.): *Esta salvaje pesadilla. Salamanca en la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2007, pp. xi-xii.

Ampliar la mirada y alargar la vista. Ésas podrían ser, a grandes rasgos, las dos propuestas fundamentales de las páginas que siguen. Ampliar la mirada hacia la otra cara de la violencia política, la de sus autores y colaboradores, con todos sus matices; alargar la vista más allá de la «explosión» del terror del verano de 1936, hacia la violencia cotidiana ejercida durante todo el conflicto, la transformación de las relaciones sociales y la definición de una nueva cultura política, que sirvieron de base y sustento del régimen franquista construido bajo el signo de la victoria.

«La Patria está en peligro». La movilización

Los datos y los testimonios citados proceden, en su mayor parte, de un trabajo de campo sobre la Guerra Civil en seis poblaciones de la retaguardia riojana². En la antigua provincia de Logroño, una pequeña región predominantemente rural con apenas doscientos mil habitantes en las vísperas del conflicto, los militares sublevados y sus apoyos sociales apenas encontraron resistencia. Se puede decir que la guerra terminó en las cuarenta y ocho horas siguientes a la declaración de la ley marcial, después del paso de la columna navarra del coronel García Escámez, camino de Madrid. La provincia había quedado, como decía una crónica, «liberada y pacificada». Sin embargo, la espiral de terror instaurada desde el primer día dejó en los meses siguientes un rastro de dos mil asesinatos, una operación de limpieza política que, en algunas localidades, presenta un porcentaje de muertos sobre la población real comparable a los ejemplos más sangrientos de otras zonas de España³. Dos millares de cuerpos de civiles indefensos, arrojados en fosas comunes, diseminados por las cunetas, los

² Los seis municipios (Fuenmayor, Cenicero, San Asensio, Briones, San Vicente de la Sonsierra y Haro) comparten la orilla del río Ebro, la carretera y la línea del ferrocarril. Tienen en común, además, una economía basada en la agricultura comercial, dominada por el viñedo, y una fecha señalada en su historia: en las seis poblaciones seleccionadas, el movimiento anarquista insurreccional del 9 de diciembre de 1933 encontró un eco destacado, una circunstancia que no olvidaron los directores de la represión en el verano de 1936. Véase GIL ANDRÉS, C.: *Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*, Barcelona, Crítica, 2006.

³ En una veintena de poblaciones el número de asesinatos supera el 2 por 100 de la población, con algún caso donde llega hasta el 4 por 100, AGUIRRE GONZÁLEZ, J. V.: *Aquí no pasó nada. La Rioja 1936*, Logroño, Santos Ochoa, 2007.

barrancos y las tapias de los cementerios; historias estremecedoras sobre el terror más despiadado, el desconsuelo, la humillación y el silencio impuesto durante décadas. Pero, según avanzaba la investigación, cuanto más se acercaba a los relatos de las víctimas, más se alejaba de la comprensión del fenómeno de la violencia. Podía describir lo ocurrido pueblo por pueblo, caso por caso, día a día, pero no lo explicaba. La complejidad del pasado en vez de abrirse paso, como se esperaba, se estrechaba cada vez más.

Para los familiares de las víctimas lo ocurrido en el verano de 1936 es algo absolutamente incomprensible, incluso para aquellos que vivieron la experiencia en primera persona. La mayoría recurre a cuestiones privadas para intentar encontrar algo de lógica a una violencia que consideran inexplicable. Fueron «los malos quereres», las envidias, «que había mucha envidia entonces», las «inquinias», las «rencillas de los pueblos», la «mala sombra», la «mala leche», porque «habían tenido un quítate más allá» o simplemente por nada: «¿Y quién sabe explicarlo? ¿Motivos? San quiero». Algunos informantes sostienen que a su padre, a su hermano o a su marido los mataron por nada, sólo porque eran buenas personas, buenos trabajadores y buenos padres de familia. El relato más repetido tiene como referente más o menos cercano el mito de la locura trágica⁴: «Una guerra es una cosa muy mala, las guerras cambian a los hombres y les empujan a hacer cosas incomprensibles», «en la guerra se cometen atrocidades, muchos se vuelven locos». El discurso más elaborado ideológicamente tiende a describir la guerra como un conflicto puro y simple de lucha de clases, de ricos contra pobres, de caciques contra obreros, de militares y curas contra trabajadores, y está aún más extendida la visión dicotómica que sólo distingue entre fascistas y demócratas. Muchos familiares se muestran incómodos cuando el entrevistador les descubre la militancia de la víctima en la UGT o en el PSOE, y mucho más aún si se trata de un militante de la CNT, de un joven implicado en la insurrección anarquista de diciembre de 1933 o en el movimiento revolucionario de octubre de 1934⁵. La memoria, como

⁴ MORADIELLOS, E.: 1936. *Los mitos de la guerra civil*, Barcelona, Península, 2005.

⁵ Las citas de entrevistas orales incluidas en este artículo proceden de tres proyectos de investigación diferentes, todos dentro del ámbito geográfico de La Rioja. El primero, realizado en Arnedo entre los años 2000 y 2002, fue publicado con el título *La República en la plaza. Los sucesos de Arnedo de 1932*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos-Ayuntamiento de Arnedo, 2002. Los resultados del segundo, elaborado

sabemos, reelabora el pasado y lo reconstruye de acuerdo con los valores actuales, como si los que vivieron en aquellos años fueran idénticos a nosotros, como si los perfiles de sus rostros se pudieran transplantar en las caras del presente⁶.

Al repasar las transcripciones de las entrevistas es fácil recordar los comentarios de Zygmunt Bauman sobre su imagen inicial del Holocausto, como un asesinato horrible cometido por malvados contra inocentes, por seres enloquecidos contra víctimas indefensas: «Creía, por exclusión más que por reflexión, que el Holocausto había sido una interrupción del normal fluir de la historia, un tumor canceroso en el cuerpo de la sociedad civilizada, una demencia momentánea en medio de la cordura». Podemos describir con detalle la cuenta macabra de los crímenes, las fechas, los nombres y los lugares de la tragedia, la narración de las vidas cortadas por el tajo del terror, pero entonces «no logramos ver lo que miramos»⁷. Para verlo, para aspirar a comprender lo ocurrido como un fenómeno histórico explicable, para acercarnos a las raíces de la violencia, debemos cambiar el punto de vista y ampliar el enfoque, incluir junto a los sufrimientos de las víctimas las razones de los verdugos⁸, los motivos que llevaron a un amplio sector de la población a empuñar las armas para defender en el frente la causa de los militares sublevados y a colaborar en la retaguardia en la represión de sus vecinos, convertidos de la noche a la mañana en enemigos deshumanizados. Como ha señalado Joanna Bourke, lo más sobrecogedor de los asesinatos en masa es que revelan niveles inauditos de complicidad y que fueron alimentados tanto en las estructuras militares como

a partir de un trabajo de campo en la comarca de la Rioja Alta, entre los años 2003 y 2005, en el libro ya mencionado, *Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*. Por último, algunas de las citas orales proceden de una serie de entrevistas efectuadas en la localidad de Cervera del Río Alhama, entre los años 2006 y 2008, y que forman parte de un trabajo todavía sin publicar. Omito las referencias detalladas de las citas para no recargar el texto en exceso.

⁶ FRASER, R.: «Historia Oral, Historia Social», *Historia Social*, 17 (1993), p. 132. Que nuestros abuelos no fueron como deseamos que nos aparezcan es una de las reflexiones de IZQUIERDO MARTÍN, J., y SÁNCHEZ LEÓN, P.: *La guerra que nos han contado. 1936 y nosotros*, Madrid, Alianza, 2006.

⁷ BAUMAN, Z.: *Modernidad y Holocausto*, Madrid, Sequitur, 1997, pp. ix-x y 288.

⁸ RODRIGO, J.: *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza, 2008, p. 52. También LEDESMA, J. L.: «El 1936 más opaco: las violencias en la zona republicana durante la guerra civil y sus narrativas», *Historia Social*, 58 (2007), pp. 166-167.

en las civiles y que implicaron a personas «corrientes» conocidas de las víctimas⁹.

Lo dijeron los obispos españoles en la carta colectiva publicada a finales de 1937: «Nótese, primero, que la sublevación militar no se produjo, ya desde sus comienzos, sin colaboración con el pueblo sano, que se incorporó en grandes masas al movimiento que, por ello, debe calificarse de cívico-militar»¹⁰. Así fue. Hay que volver a subrayar que el fascismo es un fenómeno de masas, que los regímenes totalitarios de la Europa de entreguerras contaron con la aceptación, cuando no el apoyo entusiasta, de una parte importante de la población y que el caso de España no fue una excepción. Como explica Mazower, preferiríamos concebir la Europa entre las dos guerras como un continente descarriado por dictadores lunáticos y no como un territorio que, en buena medida, había optado por el abandono de la democracia; preferiríamos pensar en un proceso simple de demencia colectiva en el que la gente fue engañada por regímenes poderosos a través de la coacción, la censura y la manipulación, pero estaríamos pasando por alto la extraordinaria capacidad de movilización de valores compartidos y asumidos por un amplio sector de la ciudadanía, el eco popular del discurso de una nación nueva, integrada y en orden, la Nueva España fundada por los militares rebeldes en el verano de 1936¹¹.

El caso de La Rioja es un buen ejemplo. El rápido triunfo del «Alzamiento» y el apoyo recibido por los sublevados no se entiende si el conflicto se reduce a una lucha entre patronos y militares contra trabajadores. Por supuesto, en el verano de 1936 los grandes propietarios estaban donde tenían que estar, al frente de las comisiones gestoras nombradas por los rebeldes. Los conflictos sociales vividos en los años anteriores y la amenaza que, para los poderes locales, supuso la legislación reformista republicana explican la adhesión sin fisuras de la Cámara Oficial de Comercio e Industria de la provincia, entregada a la «noble cruzada contra el empuje selvático de la masonería judaizante y de los vendidos al oro ruso», dispuesta a no regatear esfuerzos en defensa de «la Patria amenazada por hordas anarquizantes al servicio

⁹ BOURKE, J.: *La Segunda Guerra Mundial. Una historia de las víctimas*, Barcelona, Paidós, 2002, p. 193.

¹⁰ *Boletín Oficial del Obispado de Calaborra y La Calzada*, núm. 12, 15 de diciembre de 1937.

¹¹ MAZOWER, M.: *La Europa negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2001, pp. 43 y 53.

de inspiraciones e influjos extranjeros». Explican también la carta de la Comunidad de Labradores de Haro sumándose al «movimiento patriótico salvador de España». Los «mejores españoles», los «más fervorosos creyentes», los «que tenemos nuestros hijos en filas» se ofrecen a la lucha no sólo para derrotar al enemigo sino para eliminar de raíz y para siempre el mal que se combate: «nuestra maldición para los traidores-sinvergüenzas-canallas-ladrones-antipatriotas a los que hay que exterminar porque son indignos de pisar esta hermosa tierra Española, y sólo y únicamente pueden habitar en Rusia, donde nos embaucan diciéndonos que aquello es un paraíso»¹².

Pero, como precisan Redondo y Zavala en *El Requeté (la tradición no muere)*, no se trataba solamente de «la tranquilidad de la digestión y el sueño de los poderosos». A la «voz ejecutiva» del Ejército le siguió una «reacción viril» de los españoles de bien: «¿Quién sabrá explicar el fenómeno de que tantos hombres de condición humilde, modestos labradores y obreros, muchos desheredados de la fortuna, abandonados de la suerte y víctimas de las desigualdades económicas, fueran con tanto entusiasmo y fervor a la guerra?». La razón principal, para los dos autores, militares de profesión, fue la defensa común de lo que a todos les unía, los valores «religiosos, patrióticos y militares»¹³. Setenta años después todavía se puede reconocer el eco de ese discurso en la memoria de aquellos jóvenes que, en el verano de 1936, vistieron la camisa azul de Falange o la boina roja del Requeté y se presentaron para empuñar las armas. Los testimonios orales de los voluntarios supervivientes, mucho más difíciles de conseguir que los de los familiares de las víctimas, tienen, si cabe, más interés desde el punto de vista histórico. A través de ellos se puede reconstruir de qué manera llegaba a los sectores populares el discurso del miedo y de la amenaza revolucionaria difundido en los meses anteriores al golpe de Estado, y cuáles eran las identidades que fueron capaces de movilizar a una gran parte del campesinado familiar, católico y conservador¹⁴.

¹² Archivo Histórico Provincial de La Rioja (AHPLR): Gobierno Civil, Municipal, Logroño, caja núm. 12, y Haro, caja núm. 3.

¹³ REDONDO, L., y ZAVALA, J.: *El Requeté (la tradición nunca muere)*, Barcelona, AHR, 1957, pp. 78-79.

¹⁴ La importancia del campesinado familiar en las obras conocidas de MOORE, B.: *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Barcelona, Península, 1975, y de LUEBBERT, G. M.: *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*, Zaragoza, Prensas Universita-

Un informante recuerda que fue a luchar «para defender a España»; otro porque «no queríamos que viniera Rusia a España»; un tercero recuerda «que la Patria estaba en peligro». En la mayor parte de los casos se repiten las expresiones sobre la defensa de la nación, de la propiedad y de la religión: «ellos decían ¡viva Rusia! y nosotros ¡viva España!»; «la cosa estaba demasiado revuelta ya»; «había una situación tal que era un desbarajuste»; «la política era un engaño»; «no hacían más que incendiar los conventos y las iglesias»; «estaban las cosas muy mal, muy mal antes de la guerra»; «la tensión era creciente y la paz resultaba imposible»; «que el sudor de uno que se lo iban a quitar»; «los republicanos llevaban todo parejo toda la vega, robaban por todo, ¿me entiende usted ahora? Les parecía que ya el comunismo, todo para todos. Y recibían dinero de Rusia. Que era sucio eso, ¿no es sucio eso? ¿Coger dinero de eso y hacer propaganda al contrario? Y quemaron la iglesia».

En los relatos recopilados se repiten, con mayor o menor elaboración, la crítica a la política parlamentaria, nociones sencillas de los conceptos de Patria y Nación y la percepción de que la propiedad privada estaba en peligro y de que el caos y el desorden podían terminar con las costumbres y creencias tradicionales. El país avanzaba hacia el precipicio y era necesaria una solución de fuerza. El discurso de la derecha había dado ya sus frutos en la campaña electoral de otoño de 1933, con un gran despliegue de medios de propaganda y de recursos materiales y humanos. En la provincia de Logroño, los candidatos de la CEDA obtuvieron un triunfo rotundo que reeditaron, aunque de manera más ajustada, en la convocatoria de febrero de 1936, la más concurrida, intensa, apasionada y moderna de las celebradas hasta entonces, un campo de lucha política y cultural, de identidades enfrentadas. Por un lado, el pueblo republicano, la comunidad urbana y la fraternidad obrera; por otro, la comunidad local tradicional y el pueblo católico. La legislación laicista del primer bienio republicano y, sobre todo, las actitudes anticlericales de grupos de republicanos y obreros hicieron que una parte de la población identificara el conflicto religioso como una división fundamental de la sociedad

rias, 1997. La capacidad de movilización del sentimiento nacionalista español y las propuestas fascistas en NÚÑEZ SEIXAS, X. M.: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006, y en COBO ROMERO, F.: «El franquismo y los imaginarios míticos del fascismo europeo de entreguerras», *Ayer*, 71 (2008), pp. 117-151.

española y que los sectores católicos se sintieran perseguidos dentro del orden republicano, dispuestos a movilizar su descontento aprovechando las formas de acción del ritual religioso y, en último término, a situarse en la frontera de la legalidad cuando la ocasión se presentara¹⁵. Así lo reconocía Firmo Rubio, el alcalde republicano de Cervera del Río Alhama, en mayo de 1936, ante una carta del Sindicato Único local que reclamaba al Ayuntamiento «el cese inmediato y total del toque de campanas por lo molestas que resultan al vecindario de esta Villa; y prohibición de que trasciendan a la calle insignias religiosas, cuya sola presencia provoca el desorden». El alcalde, con la experiencia cercana de los años anteriores, manifestó que no procedía ni convenía «acometer asuntos tan baladíes, ni perder el tiempo en estas cosas que no conducen a otra cosa práctica, sino a crear enemigos a la República, y a debilitarla, como ocurrió anteriormente»¹⁶.

En realidad, como sabemos, la República no se desmoronó por el desorden y la anarquía impuestos por las hordas revolucionarias al servicio de Moscú. En la primavera de 1936, la mayor parte de las víctimas de los conflictos sociales fueron causadas por las fuerzas de orden público y, en muchos casos, el protagonismo en el uso de la violencia era de los grupos paramilitares de extrema derecha lanzados a la calle para combatir a unas organizaciones sindicales decididas a disputar el espacio público, sí, pero muy alejadas de las condiciones y los recursos necesarios para plantear un movimiento revolucionario¹⁷. La carta del Sindicato Único de Cervera incluía entre sus peticiones, además de las medidas anticlericales, el permiso para roturar

¹⁵ CRUZ, R.: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 50-62 y 170-172. La amenaza de la legislación anticlerical para la fe sencilla de la gente llana en UGARTE, J.: «El carlismo hacia los años treinta del siglo XX. Un fenómeno señal», *Ayer*, 38 (2000), pp. 173-177. La importancia de las ideas sociales cristianas para entender que el pequeño campesinado nutriera las filas del ejército nacionalista, en CASTILLO, J. J.: *Proprietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesinado*, Madrid, Ministerio de Agricultura, 1979, pp. 447-454.

¹⁶ Archivo Municipal de Cervera del Río Alhama (AMC): Libros de Actas Municipales, Año 1936, Sesión del 10 de mayo de 1936.

¹⁷ Los conflictos sociales de la primavera de 1936 en GIL ANDRÉS, C.: *Echarse a la calle. Amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2000, pp. 249-259. En general, GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La dialéctica de las pistolas. La violencia y la fragmentación del poder político durante la Segunda República», en MUÑOZ, J.; LEDESMA, J. L., y RODRIGO, J. (coords.): *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, Madrid, Sietemares, 2005, pp. 101-146.

las dehesas improductivas, el control de la bolsa de trabajo, la construcción de grupos escolares y la apertura de obras públicas, cuestiones todas ellas encaminadas a mitigar los efectos del paro obrero y no a derribar el orden social existente. Pero para entender el fenómeno que aquí planteamos, el acercamiento ideológico del campesinado familiar hacia la derecha radical antirrepublicana, no era necesario que el «abismo catastrófico» al que se encaminaba España fuera cierto, algo que la documentación parece desmentir, sino que el miedo a la revolución se percibiera como real por aquellos que podían verse amenazados, que se interpretara como algo cercano y posible¹⁸. Y una vez que la vía electoral para el acceso al poder se había cerrado por el triunfo del Frente Popular y que, a pesar del amplio proceso de movilización, los partidos de derechas no habían sido capaces de desarrollar un proyecto contrarrevolucionario propio, el único camino para una solución autoritaria era el apoyo al golpe de Estado organizado por los militares¹⁹.

Desde este punto de vista, se puede empezar a entender cómo una pequeña región como La Rioja, donde antes de la guerra apenas había dos centenares de falangistas y, allí donde existían, los carlistas no pasaban de unas docenas, se convirtió, después del verano de 1936, en la provincia española, después de Navarra, que más voluntarios aportó a las filas de los sublevados. Si damos por buenas las cifras de Rafael Casas de la Vega en octubre de 1936, había en el frente 788 requetés y 1.469 falangistas riojanos. Si a ellos sumamos los milicianos que prestaron servicio en la retaguardia, 1.600 requetés y 2.758 falangistas, las compañías de Voluntarios de Clavijo y los centenares de hombres

¹⁸ La cuestión del «abismo catastrófico» en la primera alocución publicada en la prensa riojana por los militares sublevados, en el diario *La Rioja*, 21 de julio de 1936. El amplio eco y la capacidad movilizadora del discurso del miedo en COBO ROMERO, F.: *De campesinos a electores. Modernización agraria en Andalucía, politización campesina y derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios. El caso de la provincia de Jaén, 1931-1936*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, y en ROBLED0, R., y ESPINOZA, L. E.: «¡El campo en pie! Política y reforma agraria», ROBLED0, R. (ed.): *Esta salvaje pesadilla...*, op. cit., pp. 3-51.

¹⁹ GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La violencia y sus discursos: los límites de la “fascitización” de la derecha extrema española durante el régimen de la II República», *Ayer*, 71 (2008) pp. 115-116. La evolución de las derechas hacia la insurrección en GONZÁLEZ CUEVAS, P. C.: «Política de lo sublime y teología de la violencia en la derecha española», en JULIÁ, S. (ed.): *Violencia política en la España del siglo XX*, Madrid, Taurus, 2000, pp. 105-143.

encuadrados en Acción Ciudadana estaríamos hablando de un total de 7.639 hombres en armas, un aluvión de jóvenes que desde los primeros días del «Alzamiento» se presentaron en los cuarteles de la Guardia Civil o en los ayuntamientos. Podemos hacer nuestro el comentario que Javier Ugarte emplea para explicar lo ocurrido en provincias vecinas como Álava o Navarra, en pueblos donde para que salieran falangistas o requetés bastaba con que lo fuera el secretario del Ayuntamiento o un propietario conocido. Y podemos añadir que también salieron donde no había ninguno. Cuando, a finales de 1941, el jefe local de Falange de Fuenmayor recibió una circular que le pedía una relación de los «camisas viejas» de la localidad, no tuvo otro remedio que contestar con sinceridad «que con anterioridad al 18 de julio de 1936 no existía ningún afiliado a Falange o a Comunión Tradicionalista»²⁰. En otro de los pueblos de nuestro estudio, uno de los informantes, que se alistó como requeté en las semanas iniciales del conflicto, reconoce que antes del golpe de Estado no había visto nunca a un falangista: «La guerra vino aquí y no sabíamos nada. ¿Quién entra por ahí? ¡Los falangistas! ¿Y cuáles son los falangistas?».

Lo relevante, en todo caso, no es el número de adeptos anteriores al conflicto. El Círculo Jaimista de Haro, por ejemplo, tenía sólo 32 socios frente a los 207 de Acción Riojana (la marca provincial de la CEDA) pero, desde los momentos iniciales del golpe de Estado, se ofreció como la referencia más cercana e inmediata para el encuadramiento militar de los jóvenes voluntarios. Además, el carlismo proporcionó sentimientos de identidad, lazos comunitarios y creencias compartidas que demostraron una notable capacidad de movilización popular²¹. Falangistas, requetés y católicos, sobre todo católicos. La

²⁰ Las cifras de voluntarios en CASAS DE LA VEGA, R.: *Las milicias nacionales*, 2 vols., Madrid, Editora Nacional, 1977. El cuestionario sobre los «camisas viejas», 20 de noviembre de 1941, Archivo Municipal de Fuenmayor (AMF): Fondo de Falange. Imprescindible el magnífico trabajo de UGARTE, J.: *La Nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

²¹ CANAL, J.: «La gran familia. Estructuras e imágenes familiares en la cultura política carlista», en CRUZ, R., y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 97-136, y PÉREZ LEDESMA, M.: «Una lealtad de otros siglos (En torno a las interpretaciones del carlismo)», *Historia Social*, 24 (1996), pp. 133-149. La importancia de las lealtades religiosas, familiares, regionales y nacionalistas en CASANOVA, J.: «Guerra Civil, ¿Lucha de clases? El difícil ejercicio de reconstruir el pasado», *Historia Social*, 20 (1994), pp. 135-150.

Iglesia bendijo la insurrección como una Cruzada legítima, ofreció a los rebeldes el poder de representación de sus rituales y ceremonias y sirvió de cemento aglutinante de todos los sectores que respaldaron el golpe de Estado: «Eran requetés y falanges pero, eran católicos, porque lo que fue más... todo católicos, lo que se levantó esto, en este pueblo, todo católicos». La corporación municipal de Haro, después de la guerra, justificaba así la erección de una monumental Cruz de los Caídos: «Tratar de simbolizar la idea que todos llevaron al luchar contra el enemigo común, pero que sólo en la Cruz convergían todos los ideales»²².

Partidarios convencidos, paladines de fe, oportunistas que buscaban el medro personal y la obtención de recompensas y también «izquierdistas que se pusieron la camisa para evitarse peligros». Así lo reconocía el gobernador civil de Logroño cuando explicaba que el ascenso fulgurante del número de afiliados de Falange y del Requeté no se debió sólo al aluvión de «elementos derechistas», sino, también, a la atracción de «elementos procedentes del campo contrario»²³. Eran los «anhelantes de resguardo», vecinos con un pasado «manchado» por su militancia republicana o su participación en algún conflicto social. Un informante confiesa «que nos tuvimos que apuntar todos a Falange, nos tuvimos que apuntar todos los que éramos republicanos o de izquierdas». Otro cuenta la anécdota de un vecino que al ir a inscribirse a Falange el que tomaba nota le preguntó si, con anterioridad, había pertenecido a algún sindicato: «¿Cómo me preguntas tú eso, si fuiste tú el que apuntaste en la UGT?». Un tercero reconoce que fue voluntario porque se lo pidieron a su padre: «¡Coño, Eliseo, que tienes dos hijos, que tienes que...!». A veces era una estrategia para responder a la presión social de la comunidad y proteger al resto de los miembros de la familia.

Se pueden contar los casos. A finales del verano de 1936, los alcaldes y los comandantes de los puestos de la Guardia Civil redactaron informes reservados sobre los afiliados a las milicias nacionales que no eran de plena confianza. En Haro, de los 88 falangistas listados, 18 tenían «antecedentes» y otros 40 estaban en «observación» porque procedían de partidos políticos republicanos. En Briones había 40

²² Archivo Municipal de Haro (AMH): Libros de Actas Municipales, Año 1940, Sesión del 23 de marzo de 1940.

²³ AHPLR: GC, paquete 295, leg. «Memorias 1938-1942», Memoria anual de 1938.

falangistas y 16 requetés más que dudosos, 11 de ellos procesados por participar en la intentona anarquista de 1933. En Fuenmayor eran 7 los falangistas sospechosos, un número mucho más alto si se incluían los que tenían hermanos izquierdistas. Desde Cenicero se señalaban en rojo los nombres de 21 falangistas y requetés, algunos, no obstante, elogiados por haber prestado «servicios insuperables»²⁴. Las fuentes no ocultan los nombres de muchos individuos que prefirieron convertirse en perseguidores antes de ser perseguidos, coautores de la violencia antes que víctimas. De todos modos, los abundantes ejemplos de «anhelantes de resguardo» no restan peso a los factores ideológicos o a las motivaciones sociales y económicas a la hora de comprender el aluvión de afiliaciones a las milicias rebeldes. Simplemente se trata de presentar la complejidad y diversidad del fenómeno producido en el verano y el otoño de 1936.

«Aquí han sido los mismos del pueblo». Entre las víctimas y los verdugos

Rafael Cruz ha clasificado a los agentes de la limpieza política de la zona rebelde en tres categorías: autoridades militares y dirigentes de las organizaciones civiles aliadas, bandas de militantes-policías-paramilitares y una parte de la población general que apoyaba y aprobaba la represión²⁵. Caben todavía más matices y actitudes. Podemos hablar, de arriba abajo, con diversos grados de responsabilidad y compromiso, de directores, intercesores, ejecutores y colaboradores, un grupo, este último, amplio y heterogéneo en el que cabría incluir a los cómplices, los delatores, los adeptos y los simples espectadores.

Directores. La fragmentación provincial y local del poder permitió la aparición de verdaderos señores de la guerra, militares y paisanos que organizaron, sobre el terreno que dominaban, la campaña de aniquilación premeditada y ordenada por los sublevados. En La Rioja, el

²⁴ AHPLR: GC, Haro, caja núm. 4; Briones, caja núm. 2; San Asensio, caja núm. 1; Fuenmayor, caja núm. 1; Cenicero, caja núm. 2. El aluvión de ingresos de falangistas en la retaguardia en THOMAS, J. M.: *Lo que fue la Falange*, Barcelona, Plaza y Janés, 199, pp. 94-95.

²⁵ CRUZ, R.: «Olor a pólvora y patria. La limpieza política rebelde en el inicio de la guerra de 1936», *Repertorios. La política de enfrentamiento en el siglo XX*, Madrid, CIS, 2008, pp. 176-177.

caso más claro fue el del primer gobernador civil, el capitán Bellod. El 21 de julio despidió al general Mola en el aeródromo de Recajo con el encargo personal de extremar la dureza: «Descuide, mi general, que así lo haré»²⁶. Y no faltó a su promesa. En los seis meses de su mandato la cuenta macabra de los asesinatos se acercaba ya a los dos millares. Junto a él, los jefes militares de la guarnición de Logroño y los oficiales encargados de coordinar las acciones de los puestos locales de la Guardia Civil, de las cuadrillas volantes de milicianos y de los traslados de detenidos a los depósitos comarcales y a las prisiones provisionales de la capital de la provincia. Y también pequeños jefes, dirigentes de Falange y del Requeté y muchos de los nuevos gestores municipales. Era famosa la «checa blanca» de Logroño que, según denuncia en sus memorias Pedro Escobal, acordaba todos los días los nombres de los detenidos que iban a integrar la saca nocturna²⁷. Reuniones parecidas tenían lugar, de manera oficiosa, en los despachos de los ayuntamientos, en los cuarteles y en casas particulares de los cabecillas locales de la rebelión. De allí salían las famosas listas, la hoja informal que recogía las señas de los vecinos considerados enemigos a abatir, una línea estrecha y sinuosa que atravesaba las calles y las casas de cada pueblo para separar a los buenos de los malos españoles.

Intercesores. En muchos lugares, entre la pluma que terminaba de escribir el último nombre de la lista y la mano del encargado de recibirla, con la camioneta dispuesta en medio de la plaza, no hubo nadie; nadie decidido a mediar para frenar el celo de los represores, para limitar los excesos de los milicianos llegados de fuera o para restar, al menos, algunos de los nombres anotados. Son, sin duda, los casos donde el número de asesinatos fue más elevado y los detalles de las sacas y paseos resultan más crueles y sanguinarios. La geografía del terror tiene que ver fundamentalmente con el pasado político y social; las «purgas» fueron mayores allí donde el programa reformista republicano había obtenido más votos, cambiando el color de los poderes locales, y donde las organizaciones obreras mostraron mayor capacidad para plantear sus reivindicaciones. Eso explica la ausencia de crímenes en bastantes pueblos de la Sierra de Cameros y la brutalidad de la represión en las comarcas del Valle de Ebro, mejor comunicadas,

²⁶ Declaración de Emilio Bellod, Sumarísimo 9087/38, antiguo Archivo de Justicia del Gobierno Militar de La Rioja (actualmente en el Archivo Intermedio de la Región Militar Noroeste de Ferrol, A Coruña).

²⁷ ESCOBAL, P. P.: *Las sacas*, Logroño, Roldana Editorial, 1981.

con una densidad de población más alta, una agricultura comercial más desarrollada y una mayor segmentación social. Sin embargo, al lado de localidades con una larga lista de muertos hubo otras, con una estructura económica y social y un pasado político similar, donde el número de fallecidos fue mucho menor.

Ése es el espacio de actuación de los intercesores, vecinos con un prestigio reconocido dentro de su comunidad, sin sombra de desafección al Movimiento, por supuesto, pero dispuestos a mediar ante los dirigentes locales para dejar en la celda a un detenido que iba a ser paseado, para salvar a algunos de los sentenciados o, en los casos más recordados, para situarse delante de la camioneta de falangistas llegados de fuera y exigir que siguieran su camino sin llevarse a nadie. Podía ser el párroco del pueblo, el juez municipal, un militar retirado, un propietario destacado o un antiguo cacique con relaciones clientelares. Informes favorables, recomendaciones, favores prestados o intervenciones directas. Un testigo rememora la acción de un capitán en la reserva que se enfrentó a los forasteros armados: «Oigan, aquí ustedes no tienen nada que hacer que respondo yo de ellos. Y allí dejaron a todo el personal». Otra informante asegura que «el cura que ha querido en los pueblos no ha dejado salir a nadie». En 83 municipios de los 182 que componían la antigua provincia de Logroño no murió nadie asesinado. Pero, por desgracia, la actitud más habitual de aquellos que podían haber intercedido para impedir o aminorar la violencia homicida fue la colaboración activa, la connivencia o la indiferencia. Las nuevas autoridades locales nombradas por los sublevados estuvieron casi siempre de acuerdo con la represión y muchos párrocos, cuando no alentaron y bendijeron la acción de las armas, miraron para otro lado y guardaron silencio dejando que la venganza ahogara cualquier sentimiento de piedad o compasión.

Ejecutores. Las cuadrillas volantes de requetés y falangistas se movían entre las órdenes dictadas por los dirigentes de la represión, la aceptación activa o pasiva de las autoridades locales y una cierta autonomía, nacida de la división del poder y la confusión inicial de la retaguardia, que se fue diluyendo después del verano de 1936 cuando se organizaron de manera regular tanto los traslados de detenidos como las sacas nocturnas. Nada de improvisación había en las fosas comunes abiertas a lo largo del otoño de ese año en la Barranca de Lardero, por ejemplo, donde se fueron acumulando los cuerpos de cuatrocientos asesinados. Esas «escuadras de la muerte», como se denominan en

algunos testimonios, actuaban una noche tras otra en los alrededores de la capital de la provincia y en las cabeceras de comarca, con horarios e itinerarios repetidos casi como una rutina, una verdadera operación de exterminio. En los pueblos pequeños, donde las razzias se realizaron en unas fechas concretas, muchos informantes hablan simplemente de la llegada de una camioneta, una expresión que despersonaliza el crimen y difumina los rostros de los verdugos.

¿Quiénes eran? Al frente de los pelotones de ejecución solían estar hombres con alguna experiencia militar. Conocemos la identidad de los más señalados porque, en la Prisión Provincial de Logroño, las noches de saca se firmaba un parte de recogida de presos. Hay nombres propios, los de fama más funesta, que se repiten en las memorias de los testigos y en los relatos orales: un teniente de la Guardia Civil, un sargento del mismo cuerpo, un cabo de la Guardia de asalto, un policía... El resto de los integrantes del pelotón seguramente no tenían experiencia previa en el manejo de las armas. Había arribistas sin escrúpulos, desde luego, y apellidos y apodos de antiguos presos y delincuentes comunes. Pero la mayoría eran hombres «normales», jóvenes falangistas y requetés que se prestaban a formar parte de las expediciones de limpieza para conseguir, en un escenario inseguro y amenazante, la integración en el colectivo de los vencedores. La violencia era una estrategia de iniciación política y socialización que les identificaba con el grupo y exaltaba los valores masculinos y guerreros. Como ha destacado Michael Mann, el discurso fascista, con su apelación a la energía, a la virilidad y a la violencia, consiguió atrapar a cientos de hombres jóvenes y solteros dentro de las «jaulas» de la camaradería y de la jerarquía, dentro de partidos y de unidades paramilitares que constituyeron casi «instituciones totales»²⁸. Un testigo recuerda a los jóvenes de su quinta que cogieron el fusil: «Iban en patrullas mandadas por otros, por gente adicta. Salían a hacer patrulla con los guardias, estaban animados, eran de 17-18 años, como unos chulillos del pueblo». Una espiral de terror y cruel-

²⁸ MANN, M.: *Fascistas*, Valencia, PUV, 2006, p. 386. Los caracteres del comportamiento del grupo fascista en GENTILE, E.: *Fascismo. Historia e interpretación*, Madrid, Alianza, 2004, pp. 103-104. El protagonismo de las organizaciones juveniles en GONZÁLEZ CALLEJA, E., y SOUTO KUSTRÍN, S.: «De la Dictadura a la República: orígenes y auge de los movimientos juveniles en España», *Hispania*, 225 (2007), pp. 73-102. Véase también el dossier coordinado por GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «Juventud y política en la España contemporánea», *Ayer*, 59 (2005).

dad que, una vez iniciada, aseguraba la lealtad de los comprometidos: «La consigna: hay que matar y ensuciarse las manos, porque así ya no pueden volver atrás. Eso era así».

Algunas caras no eran desconocidas para los detenidos que iban a ser paseados, «vecinos contra vecinos, que tú no sabes lo malos que somos». Pero es más común la descripción de grupos de forasteros, procedentes de las localidades limítrofes, que aprovechaban la impunidad de la noche para ocultar su identidad. «Venían casi todos de fuera. Aquí para decir “mata a fulano” había, pero para decir yo voy a tal sitio. Porque los que iban en la camioneta, a su pueblo no iban, iban a otro. Entonces no sabías ni quién venía ni quién no venía». Se puede hablar casi de un acuerdo tácito de división del trabajo, una especie de distanciamiento psicológico que facilitaba la comisión de las matanzas y diluía la posible sensación de culpabilidad de los vecinos del pueblo, los que habían confeccionado la lista de los «rojos» a los que había que eliminar, los que habían ayudado a su captura o los propios carceleros, que podían tener así la impresión de que no participaban en los crímenes porque no tenían las manos manchadas de sangre.

En este sentido, son muy interesantes las conclusiones del libro de C. R. Browning sobre las matanzas de judíos polacos cometidas durante la Segunda Guerra Mundial por los miembros del Batallón de Reserva Policial 101²⁹. Su comportamiento no puede disculparse por el envilecimiento que provoca la experiencia previa de la guerra. Eran alemanes «ordinarios» que no habían entrado en combate, que no habían perdido a compañeros que lucharan a su lado ni sabían lo que era disparar a quemarropa. Tampoco es satisfactoria la explicación tradicional de la imposición de la disciplina militar, una obediencia obligada que no deja elección. Los ejecutores eran voluntarios escogidos entre los más deseosos de matar o entre aquellos que, simplemente, no hacían ningún esfuerzo por mantenerse a distancia cuando se formaban los pelotones de ejecución. El estudio enumera factores como el adoctrinamiento ideológico, la edad, la deferencia hacia la autoridad o la expectativa de recompensas. Pero subraya otros más importantes para ayudar a descifrar las razones de la conducta del Batallón. Uno de ellos sería la división y especialización del

²⁹ BROWNING, C. R.: *Aquellos hombres grises. El Batallón 101 y la Solución Final en Polonia*, Barcelona, Edhasa, 2002. Una presentación de esta obra en VILANOVA I VILA-ABADAL, F.: «La larga sombra de la culpabilidad alemana: ecos y derivaciones de la *Historikerstreit*», *Ayer*, 40 (2000), pp. 137-167.

trabajo, que atenuó la responsabilidad personal. Otro pudo ser la presión entre iguales, la conformidad con el grupo. La violencia se convirtió en un acto social con respecto a los compañeros. Apartarse de los demás podía considerarse como una forma de reproche moral, como un cuestionamiento de los valores de «macho» de la mayoría. Y una vez involucrados, los individuos se encontraron con una serie de vínculos y mecanismos de consolidación que hicieron que la desobediencia o la negativa fueran más difíciles. Un último factor sería el efecto intensificador de la propaganda y de las noticias de la guerra, la definición del conflicto como una lucha entre «nosotros» y los «otros» que crea un mundo polarizado en el que el «enemigo» se convierte en un objeto y se saca del conjunto de obligaciones humanas». La deshumanización permitía el alejamiento psicológico y ese distanciamiento, más que la exaltación o la crueldad, era el factor clave que facilitaba el hecho de matar.

Y no sólo matar. También perseguir, denunciar, delatar, aplaudir o aprobar con la presencia física, con el apoyo del número. Lo hemos visto en el caso de la retaguardia riojana. Los milicianos armados ayudaron a eliminar las diferencias entre civiles y militares, el terror permitió a los agentes de la limpieza política desligar la violencia de las normas de conducta convencionales, alejar cualquier sentimiento de culpa y remordimiento frente a vecinos indefensos convertidos en contrarios sin rostro, deshumanizados³⁰.

Colaboradores. El interior de las comunidades rurales es un escenario opaco donde la autoría de la represión se desvela como una cuestión compleja, una red capilar de contornos borrosos que no deja marcar una línea sencilla que separe con claridad a los amigos y a los enemigos, a los perseguidores y a los perseguidos. Es la «zona gris». Primo Levi tituló así el capítulo segundo de *Los hundidos y los salvados*, una lúcida y descarnada reflexión sobre la «maraña» de contactos humanos existentes en el interior del campo de concentración, un espacio de ambigüedad, propio de los regímenes fundados en el terror y la sumisión, que no podía reducirse a dos bloques de víctimas y verdugos³¹. Levi cuenta que, al llegar al campo, todos los deportados esperaban encontrarse con un mundo terrible pero descifrado,

³⁰ La construcción de la imagen del enemigo en SEVILLANO CALERO, F.: *Rojos. La representación del enemigo en la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2007.

³¹ LEVI, P.: *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, Muchnik, 2001, pp. 33-64.

sin embargo, el enemigo estaba también dentro, el «nosotros» perdía sus límites, «los contendientes no eran dos, no se distinguía una frontera sino muchas y confusas, tal vez innumerables». Entre las víctimas y los verdugos no había un terreno vacío, sino un espacio «constelado de figuras». Estaban los ayudantes que procedían del campo adversario, los ex enemigos comprometidos que habían contraído con sus jefes el vínculo de la complicidad y no podían volverse atrás, los oprimidos dispuestos a colaborar con el poder movidos por el miedo, la seducción ideológica, la imitación servil del vencedor, la vileza, el cálculo de los costes y beneficios de la participación en el sistema o el simple deseo de supervivencia, una disposición «teñida de infinitos matices y motivaciones».

El escritor italiano subrayaba que un orden «infernal», como era el nacionalsocialismo, ejercía un poder espantoso de corrupción del que era difícil escapar: «Degrada a sus víctimas y las hace semejantes a él, porque impone complicidades grandes y pequeñas» visibles en las acciones de «los pequeños jefes que sirven a un régimen, frente a cuyas culpas son voluntariamente ciegos; de los subordinados que firman todo, porque una firma es poco importante; de quien mueve la cabeza pero consiente; de quien dice “sí no lo hiciese yo, lo haría alguien peor que yo”». Por eso, aunque sea una cuestión incómoda y perturbadora, hay que abandonar la «retórica esquemática» y explorar el espacio que separa a las víctimas de los perseguidores «¡y no sólo en los lager nazis!». Tony Judt ha destacado el valor de las páginas escritas por Primo Levi, la necesidad de abordar el tema de «las infinitas gradaciones de responsabilidad, debilidad humana y ambivalencia moral que hay que comprender para evitar la trampa de separar todo y a todos en dos polos opuestos: resistentes y colaboracionistas, culpables e inocentes, bondadosos y malvados»³².

Estas reflexiones son especialmente útiles a la hora de estudiar la retaguardia rebelde en la Guerra Civil española. La retaguardia es un escenario que transforma las relaciones humanas disolviendo las diferencias entre beligerantes y no beligerantes, sin dejar espacio para la indiferencia o la pasividad. Lo decía un llamamiento de Falange publicado en el diario *La Rioja*: «No debe haber un hombre sin estar encuadrado en una milicia. Los tibios, los neutros, los que en este

³² JUDT, T.: «Las verdades elementales de Primo Levi», en *íd.*: *Sobre el olvidado siglo XX*, Madrid, Taurus, 2008, p. 67.

momento quieren evadir su prestación no olviden que se les pasará cuenta». Otro artículo posterior recordaba que se habían acabado «los términos medios. O somos o no somos, o hacemos Patria con todas nuestras fuerzas, nuestra fe, nuestro empeño, o la deshacemos con nuestra tibieza, nuestro derrotismo, nuestra incompreensión del momento heroico»³³.

Nadie podía quedar al margen, ajeno a la fractura que había dividido en dos a la comunidad, a la imagen construida de un enemigo que podía habitar en la casa de al lado, en la puerta de enfrente. Nadie conocía los límites del terror, una sensación de amenaza y de incertidumbre que no dejaba más salida que la colaboración activa o el riesgo de convertirse en otra víctima de la violencia. Adeptos o desafectos. Había que tomar partido, mostrar en público la adhesión a los valores de los sublevados, identificarse con la causa de los rebeldes con acciones positivas de apoyo y aprobación. Podía ser el ingreso de un familiar en las milicias nacionales, el ofrecimiento de servicios personales en el cuartel de la Guardia Civil, la delación de un vecino oculto, la firma de una declaración inculpatoria, la participación en todas las cuestaciones y suscripciones económicas o la asistencia entusiasta a los actos públicos, las manifestaciones patrióticas y las ceremonias religiosas.

«Levanta bien ese brazo». La larga sombra del terror

La política del terror no sólo sirvió para paralizar cualquier intento de oposición. Ése pudo ser su primer objetivo, «cortar las cabezas para que no anden los pies», como expresaba de forma gráfica un informante. Pero pronto, como confesó Dionisio Ridruejo, de un primer nivel de violencia denominado como de «necesidad militar» se pasó a una completa operación de aniquilación: había que «desarraigat la mala hierba», eliminar la semilla, extirpar cualquier recuerdo del pasado republicano³⁴. La violencia se extendió como una piedra sobre el agua quieta de un estanque, en ondas concéntricas que parecía que podían amenazar casi a cualquiera. El vecino que había participado en una burla de carnaval o en una procesión cívica, el que

³³ *La Rioja*, 15 y 27 de octubre de 1936.

³⁴ RIDRUEJO, D.: *Escrito en España*, Madrid, G. del Toro, 1976, pp. 117-121.

había dejado su firma en unas bases de trabajo o en una petición colectiva de jornales, el que leía periódicos «rojos» en el portal de su casa, el que había rondado por las calles el día del triunfo del Frente Popular, la joven que se había vestido de República en la fiesta del 14 de abril, el chico que tocaba el violín en las sesiones de cine del centro obrero... ¿Qué familia podía asegurar que estaba completamente a salvo, que no necesitaba resguardo?

El miedo es una respuesta emocional, un sentimiento de peligro inminente que hace que la gente modifique su interpretación de la realidad³⁵. Y el miedo funcionó también como un impulsor básico³⁶, especialmente cuando no hacer nada era algo peligroso, sobre todo en comunidades pequeñas donde cada uno sabía cómo respiraba el otro, donde la pasividad o la indiferencia eran, cuando menos, sospechosas; en un escenario, el de la retaguardia, donde todas las miradas tenían memoria. Ése fue el rédito fundamental de la política del terror, la creación de una «zona gris» que alargó su sombra más allá del verano y del otoño de 1936, durante toda la guerra y a lo largo de una posguerra interminable.

En enero de 1937 terminaron las sacas en las cárceles riojanas. Se acabaron las reuniones de los jefes que decidían la suerte de los detenidos, ocupados en la gestión de los poderes locales y en la construcción del nuevo orden franquista. También las correrías nocturnas de las cuadrillas de paramilitares, relegados a labores secundarias de vigilancia o encuadrados en las expediciones militares que partían hacia el frente. Desde mediados del otoño habían cesado, por orden gubernativa, las redadas de las bandas que recorrían el campo en busca de fugados. El espectáculo de la exhibición de los cadáveres y el escarnio público de las mujeres con la cabeza rapada desaparecieron de las carreteras y las plazas de los pueblos. Las últimas ejecuciones de grupos numerosos estaban más relacionadas con la marcha de la guerra que con la campaña de exterminio sistemático llevada a cabo en los meses anteriores. La difusión de rumores y noticias con detalles macabros de las matanzas realizadas por los «rojos», las imágenes de los bombardeos aéreos o la muerte en combate de un falangista local

³⁵ CRUZ, R.: «La cultura regresa al primer plano», en CRUZ, R., y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.): *Cultura y movilización...*, op. cit., p. 25.

³⁶ WALDMANN, P.: «Sociedades en guerra civil: dinámicas innatas de la violencia desatada», *Sistema*, 132-133 (1996), p. 148.

podían motivar represalias «en caliente» sobre los vecinos que permanecían encarcelados³⁷. Los asesinatos aislados de finales de diciembre y principios de enero tenían más que ver, probablemente, con venganzas privadas, con ajustes de cuentas pendientes que había que saldar antes de que se cerrara la operación de aniquilamiento.

El «camión de la muerte» y los disparos clandestinos que rompían la madrugada de los cementerios fueron sustituidos por consejos de guerra oficiales y pelotones de fusilamiento compuestos por soldados. Pero, para entonces, la mayor parte del «trabajo sucio» ya estaba hecho. Apenas medio centenar de los casi dos mil civiles asesinados en La Rioja pasaron por la ficción de un juicio sumarísimo y una sentencia de muerte con letra de imprenta.

En febrero de 1937, después de la purga sanguinaria del semestre anterior, las tres prisiones de Logroño y las cárceles comarcales albergaban todavía a 1.500 detenidos gubernativos. En el mes de mayo eran 935. A finales de año quedaban 615. Ya no era necesario mantener una población penal tan elevada. Nada lo justificaba. Sin embargo, el esfuerzo bélico precisaba de todos los hombres disponibles en la retaguardia. Madrid no había caído. Había que guardar los altares portátiles construidos en los pueblos para entrar en la capital de España y las cartas de las familias piadosas dispuestas a acoger a los niños «liberados» y disponerse para una guerra larga. Los presos pertenecientes a quintas movilizadas fueron enviados al frente. Algunos se pasaron al campo «rojo», una tentación que pronto cortaron las autoridades encarcelando a un familiar de cada desertor. A los que continuaron detenidos se les aplicó la redención por el trabajo. El famoso Decreto 281, de mayo de 1937, declaraba que el derecho al trabajo «no ha de ser regateado por el Nuevo Estado a los prisioneros y presos rojos»³⁸, un método añadido de castigo y expiación que ya habían ensayado las autoridades locales con los deteni-

³⁷ La exageración de las atrocidades cometidas en el campo enemigo como factor para exacerbar la deshumanización del enemigo en COBO ROMERO, F., y ORTEGA LÓPEZ, T. M.ª: «Pensamiento mítico y energías movilizadoras. La vivencia alegórica y ritualizada de la Guerra Civil en la retaguardia rebelde andaluza, 1936-1939», *Historia y Política*, 16 (2006), pp. 135-136.

³⁸ La cita del Decreto en CENARRO, A.: «La institucionalización del universo penitenciario franquista», en MOLINERO, C.; SALA, M., y SOBREQÜÉS, J. (eds.): *Una inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 135-136.

dos de los depósitos municipales. El trabajo forzado, el hacinamiento, las enfermedades, la corrupción... «Un hombre ya no sale como ha entrado».

A los que volvían a sus casas, liberados por el favor de una influencia, por su edad avanzada o por haber sido clasificados como «levemente comprometidos y responsables»³⁹, les esperaba el ambiente opresivo de la retaguardia, la incautación de sus bienes y una vida cotidiana marcada por la humillación, las vejaciones y la amenaza siempre presente de la violencia: «Yo recuerdo que cuando a mi suegro lo sacan de la cárcel hubo una manifestación de ésas y al llegar a la plaza, que estaba así de llena, [uno] dijo: levanta más ese brazo, no sea que vayas a marchar por donde has venido».

Era la amenaza de la «segunda vuelta», una expresión repetida en los recuerdos de varios testigos: «Porque luego decían: ¡hay que dar otra vuelta! Y la gente pues estaba toda atemorizada». El clima del terror siguió dando sus frutos cuando se alejó el eco brutal de las matanzas, «cuando se impusieron las rutinas del hambre y del miedo y la vida se adaptó mal que bien a una cierta impostura de normalidad»⁴⁰. Era la impostura de la zona gris, el color que se adueñó de la retaguardia, un espacio en el que convivían las invocaciones ideológicas, religiosas y nacionalistas con las actitudes nacidas del miedo, la inseguridad latente y la necesidad de definición y reconocimiento de «los que se niegan a ver un prójimo donde descubren un enemigo»⁴¹. Señalar, apuntar, acusar y denunciar. El cabo de la Guardia Civil de Cervera animaba desde el balcón del Ayuntamiento, después de una manifestación patriótica, a denunciar cualquier «infracción» observada «para hacer así diferencia entre el bueno y el malo». Sin salir del mismo pueblo, el párroco de la iglesia de Santa Ana señalaba desde el púlpito a los vecinos «izquierdistas» sentados en las bancas traseras: «De aquí para allí, todo oro; de allí para atrás, paja. ¡Salid del coro para que os vean! ¡Salid del coro!»⁴².

³⁹ Carta del Director General de Prisiones al Alcalde de Haro, 19 de agosto de 1937, AHPLR: GC, Haro, caja 4.

⁴⁰ CABALLERO BONALD, J. M.: *Tiempo de guerras perdidas*, Barcelona, Anagrama, 1995, p. 34.

⁴¹ «El Padrenuestro del español», *La Rioja*, 9 de diciembre de 1937.

⁴² Las palabras pronunciadas por el cabo de la guardia civil de Cervera desde el balcón del Ayuntamiento en la crónica de los actos de la reposición de crucifijos, *La Rioja*, 22 de septiembre de 1936. Las palabras del párroco de Santa Ana repetidas por varios informantes orales sin apenas variaciones.

La institucionalización legal de esa microrrepresión cotidiana⁴³, omnipresente desde los primeros meses de 1937, nos ha dejado en los archivos provinciales y municipales el rastro escrito de la opresión, la persecución y el control social asfixiante de la retaguardia. Está en las declaraciones acusatorias que engrosan los expedientes de depuración de secretarios municipales, maestros y otros empleados públicos y en los informes inculpatorios que acompañan los expedientes de responsabilidad civil, antecedentes de las comisiones de responsabilidades políticas. En la catarata de exacciones económicas que llenaba el tablón de anuncios de cada ayuntamiento: la suscripción nacional, las «donaciones» de oro y joyas, la prestación de jornales gratuitos en obras públicas y en época de siembra y vendimia, el Día del Plato Único, los Lunes sin postre, el Aguinaldo del Soldado, el Subsidio Pro Combatiente, los sellos de la Cruzada contra el frío, el Auxilio a las Poblaciones Liberadas, la ficha azul del Auxilio Social, las cuestaciones para Frentes y Hospitales o las requisas de automóviles, aparatos de radio, alimentos, mantas y hasta encendedores. También en las disposiciones y bandos oficiales para combatir la falta de cumplimiento, la ignorancia fingida, el ocultamiento y el fraude. Y en los partes de la Guardia Civil, las multas, sanciones y detenciones municipales que recogen las denuncias de particulares por «frases antipatrióticas», por «derrotismo», por hablar «en términos desafectos a la Causa Nacional», por «omitir el saludo a la enseña nacional», por no levantar el brazo a tiempo, por no asistir a una manifestación, por trabajar en domingo o por no engalanar los balcones en las celebraciones oficiales. La lista es interminable.

A comienzos de 1939, una vecina de San Asensio, denunciada varias veces, se quejaba al gobernador civil de la persecución que sufría su familia y de la contradicción que existía entre las palabras «magnánimas» que escuchaba en la radio al Generalísimo, que «rebotan piedad y caridad cristiana», y los dirigentes del pueblo que «desde el balcón del ayuntamiento no hacen otra cosa que hablarnos de muerte y exterminio, reflejando absoluta ausencia de sentimientos elevados». En algunos pueblos las autoridades provinciales tuvieron que poner freno al «celo excesivo» de los jefes locales. El

⁴³ La cuestión de la microrrepresión cotidiana es una de las propuestas de trabajo de GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español», *Historia Social*, 61 (2008), p. 85.

alcalde de Cenicero fue destituido por su política arbitraria de sanciones, arrestos y registros domiciliarios. En sus informes de incautación de bienes recogía hasta los rumores que le llegaban de las tareas diarias de las esposas de los fugados: «Se fundan el que por aquí estén por el comestible que las mujeres adquieren, por haberlas visto lavar ropas y hoy yo mismo me hallo haciendo gestiones para ver si en el regadío trabajan por las noches ya que no he podido conocer quién es el que hace las labores de la huerta»⁴⁴. El alcalde de Cervera también fue cesado. El propio teniente de la Guardia Civil denunció por escrito su «política de terror», su «apasionamiento personal» y la «mala fe y mal instinto» de la camarilla que lo rodeaba: el cura párroco, que «actúa para eliminar a las personas que no sean de su agrado», y el juez municipal, «un hombre funesto que tiene vacas lecheras y el mero hecho de no gastar la leche es bastante para odiar a sangre y fuego»⁴⁵. Al Juez municipal de Cervera le recriminó también su conducta la Comisión Provincial de Incautación de Bienes. Debía permitir a los expedientados «la recogida de cosechas y percepción de frutos, de cuyo importe se destinará ante todo lo suficiente para atender a las más perentorias necesidades de la vida de la mujer e hijos del supuesto responsable»⁴⁶.

Poco antes de terminar la guerra, el gobernador civil de Logroño se quejaba amargamente del «insano» afán de muchos jefes locales de la Milicia Nacional que pugnaban «para continuar usufructuando la preponderancia y poder satisfacer de esta suerte sus venganzas personales». Ésa era, a su juicio, una de las causas que impedían una verdadera «transformación» de la provincia. La Nueva España ya estaba «purgada de todos los males que la habían conducido al borde del abismo». Pero la mayor parte del pueblo «y sobre todo el elemento trabajador, está vencido pero no convencido»⁴⁷.

Vencidos en una guerra en la que no habían tomado parte, vencidos más allá de la victoria de las armas, como un estigma imborrable

⁴⁴ Declaración del alcalde de Cenicero, AHPLR: Sección Judicial, Expediente de Responsabilidades Políticas, RP/38/03.

⁴⁵ Denuncia del teniente de la Guardia Civil de Cervera al Gobernador Civil de Logroño, 6 de febrero de 1937, AHPLR: GC/M-46/2.

⁴⁶ Carta de la Comisión Provincial de Incautación de Bienes, 7 de octubre de 1937, AHPLR: GC/M-46/2.

⁴⁷ Comentarios del Gobernador Civil de Logroño, AHPLR: GC, paquete 295, leg. «Memorias 1938-1942», Memoria anual de 1938.

que el franquismo se encargó de recordar durante décadas; relegados al ámbito privado, a la lucha cotidiana por la supervivencia: «Había que bajar la cabeza»; «nosotros, mi familia, no nos hemos metido nunca en esas cosas, porque no hemos rezado nunca en ninguna parte, porque hemos dicho: si queremos comer tenemos que trabajar»; «hay que saber nadar y guardar la ropa y no meterse con nadie, porque ya sabemos lo que es la política»; «ya sabes lo que pasa en los pueblos, como estamos tan encontrados»; «nosotros no hemos sido políticos, estábamos naturales». Después de la guerra, la retaguardia era un terreno bien labrado para que creciera con fuerza la desconfianza hacia la política y el recuerdo de la violencia asociado a las disputas entre partidos, un terreno abonado para el hábito del silencio y el consenso pasivo, dispuesto para que una parte importante de la población aceptara con resignación la dictadura como algo dado⁴⁸.

Esa percepción de que el retiro a la vida privada, a una «normalidad» sin política, era la garantía de la paz y la tranquilidad de las familias persistía en los años de la transición a la democracia y aún hoy es visible en comunidades pequeñas donde el presente tiene los mismos apellidos y vive en las mismas casas que el pasado: «es mejor no revolver»; «prefiero no remover», «nadie queremos compromisos»; «¿a mí no me vendrá nada de esto?»; «en los pueblos ya sabes cómo somos». Muchos vecinos no quieren hablar. Y en los relatos de los que acceden a contar su testimonio se nota el poso que ha dejado el miedo al desorden, la falta de confianza en la capacidad de la sociedad para resolver de forma pacífica los problemas de la convivencia, el temor a las consecuencias del ejercicio de las libertades democráticas⁴⁹.

Merece la pena reproducir algunas frases de la carta exculpatoria escrita en el verano de 1937 por un empleado municipal de Cervera expedientado por una denuncia, firmada por varios vecinos, que le acusaba de «haber frecuentado siempre las amistades de izquierdas». En su descargo, el expedientado alegaba que «en los pueblos, empiezan los vecinos a conocerse de pequeños y luego ya todos somos ami-

⁴⁸ SAZ CAMPOS, I.: *Fascismo y franquismo*, Valencia, PUV, 2004, pp. 183-184, 196 y 221-222. Imprescindible el libro de MIR CURCÓ, C.: *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*, Lleida, Milenio, 2000.

⁴⁹ AGUILAR FERNÁNDEZ, P.: «Presencia y ausencia de la guerra civil y del franquismo en la democracia española. Reflexiones en torno a la articulación y ruptura del "pacto de silencio"», en ARÓSTEGUI, J., y GODICHEAU, F. (eds.): *Guerra Civil. Mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons-Casa de Velázquez, 2006, pp. 263, 270 y 291.

gos y todos nos hablamos y yo que, como he repetido tantas veces, nunca he tenido ideas políticas, he vivido siempre de la misma manera hablando con todo el mundo y siendo amigo de todos. Que alguno se hizo de izquierdas ¡otros son de derechas! (...) ¿Qué importancia puede tener que al encontrar a algún conocido por la calle, sea de un color o de otro, hable con él de cualquier cosa, nunca de política?». El expedienteado recalca que nunca había tenido ideas políticas «habiendo vivido siempre consagrado a la familia, prescindiendo en absoluto de las luchas partidistas y ni qué decir tiene que jamás me he afiliado a organización política ni sindical alguna». Añadía que ni siquiera iba al café, que en todo momento había permanecido «al margen de la política, que cuando consistía en la disputa de los partidos para alcanzar el poder, me ha repugnado siempre»⁵⁰. La herencia más pesada del franquismo. La desconfianza, el miedo y la culpa, los frutos más longevos de la zona gris.

⁵⁰ Carta al Gobernador Civil de Logroño, 9 de junio de 1937, AHPLR: GC, M/46-1.

*Relatos para una guerra. Terror, testimonio y literatura en la España nacional**

Hugo García

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: El artículo trata de contribuir al conocimiento de las culturas de guerra del siglo XX reconstruyendo la historia de los relatos sobre el *terror rojo* que circularon con profusión en la España *nacional* durante la Guerra Civil y los primeros años cuarenta. Frente a quienes consideran esta literatura como un apéndice de la propaganda sublevada o un mero reflejo de estereotipos reaccionarios, aquí se interpreta como un género literario relativamente original, nacido de la experiencia de las víctimas reales y potenciales de la represión republicana y popularizado por conocidos escritores de la época. La compleja mezcla de experiencias, estereotipos e influencias literarias perceptible en los relatos, unida al clima favorable de aquellos años, explica la popularidad que alcanzaron durante el primer franquismo. Más allá de su evidente instrumentalización política, los testimonios de víctimas reflejan los amplios apoyos sociales de que dispuso el régimen en su tarea de vencer al enemigo y excluirlo de la nueva España tras su victoria. Su declive como género literario a partir de los años cincuenta, por otra parte, anuncia el posterior intento de la Dictadura de promover la reconciliación entre los españoles.

Palabras clave: Guerra Civil, franquismo, revolución, cultura, testimonio, propaganda.

* Una versión anterior de este texto fue discutida en el seminario organizado por el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Valencia el 11 de septiembre de 2009: agradezco a los coordinadores del seminario, Xavier Andreu y Ferran Archilés, así como a los profesores e investigadores presentes en la sesión, sus inteligentes sugerencias y críticas. El artículo se ha beneficiado también de los comentarios realizados por Marisa González de Oleaga, profesora de la UNED, y el evaluador anónimo de la revista *Ayer*: mi sincero reconocimiento a ambos.

Abstract: This article aims to contribute to our knowledge of the relationship between war and culture in the twentieth century by reconstructing the accounts of the so-called *red terror* that circulated in the Nationalist zone of Spain during the Civil War of 1936-1939 and the early 1940s. Contrary to the thesis that regards this literature as an appendix of the official propaganda of the rebel leadership, it is argued here that it was an original literary genre, born of the experiences of the real and potential victims of Republican repression and popularised by recognised authors of the time. The complex blend of experiences, stereotypes and literary influences that can be observed in the stories, together with a favourable political and social environment, explain their popularity during the early Franco years. Beyond their obvious political utility, these testimonies seem to reflect a relatively large social support for the regime's attempt to defeat their enemies and then exclude them from the New Spain. The decline of the genre from about 1950, on the other hand, announces the later decision of the Dictatorship to promote national reconciliation.

Key words: Spain, Civil War, francoism, revolution, culture, testimony, propaganda.

«Estudiar la influencia de diferentes ambientes y épocas sobre el nacimiento, la difusión y la transformación de los relatos de guerra parece una de las tareas más importantes que se ofrecen hoy en día a las personas interesadas en la psicología colectiva», escribió un joven historiador francés llamado Marc Bloch en 1921, cuando Europa comenzaba a recuperarse del mayor conflicto bélico de su historia¹. El futuro fundador de *Annales* contemplaba la *Gran Guerra* como un «inmenso experimento de psicología social» a causa de la cantidad de noticias, rumores y testimonios, verdaderos y falsos, que la contienda y sus secuelas habían suscitado en los países beligerantes, y a los fuertes movimientos de opinión a que habían dado lugar. Y a falta de psicólogos sociales autorizados, correspondía a los historiadores analizar este material empírico y responder a las preguntas que planteaba: ¿cómo nacen y se construyen los relatos bélicos; cómo se propagan, de boca en boca y de escrito en escrito? ¿Cómo, podría haberse preguntado también Bloch, son utilizados por el poder? ¿Y qué capacidad de movilización tienen? Estos interrogantes constituyen precisamente el eje central de los trabajos realizados en las últimas décadas

¹ BLOCH, M.: «Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre», en *id.*: *Histoire et historiens*, París, Armand Colin, 1995, p. 165.

sobre las «culturas de guerra» y, en particular, sobre la generada por el conflicto de 1914-1918². Especialistas franceses y anglosajones coinciden en que ésta se construyó en torno a una imagen del enemigo como un ser bárbaro y cruel, responsable de terribles abusos contra la población civil de las zonas ocupadas. Las noticias sobre las atrocidades de los *bunós* difundidas por los refugiados procedentes de estos territorios, la prensa y los gobiernos francés, británico y belga desde agosto de 1914 explican, a su juicio, el apoyo mayoritario de la población de esos países al esfuerzo bélico. La mezcla de experiencias personales y mitos nacidos de estereotipos tradicionales sobre el carácter alemán, o del recuerdo de antiguos conflictos como el de 1871, funcionó, en definitiva, como una formidable arma de guerra³.

Varios estudios recientes han detectado elementos muy parecidos en la autodenominada España *nacional* a partir de la rebelión militar del 18 de julio de 1936⁴. Los dirigentes sublevados utilizaron los relatos sobre las violencias cometidas por sus adversarios contra los civiles de su zona para fomentar el odio hacia los partidarios de la República y excluirlos del régimen nacional y católico que pretendían edificar sobre las ruinas del fundado el 14 de abril de 1931. Las atrocidades de los *rojos* les proporcionaron un pretexto perfecto para lanzar una vasta campaña de propaganda dirigida a deshumanizar al enemigo y, de paso, justificar la represión física y simbólica de los disidentes en su propio territorio. Uno de los autores citados reduce la idea del *terror rojo* a un ejercicio de «manipulación propagandística» e «invención de crímenes», basándose en las denuncias realizadas durante la misma guerra por funcionarios del Estado *nacional* evadidos a la zona republicana⁵. De acuerdo con otro, el régimen fran-

² GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español», *Historia Social*, 61 (2008), pp. 69-87.

³ AUDOIN-ROUZEAU, S., y BECKER, A.: *14-18, retrouver la guerre*, París, Gallimard, 2000, pp. 142-148; HORNE, J., y KRAMER, A.: *German atrocities, 1914*, New Haven, Yale University Press, 2001, pp. 175-225.

⁴ PÉREZ BOWIE, J. A.: «Literatura y propaganda durante la Guerra Civil española», en VVAA: *Propaganda en guerra*, Salamanca, Consorcio Salamanca, 2002, pp. 42-43; SEVILLANO, F.: *Rojos. La representación del enemigo en la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2007, pp. 43-61; CAZORLA, A.: «Patria Mártir: los españoles, la nación y la guerra civil en el discurso ideológico del primer franquismo», en MORENO LUZÓN, J. (ed.): *Construir España*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 289-302.

⁵ SEVILLANO, F.: *Rojos...*, *op. cit.*, pp. 43 y ss.

quista hizo de esta violencia «una de sus principales fuentes de legitimación política» tanto durante el conflicto como después de que éste finalizase⁶. Los *nacionales* se sirvieron de la memoria del *terror rojo* para ganar la guerra y, también, para edificar su Dictadura sobre una atmósfera de miedo y de duelo por el supuesto *millón* de crímenes cometido por las *bordas marxistas*⁷.

Las denuncias sobre el uso que el poder franquista hizo de los relatos sobre el *terror rojo* son fundadas, como veremos, pero no bastan para despejar los interrogantes planteados por Bloch respecto al origen y el impacto social de los relatos de guerra. Ninguna campaña de propaganda, por hábil que sea, explica por sí sola la formación y consolidación de una cultura capaz de movilizar a grandes sectores de población en una empresa de la magnitud y duración del *Movimiento nacional*. Y los estudios disponibles sobre la propaganda bélica del franquismo coinciden en que ésta no destacó por su brillantez ni por su originalidad. El lenguaje de los *nacionales* ha sido descrito como un modelo de discurso ideológico, retórico y estereotipado que, como el de los fascismos europeos de su época, se basaba en una serie de oposiciones elementales: bien y mal, civilización y barbarie, luz y oscuridad, heroísmo y mediocridad, salud y enfermedad, *nosotros* y *ellos*⁸. A juicio de Enric Ucelay, los sublevados se limitaron a reproducir una tradición cultural que se remontaba, al menos, a principios del siglo anterior: la elaborada por los defensores del Antiguo Régimen en respuesta a la Revolución Francesa y al terror jacobino que, acontecimientos posteriores como la Comuna de París y la Revolución Bolchevique, mantuvieron viva hasta los años treinta⁹. El mismo historiador ha advertido que algunas de las imágenes clave del conflicto español pueden también ser vistas como un reflejo invertido de la propaganda franco-británica de la *Gran Guerra*: el *terror rojo* de 1936, en concreto, no

⁶ CAZORLA, A.: «Patria mártir...», *op. cit.*, p. 292.

⁷ LEDESMA, J. L., y RODRIGO, J.: «Caídos por España, mártires de la libertad. Víctimas y conmemoraciones de la Guerra Civil en la España posbélica (1939-2006)», *Ayer*, 63 (2006), pp. 236-244.

⁸ PÉREZ BOWIE, J. A.: «Retoricismo y estereotipación, rasgos definidores de un discurso ideologizado», en ARÓSTEGUI, J. (coord.): *Historia y memoria de la guerra civil*, vol. 1, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1988, pp. 353-373.

⁹ UCELAY, E.: «Ideas preconcebidas y estereotipos en las interpretaciones de la Guerra Civil: el dorso de la solidaridad», *Historia Social*, 6 (1990), pp. 23-43.

fue sino una adaptación de las atrocidades alemanas de 1914 al suelo español¹⁰.

Pero las historias que marcaron la conciencia de cientos de miles de personas durante ambos conflictos no pueden reducirse, en mi opinión, ni a la batalla de propaganda entre republicanos y *nacionales* ni a una mera reelaboración de estereotipos. Las culturas políticas, los sistemas de representaciones que fundan la identidad de los grupos sociales y explican su comportamiento colectivo, no son construcciones ideales, situadas fuera de la realidad, sino sistemas cambiantes, capaces de integrar constantemente nuevos hechos en sus esquemas de análisis¹¹. Los conceptos que vertebran estas culturas, señala Koselleck, son inseparables de la experiencia: el cambio conceptual no se explica sin el cambio histórico, y viceversa¹². Ningún análisis sobre los relatos en que se ha basado una cultura de guerra determinada puede obviar la experiencia que se transmite a través de estos relatos, por mucho que, como veremos, ésta sea indisociable de unas circunstancias y de unos esquemas mentales determinados. Para reconstruir la representación de la violencia de la guerra española es preciso, en definitiva, partir de las personas que la experimentaron o que dieron cuenta de ella a otros en calidad de testigos. La historia del *terror rojo* de 1936, como la de las atrocidades alemanas de 1914, se confunde con la de sus testigos: fueron ellos quienes elaboraron la versión original que inspiraría a autores posteriores y a los propagandistas, y a partir de la cual se construiría el gran relato del *terror rojo*. Sus testimonios, que circularon por la España *nacional* desde el verano de 1936 hasta el fin del conflicto (y aun después), convierten la Guerra Civil en un hito en la historia de este género literario, un fenómeno singular en la historia intelectual del siglo XX que para algunos autores se remonta, precisamente, al conflicto de 1914-1918¹³. Anali-

¹⁰ UCELAY, E.: «La Guerre Civile espagnole et la propagande franco-belge de la Première Guerre Mondiale», en MARTIN, J.-C. (dir.): *La Guerre Civile entre Histoire et Mémoire*, Nantes, Ouest Éditions, pp. 80-82.

¹¹ BERSTEIN, S.: «Nature et fonctions des cultures politiques», en BERSTEIN, S. (dir.): *Les cultures politiques en France*, París, Editions du Seuil, 2003, p. 29.

¹² KOSELLECK, R.: «Historia de los conceptos y conceptos de historia», *Ayer*, 53 (2004), pp. 27-45.

¹³ WINTER, J.: «La memoria della violenza: Il mutamento dell'idea di vittima tra i due conflitti mondiali», en BALDISSARA, L., y PEZZINO, P. (eds.): *Crimini e memorie di guerra*, Nápoles, L'ancora del Mediterraneo, 2004, pp. 127-141. Cfr. WIEVIORKA, A.: *L'ère du témoin*, París, Plon, 1998.

zarlas en su contexto, reconstruir la historia del *terror rojo* como construcción social y cultural, es imprescindible para entender la cultura de guerra del bando *nacional* y, a través de ella, una parte importante de la cultura europea reciente.

El *terror rojo*, una construcción social

Como ya advirtió Bloch en un texto de 1914, los testimonios constituyen una fuente histórica especialmente tramposa: «los testigos no son siempre sinceros, ni la memoria siempre fiel»¹⁴. Los historiadores actuales coinciden en que este tipo de fuentes plantea problemas metodológicos considerables, ante todo porque la historia que cuentan los testigos es, en buena medida, su propia historia¹⁵. El hecho de que los testigos sean a la vez actores y narradores convierte su relato en un ejercicio autobiográfico que arroja más luz sobre ellos que sobre los sucesos narrados. Para los historiadores post-sociales, los testimonios no reflejan ninguna realidad objetiva, sino que construyen identidades —individuales y colectivas— a través del discurso¹⁶. El historiador que se aproxima a un testimonio debe, en cualquier caso, extremar las precauciones, considerando las condiciones en que ha sido producido, los artificios literarios y persuasivos que emplea para transmitir su mensaje, su finalidad e incluso su misma condición testimonial. Ésta es la perspectiva desde la que analizaremos los relatos sobre el *terror rojo*.

Las hemerotecas permiten comprobar que las primeras historias aparecieron en la prensa española (*nacional*) y en la de los países vecinos (Inglaterra) a partir de la segunda semana de lucha, cuando el golpe militar, triunfante en algunas zonas de España y frustrado en otras, empezaba a transformarse en una lucha fratricida¹⁷. La transforma-

¹⁴ BLOCH, M.: «Critique historique et critique du témoignage», en ÍD.: *Histoire et historiens...*, op. cit., p. 9.

¹⁵ Arlette Farge, en ARTIÈRES, P.; FARGE, A., y LABORIE, P.: «Témoignages et récit historique», *Sociétés et représentations*, 13 (2002), pp. 199-206.

¹⁶ SCOTT, J. W.: «La experiencia como prueba», en CARBONELL, N., y TORRAS, M. (eds.): *Feminismos literarios*, Madrid, Arco, 1999, pp. 77-112 (agradezco esta referencia a Florencia Peyrou). Cfr. VALLINA, C. (ed.): *Critica del testimonio. Ensayos sobre las relaciones entre memoria y relato*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 1999.

¹⁷ *Heraldo de Aragón* [en adelante HA], 6 de agosto de 1936; *Gaceta Regional de Salamanca* [en adelante GRS], 6 de agosto de 1936 y 4 de septiembre de 1936; y *Daily Telegraph*, 1 de agosto de 1936.

ción de la naturaleza del conflicto tuvo, como es sabido, una consecuencia fundamental para la construcción de las culturas de la guerra en ambas zonas: el apoyo de los no combatientes se convirtió en un factor decisivo para el triunfo militar¹⁸. De entrada, los beligerantes se sintieron obligados a consolidar su autoridad *limpiando* la retaguardia, es decir, eliminando físicamente a todas aquellas personas que, por sus ideas o su condición social, consideraban susceptibles de colaborar con el enemigo. Los dirigentes *nacionales* promovieron una represión masiva de todos los sospechosos de simpatizar con las organizaciones del Frente Popular, mientras los republicanos (o los partidos, sindicatos y comités de diverso signo que habían heredado el poder del Estado republicano tras el 18 de julio) hacían lo propio con los partidarios reales o potenciales de los sublevados¹⁹. Aquí, la represión se abatió con especial crudeza sobre los grupos sociales más identificados con la rebelión: militares, militantes de partidos de derecha, terratenientes y empresarios, clero y católicos en general. Estos sectores —que las fuentes *nacionales* describen como «personas de orden» y que las republicanas reducen a la categoría de «fascistas»— fueron, precisamente, quienes elaboraron los primeros relatos sobre el *terror rojo* a partir de finales de julio.

Entre las primeras víctimas encontramos, así, a empresarios, como el «industrial muy conocido» en Salamanca que regresó allí tras pasar dos meses atrapado en Barcelona a principios de septiembre²⁰; a nobles, como el «conocido aristócrata» que atravesó Marsella en dirección a Suiza por las mismas fechas tras un mes de encierro en la Cárcel Modelo de Madrid²¹; y a religiosos, como el carmelita que escapó de Valencia a Zaragoza a mediados de agosto, tras sufrir innumerables peligros²². Hay también figuras destacadas del periodismo de la época, como Víctor de la Serna, director del diario *Informaciones*, refugiado en Marsella al mes de la sublevación²³; o los colabora-

¹⁸ KALYVAS, S.: *The logic of violence in Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, pp. 55 y ss.

¹⁹ Sobre la violencia en la España republicana, véase CASANOVA, J.: «Rebelión y revolución», en JULIÁ, S. (dir.): *Víctimas de la Guerra Civil*, Madrid, Temas de Hoy, 2004, pp. 55-179, y la bibliografía allí citada.

²⁰ *GRS*, 4 de septiembre de 1936.

²¹ *GRS*, 2 de septiembre de 1936.

²² *HA*, 18 de agosto de 1936.

²³ *GRS*, 25 de agosto de 1936.

dores de ABC Jacinto Miquelarena y Wenceslao Fernández Flórez, que salieron de Madrid en 1937 gracias a las gestiones de estados extranjeros. Como ellos, unos 11.000 madrileños se beneficiaron del asilo diplomático durante la contienda: la práctica totalidad de las representaciones acreditadas en la capital adoptaron este medio para proteger a aquellas personas amenazadas por la violencia política imperante durante los primeros meses del conflicto²⁴. La evacuación de esta masa humana al extranjero, iniciada a principios de 1937, se prolongó hasta el final de la guerra en abril de 1939. Aún más masiva fue la emigración que tuvo lugar en Barcelona tras el 19 de julio: el número de personas expatriadas, en su mayor parte en barcos italianos o franceses, se ha cifrado en 30.000-50.000²⁵. Las autoridades de la Generalitat dieron todo tipo de facilidades a quienes solicitaron permiso para dejar el país, que pronto engrosarían las bases sociales del régimen franquista.

Las víctimas del *terror rojo* debían así su existencia, paradójicamente, a la misma imperfección de este terror, que toleró la pervivencia de una «ciudad clandestina» —la *quinta columna* del general Mola— en la retaguardia republicana, y la salida de España de una enorme cantidad de personas amenazadas²⁶. Pero su transformación en uno de los grupos sociales más influyentes de la España *nacional* debe relacionarse también con la estrategia de los dirigentes sublevados. La degeneración del golpe en guerra civil no sólo indujo a los beligerantes a aplastar al enemigo interno, sino también a movilizar a sus partidarios, tanto en España como en el extranjero. Y, de acuerdo con la ética cristiana y con las leyes de la guerra vigentes en la época, la violencia contra la población civil era un elemento clave en esta justificación²⁷. Como había sucedido durante la *Gran Guerra*, la información sobre los crímenes de guerra del enemigo se convirtió en un recurso político de enorme importancia para ambos bandos, y las víctimas y testigos de la misma adquirieron un protagonismo excepcional en el

²⁴ RUBIO, J.: *Asilos y canjes durante la Guerra Civil española*, Barcelona, Planeta, 1979, pp. 38 y ss.

²⁵ DOLL PETIT, R.: *Els catalans de Génova: història de l'èxode i l'adhesió d'una classe dirigent en temps de Guerra*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2003, p. 39.

²⁶ CERVERA, J.: *Madrid en guerra*, Madrid, Alianza, 1998, pp. 235 y ss.

²⁷ BEST, G.: *Humanity in Warfare*, Nueva York, Columbia University Press, pp. 217 y ss.

discurso público sobre el conflicto. Como sugiere la etimología latina de la palabra (*testis* viene de *tristis*, tercero en un pleito), un testimonio no es necesariamente espontáneo, sino que puede ser solicitado por una parte implicada en un pleito judicial o de otra naturaleza²⁸. Y en el pleito moral y político que fue la Guerra Civil, cada bando se esforzó por reclutar el mayor número de testigos en defensa de su causa.

La proliferación de testimonios sobre el *terror rojo* que se produjo en la zona *nacional* no fue ajena a la aparición paralela de testimonios sobre el *terror blanco*, o *fascista*, en el territorio controlado por la República desde el mismo verano de 1936²⁹. Muchos de ellos serían difundidos en España y en el extranjero por los servicios de propaganda republicanos, junto con pruebas e imágenes de las víctimas civiles provocadas por los bombardeos de la aviación franquista sobre las ciudades en poder de la República³⁰. Existe una estrecha relación (que funciona también en el sentido inverso) entre la difusión de estos testimonios y noticias y la decisión de los sublevados de dar publicidad a los crímenes *rojos* que, pese a sus evidentes ventajas, ésta podía afectar negativamente a la moral de la retaguardia. En su charla de 10 de agosto de 1936 por Radio Sevilla, el general Queipo de Llano se vio obligado a justificarla señalando que, lejos de acobardarse, «todo hombre digno de serlo se subleva al oír estos relatos, y lo que desearía es coger entre sus manos a toda esa canalla cobarde y criminal, para destrozarla con uñas y dientes»³¹.

Esta apuesta de los sublevados explica, en gran medida, el aluvión de relatos de este género que inundó la zona *nacional* durante los años bélicos. Tanto el Nuevo Estado como la prensa a su servicio desempeñaron un papel clave en su difusión. Desde el 25 de julio, el *ABC* de Sevilla publicó una serie de crónicas basadas en los testimonios de las víctimas en las localidades recién *liberadas*³². La Junta de Defensa Nacional empleó un procedimiento similar, desde el mes siguiente,

²⁸ MAUSEN, Y., y GOMART, T.: «Témoins et témoignages», *Hypothèses*, 1 (1999), pp. 69-79 (p. 69).

²⁹ *ABC*, Madrid, 30 de julio de 1936, 31 de julio de 1936, 27 de agosto de 1936, 17 de octubre de 1936, 14 de diciembre de 1936, 11 de febrero de 1937, etcétera.

³⁰ GARCÍA, H.: *Mentiras necesarias. La batalla por la opinión británica durante la Guerra Civil*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, pp. 146-148.

³¹ Citado en GIBSON, I.: *Queipo de Llano. Sevilla 1936*, Barcelona, Grijalbo, 1986, p. 330.

³² *ABC*, Sevilla, 25 de julio de 1936, 31 de julio de 1936 y 3 de agosto de 1936.

para elaborar el conocido *Avance del Informe Oficial sobre los asesinatos, incendios y demás depredaciones y violencias cometidos en algunos pueblos del mediodía de España por las hordas marxistas al servicio del llamado gobierno de Madrid*, una recopilación de crímenes basada en encuestas realizadas entre «vecinos dignos de crédito» de cada localidad conquistada y que tuvo siete secuelas hasta el final de la guerra³³. Los relatos de víctimas sirvieron también de base a las publicaciones sobre la persecución religiosa compuestas por encargo del Estado franquista, como el libro homónimo redactado por el mallorquín Joan Estelrich a partir de testimonios obtenidos entre los eclesiásticos catalanes refugiados en Italia tras el 19 de julio³⁴. Los ejemplos podrían multiplicarse, pero los citados bastan para ilustrar la fuerte demanda de testimonios existente en la España *nacional*. La búsqueda de relatos fue pública y notoria: a principios de diciembre de 1936, los principales diarios de la zona *nacional* reprodujeron un anuncio de la Delegación de Prensa y Propaganda de Salamanca que solicitaba «fotografías y documentos probatorios de la barbarie del terrorismo rojo»³⁵.

El fenómeno puede explicarse también por el lado de la oferta, pues muchos testimonios fueron voluntarios. Manuel Cubillo, habitante de Baena y oyente de las charlas del general Queipo de Llano, escribió a éste a mediados de agosto de 1936 para ofrecerse como testigo ocular de los crímenes cometidos por los «comunistas» contra su familia por su condición de abogado de la Comunidad de Labradores de la localidad³⁶. Tras abandonar la España republicana por Barcelona y llegar a Lisboa, en septiembre de 1936, Joaquín Romero Marchent se presentó ante los representantes de los sublevados en la ciudad, que le encargaron dar un par de charlas sobre su experiencia por la Radio Nacional Portuguesa³⁷. Los relatos de algunos *catalanes de Génova* sugieren que algunos de estos testimonios eran una forma de hacer méritos ante las autoridades *nacionales*: las declaraciones de adhesión a Franco y las condenas del separatismo catalán repetidas

³³ ESPINOSA, F.: *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 206-207. Un buen resumen de las distintas entregas, en SEVILLANO, F.: *Rojos...*, *op. cit.*, pp. 43-61.

³⁴ MASSOT, J.: *Els intel·lectuals mallorquins davant el franquisme*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1992, pp. 100-104.

³⁵ ABC, Sevilla, 2 de diciembre de 1936.

³⁶ ABC, Sevilla, 29 de noviembre de 1936.

³⁷ ROMERO MARCHENT, J.: *Soy un fugitivo*, Valladolid, Santarén, 1937, pp. 192 y ss.

por E. Puig Mora en su crónica sobre la Barcelona revolucionaria fueron, seguramente, el precio que éste tuvo que pagar por un pasaporte y un certificado de buena conducta³⁸. Como la Salamanca que evoca Luis Moure Mariño en sus memorias, las principales ciudades de la España *nacional* se llenaron tras el 18 de julio de refugiados de la zona enemiga que «trataban de incrustarse en la naciente organización del Estado»³⁹. La condición de víctima de los *rojos* era, sin duda, una excelente baza para el ascenso social, aunque muchas tuviesen un puesto asegurado dentro de la elite del *Movimiento* por otras razones. El ejemplo obvio es Ramón Serrano Súñer, cuñado del *Caudillo* y amigo íntimo de José Antonio Primo de Rivera, que se transformó en el hombre fuerte del régimen tras ser evacuado de Madrid por la legación holandesa a principios de 1937.

Gracias a la condición social de las víctimas, y a la fuerte demanda de testimonios existente en la España *nacional*, sus relatos se transformaron pronto en uno de los géneros más boyantes del panorama editorial de la nueva España⁴⁰. Desde finales de 1936 fueron publicados por las principales editoriales de Burgos, Salamanca, Ávila, Valladolid, Sevilla, Cádiz, Córdoba, Pamplona, Zaragoza y San Sebastián. Algunos fueron difundidos por radio, como el de Manuel Dordá, leído por entregas por Radio Ávila a principios de agosto de 1937⁴¹. El notable éxito de público cosechado por novelas como *Retaguardia*, de Concha Espina (que conoció cuatro ediciones entre 1937 y 1939) y *Madrid de Corte a Checa*, de Agustín de Foxá (reeditada en 1938 y traducida luego al alemán), atrajo a muchos escritores en busca de fama. La consolidación del género dio lugar incluso a especialistas, como el catalán Antonio Pérez de Olaguer, que entre 1937 y 1939 publicó hasta tres obras sobre el tema ambientadas en distintas regiones de la España republicana⁴². El *terror rojo* se convirtió, en definitiva, en uno

³⁸ PUIG MORA, E.: *La tragedia roja en Barcelona: memorias de un evadido*, Zaragoza, Librería General, 1937.

³⁹ MOURE MARIÑO, L.: *La generación del 36. Memorias de Salamanca y Burgos*, A Coruña, Edición do Castro, 1989, p. 98.

⁴⁰ MARTÍNEZ CACHERO, J. M.: *Liras entre lanzas. Historia de la literatura «nacional» en la Guerra Civil*, Madrid, Castalia, 2009, pp. 11-36.

⁴¹ DORDÁ, M.: *Del diario de un evadido de Madrid*, Ávila, Imprenta Católica Sigrano Díaz, 1937.

⁴² PÉREZ DE OLAGUER, A.: *El terror rojo en Cataluña*, Burgos, Ediciones Antisectarias, 1937; *El terror rojo en Andalucía*, Burgos, Ediciones Antisectarias, 1938; *El terror rojo en la Montaña*, Barcelona, Editorial Juventud, 1939.

de los grandes fenómenos culturales del conflicto, incluyendo ambas zonas de España. La literatura testimonial republicana no parece haber alcanzado una amplitud similar, quizá porque las personas que habrían podido escribirla rara vez fueron *liberadas*⁴³.

Testimonio y ficción en los relatos del *terror rojo*

Existe una copiosa bibliografía sobre la tenue frontera que separa el testimonio de la literatura, o sobre el carácter necesariamente literario de todo testimonio⁴⁴. El caso que nos ocupa ilustra cómo una experiencia básicamente trágica, como las desventuras de algunas *personas de orden* durante la revolución española, puede adquirir un sentido épico y aun trascendente a través de la literatura. Los testimonios sobre el *terror* evolucionaron de manera gradual hacia la ficción, atravesando etapas intermedias como el testimonio novelado. Desde muy pronto, los relatos reflejan la autoconciencia de sus autores como literatos. De ahí que muchos testigos nieguen cualquier pretensión artística, subrayando su inexperiencia en el terreno literario y solicitando la benevolencia del lector⁴⁵. En su crónica sobre el Madrid *rojo*, Manuel Dordá reconoce su falta de experiencia literaria y su deseo de complacer a oyentes ávidos de «relatos de crímenes y torturas» y «episodios humorísticos», dentro de su propósito de ser absolutamente veraz⁴⁶. Otros testigos no pueden evitar aludir a los autores que les han servido de inspiración: el diario de Julio Guillén sobre su encierro en la cárcel Modelo de Madrid entre septiembre y noviembre de 1936 cita expresamente *El Conde de Montecristo*⁴⁷. Las crónicas escritas por Jacinto Miquelarena para el *ABC* de Sevilla tras su salida de Madrid en febrero de 1937, firmadas con el pseudónimo

⁴³ La falta de espacio nos impide abordar el tema con más detalle. He analizado algunos de estos relatos en «Los testimonios sobre la represión franquista: la mirada de las víctimas y la judicialización de la historia», *Historia y Política*, 14 (2005), pp. 283-290.

⁴⁴ COQUIO, C.: «L'émergence d'une littérature de non-écrivains: les témoignages de catastrophes historiques», *Revue d'histoire littéraire de la France*, 103-2 (2003), pp. 343-363.

⁴⁵ FONTERIZ, L.: *Seis meses bajo el terror rojo en Madrid*, Ávila, Tip. de Senén Martín Díaz, 1937, pp. 1-4.

⁴⁶ DORDÁ, M.: *Del diario de un evadido...*, op. cit.

⁴⁷ GUILLÉN, J.: *Del Madrid rojo*, Cádiz, 1937, p. 31.

de «El fugitivo», marcan un hito en la aparición del testimonio novelado y en la construcción de una imagen romántica del testigo⁴⁸. Con todo, la narración se plantea aún como una crónica periodística, forma que Miquelarena sustituyó por la novela en un relato sobre los mismos hechos publicado al año siguiente, en el que contaba su experiencia en la Embajada argentina en Madrid (omitida, quizá por razones políticas, en su libro de 1937)⁴⁹. Su colega de *ABC* Wenceslao Fernández Flórez hizo exactamente lo mismo con su novela *Una isla en el mar rojo* (1939), que contiene muchos pasajes idénticos a su crónica *O terror vermelho* (1938), basada a su vez en artículos publicados en el *Diario de Notícias* de Lisboa.

Los relatos sobre el *terror rojo* —sean testimonios, testimonios novelados o novelas— comparten, así, los rasgos que caracterizan a la novela *nacional* durante la guerra, empezando por su tono combativo e ideológico⁵⁰. En ellos se detecta claramente la influencia de numerosos géneros literarios de la época: el folletín o novela popular, la novela de aventuras, la novela de crímenes o la novela carcelaria⁵¹. Su carácter conscientemente literario, que explica su éxito entre el público *nacional*, plantea un desafío metodológico considerable. Por mucho que el historiador recurra al método crítico propuesto por Bloch —evaluar la coherencia interna de cada testimonio, compararlos entre sí, cotejarlos con otras fuentes—, en última instancia debe fiarse de su intuición. Desde este punto de vista, puede resultar útil distinguir entre la información estrictamente testimonial que proporcionan los relatos y la procedente de otras fuentes. Los textos dicen mucho sobre los distintos aspectos de la vida en la zona republicana, desde la alta política a la revolución social, pasando por la vida cotidiana, el papel de la prensa, la ayuda soviética y, claro está, los principales episodios de la represión (los *paseos*, las *sacas* de presos, la persecución religiosa). Pero esta información —que a menudo coincide con la que conocemos a través de los historiadores— no siempre pro-

⁴⁸ MIQUELARENA, J.: *Cómo fui ejecutado en Madrid*, Ávila, Imprenta Católica Sigrano Díaz, 1937.

⁴⁹ MIQUELARENA, J.: *El otro mundo*, Burgos, Imprenta Aldecoa, 1938.

⁵⁰ Véanse THOMAS, G.: *The novel of the Spanish Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, pp. 17-29; RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J.: *Historia de la literatura fascista española*, vol. 1, Madrid, Akal, 2008, pp. 147-427; y MARTÍNEZ CACHERO, J. M.: *Liras entre lanzas...*, *op. cit.*, pp. 275-327.

⁵¹ THOMAS, G.: *The novel of...*, *op. cit.*, pp. 34-35.

cede de la experiencia directa del autor. Esta condición del relato testimonial, que explica la reputación de que ha gozado desde la Antigüedad, impone unos límites a lo que puede ser contado en calidad de testigo. En la literatura sobre el *terror* hay una tensión clara entre la voluntad de veracidad y la tentación de contarlo todo, que la mayor parte de las veces se resuelve en la segunda dirección.

Es cierto, no obstante, que los textos proporcionan una gran cantidad de información valiosa sobre sus autores. Y no sólo para deducir los motivos que les indujeron a dar testimonio. Las historias ilustran, ante todo, la indefensión en que quedaron muchas personas en las principales ciudades republicanas tras el desmoronamiento de la legalidad republicana que siguió al golpe militar, y las desventuras que corrieron desde entonces hasta su huida: interrogatorios, amenazas, arrestos...⁵². La crónica de Félix Ros sobre su estancia en la *checa* barcelonesa de Vallmajor entre junio de 1938 y febrero de 1939 constituye un modelo de sinceridad, que comienza por confesar el motivo de su encierro: Ros era miembro de un grupo de la quinta columna de Barcelona, aunque se cuidase mucho de ocultárselo a sus carceleros⁵³. Las víctimas tampoco ocultan el miedo que sintieron durante su estancia en territorio *rojo*. Un motivo frecuente de miedo era la inminencia de un registro, que evocaba automáticamente imágenes de prisión, tortura y muerte. Tras la parada de un automóvil ante el domicilio o el sonido del timbre, señalaba un evadido de Madrid a principios de 1937, «el corazón dejaba de latir y todos nos abrazábamos, esperando nuestra última hora»⁵⁴. Los refugiados en las embajadas de la capital sentían algo similar ante la posibilidad de que éstas fuesen asaltadas por «la Horda»⁵⁵. El mismo sentimiento domina los textos de Fernández Flórez sobre su estancia en las embajadas argentina y holandesa: «no pasé un solo día ni una hora sin sentir esa angustia incomparablemente torturadora del terror, que a veces estaba latente y a veces se reavivaba..., y que no se puede referir»⁵⁶. El miedo alcanza su paroxismo en los relatos de los presos de Málaga, Bil-

⁵² FERRANDIS LUNA, S.: *Valencia roja*, Burgos, Editorial Española, 1938, pp. 17-83; OLANDA SPENCER, M.: *Prisionera del soviét*, San Sebastián, 1938, *passim*.

⁵³ ROS, F.: *Preventorio D.*, Barcelona, Yunque, 1939.

⁵⁴ ABC, Sevilla, 7 de febrero de 1937.

⁵⁵ MIQUELARENA, J.: *El otro mundo*, *op. cit.*, pp. 116 y ss.

⁵⁶ FERNÁNDEZ FLÓREZ, W.: *Una isla en el mar rojo*, Madrid, Ediciones Españolas, 1939, p. 52.

bao y Santander, que coinciden en recordar la angustiosa espera de una *saca* que podía acabar con su vida⁵⁷. Pero podía referirse también a la suerte de seres queridos, como el experimentado por Concha Espina (madre del mencionado Víctor de la Serna) en los días posteriores a la matanza de presos cometida en el barco-prisión *Alfonso Pérez* en Santander a finales de diciembre de 1936: «toda la comarca está en trance de desolación, en espera, la más angustiosa, de noticias. No hay quien no tenga en el barco y en los penales, parientes, amigos, si no son los más allegados»⁵⁸. Las alusiones al miedo en esta literatura son demasiado frecuentes como para tacharse de mero artificio literario: las cartas escritas por el conde de Foxá a su familia tras su salida de Madrid en septiembre de 1936 reflejan un sentimiento muy similar sobre los 48 días de «horror» que vivió el escritor en el «infierno» de la capital, sintiendo «las angustias del condenado a muerte», hasta cruzar la frontera francesa gracias a su pasaporte diplomático⁵⁹. El papel determinante del miedo en los comportamientos colectivos a lo largo de la historia está bien documentado, y el tema que nos ocupa es un buen ejemplo del carácter irracional que, forzosamente, tuvieron muchas acciones y percepciones durante la guerra civil⁶⁰.

La literatura sobre el *terror* se alimentó del miedo y de su reverso, la cólera: la «santa indignación» que, según Queipo de Llano, debía sentir cualquier persona de bien al enterarse de los crímenes *rojos*; la indignación «abrumadora» que Concha Espina dice haber sentido al revivir los «episodios infrahumanos» del *Alfonso Pérez* a través de un testigo directo, y de la que trató de librarse escribiendo *Retaguardia*⁶¹. En los relatos ambas emociones aparecen vinculadas a la persecución

⁵⁷ GARCÍA ALONSO, F.: *Mis dos meses de prisión en Málaga*, Sevilla, Tip. M. Carmona Velázquez, 1936, pp. 37-42; RODRÍGUEZ DEL CASTILLO, J.: *Vida y muerte en las cárceles rojas*, Tudela, Imprenta Católica Larrad, 1937, pp. 91 y ss. y 171-178; MAZORRA SEPTIEN, J. J.: *57 Semanas de angustia*, Santander, Imprenta Casa Maestro, 1937.

⁵⁸ ESPINA, C.: *Esclavitud y libertad: diario de una prisionera*, Valladolid, Reconquista, 1938, p. 160.

⁵⁹ Reproducidas en FOXÁ, A.: *Obras completas*, vol. 3, Madrid, Prensa Española, 1976, pp. 150-159.

⁶⁰ DELUMEAU, J.: *El miedo en Occidente*, Madrid, Taurus, 2002, pp. 12-49. Sobre España, véanse PÉREZ LEDESMA, M.: «El miedo de los acomodados y la moral de los obreros», en FOLGUERA, P. (coord.): *Otras visiones de España*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1993, pp. 27-64; y REY REGUILLO, F.: «El empresario, el sindicalista y el miedo», en PÉREZ LEDESMA, M., y CRUZ, R. (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 235-272.

⁶¹ ESPINA, C.: *Esclavitud y...*, *op. cit.*, pp. 190-191.

sufrida por sus autores o, más frecuentemente, por otras personas. El diario de Espina sobre el año de «esclavitud» que pasó en Luzmela tras el 18 de julio, publicado tras la entrada de las tropas *nacionales* en la región en septiembre de 1937, ilustra bien la importancia del rumor en la difusión de noticias de atrocidades durante la guerra⁶². Espina registra también las historias de crímenes *rojos* contadas por el general Queipo de Llano en sus charlas por Radio Sevilla desde finales de julio de 1936, como hacen otros autores. Muchos refugiados en las embajadas de Madrid aluden a las charlas de Queipo, que un autor anónimo asegura haber escuchado «con emoción y esperanza» desde su refugio⁶³. Los protagonistas de *Madrid de Corte a cheka* salían de escuchar Radio Sevilla «como iniciados que acaban de comunicar con otro mundo»⁶⁴. Los asilados vivían el *terror rojo* a través de sus únicos vínculos con el mundo exterior: las noticias traídas por otros refugiados, la prensa (extranjera, republicana o *nacional*) y la radio (*nacional*)⁶⁵. Pocos detalles reflejan mejor la extraordinaria complejidad de la construcción de una cultura de guerra en las circunstancias de 1936-1939: la propaganda de los *nacionales*, basada en buena medida en testimonios de las víctimas del *terror rojo*, era escuchada (y aparentemente asimilada) por otras *víctimas* situadas a cientos de kilómetros de distancia.

Los relatos proporcionan, así, una gran cantidad de información de primera mano, aunque ésta esté casi siempre integrada en una construcción literaria. La ficción comienza por la misma figura del testigo; las historias están dominadas por la preocupación de convencer al lector de la veracidad de los hechos narrados. A menudo, la forma del relato constituye en sí una garantía: la crónica de Julio Guillén, *el preso 831*, sobre su paso por la Modelo de Madrid en el otoño de 1936 aseguraba estar basada en notas tomadas por el autor durante su cautiverio, una idea copiada en relatos posteriores⁶⁶. En otras ocasiones, la presencia del narrador en el escenario del crimen tiene que ser

⁶² ESPINA, C.: *Esclavitud y...*, op. cit., pp. 35, 61, 157-158, 163, 175 y 190-191. Cfr. KAPFERER, J.-N.: *Rumeurs. Le plus vieux média du monde*, París, Editions du Seuil, 1987.

⁶³ ABC, Sevilla, 7 de febrero de 1937; NEVILLE, E.: «Novela sobre la revolución de julio en Madrid», *Vértice*, 4 (1937).

⁶⁴ FOXÁ, A.: *Madrid de corte a cheka*, Burgos, Jerarquía, 1938, p. 324.

⁶⁵ MIQUELARENA, J.: *El otro mundo*, op. cit., p. 144.

⁶⁶ GUILLEN, J.: *Del Madrid rojo*, op. cit.

subrayada expresamente para conjurar la previsible incredulidad del lector. Muchos relatos expresan, de una u otra forma, la idea expuesta por María de Cardona en una conferencia pronunciada en París en junio de 1937, tras su salida de Madrid, y editada por un comité profranquista francés: «No les hablo de lo que me han contado, sino de aquello a lo que he asistido, de las lágrimas que he visto correr, de los grandes sacrificios y de los crímenes de los que he sido testigo»⁶⁷. Y esto sucede incluso en los textos más claramente literarios, en la narración de sucesos que, de acuerdo con su propia información, el autor no pudo presenciar. Muchos *testigos* resuelven el problema poniendo la historia en boca de una víctima directa, como había hecho el periodista Manuel Sánchez del Arco al contar la historia de la matanza de presos cometida en El Arahál el 22 de julio de 1936 a través del testimonio del cura del pueblo, superviviente de la tragedia⁶⁸. El relato del superviviente, mezcla ideal de veracidad e inmediatez, se convirtió pronto en el punto de vista canónico en esta literatura. Una colección de cuentos escrita por el antiguo diputado radical Joaquín Pérez Madrigal y publicada en 1937 incluye la historia de un *paseo* a las afueras de Madrid contada al narrador por uno de los *paseados*, que cae al suelo antes de ser herido y queda sepultado bajo los cuerpos de sus compañeros⁶⁹. *Madrid bajo las bordas*, escrita en 1938 por Fernando Sanabria, se presenta también como el relato de un testigo directo, evadido tras sobrevivir a su propio fusilamiento, y entregado a un amigo para su publicación, un recurso similar al utilizado en novelas clásicas como el *Quijote*, *Robinson Crusoe* o *Los viajes de Gulliver*. La obra está llena de apelaciones a la credulidad del lector, como las que encabezan la descripción de la revolución en Madrid: «Parece que estamos viviendo una novela truculenta; que, de repente, se han hecho realidad las descripciones de la literatura rusa que siempre creímos exagerada...»⁷⁰.

⁶⁷ CARDONA, M.: *La terreur à Madrid*, París, Les Amis de l'Espagne Nouvelle, 1937, p. 21.

⁶⁸ «El horror rojo de Arahál», *ABC*, Sevilla, 25 de julio de 1936; cfr. *Avance del Informe Oficial sobre los asesinatos, incendios y demás depredaciones y violencias cometidos en algunos pueblos del mediodía de España por las bordas marxistas al servicio del llamado gobierno de Madrid*, Burgos, Junta de Defensa Nacional, 1936, pp. 7-8; y PÉREZ DE OLAGUER, A.: *El terror rojo en Andalucía*, op. cit., pp. 58-78.

⁶⁹ PÉREZ MADRIGAL, J.: *Tipos y sombras de la tragedia*, Ávila, Imprenta Católica Sigiriano Díaz, 1937, pp. 125-140.

⁷⁰ SANABRIA, F.: *Madrid bajo las bordas*, Ávila, SHADE, 1938, p. 40.

El conflicto entre veracidad y dramatismo que late en los relatos se plantea con especial agudeza en la descripción de las atrocidades *rojas*. Los imperativos del género testimonial chocan aquí de manera directa con la tentación de ofrecer a los lectores hechos capaces de ilustrar la ferocidad del enemigo y suscitar la «santa indignación» loada por Queipo de Llano. La poeta norteamericana Gamel Woolsey, que residía en Málaga junto a su marido Gerald Brenan al comienzo de la guerra, subrayó ya en 1939 el carácter morboso de muchas de estas historias, que definió como una auténtica «pornografía de la violencia»⁷¹. Para explotar a fondo este recurso, muchos autores optan por enriquecer el testimonio con elementos fantásticos. La novela *Nueve meses con los rojos*, un relato sobre la revolución en Madrid «auténtico y vivido por la autora», Ana María de Foronda, llama la atención por su elaborada estructura, la combinación de los puntos de vista de la pareja protagonista (un médico encerrado en la Modelo y su mujer enfermera, que trata de sacarle de allí) y la discontinuidad temporal. La obra cuenta hechos rigurosamente históricos, como la masacre cometida en la cárcel el 22 de agosto de 1936 y las *sacas* de presos de noviembre-diciembre, junto a atrocidades aparentemente sacadas de la literatura popular o de la historia sagrada. Entre ellas, la historia según la cual los milicianos de Madrid habían arrojado a varios presos a los leones de la Casa de Fieras del Retiro, reproducida con variaciones de detalle y de lugar por otros autores⁷². La amplitud sin precedentes de la violencia anticlerical que acompañó a la revolución española, y su carácter ritualizado, explican la búsqueda de referentes históricos que pudiesen resultar familiares a los lectores⁷³.

Analizar aquí la veracidad de las innumerables atrocidades que los testigos atribuyen a los *rojos* resulta, claro está, inviable, pero todo indica que muchas de ellas se inspiraron en rumores o en fuentes literarias. Las barbaridades que fueron cometidas en la zona republicana

⁷¹ WOOLSEY, G.: *El otro reino de la muerte*, Málaga, Ágora, 1994 [*Death's other Kingdom*, 1939], pp. 123-124.

⁷² FORONDA, A.: *Nueve meses con los rojos en Madrid*, Ávila, Imprenta Católica Sigiriano Díaz, 1937, p. 106; PÉREZ MADRIGAL, J.: *Tipos y sombras...*, *op. cit.*, pp. 163-172; PUIG MORA, E.: *La tragedia roja...*, *op. cit.*, p. 72.

⁷³ VINCENT, M.: «The Keys to the Kingdom: Religious Violence in the Spanish Civil War», en EALHAM, C., y RICHARDS, M. (eds.): *The Splintering of Spain: Cultural History and the Spanish Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 68-89.

durante los meses iniciales de la guerra han sido bien documentadas, aunque los especialistas coinciden en que las fuentes no siempre permiten distinguir entre casos reales e imaginarios⁷⁴. Lo mismo puede decirse de muchas historias testimoniales difundidas durante el conflicto que, en algunos casos, se contradicen entre sí, como sucede con dos testimonios sobre el asesinato del general Eduardo López Ochoa en Madrid en agosto de 1936 aparecidos en la prensa *nacional*. De acuerdo con el primero, procedente de un español refugiado en Lisboa a finales de agosto, el oficial había sido fusilado en su cama del hospital militar de Carabanchel, donde se recuperaba de una enfermedad⁷⁵. El segundo, publicado más de dos años después en la revista *Vértice*, señalaba en cambio que había sido sacado de su cama por una muchedumbre de milicianos anarquistas, llevado hasta el vecino Cerrillo de Almodóvar y fusilado⁷⁶. Ambos testigos coincidían, por otra parte, en que la víctima había sido decapitada y su cabeza clavada en una estaca y exhibida por las calles de la capital (un episodio que, por su truculencia y sus resonancias a la Revolución Francesa, se convertiría en uno de los más célebres en esta literatura). La misma combinación de elementos reales y míticos puede encontrarse en la historia de Juan Mesoneros, párroco del Hornillo, Ávila, contada por el canónigo Aniceto de Castro Albarrán en abril de 1938, según la cual el religioso había sido banderilleado por los *rojos* en un simulacro de corrida, fusilado y enterrado vivo⁷⁷. En un libro publicado un año antes y basado en entrevistas con testigos de hechos similares en diversas localidades castellanas, el jesuita Teodoro Toni señalaba, en cambio, que Mesoneros había sido apresado por «mozalbetes del pueblo», pinchado con una lezna y finalmente fusilado. En relación con los rumores sobre la corrida, Toni añadía que «no lo[s] hemos podido comprobar»⁷⁸. El elemento mítico que, en este caso, está obviamente

⁷⁴ RANZATO, G.: «La guerra civile spagnola nella storia contemporanea della violenza», en RANZATO, G.: *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea*, Turín, Bollati Boringhieri, 1994, pp. 268-303 (p. 272).

⁷⁵ GRS, 25 de agosto de 1936.

⁷⁶ RODRÍGUEZ DE RIVAS, M.: «Notas y relato de un testigo de la muerte del general López Ochoa», *Vértice*, 16 (1938).

⁷⁷ CASTRO ALBARRÁN, A.: *Este es el cortejo. Héroes y mártires de la cruzada española*, Salamanca, Cervantes, 1938, pp. 251-254.

⁷⁸ TONI, T.: *Iconoclastas y mártires. Por Ávila y Toledo*, Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1937, pp. 31-32.

extraído del folclore español, procede en otros de la historia sagrada: varios relatos publicados en España e Inglaterra incluyen historias de sacerdotes y seglares católicos crucificados en Andalucía y Extremadura, aunque casi ninguno cite los nombres de las víctimas⁷⁹.

Estampas rojas y caballeros blancos

Las influencias literarias perceptibles en los relatos de crímenes son más visibles si cabe en la descripción de los criminales. En términos generales, los *rojos* que evocan las historias se ajustan a los estereotipos dominantes en el pensamiento conservador de la época y en la propaganda bélica de los sublevados: la ideología de los autores, la presión social y la fuerte censura existentes en la España *nacional* pueden explicar esta sintonía, que trasciende las familias y las tendencias políticas. Como ha advertido Ucelay al analizar la propaganda rebelde, la mayoría de los testigos se inspiraron en el «mito de los bárbaros» forjado por la literatura romántica francesa durante el siglo XIX a partir de los escritos de *émigrés* como el abate Barruel⁸⁰. La emigración *blanca* de 1789 fue, en efecto, un punto de referencia básico para los evadidos de la España *roja*, de orígenes sociales similares a los de sus ilustres antecesores y enfrentados a un enemigo que reivindicaba muchas de las ideas de los revolucionarios franceses. Pero la transposición de estereotipos no fue automática, por dos razones. En primer lugar porque, como señala el mismo Ucelay, el mito de los «bárbaros» se había transformado desde el siglo XIX en respuesta a acontecimientos históricos tan decisivos como la Revolución Rusa. Ésta había generado otro terror, otra guerra civil y otra oleada de *émigrés*, que habían difundido por toda Europa una imagen de la revolución con ecos del pasado, pero también con muchos elementos nuevos⁸¹.

⁷⁹ ABC, Sevilla, 1 de octubre de 1936; CASTRO ALBARRÁN, A.: *Este es el cortejo...*, op. cit., pp. 161-166; *The Universe*, 28 de agosto de 1936.

⁸⁰ UCELAY, E.: «Ideas preconcebidas...», op. cit.; MICHEL, P.: *Un mythe romantique. Les barbares, 1789-1848*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1981.

⁸¹ AVILÉS FARRÉ, J.: *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, pp. 69 y ss. Entre las publicaciones del género editadas en nuestro país destacan POPOV, G. K.: *La Inquisición roja. La cheka. El Estado dentro del Estado*, Madrid, Aguilar, s. a. [original Berlín, 1924]; MELGUNOV, S. P.: *El terror rojo (1918-1924)*, Madrid, Caro Raggio, 1927; y ESSAD BEY

Entre ellos figuraba el estonio Alfred Rosenberg, que tanta influencia tendría en la formulación de la ideología nazi sobre temas como el bolchevismo y el racismo⁸². Por otra parte, los *rojos* españoles no eran ni los jacobinos de 1793 ni los bolcheviques de 1917, por mucho que se les pareciesen: su aspecto físico, su lenguaje, sus símbolos y sus métodos sólo podían ser transmitidos mediante nuevas palabras y nuevas imágenes. La Revolución de Octubre de 1934 en Asturias ofrecía un precedente mucho más cercano, y la interpretación que hizo de ella la prensa y la literatura conservadora y católica recuerda mucho a la que harían de la de 1936⁸³. La literatura *nacional* se construyó, en definitiva, con ingredientes de diversas procedencias pero la mezcla resultante tuvo mucho de original.

Los textos muestran claramente que la revolución española fue vista por muchos conservadores como una repetición de la francesa de 1789. Esto se aprecia no sólo en historias como la decapitación del general López Ochoa, ya citada; o en la guillotina que, de acuerdo con varios testigos, fue utilizada en distintas localidades catalanas durante los primeros meses de la revolución⁸⁴. Al aludir a su estancia en una cárcel *roja* en Madrid, el testigo anónimo entrevistado en el *ABC* de Sevilla a mediados de febrero habla de «viejas estampas del 93, redivivas»⁸⁵. El abogado montañés José Joaquín Mazorra compara también los *paseos* de Santander con las masacres de 1792⁸⁶. Y Antonio Guardiola describe a los milicianos que salieron a la calle en Barcelona tras el 19 de julio como «verdaderas estampas de la Revolución francesa», aunque ésta, a su juicio, no había generado «tanta iniquidad, tanta barbarie...»⁸⁷. El recuerdo de la gran revolución está especialmente presente en la citada novela de Fernández Flórez sobre el

(pseudónimo de Leo Noussimbaum): *La policía secreta de los Soviets (Historia de la GPU)*, Madrid, Espasa Calpe, 1935.

⁸² KELLOG, M.: *The Russian Roots of Nazism. White Émigrés and the Making of the National-Socialist Movement*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.

⁸³ CALERO, A. M.: «Octubre visto por la derecha», en *VVAA: Octubre 1934*, Madrid, Siglo XXI, 1985, pp. 159-176; y BUNK, B.: *Ghosts of passion: martyrdom, gender and the origins of the Spanish Civil War*, Durham, Duke University Press, 2007, pp. 34-60.

⁸⁴ *ABC*, Sevilla, 29 de noviembre de 1936; PUIG MORA, E.: *La tragedia roja...*, *op. cit.*, pp. 72-73.

⁸⁵ *ABC*, Sevilla, 16 de febrero de 1937.

⁸⁶ MAZORRA SEPTIEN, J. J.: *57 Semanas de angustia*, *op. cit.*, pp. 120-121.

⁸⁷ GUARDIOLA, A.: *Barcelona en poder del soviet (el infierno rojo): relato de un testigo*, Barcelona, Maucci, 1939, pp. 39 y 42.

Madrid de 1936-1937, que comienza con el protagonista y su prometeda contemplando escenas sobre el terror jacobino en el Cine Capitol antes de la guerra y especulando con la posibilidad de que en España pudiese suceder algo similar. Cuando sus temores se cumplen, el protagonista abandona su domicilio llevándose la biografía de María Antonieta escrita por Stefan Zweig⁸⁸.

Estas alusiones apuntan a una de las fuentes de inspiración directas de estos relatos: las novelas británicas sobre la Revolución Francesa y, más concretamente, las versiones cinematográficas de las mismas estrenadas en España antes de la guerra. En otro pasaje de su citada novela, Fernández Flórez hace referencia a Dickens, autor de *Historia de dos ciudades*, la gran novela inglesa sobre la Francia de 1789. La obra había sido llevada al cine por quinta vez en 1935 y estrenada en España dos semanas antes del 18 de julio⁸⁹. En enero, justo antes de las elecciones del Frente Popular, los espectadores españoles habían tenido la oportunidad de ver una versión de otro clásico sobre el tema: *Pimpinela Escarlata*⁹⁰. La obra de la baronesa Orczy sobre las peripecias de un aristócrata británico dedicado a salvar a sus pares franceses de *Madame Guillotine* en el París de 1793, bien conocida por los lectores españoles, había sido filmada (también por quinta vez) en 1935, con Leslie Howard en el papel de Sir Percy Blakeney⁹¹. De ahí que muchos relatos publicados durante la Guerra Civil se presenten como un combate entre «elegantes pimpinelas escarlatas y sangrientos tribunales revolucionarios», por utilizar la ingeniosa fórmula de Ucelay⁹². Pero los estereotipos de la literatura contrarrevolucionaria —el horror de la guillotina, la barbarie de las masas parisinas, la crueldad fanática de los terroristas— llegaron a España a través de un doble filtro: la novela británica y Hollywood.

La influencia de estas diversas tradiciones, en cualquier caso, se advierte claramente en los relatos, empezando por el léxico que em-

⁸⁸ FERNÁNDEZ FLÓREZ, W.: *Una isla...*, op. cit., pp. 9-15 y 68.

⁸⁹ DUPUY, P.: «La difusión des stéréotypes révolutionnaires dans la littérature et le cinéma anglo-saxons (1789-1989)», *Annales historiques de la Révolution française*, 305-1 (1996), pp. 511-528; *La Vanguardia* [LV], 4 de julio de 1936.

⁹⁰ LV, 5 de enero de 1936.

⁹¹ Cfr. REPARAZ, F.: *La pimpinela escarlata. Novela de la Revolución francesa*, Madrid, 1924, versión popular española del drama original de 1905.

⁹² UCELAY, E.: «La imagen internacional de España en el periodo de entreguerras: reminiscencias, estereotipos, dramatización neorromántica y sus consecuencias historiográficas», *Spagna contemporanea*, 15 (1999), pp. 23-52 (p. 45).

plean para referirse a los *rojos* («horda» u «hordas», «turbas», «chusma», «canalla», «gentuza», «patibularios», «hez social»), en el que no faltan las imágenes deshumanizadoras («monstruos», «fieras», «bestias»...) tan habituales en la propaganda bélica de los sublevados (y de sus adversarios). La literatura sobre el *terror* presenta, asimismo, un rico repertorio de imágenes del pueblo, en las que la descripción de la revolución española se reviste de connotaciones negativas y siniestras. La imagen del pueblo en armas en los primeros días del conflicto, en concreto, aparece de manera recurrente y obsesiva, como una premonición de todo lo demás⁹³. Las crónicas ambientadas en Madrid suelen incluir descripciones como la realizada por el testigo disfrazado bajo el pseudónimo Luis de Fonteriz en un libro fechado en marzo de 1937: «Corría la gente por las calles, los comercios y establecimientos se cerraron, una turba inmensa de hombres y mujeres de aspecto terrible... gritaban como enloquecidos *¡armas, armas!...*»⁹⁴. Romero Marchent describe los primeros momentos de la revolución en la capital en términos similares: «Yo ví marchar por la carretera de Aragón algunos de estos camiones cargados de odio. Desde lo alto, gritaban: ¡U. H. P.! ¡U. H. P.! *Rusia, sí. Patria, no...* Otra vez nos habían invadido los bárbaros»⁹⁵. Se trata del mismo «Madrid terrible de odio, de nerviosidad» que encuentra el José Félix Carrillo de Foxá al regresar de Lisboa en mayo de 1936 y presenciar «los primeros desfiles proletarios» del Frente Popular desde un balcón de la calle Magdalena⁹⁶. Fernández Florez, a su vez, evoca a la «plebe exaltada, feroz, que invadía las calles, pasaba en camiones, escalaba los techos de los tranvías y lucía con petulancia amenazadora sus instrumentos de muerte»⁹⁷. El relato de Pérez de Olaguer sobre la revolución en Barcelona contiene imágenes muy similares, mezcladas con comentarios sobre sus responsables: «rusos, franceses y mejicanos..., comunistas, judíos y masones»⁹⁸.

La mayor parte de los textos ambientados en Madrid comentan, también con horror, la despreocupación del *pueblo* ante los paseos del

⁹³ FERNÁNDEZ ARIAS, A.: *Madrid bajo el terror*, Zaragoza, Librería General, 1937, pp. 41-43.

⁹⁴ FONTERIZ, L.: *Seis meses...*, op. cit., 1937, p. 14.

⁹⁵ ROMERO MARCHENT, J.: *Soy un fugitivo...*, op. cit., p. 55.

⁹⁶ FOXÁ, A.: *Madrid...*, op. cit., pp. 247-251.

⁹⁷ FERNÁNDEZ FLÓREZ, W.: *O terror vermelbo*, Lisboa, Empresa Nacional de Publicidade, 1938, pp. 7-8; citado en *Una isla...*, op. cit., pp. 35-36.

⁹⁸ PÉREZ DE OLAGUER, A.: *El terror rojo en Cataluña*, op. cit., p. 9.

verano de 1936 y los desplazamientos de muchos madrileños a los lugares de ejecución más habituales (Casa de Campo, Pradera de San Isidro) para contemplar a las víctimas (*besugos, fresco*) de la noche anterior, en aparente homenaje a las *tricoteuses* que se sentaban a tejer ante la guillotina durante los peores momentos del terror en Francia⁹⁹. El pueblo, según Miquelarena, «se había embrutecido... Julián, el de *La Verbena de la Paloma*, condenaba a muerte en una *checa*»¹⁰⁰. La repugnancia de los testigos ante los crímenes de la revolución se ve aquí reforzado por su rechazo ante una sociedad vuelta del revés, donde los antiguos criados han tomado el poder y lo ejercen despóticamente. Para autores como Foxá, el deseo de revancha social era el verdadero motor de la revolución: «era el gran día de la revancha, de los débiles contra los fuertes, de los enfermos contra los sanos, de los brutos contra los listos»¹⁰¹. Fernández Flórez defiende la misma tesis en sus dos libros sobre el tema, que interpretan la revolución como obra de «la masa» y la comparaban con «un desprendimiento de tierras»¹⁰². Muchos autores oponen este pueblo embrutecido o corrompido al «verdadero pueblo», en el sentido que tenía el término en el nacionalismo casticista de la época: «la conciencia misma de la raza chispera y manola» de la que habla Romero Marchent¹⁰³. O las «muchas pobres criaturas engañadas, ignorantes de buena fe» evocadas por Espina¹⁰⁴. Pero la imagen de un pueblo bárbaro e ignorante domina los relatos, que suelen atribuir a los milicianos un lenguaje vulgar, repleto de expresiones soeces y crueles como las reproducidas por Foronda: «Si te vamos a arrancar la lengua... *pa* comérnosla»¹⁰⁵. Los *rojos* eran seres viciosos, borrachos y lujuriosos, degenerados morales que, como señalaba Pérez de Olaguer, no vacilaban en masacrar a prisioneros indefensos en medio de un aperitivo de tapas, vino y cerveza¹⁰⁶.

⁹⁹ FONTERIZ, L.: *Seis meses...*, *op. cit.*, pp. 49-50. Cfr. GODINEAU, D.: *Citoyennes tricoteuses: les femmes du peuple a Paris pendant la Revolution française*, Aix-en-Provence, Alinea, 1988.

¹⁰⁰ MIQUELARENA, J.: *El otro mundo*, *op. cit.*, p. 109.

¹⁰¹ FOXÁ, A.: *Madrid...*, *op. cit.*, p. 294.

¹⁰² FERNÁNDEZ FLÓREZ, W.: *Una isla...*, *op. cit.*, pp. 93-94; cfr. íd.: *O terror vermelho...*, *op. cit.*, pp. 26-33.

¹⁰³ ROMERO MARCHENT, J.: *Soy un fugitivo...*, *op. cit.*, p. 19.

¹⁰⁴ ESPINA, C.: *Retaguardia*, Córdoba, Instituto Social de Bellas Letras, 1937, p. 99.

¹⁰⁵ FORONDA, A.: *Nueve meses...*, *op. cit.*

¹⁰⁶ PÉREZ DE OLAGUER: *El terror rojo en la Montaña*, *op. cit.*, pp. 173-188.

La repugnancia de los autores hacia el pueblo se dirige de modo particular hacia las *rojas*, milicianas o mujeres del pueblo que, como las *tricoteuses* de 1793 o las *communardes* de 1871, representaban los peores rasgos de la revolución y la antítesis de la naturaleza y las virtudes femeninas¹⁰⁷. La influencia de los valores morales y religiosos de la época, y del combate librado durante el periodo republicano sobre el estatus social de la mujer, resulta aquí evidente¹⁰⁸. Las *rojas* aparecen descritas como «harpías», «brujas» o «hienas», movidas por su rencor social y apetitos sexuales: «Mujeres sin educación y sin instintos de feminidad, posesas de una mal contenida fiebre sexual, que creían llegado el momento de entregarse a la libre alucinación de la carne...», según Romero Marchent¹⁰⁹. Los relatos coinciden en destacar su fealdad, unida a una crueldad extrema tanto en la incitación al crimen como en el crimen mismo: Foronda evoca a «las mujeres *rojas*, de falda en jirones, desgreñadas, con el pecho al aire, asquerosas y sucias, como monstruos fantásticos», que «hundían sus cuchillos hasta el mango en las carnes muertas de las víctimas...»¹¹⁰. Y Fernández Arias coincide en que «las *rojas*... asesinaban con voluptuosidad morbosa»¹¹¹. El estereotipo de la *feroz roja* no tardó en plasmarse en personajes de ficción, como la Eugenia de *Tipos y sombras de la tragedia*, una «huérfana de una traperera del barrio de las Injurias» que «creció entre escorias y harapos» y se convirtió en una feroz *chequista* gracias a la República y a la protección del socialista Ángel Galarza¹¹². La imagen se advierte, también, en una antología de textos sobre la revolución escritos durante el conflicto por el dibujante Antonio de Lara Tono y el dramaturgo Miguel Mihura, otro ilustre evadido de Madrid, publicada en 1939 con el expresivo título de *María de la Hoz*¹¹³. La diferencia es que aquí aparece muy suavizada por el fino humor de

¹⁰⁷ Véanse GODINEAU, D.: *Citoyennes tricoteuses...*, *op. cit.*; y GULLICKSON, G. L.: *Unruly women of Paris: images of the commune*, Ithaca-Londres, Cornell University Press, 1996.

¹⁰⁸ BUNK, B.: *Ghosts of passion...*, *op. cit.*, pp. 120-149.

¹⁰⁹ ROMERO MARCHENT, J.: *Soy un fugitivo...*, *op. cit.*, pp. 55 y 119.

¹¹⁰ FORONDA: *Nueve meses...*, *op. cit.*, p. 44.

¹¹¹ FERNÁNDEZ ARIAS, A.: *Madrid...*, *op. cit.*, p. 71; cfr. FERNÁNDEZ FLÓREZ, W.: *O terror vermelho...*, *op. cit.*, pp. 65-67.

¹¹² PÉREZ MADRIGAL, J.: *Tipos y sombras...*, *op. cit.*, 1937, p. 33.

¹¹³ MIHURA, M.: *María de la Hoz*, Madrid, Ediciones Españolas, 1939, pp. 31-47. Cfr. MOREIRO, J.: «*María de la Hoz*: Mihura y Tono en las trincheras», *Anales de literatura española*, 19 (2007), pp. 161-172.

sus autores, que da a su descripción del batallón femenino de «las Infames», o del «señor de luto, con barba y bigote», que se ganaba la vida disfrazándose de la *Pasionaria*, un significado muy distinto del habitual en los relatos del género.

La imagen del enemigo presente en la literatura del *terror* es, así, considerablemente homogénea, aunque —hay que reiterarlo— no llega a ser monolítica. Los relatos no ignoran los profundos cambios que experimentó la represión republicana durante el conflicto: a su manera estereotipada, saben reflejar la evolución del *terror caliente* de los primeros meses de la guerra al *terror legal* o *de Estado* dominante bajo los gobiernos de Juan Negrín. La imagen de un *terror sistemático* o *científico*, inspirado en el modelo del bolchevismo ruso, aparece en muchos textos, combinada a veces con la de un terror bárbaro y arbitrario¹¹⁴. El símbolo de este terror científico son, naturalmente, las *checas*, demostración tangible del carácter *ruso* y *asiático* de la revolución española. No hay relato ambientado en Madrid que no incluya su *checa*, normalmente descrita como un sótano tétrico y siniestro que sirve de cámara de tortura a milicianos sucios y malvados¹¹⁵. La más popular es, sin duda, la de Bellas Artes, controlada por la *Escuadrilla del amanecer* de Agapito García Atadell, personaje legendario en la literatura de la época gracias a su fuga de España y posterior arresto por los *nacionales*, que lo fusilaron en Sevilla en julio de 1937. Miquelarena lo retrata como un «monstruo», encarnación de la «frialdad social» y el «odio de clases» del socialismo, pero también como un «*dilettante* del terror»¹¹⁶. Foxá, que le hace cenar langosta con la hermosa Rosario Yáñez, lo describe como «un hombre extremadamente inteligente, sádico y refinado... un marxista perfecto»¹¹⁷. El sádico y corrupto Atadell es el modelo de muchos verdugos *rojos* posteriores, como el jefe de policía de Santander Manuel Neila de Pérez de Olaguer¹¹⁸ o el afeminado *Clavel* de Tomás Borrás, defensor entusiasta de la represión «científica» practicada en la Unión Soviética¹¹⁹.

¹¹⁴ ABC, Sevilla, 7 de febrero de 1937; GUARDIOLA, A.: *Barcelona...*, op. cit., pp. 56 y 119-126.

¹¹⁵ SANABRIA, F.: *Madrid...*, op. cit., p. 53.

¹¹⁶ MIQUELARENA, J.: *Cómo fui ejecutado...*, op. cit., pp. 45-46.

¹¹⁷ FOXÁ, A.: *Madrid...*, op. cit., p. 373.

¹¹⁸ PÉREZ DE OLAGUER: *El terror rojo en la Montaña*, op. cit., pp. 14-16.

¹¹⁹ BORRÁS, T.: *Checas de Madrid*, Madrid, Editorial Bullón, 1963, pp. 52-54.

Las *checas científicas* por antonomasia fueron las del SIM, descubiertas por los *nacionales* días después de entrar en Barcelona a finales de enero de 1939. Como era previsible, el hallazgo dio pie a una nueva oleada de textos sobre el terror, en los que los testimonios de antiguos presos —que describían palizas, descargas de electricidad, privación de comida y sueño, internamiento en celdas minúsculas y trabajos forzados— se combinaban con valoraciones hiperbólicas¹²⁰. La descripción realizada por Foxá, uno de los escritores que visitaron la *checa* de la calle Vallmajor, resulta típica: «Allí residía el horror del SIM; porque el SIM helado había sustituido en tiempos de Negrín a la brutalidad ardiente de las *checas*; era el dolor científico, estudiado...». En su opinión, los refinados métodos de tortura del SIM eran un símbolo de la decadencia cultural de su época, al mismo nivel que «los libros sobre el opio, los Films surrealistas de Bañuel (*sic*), el verso dadaísta, los lienzos de Dahli (*sic*)» y los cuadros de Picasso¹²¹. Un amigo de Foxá que, como él, había escapado de Madrid gracias a su pasaporte diplomático poco después del 18 de julio, el cineasta y autor teatral Edgar Neville, conde de Berlanga del Duero, describió estas *checas* en términos similares en la prensa falangista y en el documental *¡Vivan los hombres libres!*, realizado por encargo del Departamento Nacional de Cinematografía del gobierno de Burgos semanas después de la toma de la capital catalana¹²². El audaz retrato del *terror rojo* compuesto por Neville —quizá como un mérito más para hacer olvidar su antigua militancia en Izquierda republicana— abrió nuevas vías de expresión para el género, aunque su experimento tendría pocos imitadores.

El contrapunto de los villanos de los relatos son, naturalmente, sus héroes y víctimas. Fieles a sus modelos literarios, las novelas sobre el *terror rojo* integran la descripción de la violencia enemiga en el marco de un relato de aventuras protagonizado por caballeros y heroínas *blancas*, un procedimiento que permite desdramatizar la experiencia

¹²⁰ ABC, Sevilla, 3 de febrero de 1939; *La Vanguardia española* [LVE], 8 de febrero de 1939; ROS, F.: *Preventorio D (ocho meses en el S. I. M.)*, Barcelona, Yunque, 1939.

¹²¹ FOXÁ, A.: «La checa de la calle Vallmajor», publicado en LVE, 5 de febrero de 1939; y en URRUTIA, F.: *¡Terror rojo! Las checas de Barcelona*, Madrid, 1939, pp. 23-29.

¹²² NEVILLE, E.: «La checa de Vallmajor», *Vértice*, 20 (1939), y *¡Vivan los hombres libres!* Sobre la trayectoria de Neville durante la guerra véase RÍOS CARRATALÁ, J. A.: *Una arrolladora simpatía. Edgar Neville, de Hollywood al Madrid de la postguerra*, Aliante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2009, pp. 79 y ss.

y transmitir un mensaje optimista al lector. Así sucede en la sentimental *Retaguardia*, donde Alicia Quiroga, señorita de Torremar (Santander), busca a su novio Rafael Ortiz, encerrado por los *rojos* en el barco-prisión Satanás (*Alfonso Pérez*) junto al Faro de Cabo Grande (Cabo Mayor), con ayuda de su hermano Felipe, socialista arrepentido, y del simpático marinero *Garrochín*. Aunque la búsqueda termina en tragedia, con Ortiz muerto y su cadáver flotando en la bahía, la protagonista se consuela pensando en la justicia divina y en la conversión de *Garrochín* a la causa *nacional* después de contemplar con sus propios ojos los cadáveres de las víctimas de los *rojos* en una alucinante escena submarina. Ésta es básicamente la trama en que se basa *Madrid de corte a cheka*, algo posterior y mucho más lograda desde el punto de vista literario. El libro de Foxá puede leerse como un pretexto para retratar a cientos de personajes de la sociedad y la política de la zona republicana, pero también como una novela de aventuras —las que le suceden a su protagonista José Félix Carrillo, un joven falangista que lucha por salvar a amigos y conocidos del *terror rojo* en Madrid, como un Pimpinela Escarlata ibérico— en la que no faltan conflictos morales, amor ni siquiera toques de sexo (encarnado en Rosario Yáñez, la burguesa que utiliza sus encantos para protegerse de los *rojos*). Como el de Foxá, muchos relatos sobre el *terror* tienen como tema central la fuga del territorio *rojo*, las peripecias que la rodean y la jubilosa llegada de los evadidos a territorio *nacional*¹²³. El mejor exponente del género es, sin duda, la novela *La monja fugitiva*, de Francisco Ferrari, en la que una religiosa joven y atractiva consigue escapar de Madrid disfrazada de miliciana, situación equívoca que da pie a todo tipo de incidentes picantes relacionados con el constante acoso sufrido por la protagonista a manos de los salaces *rojos*¹²⁴.

Junto a estos caballeros y heroínas *blancas*, los verdaderos protagonistas de los relatos son las víctimas, cuya muerte se interpreta casi siempre en términos religiosos: como un sacrificio necesario para el triunfo del bien y la regeneración de la patria. Esto resulta evidente en las obras de autores eclesiásticos que, desde el principio, atribuyeron a las víctimas la condición de mártires de la fe en la línea marcada por Pío XI en su célebre discurso ante un grupo de religiosos proceden-

¹²³ COLLANTES, J. A.: *Las vestales. Novela de la guerra*, Cádiz, Cerón, 1938; CABALLERO DE RONTE: *Santander roja*, Palencia, Imprenta Merino, 1937; GRAÑA, M.: *Cómo escapé de los rojos*, Burgos, Rayfe, 1938.

¹²⁴ FERRARI BILLOCH, F.: *La monja fugitiva*, Valladolid, Santarén, 1939.

tes de la España republicana, el 14 de septiembre de 1936, y ratificada luego por el cardenal Gomá y el resto de la jerarquía católica española¹²⁵. Los relatos sobre la persecución religiosa se insertan en la más pura tradición del martirologio cristiano, que contemplaba la persecución como una ocasión ideal para dar testimonio (el sentido original de la palabra *martirio*) de la fe¹²⁶. El martirio del cura de Fuenterrabía contado por Estelrich es un buen ejemplo: cuando los milicianos conminan al párroco a abjurar de su fe éste se niega, alegando «estoy dispuesto a morir, pero no conseguiréis nunca que reniegue de Cristo»¹²⁷. Los miembros de la Iglesia mueren siempre proclamando su fe y bendiciendo a sus verdugos, de acuerdo con el ejemplo de Cristo¹²⁸. Los seglares, por su parte, lo hacen de forma heroica, levantando el brazo y gritando ¡Viva España! o ¡Arriba España!, como el capitán Lizcano de la Rosa tras el fracaso de la sublevación en Barcelona¹²⁹, o como Fernando Primo de Rivera y Julio Ruiz de Alda en *Madrid de corte a cheka*¹³⁰. Pero su muerte no es menos sagrada que la de los mártires, como subraya Espina al describir a las víctimas del Cabo Grande como una «quinta columna»: «muertos capaces de vivir hasta que vengan todos los jueces del mundo a escribirles el proceso contra los asesinos de Torremar»¹³¹.

La exaltación del sacrificio de las víctimas es un rasgo común a la mayoría de los relatos y, sin duda, dice mucho de su sentido último. Muchos parecen dirigidos a mantener vivo el recuerdo de los que sufren para evitar que sean olvidados, como reflejó líricamente el falangista Joaquín Romero Murube en un poema titulado «No te olvides», incluido en la *Antología poética del Alzamiento* en 1939¹³². En

¹²⁵ GARCÍA ALONSO, F.: *Mis dos meses de prisión...*, op. cit. Sobre el discurso de Pío XI y la posición de la jerarquía española, véase RAGUER, H.: *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la guerra civil española*, Barcelona, Península, 2001.

¹²⁶ CASTRO ALBARRÁN, A.: *Este es el cortejo...*, op. cit., pp. 1-2. Cfr. KYLE, D. G.: *Spectacles of death in ancient Rome*, Londres, Routledge, 1998, pp. 242-264.

¹²⁷ ESTELRICH, J.: *La persecución religiosa en España*, Buenos Aires, Difusión, 1937, pp. 103-104.

¹²⁸ CASTRO ALBARRÁN, A.: *Este es el cortejo...*, op. cit.

¹²⁹ PÉREZ DE OLAGUER, A.: *El terror rojo en Cataluña*, op. cit., pp. 40-41.

¹³⁰ FOXÁ, A.: *Madrid...*, op. cit., pp. 308-311.

¹³¹ ESPINA, C.: *Retaguardia*, op. cit., p. 202.

¹³² VILLÉN, J. (ed.): *Antología poética del Alzamiento*, Cádiz, Cerón, 1939, pp. 65-66. (El poema estaba dedicado a Federico García Lorca, amigo del autor, aunque nada en su edición original permitía adivinarlo.)

este punto se advierte una clara diferencia entre los autores religiosos, que se limitan a exaltar a las víctimas como un modelo de virtud cristiana, y los seculares. Los primeros se atienen en todo momento a la doctrina cristiana, como hace el presbítero catalán Lluís Carreras al subrayar la «ejemplaridad» de «los mártires de la Nueva España», no sólo como «simiente fecundísima de conversiones y de renovación cristiana...», sino como demostración del poder del perdón y del amor¹³³. Los segundos suelen aludir, en cambio, a la necesidad de castigar a los criminales. Fernández Arias cierra su primera crónica de la revolución en Madrid pidiendo al lector que no olvide a las «80.000 víctimas» del *terror* en la capital, ni sucumba a la «mística del perdón» que, a su juicio, se estaba extendiendo por la España *nacional* desde el campo enemigo¹³⁴. Ya concluida la guerra, Fernández Flórez se muestra igualmente firme en su rechazo a la posibilidad de olvidar y perdonar crímenes de tanta magnitud: las víctimas del *terror*, señala, «allí están y allí estarán por los siglos de los siglos, inmóviles, obstinados, indestructibles, sin que cualquier interpretación o cualquier parcialidad puedan hacerlos desaparecer, como nada puede hacer que desaparezca la mancha de sangre en las manos de Caín»¹³⁵. La imagen de una «Madrid crucificada» presente en numerosos relatos apunta también a la necesidad de venganza. Romero Marchent exhorta a los *nacionales* a «rescatar» a las víctimas de Madrid a cualquier precio, aunque esto implique hacer de la ciudad «un simple objetivo militar»¹³⁶. La misma imagen cierra *Madrid de Corte a cheka*: José Félix contempla la capital desde el lado *nacional* y piensa en sus amigos de allí, «anhelantes, escondiéndose de casa en casa, como bestias, perseguidos...»¹³⁷. Nada más propicio para suscitar la «santa indignación» invocada por Queipo de Llano, que late en casi toda la literatura del género. Los relatos están narrados en el tono trágico y épico que corresponde a tiempos de guerra: de ahí el papel tan reducido que tiene en ellos el humor, con notables excepciones como las de Félix Ros, Foxá o Miguel Mihura.

¹³³ CARRERAS, L.: *Grandeza cristiana de España. Notas sobre la persecución religiosa*, Toulouse, Douladoure, 1938, pp. 274-276.

¹³⁴ FERNÁNDEZ ARIAS: *Madrid...*, *op. cit.*, pp. 263-264.

¹³⁵ FERNÁNDEZ FLÓREZ, W.: *Una isla...*, *op. cit.*, pp. 294-295; cfr. íd.: *O terror vermelho...*, *op. cit.*, pp. 117-119.

¹³⁶ ROMERO MARCHENT, J.: *Soy un fugitivo...*, *op. cit.*, p. 263.

¹³⁷ FOXÁ, A.: *Madrid...*, *op. cit.*, p. 428.

¿Relatos para después de una guerra?

Lo que sucedió con el gran relato del *terror rojo* tras la victoria nacional ha sido bien estudiado, al menos a nivel oficial. La política del bando vencedor se atuvo fielmente al «deber de cultivar la memoria» señalado por el *Caudillo* en un mensaje difundido con motivo del segundo aniversario del *Alzamiento*¹³⁸. La cultura de guerra construida en torno a los crímenes enemigos se transformó así (si no lo era ya) en una «cultura de la depuración», basada en la consideración de los *rojos* como seres esencialmente criminales y dirigida a extirpar el marxismo de la sociedad española¹³⁹. Esta operación recibió el aval de la ciencia gracias a las investigaciones realizadas por el psiquiatra Antonio Vallejo Nágera sobre las causas de la «criminalidad revolucionaria marxista» en el campo de concentración de San Pedro de Cardaña desde mediados de 1938¹⁴⁰. Las conclusiones alcanzadas por este experto, resumidas el año siguiente en su libro *La locura y la guerra*, coincidieron en un grado sorprendente con las intuiciones de las víctimas de los *rojos*: la revolución española había sido obra de una mezcla de monstruos degenerados y de multitudes imbéciles, con una alta proporción de mujeres, y se había ajustado fielmente al patrón de la francesa¹⁴¹. La depuración tuvo también repercusiones legales: los principales hitos de la violencia cometida por los partidarios de la República quedaron inscritos en la *Causa General* publicada en 1943 por el Ministerio de Justicia que, además de legitimar *a posteriori* el *movimiento nacional*, dio cobertura jurídica a la represión y depuración masivas de los sospechosos de haber participado directa o indirectamente en el *terror rojo*¹⁴². Los homenajes a los caídos iniciados durante la guerra, rodeados de la peculiar simbología falangista y católica del régimen, continuaron a una esca-

¹³⁸ FRANCO, F.: *Palabras del Caudillo*, Madrid, Editora Nacional, 1943, pp. 312-313.

¹³⁹ RICHARDS, M.: *Un tiempo de silencio*, Barcelona, Crítica, 1999, pp. 24-48.

¹⁴⁰ VINYES, R.: «Construyendo a Caín. Diagnóstico y terapia del disidente: las investigaciones psiquiátricas militares de Antonio Vallejo Nágera con presas y presos políticos», *Ayer*, 44 (2001), pp. 227-250.

¹⁴¹ VALLEJO NÁGERA, A.: *La locura y la guerra. Psicopatología de la guerra española*, Valladolid, Santarén, 1939, pp. 200-225.

¹⁴² MINISTERIO DE JUSTICIA: *Causa General. La dominación roja en España*, Madrid, 1943.

la mucho mayor¹⁴³. Los nuevos gobernantes de España rememoran de manera constante el recuerdo de la violencia enemiga y de sus víctimas, los *caídos por Dios y por España* y *mártires de la Cruzada*, a través de discursos, misas de réquiem, textos literarios, representaciones pictóricas, documentales, aniversarios, lápidas, cruces, monumentos y calles en todos los rincones del país¹⁴⁴.

El papel de la sociedad civil en la consolidación de esta «cultura de la depuración» constituye una faceta menos estudiada, pero clave, de este proceso. Para aclararla sería necesario reconstruir la historia de los actores sociales que contribuyeron al movimiento conmemorativo de posguerra, desde la Iglesia hasta la iniciativa privada de asociaciones de antiguos combatientes y cautivos, familiares de víctimas y comisiones de «fuerzas vivas» de toda España¹⁴⁵. Sin duda, ya es tarde para profundizar en los estudios realizados por el antropólogo norteamericano John Corbin sobre la memoria de la guerra en Ronda a principios de los años sesenta¹⁴⁶. A falta de fuentes orales, disponemos de la literatura sobre el tema, cuya evolución parece ajustarse a la misma pauta. En el clima de la victoria, y tras la *liberación* de los últimos presos de la República, el género experimentó un nuevo florecimiento, tanto en lo tocante a testimonios como a obras literarias¹⁴⁷. La más popular de éstas, la citada *Una isla en el mar rojo*, conoció nada menos que doce ediciones entre 1939 y 1942. De este último año data el primer (y, según mis datos, único) largometraje del

¹⁴³ Véase la crónica del homenaje a los caídos realizado junto al Faro de Cabo Mayor, en Santander, aparecida en *ABC*, Sevilla, 19 de octubre de 1937.

¹⁴⁴ LEDESMA, J. L., y RODRIGO, J.: «Caídos por España...», *op. cit.*, pp. 236-244.

¹⁴⁵ *Ibid.*, pp. 242-243.

¹⁴⁶ CORBIN, J.: «Truth and myth in history: an example from the Spanish Civil War», *Journal of Interdisciplinary History*, 25-4 (1995), pp. 609-625.

¹⁴⁷ Véanse, entre otros muchos ejemplos, FIGUEROA, A.: *Memorias del recluso Figueroa*, Zaragoza, 1939; QUEIPO DE LLANO, R.: *De la checa de Atadell a la prisión de Alacuas*, Valladolid, 1939; MILLÁN ASTRAY, P.: *Cautivas. 32 meses en las prisiones rojas*, Madrid, [1939]; HUIDOBRO, L.: *Memorias de un finlandés*, Madrid, 1939, y *El predestinado o un crimen en Valderredible*, Madrid, 1941; LÓPEZ DE MEDRANO, L.: *986 días en el infierno*, Madrid, 1939; ROS, S.: *Meses de esperanza y de lentejas: la embajada de Chile en Madrid*, Madrid, 1939; MOLERO MASSA, L.: *La borda en el Levante Feliz*, Valencia, 1939; PINO, F.: *Asalto a la cárcel Modelo*, Madrid, 1939; BUSTAMANTE Y QUIJANO, R.: *A bordo del «Alfonso Pérez»*, Madrid, 1940; CAMBA, F.: *Madridgrado*, Madrid, 1939; CARRETERO, J. M.: *La revolución de los patibularios*, 6 vols., Madrid, 1939-1940; LEÓN, R.: *Cristo en los infiernos*, Madrid, 1941; o ESPINA, C.: *Princesas del martirio*, Barcelona, 1940.

género, *Rojo y negro*, una cinta falangista ambientada en el Madrid de las checas, en la que dos novios separados por sus ideas se reencuentran (simbólicamente) tras morir a manos de los *rojos*¹⁴⁸. Al cabo de unos años, sin embargo, los relatos de víctimas empezaron a ser recibidos con muestras de ironía y aun de hartazgo, como lamentó en 1955 un antiguo preso en la cárcel Modelo de Madrid en una novela irónicamente titulada *No me cuente usted su caso*¹⁴⁹. El autor se veía obligado a justificar su decisión de «exhumar» sus recuerdos por el «deber» en que se encontraba su generación, que había conocido aquella trágica realidad, de recordar a las víctimas y hacer reflexionar a los jóvenes, que habían «crecido en el silencio». Y su intención, añadía, no era tanto poner de manifiesto «la maldad de los asesinos» como «el espíritu con que las víctimas soportaron la persecución»¹⁵⁰. La literatura parece haber seguido, en suma, una evolución similar a la señalada por los trabajos sobre la memoria oficial de la Guerra Civil bajo el franquismo, desde el frenesí conmemorativo de posguerra hasta el principio de olvido que supusieron las celebraciones de los «25 años de paz»¹⁵¹.

Profundizar en este aspecto supera con mucho las posibilidades de este artículo, cuyo objetivo se reduce a analizar cómo se construyó el gran relato del *terror rojo*, y a sugerir qué puede enseñarnos acerca de las culturas de guerra en general, y la del franquismo en particular. Desde este punto de vista, el estudio de la España *nacional* parece confirmar las conclusiones alcanzadas por Horne y Kramer en relación con las historias sobre atrocidades alemanas en 1914-1918. En ambos casos, la construcción simbólica de la violencia enemiga fue realizada conjuntamente por la propaganda del Estado y por la sociedad civil, encarnada en las víctimas y testigos de aquella: de ahí su fuerza y su presumible capacidad movilizadora. En el conflicto español, la imagen del *terror rojo* fue uno de los principales puntos de encuentro entre las distintas familias de la «coalición reaccionaria» que se alzó contra la República en 1936 y que estuvo separada por tantos intereses y renci-

¹⁴⁸ SÁNCHEZ BIOSCA, V.: *Cine y guerra civil: del mito a la memoria*, Madrid, Alianza, 2006, pp. 128-143.

¹⁴⁹ MARTÍN ARTAJO, J.: *No me cuente usted su caso*, Madrid, Biosca, 1955.

¹⁵⁰ *Ibid.*, pp. 10-14.

¹⁵¹ CAZORLA, A.: «Beyond they shall not pass: How the experience of violence reshaped political values in Franco's Spain», *Journal of Contemporary History*, 40-3 (2005), pp. 503-520.

llas previas¹⁵². La huella que la experiencia de la represión dejó en muchos españoles, elaborada literariamente por Miquelarena, Espina, Foxá, Fernández Flórez, Neville y tantos otros *testigos*, fue el mejor argumento de que dispuso un régimen con una legitimidad más que dudosa y un proyecto político básicamente negativo.

Desde el punto de vista cultural, la representación del enemigo se apoyó en ambos conflictos en conceptos preexistentes pero exigió, también, un esfuerzo para dar sentido a acontecimientos radicalmente nuevos. Los conservadores españoles llevaban mucho tiempo imaginando la revolución: el protagonista de *Bajo el yugo de los bárbaros*, una novela fantástica de Ricardo León, escrita en 1932 y ambientada en una utópica «República Proletaria», era ya interrogado por un «Dzerchinsky español» en una *cheka*¹⁵³. Pero lo que sucedió en la mitad del país a partir del 18 de julio de 1936 probablemente excedió sus peores previsiones. Como señaló Jover Zamora en relación con la imagen de la Primera República durante la Restauración, el «mito» del terror rojo se implantó en la memoria colectiva a partir de «experiencias contemporáneas», que fueron seleccionadas por los grupos afectados «en función de sus intereses, de sus concepciones del mundo y de sus ideologías». Y estos grupos lograron, gracias a su proximidad al poder y su acceso a los medios de comunicación, convertir su versión de los hechos en «algo capaz de ser asumido, más o menos crítica o pasivamente, por otros grupos sociales», un proceso que les obligó a utilizar «recursos descriptivos y adjetivaciones capaces de motivar sectores más amplios y heterogéneos de la sociedad»¹⁵⁴. En el caso que nos interesa, estos recursos y estas adjetivaciones fueron de naturaleza literaria y autobiográfica, un anuncio de los derroteros que seguiría la memoria de la violencia en Occidente a partir de la Segunda Guerra Mundial.

¹⁵² SÁNCHEZ RECIO, G.: «La coalición reaccionaria y la confrontación política dentro del régimen franquista», en TUSELL, J.: *Estudios sobre la derecha española contemporánea*, Madrid, UNED, 1993, pp. 551-562.

¹⁵³ LEÓN, R.: *Bajo el yugo de los bárbaros*, Madrid, Editorial Hernando, 1932, pp. 245 y ss.

¹⁵⁴ JOVER ZAMORA, J. M.: *Realidad y mito de la Primera República*, Madrid, Espasa Calpe, 1991, pp. 54-55.

*Asesinatos en masa y genocidio entre 1914 y 1945: un intento de análisis comparativo**

Alan Kramer

Trinity College. Dublin

Resumen: Este artículo es un intento de análisis comparativo y transnacional, como una forma de trascender el enfoque «germanocéntrico» o, simplemente, el enfoque selectivamente comparativo que ha caracterizado el debate del «camino especial» (*Sonderweg*) de Alemania, desde el militarismo autoritario del imperio guillermino al Estado genocida del Tercer Reich. Esto supone ubicar el genocidio nazi de los judíos dentro de un contexto sincrónico y diacrónico más amplio.

Palabras clave: genocidio, Europa, historia comparada.

Abstract: This paper is an attempt at a comparative, transnational analysis, as a way of transcending the «germanocentric» or only selectively comparative approach that has characterized the discussion of Germany's «special path» (*Sonderweg*) from authoritarian militarism in the Wilhelmine empire to the genocidal state of the Third Reich. It entails locating the Nazi genocide of the Jews within a broader synchronic and diachronic context.

Key words: genocide, Europe, Comparative Analysis.

«Asesinatos en masa y genocidio de 1914 a 1945» suena, más bien, como la renovación de una vieja idea, la «Segunda Guerra de los Treinta Años», de la que Wilson escribió inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial. Esto implica un proceso continuo; de hecho, implica continuidades directas de una guerra a la otra¹, algo

* Traducción de Mónica Granell (Universitat de València).

¹ WEHLER, H.-U.: *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. 3 de *Von der «Deutschen Doppelrevolution» bis zum Beginn des Ersten Weltkriegs 1849-1914*, Munich, Beck,

que, por tres razones, puede considerarse problemático. En primer lugar, hay varios aspectos que no encajan en esta neta cronología de treinta años. Algunos expertos, de manera justificada, han visto la guerra alemana contra los Herero, en el suroeste de África, entre 1904 y 1907, como un caso de genocidio. Mientras que es muy difícil probar una continuidad que vaya desde la guerra colonial alemana a la «destrucción absoluta» de la Primera Guerra Mundial y el Holocausto, y aún menos una relación causal, es plausible hablar de una guerra racial nazi que se desarrolló sobre el trasfondo de los antecedentes coloniales y que se basó al menos en parte en el discurso de la guerra colonial².

Si vamos más allá de las fronteras de Alemania podemos extender el marco temporal hasta la década de 1890: el genocidio de los armenios llevado a cabo por el régimen de los Jóvenes Turcos en 1915 fue anticipado por el asesinato en masa de unos 100.000 armenios bajo el antiguo régimen del Sultán Abdülhamid II en la década de 1890. Ya en el período 1912-1914, los dirigentes de los Jóvenes Turcos tuvieron por objeto sustituir el carácter multiétnico y multiconfesional del Imperio Otomano con el nacionalismo étnico turco y el islamismo. En las reuniones secretas del comité central de los Jóvenes Turcos con la llamada «Organización Especial», durante la primavera y el verano de 1914, se apeló a medidas de «control técnico de la población» con el objetivo de «liquidar los asentamientos de población no turca en

1995, p. 1168; HOBBSBAWM, E.: *Age of Extremes. The Short Twentieth Century, 1914-1991*, Londres, Michael Joseph, 1994 [trad. esp.: *Historia del siglo XX. 1914-1991*, Barcelona, Crítica, 1995]; MAYER, A.: *Why Did the Heavens not Darken? The «Final Solution» in History*, Nueva York, Pantheon, 1988. Mayer compara explícitamente la Guerra de los Treinta Años con el período 1914-1945. Puede encontrarse un intenso debate del concepto en ECHTERNKAMP, J.: «1914-1945: Ein zweiter Dreißigjähriger Krieg? Vom Nutzen und Nachteil eines Deutungsmodells der Zeitgeschichte», en MÜLLER, S. O., y TORP, C. (eds): *Das Deutsche Kaiserreich in der Kontroverse*, Gottinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2009, pp. 265-80; CHURCHILL, W. S.: *The Second World War*, vol. 1, *The Gathering Storm*, Londres, Cassell, 1949 [1948], p. ix. [trad. esp.: *La Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Esfera de los Libros, 2001].

² HULL, I. V.: *Absolute Destruction. Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany*, Ithaca-Londres, Cornell University Press, 2005. Véase un rechazo de la causalidad y del *Sonderweg* alemán, pero una afirmación de la necesidad de tomarse en serio la posibilidad de que la guerra de la Alemania nazi en el este descansara ideológicamente en la «imaginación colonial», en ZIMMERER, J.: «Kein Sonderweg im «Rassenkrieg». Der Genozid an den Herero und Nama 1904-08 zwischen deutschen Kontinuitäten und der Globalgeschichte der Massengewalt», en MÜLLER, S. O., y TORP, C. (eds): *Das Deutsche Kaiserreich... op. cit.*, pp. 323-340.

posiciones de importancia estratégica que están en contacto directo con intereses extranjeros». A finales de 1914, 1.150.000 personas, principalmente griegos, habían sido deportados³. Durante los años 1915-1916, al menos un millón de armenios de Anatolia fueron asesinados o perecieron durante la expulsión de sus hogares. Otras poblaciones cristianas, sobre todo los asirios de Anatolia y Mesopotamia, fueron igualmente víctimas de un «exterminio sistemático»⁴. Después de la derrota de Turquía en la guerra mundial y la ocupación por las tropas griegas, el nuevo líder de los Jóvenes Turcos, Mustafa Kemal, creó un nuevo movimiento que movilizó otra vez a la nación y lanzó una ofensiva militar, obligando al ejército griego a retirarse hacia la costa. La culminación de la presión en favor de una redistribución étnica se alcanzó en septiembre de 1922, con el incendio de Esmirna y la expulsión de la población griega que quedaba en Anatolia (y la expulsión recíproca griega de los musulmanes de Turquía). La eliminación de la población armenia, asiria y griega fue una parte fundamental de la «lucha por la independencia» de los Jóvenes Turcos y una reinención del Imperio Otomano como la nación turca⁵. Las ideologías modernas (y modernizadoras) del nacionalismo, la raza y los discursos pseudocientíficos de higiene y pureza, celebraban la utopía nacionalista de un Estado turco étnicamente «puro». Sin embargo, a mediados de la década de los años veinte, Turquía destacó por su abstención en los posteriores conflictos internacionales. Además, no es posible afirmar que se desarrollara un proceso de aprendizaje por el que otros Estados emularan el ejemplo turco a la hora de embarcarse en actos genocidas.

La violencia de masas que, en España, estalló con la Guerra Civil en 1936 contradice de plano los supuestos de la tesis de la «Guerra de

³ KIESER, H.-L., y SCHILLER, D. J.: «Völkermord im historischen Raum 1895-1945», en KIESER, H.-L., y SCHILLER, D. J. (eds.): *Der Völkermord an den Armeniern und die Shoah. The Armenian Genocide and the Shoah*, Zurich, Chronos, 2002, pp. 19-21.

⁴ TRAVIS, H.: «“Native Christians massacred”: The Ottoman genocide of the Assyrians during World War I», *Genocide Studies and Prevention*, 1-3 (2006), pp. 327-371; aquí, p. 336. «Exterminio sistemático» fue la descripción dada por el embajador alemán en Constantinopla en 1915. Los diplomáticos estadounidenses estuvieron de acuerdo.

⁵ KAYALI, H.: «The struggle for independence», en KASABA, R. (ed.): *The Cambridge History of Turkey. Turkey in the Modern World*, vol. 4, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, pp. 112-146. Cfr. KRAMER, A.: *Dynamic of Destruction. Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford, Oxford University Press, 2007, cap. 4.

los Treinta Años»: España fue neutral en la Primera Guerra Mundial. Por supuesto, es posible argumentar que la lucha tuvo sus raíces en las ideologías que habían surgido en la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, en 1936, el fascismo y el comunismo no eran más que grupos marginales. Había raíces mucho más fuertes, algunas de las cuales se remontaban, como mínimo, al siglo XIX: el conflicto entre el laicismo y la Iglesia, entre democracia y autoritarismo, el conflicto social sobre la reforma agraria y el hecho de que los militares españoles habían tenido una larga tradición, durante el siglo XIX, de intervención en la política⁶. Con el recuerdo de un imperio mundial perdido en el siglo XIX, la experiencia de la reciente guerra colonial era crucial: las derrotas infligidas sobre el ejército español en Marruecos en 1909 y 1921 se percibieron como «desastres» humillantes y condujeron a la radicalización y al endurecimiento de la cultura militar en la década de 1920. El ejército nacional consideró su campaña como una nueva «Reconquista» para redimir a la degenerada España de las fuerzas extranjeras del ateísmo y el comunismo⁷. Que la guerra colonial española en 1896 en Cuba, con la política de «reconcentración» de la población civil en campos con el fin de privar a los combatientes por la independencia de su base material influyera en la política franquista, aún está por verse. En cualquier caso, Franco utilizó «una estrategia ideológica, cuasi de limpieza étnica..., yendo de pueblo en pueblo para eliminar al enemigo y purgar a sus seguidores», una estrategia que estaba «profundamente enraizada en las campañas coloniales»⁸.

⁶ Cfr. CHICKERING, R.: «The Spanish Civil War in the age of total war», en BAUMEISTER, M., y SCHÜLER-SPRINGORUM, S. (eds.): «*If you tolerate this...*». *The Spanish Civil War in the Age of Total War*, Frankfurt, Campus, 2008, pp. 28-43. Sobre la violencia anticlerical, la movilización católica y la relación entre el catolicismo y el fascismo, véase VICENT, M.: «The Spanish Civil War as a war of religion», en BAUMEISTER, M., y SCHÜLER-SPRINGORUM, S. (eds.): «*If you tolerate this...*, *op. cit.*», pp. 74-89. Para la cuestión de racismo y violencia, véanse RODRIGO, J.: *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1948*, Barcelona, Crítica, 2005; VINYES, R.: *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles franquista*, Madrid, Temas de Hoy, 2002; como estudio de caso, el trazado por PRESTON, P.: «Los esclavos, las alcantarillas y el capitán Aguilera: Racismo, colonialismo y machismo en la mentalidad del cuerpo de oficiales nacionales», en LEDESMA VERA, J. L.; MUÑOZ SORO, J., y RODRIGO, J. (coords.): *Culturas y políticas de la violencia: España siglo XX*, Madrid, Siete Mares, 2005, pp. 193-230.

⁷ BALFOUR, S.: «Colonial war and civil war: The Spanish army of Africa», en BAUMEISTER, M., y SCHÜLER-SPRINGORUM, S. (eds.): «*If you tolerate this...*, *op. cit.*», pp. 171-185.

⁸ BALFOUR, S.: «Colonial war and civil war: The Spanish army of Africa», en

Así que si bien no podemos hablar de una Segunda Guerra de los Treinta Años en Alemania y en Europa, sin embargo, una época histórica definible puede establecerse en el medio siglo que va desde la década de 1890 a 1945. Ésta fue la época en la que el imperialismo alcanzó su apogeo, en la que la modernización de la guerra convergió en una dinámica de destrucción con el crecimiento del nacionalismo moderno, produciendo una violencia política y de base étnica que culminó en la matanza genocida. Esta tendencia fue mucho más fuerte en los Estados autoritarios ocupados en la construcción —o reconstrucción— nacional, que en los Estados democráticos con tradiciones nacionales establecidas, aunque los Estados democráticos ni mucho menos quedaron al margen de la dinámica de destrucción.

Esto no es negar que las etapas históricas anteriores hayan visto asesinatos en masa que tuvieran como consecuencia la aniquilación de pueblos enteros. Dejando a un lado las guerras de la antigüedad y los periodos prehistóricos, en la época contemporánea, sobre todo, la expansión colonial de las potencias «avanzadas» produjo matanzas masivas en las sociedades indígenas. Sin embargo, resulta muy problemático aplicar el término «genocidio» a estos primeros conflictos. Las guerras de los colonos británicos contra los nativos americanos y las guerras de frontera de los Estados Unidos en el siglo XIX no estaban pensadas para aniquilar, sino para llevar a la población indígena fuera de las zonas de asentamiento y romper su resistencia. El contacto entre los colonos y los pueblos indígenas pudo llevar, sin querer, a una matanza masiva a través de enfermedades a las que estos últimos no eran resistentes. La apropiación de la tierra les privó de su medio de vida, y las conquistas fueron inherentemente brutales y violentas, como a menudo lo fueron las respuestas de los desplazados. Sin embargo, ni esta expansión en América del Norte, ni las primeras conquistas españolas de América Central y del Sur, pueden situarse en la misma categoría que el genocidio del siglo XX, porque faltan las condiciones esenciales, la intención genocida y la voluntad central por parte del Estado (o de las organizaciones que funcionaban como un Estado)⁹.

El segundo punto es que, evidentemente, necesitamos diferenciar los procesos entre naciones. El nacionalismo militarista italiano glori-

BAUMEISTER, M., y SCHÜLER-SPRINGORUM, S. (eds.): «*If you tolerate this...*», *op. cit.*, pp. 171-185. Citas de las pp. 184-185.

⁹ Cfr. BARTH, B.: *Genozid. Völkermord im 20. Jahrhundert. Geschichte, Theorien, Kontroversen*, Munich, Beck, 2006, pp. 33-36.

ficó la guerra tanto como su homólogo en Alemania, e Italia se convirtió al fascismo diez años antes que Alemania. Sin embargo, en términos de dinámica de destrucción, Italia siguió un camino diferente a Alemania tanto en la Primera como en la Segunda Guerra Mundial. El ejército alemán mató a unos 6.500 civiles belgas y franceses durante la invasión del verano de 1914, en una serie de ejecuciones en masa que indignó a la opinión pública internacional y perjudicó enormemente el prestigio de Alemania entre los países neutrales. Las «atrocidades alemanas», como llegaron a conocerse, fueron resultado, en parte, de un miedo patológico que los civiles habían adquirido en la lucha (casi siempre una suposición incorrecta) y, en parte, de las órdenes dadas por altos mandos del ejército que esperaban esa resistencia civil y ejecutaban a civiles «inocentes» para asegurar el paso seguro de las tropas intimidando a la gente¹⁰. Nada parecido ocurrió en el territorio de los Habsburgo conquistado por el ejército italiano.

Otra distinción obvia se encuentra en la historia del antisemitismo. Aunque el antisemitismo teleológico no era desconocido en Italia, éste no se convirtió en una política de Estado hasta 1938. De hecho, muchos judíos eran miembros del partido fascista, 230 judíos habían participado en la marcha sobre Roma de 1922 y hubo incluso un ministro de Finanzas con Mussolini¹¹. No es que es fascismo estuviera libre de racismo. Mussolini y sus generales colaboraron con entusiasmo con las exigencias nazis de deportar a los judíos a los campos de exterminio¹². Además, los militares y el régimen estaban obsesionados con la idea de «mejora racial» por medio de la guerra colonial. Esto no fue una invención del régimen fascista, como se podría suponer, sino una continuación de la época liberal (sobre todo, con la invasión de Libia en 1911). Las consecuencias fueron la historia olvidada de 100.000 libios asesinados durante la «pacificación» entre 1923 y 1932,

¹⁰ HORNE, J., y KRAMER, A.: *German Atrocities 1914. A History of Denial*, Londres-New Haven, Yale University Press, 2001.

¹¹ BOSWORTH, R.: *Mussolini's Italy. Life Under the Dictatorship*, Londres, Allen Lane, 2005, p. 415.

¹² KNOW, M.: «Das faschistische Italien und die "Endlösung", 1942-1943», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 55-1 (2007), pp. 53-92. Sobre el racismo en Italia, COLLOTTI, E.: *Il fascismo e gli ebrei. Le leggi razziali in Italia*, Roma-Bari, Laterza, 2005; MAYDA, G.: *Storia della Deportazione dall'Italia, 1943-1945*, Turín, Bollati Boringhieri, 2002; MATARD-BONUCCI, M.-A.: *L'Italia fascista e la persecuzione degli ebrei*, Bologna, Il Mulino, 2008, y GERMINARIO, F.: *Fascismo e antisemitismo. Progetto razziale e ideologia totalitaria*, Roma-Bari, Laterza, 2009.

y varios cientos de miles de etíopes asesinados entre 1935 y 1942. En ninguno de los dos casos se trató de genocidio pero, desde cualquier punto de vista, se trató de un asesinato en masa racista que apuntaba en la dirección del genocidio. Esto pone en duda la tesis de la singularidad alemana, el *Sonderweg* que lleva de la guerra casi total en la Primera Guerra Mundial a la guerra total y el genocidio en la Segunda.

En tercer lugar, mientras hay líneas de continuidad que se pueden rastrear desde 1914 a 1945, también hay discontinuidades, rupturas y nuevos cambios radicales. Con el fin de determinar si son más fuertes las continuidades o las discontinuidades, es útil comparar Alemania con otros países.

La guerra de los Aliados y los asesinatos en masa

Por tanto, es necesario preguntarse si Estados como Gran Bretaña, los Estados Unidos o Rusia emprendieron una política de asesinatos en masa y genocidio. Desde la Primera a la Segunda Guerra Mundial hubo un avance inmenso de la dinámica de destrucción, con un terrible incremento de la pérdida de vidas de no combatientes. Mientras que las muertes civiles representaron algo más de una tercera parte de los caídos en la Primera Guerra Mundial, las muertes de civiles en la Segunda Guerra Mundial ascendieron a casi dos terceras partes (y si se cuenta la muerte masiva de prisioneros de guerra soviéticos y alemanes, más de dos terceras partes eran no combatientes)¹³. Hubo dos causas principales para este cambio radical: la revolución en la tecnología de guerra, fundamentalmente la guerra aérea, y la revolución en la ideología, fundamentalmente la guerra racial. Juntas, estas dos causas, eliminaron por completo la distinción entre civiles y soldados, entre «casa» y «frente». En palabras de Ian Kershaw, la Segunda Guerra Mundial fue «una guerra *popular* en el sentido de la implicación total de los pueblos de Europa en la lucha y en el sufrimiento»¹⁴. Al tratarse de una guerra mundial, los pueblos de Asia estuvieron igualmente implicados en la lucha y en el sufrimiento.

¹³ WINTER, J.: «Demography of the war», en DEAR, I. C. B. (ed.): *The Oxford Companion to the Second World War*, Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 1995, p. 290.

¹⁴ KERSHAW, I.: «War and political violence in twentieth-century Europe», *Journal of Contemporary European History*, 14 (2005), pp. 107-123; aquí, p. 110.

De hecho, no fue la forma de hacer la guerra alemana, sino la de los Aliados la que mostró una continuidad lineal desde la Primera a la Segunda Guerra Mundial. La tendencia hacia la guerra total ya era evidente en el bloqueo naval de los Aliados en la Primera Guerra Mundial. La política a seguir consistía en intentar privar a los alemanes, incluyendo a los civiles, de las mercancías que se importaban por vía marítima. En los años veinte, la propaganda nacionalista alemana presentó un número de muertes de 730.000 civiles como resultado del bloqueo, algo que se sigue repitiendo sin revisión crítica hasta hoy en día¹⁵. Jay Winter, experto en historia demográfica y en la Primera Guerra Mundial, ha calculado «un excedente de 478.500 de muertes de civiles relacionados con la guerra en Alemania»¹⁶. Evidentemente, un sinnúmero de civiles vulnerables, sobre todo mujeres de la clase obrera y niños, sufrieron a causa de la malnutrición y el hambre. De hecho, el bloqueo de los Aliados no fue la única, y probablemente no fue la principal, causa de las dificultades que se debieron también a otros efectos de la guerra, como la prioridad de alimentos de la que disfrutaba el ejército, la falta de mano de obra agrícola y animales de tiro, la mala administración del suministro de alimentos y la especulación y acaparamiento de agricultores e intermediarios¹⁷. En cualquier caso, la intención principal de la marina británica al planificar el bloqueo fue provocar la entrada en combate de una marina alemana numéricamente inferior; el objetivo principal de la guerra económica, que sólo se haría efectivo a largo plazo, era evitar que las materias primas y otras importaciones esenciales llegaran a la industria de armamento y a las fuerzas armadas alemanas. El bloqueo de las importa-

¹⁵ DAVIS, B. J.: *Home Fires Burning. Food, Politics, and Everyday Life in World War I Berlin*, Chapel Hill-Londres, University of North Carolina Press, 2000, p. 184; OFFER, A.: *The First World War: An Agrarian Interpretation*, Oxford, Clarendon, 1991 [1989], p. 81; HERWIG, H.: «Total rhetoric, limited war», en CHICKERING, R., y FOSTER, S. (eds.): *Great War, Total War. Combat and Mobilization on the Western Front, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, p. 189.

¹⁶ WINTER, J.: «Surviving the war: life expectation, illness, and mortality rates in Paris, Londres-Berlín, 1914-1919», en WINTER, J., y ROBERT, J.-L. (eds.): *Capital Cities at War. Paris, London, Berlin (1914-1919)*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 487-523, p. 517, nota 34.

¹⁷ Para un reciente replanteamiento de la argumentación de que el bloqueo representaba una «política británica de aniquilación» de los civiles alemanes, véase BÖNKER, D.: «Ein German Way of War? Deutscher Militarismus und maritime Kriegführung im Ersten Weltkrieg», en MÜLLER, S. O., y TORP, C. (eds.): *Das Deutsche Kaiserreich in der Kontroverse*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2009, pp. 308-322.

ciones de alimentos se convirtió en parte importante de la guerra económica. Sin embargo, dado que Alemania dependía de las importaciones marítimas para sólo un 10-20 por 100 de sus alimentos, la intención de la marina británica de matar de hambre a la población nunca podría llevarse a cabo, porque la sustitución de importaciones, la explotación de los territorios ocupados y un cambio de pautas alejado de un elevado consumo de carne habría evitado, y hasta cierto punto evitó, el hambre¹⁸.

La intención, como hemos visto, no fue una condición necesaria ni suficiente para las muertes en masa. En la Segunda Guerra Mundial, los Aliados repitieron el bloqueo, pero esta vez Alemania estaba mejor preparada, en parte por la política autárquica y un mejor sistema de racionamiento, sobre todo a través de la explotación de la Europa ocupada, a costa de extender el hambre incluso en países ricos como Francia, y la inanición deliberada de los pueblos de Europa del Este¹⁹.

La guerra aérea era una cuestión diferente. Los bajos niveles de víctimas civiles causados por la guerra aérea durante la Primera Guerra Mundial se debieron menos a la observancia de las leyes de guerra que al hecho de que la tecnología estuviera en sus primeras etapas de desarrollo. En 1918, sin embargo, el potencial de la guerra aérea para la destrucción masiva era reconocido por pensadores como el italiano Dohuet, y se desarrolló en casi todas las guerras a partir de entonces. En los años de entreguerras, los británicos usaron la guerra aérea contra los civiles en Irak, como hicieron los italianos en Abisinia y como ensayaron los alemanes en España. En la Segunda Guerra Mundial, los alemanes, poniendo en práctica las lecciones de Dohuet, bombardearon Varsovia en 1939 y Róterdam en 1940 para aterrorizar a la población y obtener una rendición rápida.

Sin embargo, fueron los Estados democráticos los que llevaron la lógica de la aniquilación por medio de la guerra aérea a su máxima

¹⁸ STRACHAN, H.: *The First World War. To Arms*, vol. 1, Oxford, Oxford University Press, 2001, p. 397.

¹⁹ MÜLLER, R.-D.: «The mobilization of the German economy for Hitler's war aims», en KROENER, B. R.; MÜLLER, R.-D., y UMBREIT, H. (eds.): *Germany and the Second World War*, vol. 5: *Organization and Mobilization of the German Sphere of Power*, parte I, *Wartime Administration, Economy, and Manpower Resources, 1939-1941*, Oxford, Oxford University Press, 2000, pp. 405-785; GERLACH, C.: *Kalkulierte Morde. Die deutsche Wirtschafts und Vernichtungspolitik in Weißrußland 1941 bis 1944*, Hamburg, Hamburger Edition, 1999.

expresión. El bombardeo británico de las ciudades alemanas, que empezó en 1941, arrasó la mitad de Hamburgo en 1943, y los aviones anglo-estadounidenses destruyeron el centro histórico de Dresde en 1945. Mientras que las bombas alemanas mataron a unos 60.000 civiles británicos, los bombardeos británicos y estadounidenses mataron a diez veces más alemanes. No fue una paradoja que los dirigentes nazis esperaran con impaciencia los bombardeos aéreos que tenían como víctimas a los civiles alemanes. El filósofo nazi Alfred Rosenberg escribió en 1934 que los bombardeos creaban lazos entre la gente y la guerra: en una guerra futura, toda la gente estaría llamada a unirse en la lucha por la existencia. En plena campaña de bombardeos aliados, Hitler la recibió positivamente, diciendo que cuanto menos tuviera la gente que perder, con más fanatismo lucharía²⁰. La guerra aérea estratégica de los Estados Unidos contra objetivos civiles culminó en el bombardeo de Tokio y la destrucción de Hiroshima y Nagasaki con armas nucleares en 1945. Sería antihistórico negar o relativizar el terrible sufrimiento de las víctimas de la guerra aérea de los Aliados. Por otra parte, Jörg Friedrich, al denominar los bombardeos aliados como un «exterminio en masa continuo», los estaba comparando indirectamente, por tanto, con el genocidio nazi, cayendo en la provocación fácil para vender su libro *Der Brand*²¹. No hubo intención genocida por parte de los Aliados. El enorme esfuerzo realizado por británicos y estadounidenses para alimentar a la hambrienta población alemana y reconstruir la economía tan pronto como acabara la contienda es una prueba más que suficiente²². Pero hay algo a tener en cuenta: si la guerra en Europa hubiese continuado hasta agosto de 1945, no hay duda de que la fuerza aérea de los Estados Unidos habría lanzado las primeras bombas nucleares sobre ciudades alemanas.

El hecho de que la forma de asesinato industrial en masa desde el aire no se pusiera al nivel del genocidio demuestra que la dinámica de destrucción podía detenerse. Incluso, pudo ser un proceso de aprendizaje que trabajó en favor de la humanidad. Las condiciones de los

²⁰ FRIEDRICH, J.: *Der Brand. Deutschland im Bombenkrieg 1940-1945*, 12.^a ed., Munich, Propyläen, 2003, p. 407 [trad. esp.: *El incendio: Alemania en la guerra de los bombardeos, 1940-1945*, Madrid, Taurus, 2003].

²¹ FRIEDRICH, J.: *Der Brand...*, *op. cit.*, p. 115.

²² KRAMER, A.: *The West German Economy, 1945-1955*, Oxford-Providence, Berg, 1991.

campos de concentración británicos en la Segunda Guerra de los Boer (1899-1902), con la muerte de casi 28.000 civiles afrikaners, principalmente mujeres y niños, y de al menos 20.000 africanos por lo general olvidados, escandalizó a la opinión pública internacional. Sobre todo, movilizó a la opinión pública liberal en Gran Bretaña mismo. Un informe de Emily Hobhouse y la denuncia del diputado Henry Campbell-Bannerman de los «métodos de barbarie» británicos recibieron una amplia atención pública e impusieron la mejora de las condiciones de los campos, reduciendo el número de muertes²³. Aunque los británicos internaron a civiles enemigos en las dos guerras mundiales, no se repitió la muerte masiva de internos. En la guerra, los ejércitos británico y francés que lucharon en la Primera Guerra Mundial emularon la dinámica de destrucción de los alemanes. Los últimos meses de la guerra fueron testigos de un despliegue masivo de artillería tanto de británicos como de franceses para destruirlo todo (incluso pueblos franceses enteros) en el implacable avance de los Aliados hacia la frontera alemana. Sin embargo, el fin último de la versión del asesinato industrial en masa por parte de Gran Bretaña era la derrota de las fuerzas armadas del enemigo, no la aniquilación total de su sociedad y cultura²⁴.

Las operaciones de guerra en tierra de británicos y estadounidenses en la Segunda Guerra Mundial estuvieron en parte condicionadas por el horror a la masacre mutua que se había producido en las trincheras de la Primera Guerra Mundial: el potencial aéreo masivo y el despliegue de la artillería contra los combatientes enemigos, con la movilidad que proporcionaban los tanques, aseguraba que no se repitiera lo ocurrido en el Somme. Este mismo proceso de aprendizaje se aplicó a los alemanes no combatientes: aunque los civiles atrapados en las zonas de batalla podían caer víctimas de la abrumadora e indiscriminada potencia de fuego de las armas de larga distancia, a los prisioneros de guerra alemanes y a la población civil, por lo general, se les ahorró durante la invasión la violencia siempre que fuera posible. La reacción de los civiles alemanes frente a la invasión estadounidense fue, en general, de «asombro incrédulo» ante el inesperado comportamiento «decente» y humano mostrado por los soldados, sobre todo, en contraste con el terror desatado por la

²³ NASSON, B.: *The South African War, 1899-1902*, Londres, Arnold, 1999, pp. 220-224, 281 y 283.

²⁴ KRAMER, A.: *Dynamic of Destruction...*, *op. cit.*

Wehrmacht y el régimen nazi sobre sus propios ciudadanos en los últimos meses de la guerra²⁵.

Unión Soviética: política demográfica, represión y asesinatos en masa

La invasión soviética de Alemania del Este fue otro asunto. Pero, dada la traumática historia de la Rusia soviética, no es de extrañar el comportamiento mostrado por sus tropas en Alemania. A partir de 1914, Rusia vivió una pesadilla, que duró siete años, de guerra, revolución y guerra civil. Sobre todo en la guerra civil, los civiles se convirtieron en objetivo y se desató una violencia étnica generalizada. Durante el Terror, los bolcheviques, en varios momentos, quisieron «exterminar» a la burguesía, a los kulaks y a los cosacos. El Ejército Blanco animó a sus soldados y a los campesinos a vengarse de los judíos. Cientos de miles fueron asesinados. El número de muertos durante la guerra civil fue de diez millones (víctimas militares y civiles, incluyendo a aquellos que murieron de hambre y enfermedades), un número al menos cinco veces mayor que el número de soldados rusos muertos en la Primera Guerra Mundial. Esta epidemia de violencia no sólo devastó la sociedad rusa y de Europa del Este, también militarizó al partido bolchevique y produjo una «disposición a recurrir a la coerción... [y] a la justicia sumaria»²⁶. El intento del Estado revolucionario de destruir todas las instituciones culturales del viejo régimen dio legitimidad no sólo al gobierno de Stalin por medio del terror, sino también a la movilización de las masas en favor de una revolución cultural y lo que vino a ser una segunda revolución.

La revolución cultural de 1927-1930 radicalizó las técnicas de violencia y, hasta cierto punto, incluso dio un carácter étnico a la visión del enemigo. Ya no había sólo «enemigos de clase», sino también «kulaks», «cosacos», «alienados sociales» y «enemigos del poder soviético». Éstos fueron deportados, encarcelados, ejecutados o

²⁵ HENKE, K.-D.: *Die amerikanische Besetzung Deutschlands*, Munich, Oldenbourg, 1995, p. 963. Henke hizo hincapié en que la conquista de Alemania por los estadounidenses, y por analogía de los británicos, fue «predecible, correcta y, en principio, humana —«suave»—. *Ibid.*, p. 26.

²⁶ FITZPATRICK, S.: *The Russian Revolution*, Oxford, Oxford University Press, 1982, p. 64 [trad. esp.: *La revolución rusa*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004].

enviados a campos de trabajo. En la medida que la fantasía paranoide de Stalin y sus ayudantes sospechaba de conspiraciones y actos de sabotaje por parte de los servicios secretos extranjeros en toda la Unión Soviética, las minorías étnicas fueron retiradas de las zonas fronterizas y de las ciudades. En 1938, más de 350.000 personas habían caído víctimas de las políticas de Stalin sobre comunidades nacionales, lo que venía a ser una «limpieza étnica»²⁷. Los kulaks que sobrevivieron, en los campos o «rehabilitados», aún en 1937, eran sospechosos de ser una «quinta columna» contrarrevolucionaria, que estaba preparada para apoyar la invasión capitalista-fascista²⁸. La política de colectivización y «deskulakización» de Stalin, a principios de los años treinta, provocó la muerte por inanición de unos siete u ocho millones de personas, de las que de cuatro a seis millones se encontraban en Ucrania. Aunque algunos historiadores han hablado de genocidio del pueblo ucraniano, no existen pruebas de una política de asesinatos en masa que pueda definirse en términos étnicos. Las zonas situadas fuera de Ucrania en las que crecía grano se vieron igualmente afectadas por las consecuencias producidas por la pérdida de las cosechas, las hambrunas y la política soviética de negar ayuda a las zonas rurales afectadas e, incluso, de negar la existencia de la hambruna. Los ucranianos que vivían en zonas urbanas sufrieron el hambre como cualquier otra nacionalidad, pero no se distinguieron por un trato especialmente severo. Ni se trató de genocidio ni de asesinato de masas, aunque no cabe duda de que el Estado soviético fue responsable de muertes masivas por medio de la negligencia criminal. Ello, sumado al largo silencio de los archivos soviéticos, ayuda a explicar por qué todo esto, y de formas diferentes, fue tan traumático para la memoria colectiva de los ucranianos como lo fue el Holocausto para los judíos, y por qué el debate sobre cómo evaluar el lugar que ocupa en la historia ha sido tan apasionado²⁹.

²⁷ BABEROWSKI, J., y DOERING-MANTEUFFEL, A.: *Ordnung durch Terror. Gewaltexzesse und Vernichtung im nationalsozialistischen und im stalinistischen Imperium*, Bonn, Dietz, 2006, pp. 49-58.

²⁸ VIOLA, L.: *The Unknown Gulag. The Lost World of Stalin's Special' Settlements*, Oxford, Oxford University Press, 2007.

²⁹ BONWETSCH, B.: «Der Gulag und die Frage des Völkermords», en BABEROWSKI, J. (ed.): *Moderne Zeiten? Krieg, Revolution und Gewalt im 20. Jahrhundert*, Gottinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2006, pp. 111-144; aquí, pp. 126-131. Robert Conquest, que escribió sobre la política soviética del genocidio, señaló un número exagerado de muertos de un total de 14,5 millones de campesinos como víctimas de la

Excluyendo a aquellos que fueron discriminados en tanto que miembros de minorías nacionales, aproximadamente un millón de personas fueron declaradas culpables de delitos políticos además de los delincuentes comunes que fueron ejecutados entre 1921 y 1953. De los 2,6 millones de personas condenadas a prisión, a campos o al exilio interno en el periodo comprendido entre 1934 y 1945, es probable que dos millones murieran prematuramente durante las deportaciones y en los campos de trabajo, en los penales y en los campos de prisioneros de guerra. Sobre la base de la investigación actual de los archivos de la antigua Unión Soviética, las cifras son bastante más bajas que las que se utilizan comúnmente en el discurso popular sobre el estalinismo, que se derivan de unos cálculos realizados con intencionalidad política por Conquest, Solzjenitsyn y otros³⁰. Las exageraciones polémicas no son necesarias: la ejecución de más de 1,5 millón de personas por razones políticas y la responsabilidad del régimen por la muerte prematura de, al menos, diez millones de personas fueron fenómenos que pueden compararse, pero no equipararse, con las políticas asesinas del régimen nazi.

Durante la guerra, el terror se extendió a los territorios anexionados por la Unión Soviética entre 1939 y 1941: al menos 380.000 personas fueron deportadas de Polonia y otros países de Europa del Este, y es posible que hasta un millón, según algunos cálculos aproximados, lo fueran sólo de Polonia³¹. La política soviética hacia Polonia entre 1939 y 1941, aunque no fue genocida, fue casi tan destructiva como la política alemana. Con la intención de eliminar a la elite militar y política de Polonia, los soviéticos ejecutaron a 4.000 oficiales en Katyn en 1940. En total, la policía secreta soviética mató a 33.000 oficiales, dirigentes políticos e intelectuales en las zonas fronterizas del

colectivización, incluidos cinco millones de ucranianos: *The Harvest of Sorrow. Soviet Collectivization and the Terror-Famine*, Londres, Hutchinson, 1986, p. 306. Algunas publicaciones ucranianas y el Congreso ucraniano del comité de América hablan de siete a diez millones de víctimas ucranianas de la política del genocidio. Cfr. BONWETSCH, B.: «Der Gulag...», *op. cit.*, pp. 126-130.

³⁰ WHEATCROFT, S.: «Ausmaß und Wesen der deutschen und sowjetischen Repressionen und Massentötungen», en DAHLMANN, D., y HIRSCHFELD, G. (eds.): *Lager, Zwangsarbeit, Vertreibung und Deportation. Dimensionen der Massenverbrechen in der Sowjetunion und in Deutschland 1933 bis 1945*, Essen, Klartext, 1999, pp. 67-109; aquí, pp. 84-87.

³¹ AHONEN, P., et al.: *People on the Move. Forced Population Movements in Europe in the Second World War and Its Aftermath*, Oxford-Nueva York, Berg, 2008, p. 74.

este y decenas de miles murieron como consecuencia de las deportaciones. La intención era privar a Polonia de unos dirigentes independientes al eliminar a su elite militar y política³².

Las salvajes medidas de redistribución étnica durante la guerra y en los años de la inmediata posguerra llevadas a cabo tanto por el régimen estalinista como por regímenes no comunistas como el gobierno checoslovaco, con el consentimiento inicial y la posterior aquiescencia de las democracias occidentales, fueron una respuesta a la experiencia de la ocupación nazi pero, también, el resultado de políticas propias. No se dieron sin importantes precedentes en la preguerra soviética y en la Rusia prerrevolucionaria. La ingeniería social estalinista quiso crear espacios étnicos homogéneos pero también satisfacer la insaciable demanda de trabajos forzados. En el proceso intrínsecamente violento, civilizaciones enteras fueron desarraigadas: más de tres millones de ciudadanos soviéticos, incluyendo un millón de alemanes del Volga y, al menos, 470.000 ingusetios, chechenos, tártaros de Crimea y otras minorías «sospechosas», fueron deportados a Asia central entre 1941 y 1944. Casi una cuarta parte de la población de Ingusetia y Chechenia pereció. El odio étnico se convirtió prácticamente en una doctrina de Estado al final de la guerra. En una campaña de exterminio contra la resistencia ucraniana, más de 150.000 ucranianos fueron asesinados y 200.000 deportados. En las repúblicas bálticas recién reconquistadas, los soviéticos arrestaron y deportaron a cientos de miles de personas. Sólo en Lituania, 20.000 personas fueron ejecutadas por la policía secreta soviética y 240.000 (más de una décima parte de la población) fueron encarceladas o deportadas³³. Entre 120.000 y 200.000 húngaros fueron deportados del actual territorio húngaro, además de otros 50.000 húngaros que lo fueron de las zonas anexionadas. La población húngara de Yugoslavia fue atemorizada y expulsada y entre 15.000 y 20.000 personas fueron ejecutadas³⁴.

³² MALGORZATA, y RUCHINIEWICZ, K.: «Die sowjetischen Kriegsverbrechen gegenüber Polen: Katyn 1940», en WETTE, W., y UEBERSCHÄR, G. R. (eds.): *Kriegsverbrechen im 20. Jahrhundert*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2001, pp. 356-369; aquí, pp. 356-357.

³³ BABEROWSKI, J., y DOERING-MANTEUFFEL, A.: *Ordnung durch Terror. Gewaltexzesse und Vernichtung im nationalsozialistischen und im stalinistischen Imperium*, Bonn, Dietz, 2006, pp. 84-88. Para el número más alto de 900.000 deportados ingusetios, chechenos, tártaros y otros, véase AHONEN, P., et al.: *People on the Move...*, op. cit., p. 220.

³⁴ AHONEN, P., et al.: *People on the Move...*, op. cit., pp. 77-79.

Se podría argumentar que las políticas estalinistas de traslados forzosos de población y de terror de masas apenas exigieron un precedente o inspiración nazi. Sin embargo, sin la experiencia de la guerra racial-biológica nazi, es difícil imaginar el salto cualitativo a políticas de castigo étnico colectivo, respaldadas por el deseo popular de venganza, que cruzó furiosamente toda Europa Central y del Este, incluyendo tanto regímenes estalinistas como democráticos. Inevitablemente, las víctimas más destacadas fueron los alemanes. Innumerales soldados alemanes capturados fueron fusilados en el acto, a pesar de las repetidas órdenes de los oficiales al mando de poner fin a esta práctica. En total, 1.100.000 de 3,1 millones de prisioneros alemanes murieron en el cautiverio soviético pero, puesto que esta cifra incluye a los muchos hombres capturados al final de la guerra, se oculta el número mucho mayor de muertos alemanes capturados durante la guerra, de los cuales nada menos que el 90 por 100 murieron en 1941 y 1942 y el 70 por 100, en 1943³⁵.

Al terminar la guerra, millones de alemanes fueron obligados a abandonar sus hogares en territorios asignados a Polonia y Rusia, y expulsados hacia el oeste en circunstancias de gran crueldad. Según los documentos oficiales de la República Federal de Alemania, entre 75.000 y 100.000 civiles fueron asesinados en las primeras semanas de la ocupación soviética³⁶. Al menos 7,5 millones de alemanes huyeron o fueron expulsados de los territorios que se convertirían en Polonia. Más de tres millones de germanohablantes huyeron o fueron expulsados de la recién restaurada Checoslovaquia que, en aquel momento, seguía siendo una democracia. Muchos más huyeron o fueron expulsados del este, del centro-este y del sureste de Europa. Se estima que unos 380.000 alemanes de minorías étnicas de Europa del Este fueron deportados a campos de trabajo en la Unión Soviética a finales de 1944 y principios de 1945. Nada menos que 100.000 personas pudieron haber muerto como consecuencia de las duras condiciones del

³⁵ OVERMANS, R.: «Das Schicksal der deutschen Kriegsgefangenen des Zweiten Weltkrieges», en *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 10: *Der Zusammenbruch des Deutschen Reiches 1945*, parte 2, *Die Folgen des Zweiten Weltkrieges*, edición de Rolf-Dieter MÜLLER en nombre de la Militärgeschichtliches Forschungsamt, Munich, Deutsche Verlags-Anstalt, 2008, pp. 379-507; aquí, pp. 404-405. Véase también el debate sobre los problemas de las estadísticas. *Ibid.*, pp. 502-503.

³⁶ ZEIDLER, M.: «Die Tötungs- und Vergewaltigungsverbrechen der Roten Armee», en WETTE, W., y UEBERSCHÄR, G. R. (eds.): *Kriegsverbrechen im 20. Jahrhundert*, Darmstadt, 2001, pp. 419-432; aquí, pp. 422 y 429.

transporte y los trabajos forzados³⁷. Las minorías étnicas no fueron las únicas víctimas del gobierno estalinista. La disciplina en el Ejército Rojo fue incluso más despiadada que en el ejército alemán: 175.000 soldados soviéticos fueron ejecutados por desobediencia, cobardía o desertión³⁸.

Alemania: guerra y genocidio de la Primera a la Segunda Guerra Mundial

La guerra alemana de 1914 a 1945 difiere de la guerra de los Aliados no tanto en la radicalización del modo en que se condujo la guerra, sino porque Alemania, en 1939, rompió con toda forma de continuidad al dirigirse hacia guerras de exterminio que negaban a los pueblos enemigos el derecho a existir. Esto empezó a hacerse visible sólo a finales de la Primera Guerra Mundial como una visión distópica radical. A medida que el ejército alemán se derrumbaba en agosto de 1918, el general Karl von Einem, comandante del Tercer Ejército, escribió en una carta privada que esperaba que los Aliados infligieran el mismo tipo de destrucción sobre Alemania con la que ésta había devastado los territorios ocupados. «El odio hacia nosotros une a nuestros enemigos más firmemente que nunca y su voluntad de aniquilación se ha hecho más fuerte que nunca... Que Dios permita a nuestros nietos experimentar una Alemania próspera al final de sus vidas»³⁹. Kurt Riezler, el ex asesor político del canciller Bethmann

³⁷ AHONEN, P., et al.: *People on the Move...*, op. cit., pp. 122-123. Las cifras son de la publicación del Ministerio Federal alemán para expulsados, refugiados y víctimas de la guerra, *Documents on the Expulsion of the Germans from Eastern Central Europe*, Bonn, 1958. Cfr., también, LEMBERG, H.: «Das Konzept der ethnischen Säuberungen im 20. Jahrhundert», en DAHLMANN, D., y HIRSCHFELD, G. (eds.): *Lager, Zwangsarbeit, Vertreibung und Deportation. Dimensionen der Massenverbrechen in der Sowjetunion und in Deutschland 1933 bis 1945*, Essen, Klartext, 1999, pp. 485-492; aquí, p. 490.

³⁸ ECHTERNKAMP, J.: «Im Kampf an der inneren und äußeren Front. Grundzüge der Deutschen Gesellschaft im Zweiten Weltkrieg», en *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 9, parte 1, *Politisierung, Vernichtung, Überleben*, edición de Jörg ECHTERNKAMP en nombre de las Militärgeschichtliches Forschungsamt, Munich, Deutsche Verlags-Anstalt, 2004, pp. 1-92; aquí, pp. 49-51.

³⁹ Carta del 31 de agosto de 1918, EINEM, K. von: *Ein Armeeführer erlebt den Weltkrieg. Persönliche Aufzeichnungen des Generalobersten v. Einem*, edición de Junius ALTER, Leipzig, Hase & Koehler, 1938, p. 430.

Hollweg, tenía una visión igualmente apocalíptica en 1918: «Esclavitud durante cien años. El sueño de una potencia mundial ha desaparecido para siempre. El final de todo orgullo. La dispersión de los alemanes por todo el mundo. El destino de los judíos»⁴⁰. Se trataba de una proyección obsesiva sobre los enemigos de la propia visión utópica desplegada por Alemania de la subyugación absoluta o la destrucción del enemigo. La victoria en el este señalada por el Tratado de Brest-Litovsk y la fascinante visión de un vasto imperio oriental trastornó a los dirigentes militares, por lo general, razonables. El general Von Seeckt habló, en mayo de 1918, de la ambición de tomar Tiflis y Bakú, rica en petróleo, las plantaciones de algodón del Turquestán y, después, «llamar a las puertas de la India»⁴¹. A finales de agosto de 1918, el teniente general Groener, que pronto iba a suceder a Ludendorff como intendente general, declaró en un discurso a los oficiales en el Kiev ocupado: «Ucrania, en este momento, no es más que una región económica extendida de Alemania», y exigió la pronta conquista de Bakú y el Turquestán. Estos objetivos territoriales no servían sólo para engrasar la máquina de guerra a corto plazo, sino que eran ambiciones a largo plazo para la expansión imperialista⁴². La experiencia de la conquista y la ocupación y el sueño de un imperio transformaron el significado de los términos *Volk* (Pueblo) y *Raum* (Espacio), que eran reinterpretados a través de las lentes del racismo «científico». La *Ostforschung* (investigación sobre el Este) proporcionó la legitimación académica y los nazis pudieron convertir la memoria colectiva del caos primitivo del este en su visión de la utopía racial del imperio que estaba por llegar⁴³.

⁴⁰ RIEZLER, K.: *Diario*, entrada 1 de octubre de 1918, citado en HERWIG, H.: *The First World War. Germany and Austria-Hungary 1914-1918*, Londres, Arnold, 1997, p. 433.

⁴¹ Teniente general Von Seeckt, el jefe alemán de Estado Mayor turco, carta 2, mayo de 1918, en OTTO, H., y SCHMIEDEL, K. (eds.): *Der erste Weltkrieg. Dokumente*, Berlín, Militärverlag der DDR, 1983 [1977], p. 296.

⁴² Discurso pronunciado por el teniente general Wilhelm Groener, jefe del Estado Mayor de grupo de ejércitos de Kiev, para la educación y agentes de prensa del grupo de ejércitos, finales de agosto-principios de septiembre de 1918, *ibid.*, pp. 314-316.

⁴³ Sobre el *Ostforschung*, véase BURLEIGH, M.: *Germany Turns Eastwards. A Study of Ostforschung in the Third Reich*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988. Sobre la percepción del caos primitivo del este, véase LIULEVICIUS, V. G.: *War Land on the Eastern Front. Culture, National Identity, and German Occupation in World War I*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000; *id.*: «Von "Ober Ost" nach "Ostland"?»,

Este pensamiento utópico y su equivalente negativo dejaron fuertes huellas en la cultura militar y nacionalista de Alemania. Una de éstas puede encontrarse en la política de la catástrofe: una gran parte de los oficiales, de los partidos burgueses y del Ministerio de Relaciones Exteriores hicieron campaña para rechazar el tratado de paz y llevar a los Aliados a la reanudación de la guerra. Esto provocaría amotinamientos en los ejércitos de los Aliados, huelgas masivas y revolución. La catástrofe internacional ofrecería a Alemania la oportunidad de romper el tratado y crear un nuevo orden mundial. El periodo de entreguerras no fue tanto un intermedio pacífico o una ruptura de la continuidad; más bien construyó un puente fundamental entre dos periodos violentos.

Con esto no se trata de argumentar en el sentido de la tesis de la «brutalización», la idea de que la experiencia de la Primera Guerra Mundial embruteció a los hombres que lucharon en ella y a sociedades enteras, haciendo que la violencia política fuera aceptable y llevando al fascismo⁴⁴. La gran mayoría de soldados que regresaron en 1918 querían la paz. Una y otra vez, los partidarios del militarismo desde el general Von Seeckt hasta Hitler se quejaron amargamente ante el pacifismo que predominaba y ante el miedo a la guerra de los alemanes hasta 1939. Sin embargo, un pilar fundamental del puente fue la aparición, tras la guerra, de los *Freikorps* y de otros grupos nacionalistas de extrema derecha que desataron, desde el punto de vista histórico, un nuevo tipo de violencia en la política alemana. Esto indica que no fue la guerra en general, sino la interpretación de la derrota y la revolución el factor decisivo. En parte, este nacionalismo militarista fue la respuesta a los sueños utópicos de la izquierda socialista. El antibolchevismo se unió al antisemitismo y apenas disimularon la hostilidad al nuevo Estado democrático. Legitimado por la retórica del odio violento que hablaba de exterminar a determinados

en *Die vergessene Front. Der Osten 1914-1915, Ereignis, Wirkung, Nachwirkung*, ed. Gerhard P. Gro, Paderborn, etc., Schöningh, 2006, pp. 295-310. Sobre los conceptos de «Nación» y «Volksgemeinschaft» entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, véase MÜLLER, S. O.: *Deutsche Soldaten und ihre Feinde. Nationalismus an Front und Heimatfront im Zweiten Weltkrieg*, Frankfurt am Main, S. Fischer, 2007, pp. 29-84.

⁴⁴ Esto fue argumentado, sobre todo, por MOSSE, G. L.: *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1990.

enemigos internos, esto surgió antes de que finalizara la guerra en vista de la inminente derrota. Como el capitán de corbeta de la marina B. von Selchow mantuvo el 6 de septiembre de 1918 en una conversación con un almirante destacado: «Hace un año, algunos de nosotros creíamos que podíamos ganar la guerra si a hombres como Max Weber los hubieran llevado al paredón. Pero hoy, ya es demasiado tarde para eso». Sólo unos días después del armisticio, el 15 de noviembre, Von Selchow señaló, después de ver a varios judíos y desertores: «También llegará la hora para los judíos y, entonces, ¡ay de ellos!»⁴⁵. Los *Freikorps*, motivados por la promesa de asentamientos coloniales y el odio a los judíos, eslavos y bolcheviques, propagaron el miedo y el terror. La Brigada (*Landwehr*) Báltica asesinó a más de 3.000 personas entre mayo y junio de 1919 sólo en Riga y a varios cientos más en otras ciudades. Los trescientos asesinatos cometidos en Alemania por miembros de grupos terroristas de derechas entre 1919 y 1923 fueron un signo visible del nuevo tipo de violencia política. La brutalidad de los *Freikorps* en el Báltico a principios de 1919 anticipaba la violencia contra los no combatientes durante la invasión de Polonia veinte años después.

El golpe de Estado de Kapp-Lüttwitz de 1920, encabezado por unidades de los *Freikorps*, que casi consigue aplastar la democracia, tenía como objetivo volver a un Estado autoritario-militar, haciendo caso omiso de los Aliados, y la represión violenta del movimiento obrero. Una prueba de pensamiento utópico por parte de los incompetentes líderes del golpe, la continuación de la «tierra de sueños» en la que Alemania se encontraba tras el armisticio de 1918, como escribió el teólogo protestante Ernst Troeltsche, «donde todo el mundo, sin comprender las condiciones y las consecuencias reales, podría representar el futuro en términos fantásticos, pesimistas o heroicos»⁴⁶. Estallidos de violencia por motivos ideológicos menos conocidos pero igual de importantes fueron la masacre de las tropas regulares al mando del general Lüttwitz de más de 1.100 trabajadores en Berlín, entre ellos mujeres y niños, en marzo de 1919, y otros

⁴⁵ Citado en EPKENHANS, M.: «Die Politik der militärischen Führung 1918: „Kontinuität der Illusionen und das Dilemma der Wahrheit“», en DUPPLER, J., y GRO, G. (eds.): *Kriegsende 1918. Ereignis, Wirkung, Nachwirkung*, Munich, Oldenbourg, 1999, pp. 217-233; aquí, p. 232.

⁴⁶ TROELTSCH, E.: *Spectator-Briefe*, 26 de junio de 1919, Tubinga, JCB Mohr, 1924, p. 69.

casos de represión brutal de las sublevaciones izquierdistas por toda Alemania.

Otro pilar del puente fue el recuerdo de hechos heroicos de la guerra mundial y de la lucha de los *Freikorps*, que se mantuvo vivo en un culto macabro de sacrificio y muerte por medio de innumerables publicaciones baratas y conmemoraciones⁴⁷. Sobreestimar la lealtad de las fuerzas armadas, no democratizarlas y permitirles crear mitos acerca del ejército «invencible» y la «puñalada por la espalda» fue uno de los errores fatales de la República. En resumen, el fracaso de la «desmovilización cultural», no sólo por parte de las elites militares y conservadoras, sino de los mismos dirigentes republicanos, fue un factor importante⁴⁸.

Las continuidades en la historia del antisemitismo parecen ser evidentes. Las tensiones crecientes durante la Primera Guerra Mundial produjeron el primer punto de inflexión en la historia del antisemitismo en la Alemania del siglo XX, indicado por el «censo judío» en el ejército en 1916 y la propagación de la ideología antisemita en los partidos de derechas después de 1918. Los éxitos electorales del partido nazi entre 1930 y 1933 mostraron que una tercera parte del electorado alemán apoyaba a un partido que toleraba el racismo violento, aunque otros asuntos políticos fueron más importantes para movilizar a los votantes y el apoyo del ejército y de las elites políticas y empresariales. Aunque Hitler restó importancia a la retórica antisemita por razones tácticas entre 1930 y 1933, la propaganda nazi contra los judíos difundida por sus subordinados no había disminuido. La lucha contra los judíos fue una constante de la política de Hitler a partir de 1920 y la naturaleza pseudo-religiosa de su ambición constituyó una de sus características, evidente, por ejemplo, en el discurso pronunciado en Munich el 18 de diciembre de 1926, cuando afirmó que «Cristo había sido el gran precursor en la lucha mundial contra el

⁴⁷ BARTH, B.: *Dolchstoßlegenden und politische Desintegration. Das Trauma der deutschen Niederlage im Ersten Weltkrieg 1914-1933*, Düsseldorf, Droste, 2003, pp. 258-266, 544-547.

⁴⁸ *Ibid.*, *passim*. Véase THER, V.: «Constructs of War. Representation and Evaluation of the Republican Press of the Weimar Republic 1918-1920», tesis doctoral, Universidad de Dublín (en prensa). Sobre la «desmovilización cultural», véase HORNE, J.: «Kulturelle Demobilisierung 1919-1939. Ein sinnvoller historischer Begriff?», en HARDTWIG, W. (ed.): *Politische Kulturgeschichte der Zwischenkriegszeit 1918-1939*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2005, pp. 129-150.

enemigo judío... La tarea que Cristo había empezado, él [Hitler] la llevaría a término»⁴⁹. Sin embargo, cuando examinamos las decisiones que llevaron al genocidio de los judíos, no son las continuidades entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, sino las discontinuidades lo que más sorprende. En la Primera Guerra Mundial y en la República de Weimar, el Estado intentó en realidad evitar la propagación del antisemitismo. Los actos de violencia antisemita durante la República fueron obra de extremistas que se oponían al Estado. Por el contrario, en el Tercer Reich, el antisemitismo alcanzó el estatus de doctrina de Estado. Por encima de todo, la voluntad de genocidio no era parte del antisemitismo tradicional, ni siquiera una parte de la política del Tercer Reich, hasta que la decisión se tomó en 1941⁵⁰.

La historia del régimen nazi revela una tríada de continuidad, proceso de aprendizaje y discontinuidad radical. Hitler y el movimiento nazi emprendieron la radicalización total de estos elementos fundamentales a partir de la experiencia de Alemania en la Primera Guerra Mundial y de la violencia política de la posguerra, así como de ideas racistas e imperialistas, para crear la esencia del Estado nazi, como ha escrito Saul Friedländer: un régimen de movilización constante, una guerra contra el enemigo interno, el Lebensraum como el vínculo entre el espacio y la raza, y la ingeniería social que culminó en el genocidio⁵¹. A pesar de las vastas dimensiones y la brutalidad de la política demográfica estalinista y la extensión de la violencia colateral y la muerte, las políticas demográficas nazis pertenecían por completo a otra categoría.

En cierto modo, el proceso genocida del régimen nazi se parecía al del genocidio de los armenios, pero las similitudes se deben más a patrones comunes de patología política que a la emulación consciente. Es cierto que el régimen nazi, como el régimen de los Jóvenes Turcos en 1915, construyó a sus víctimas judías como el «enemigo», las

⁴⁹ Citado en FRIEDLÄNDER, S.: *Nazi Germany and the Jews*, vol. 1: *The Years of Persecution, 1933-1939*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1997, p. 102 [trad. esp.: *El Tercer Reich y los judíos (1933-1939). Los años de la persecución*, Galaxia Gutenberg, 2009].

⁵⁰ FRIEDLÄNDER, S.: *The Years of Extermination: Nazi Germany and the Jews, 1939-1945*, Nueva York, Harper Collins, 2007, pp. 272-288, esp. pp. 282-288 [trad. esp.: *El Tercer Reich y los judíos (1933-1939). Los años del exterminio*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009].

⁵¹ FRIEDLÄNDER, S.: *The Years of Extermination...*, op. cit., pp. xix-xx y 287-288.

asoció con enemigos percibidos como extranjeros, y utilizó la provocación para justificar su erradicación. La comparación entre los dos genocidios puede arrojar luz sobre una de las cuestiones relativas a los orígenes del judeocidio. Christopher Browning ha argumentado que los dirigentes nazis se decidieron por el genocidio en la euforia de la victoria. ¿No hubo más bien una estrecha relación entre los reveses militares y las decisiones genocidas? La impresión causada por la derrota del Imperio Otomano a manos del ejército ruso en el Cáucaso, en enero de 1915, y el miedo real a la invasión rusa dieron lugar a las acusaciones de traición y subversión armenias. Las deportaciones y la masacre de armenios que siguieron, a partir de febrero de 1915, fueron ordenadas por el Comité para la Unión y el Progreso dominante como medio para «eliminar el peligro interior»⁵². En este sentido, también encontramos una similitud con el genocidio de los Herero, que llevó a cabo el ejército alemán, según ha argumentado Isabel Hull, después de sufrir algunos reveses militares⁵³. La decisión de los nazis de asesinar a los judíos surgió, a finales de 1941, tras los primeros reveses militares, del presentimiento creciente de que la Unión Soviética no iba a ser una presa fácil y de que los Estados Unidos pronto participarían en la guerra. La profecía autocumplida de Hitler de enero de 1939, debe considerarse en este contexto: en este momento se estaba convirtiendo en una guerra mundial. En ese contexto, también, los nazis «que trabajaban en el sentido del Führer» sabían que habían sobrepasado el punto moral de no retorno en la radicalización a escala de los asesinatos en masa que se estaban produciendo en el frente oriental⁵⁴.

Por lo tanto, sería erróneo deducir una continuidad lineal en el desarrollo de la política genocida desde el principio de la guerra en 1939. Por supuesto, desde el primer día de la invasión de Polonia en septiembre de 1939, el ejército alemán actuó con extrema violencia contra la población y los prisioneros de guerra. Los soldados alemanes, a menudo nerviosos, temían a los francotiradores y a los miembros de la resistencia polaca, que atacarían «a traición», según el

⁵² AKÇAM, T.: *Armenien und der Völkermord. Die Istanbul Prozesse und die türkische Nationalbewegung*, Hamburgo, Hamburger Edition, 1996, p. 59. Las pruebas disponibles demuestran que el gobierno no estaba formalmente implicado en la decisión.

⁵³ HULL, I. V.: *Absolute Destruction...*, *op. cit.*

⁵⁴ Cfr. FRIEDLÄNDER, S.: *The Years of Extermination...*, *op. cit.*, pp. 261-328.

entrenamiento prebélico de las tropas. Pueblos enteros quedaron reducidos a cenizas por sospechosos y miles de civiles fueron asesinados. Sin embargo, mientras el comportamiento de los militares se parecía al de 1914, incluso en el vocabulario, la movilización racista de violencia desde abajo era, a nivel histórico, un fenómeno nuevo en la guerra alemana de 1939: los *Einsatzgruppen* (Grupos de acción de las SS) fueron ayudados por la milicia de los *Volksdeutscher Selbstschutz*, reclutados entre la resentida minoría alemana de Polonia. Los milicianos, motivados por el deseo de venganza y la ideología racial nazi, asesinaron a 20.000 polacos y judíos polacos, a menudo en acciones arbitrarias caracterizadas por la brutalidad extrema y la tortura. Hubo una violencia militar generalizada en contra de los judíos, no sólo porque se pensaba que eran los cabecillas de la subversión, sino también debido al prejuicio antisemita de muchos soldados, algo que habían interiorizado tras años de propaganda nazi. En otras palabras, dos años antes de que se tomara la decisión del genocidio, se había bosquejado el acuerdo de que una guerra genocida iba a llevarse a cabo.

Sin embargo, hubo diferencias entre 1939 y 1941. En 1939, el ejército ayudó principalmente a arrestar a miembros de las élites polacas y a judíos (hombres), y a entregarlos a los *Einsatzgruppen* para que los ejecutaran. También participó directamente, sobre todo, en el asesinato de aquellos que fueran sospechosos de resistencia armada. Sin embargo, fue en realidad el ejército el que puso fin a los asesinatos tipo linchamiento perpetrados por los *Volksdeutscher Selbstschutz* en noviembre de 1939. Los asesinatos fueron más en la escala de 1914 que en la de 1941: el ejército y los *Einsatzgruppen* fueron responsables de ejecutar a 16.336 civiles en el espacio de ocho semanas⁵⁵.

En 1941, el ejército desempeñó un papel más activo, colaborando con los autores y tomando parte, junto a las SS, en el genocidio⁵⁶. La planificación de la nueva guerra que empezaba con la operación Barbarroja, la invasión de la Unión Soviética en junio de 1941, fue mucho

⁵⁵ BROWNING, C., y MATTHÄUS, J.: *The Origins of the Final Solution: The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2004, p. 29.

⁵⁶ ECHTERNKAMP, J.: «Im Kampf an der inneren und äußeren Front. Grundzüge der deutschen Gesellschaft im Zweiten Weltkrieg», en *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 9, parte 1, *Politisierung, Vernichtung, Überleben*, edición de Jörg ECHTERNKAMP en nombre de las Militärgeschichtliches Forschungsamt, Munich, Deutsche Verlags-Anstalt, 2004, pp. 1-92; aquí, p. 58.

más allá incluso de lo que había sugerido la transformación radical de la Polonia ocupada. Ahora, la visión colonial de las partes «germanizadas» de la conquistada Unión Soviética previeron la esclavización de una parte de la población y la eliminación por un medio u otro de los judíos y las elites. Además, los principales funcionarios nazis y la plana mayor del ejército llegaron a un acuerdo, en enero-febrero de 1941, en el que el territorio a invadir se vería obligado a proporcionar un excedente de alimentos a Alemania. En el proceso, treinta millones de habitantes serían asesinados o morirían de hambre⁵⁷. Esto equivalía a la planificación de un inmenso crimen de guerra, una estrategia de inanición perpetrada por razones económicas, respaldada con la ideología del racismo. La guerra nazi era, así, inseparable de las políticas de genocidio⁵⁸.

La política de asesinatos de no combatientes se radicalizó deliberadamente y se preparó antes de la invasión de la Unión Soviética por medio de órdenes criminales, en particular la «Orden de los comisarios» y el «Decreto sobre justicia militar». Este último planteaba, el 13 de mayo de 1941, que no habría «ninguna obligación de acusar al personal de la Wehrmacht por las acciones cometidas contra civiles enemigos, incluso si el acto era un delito militar o una infracción»⁵⁹. En otras palabras, «la brutalización de la guerra en el frente oriental», de la que Omer Bartov escribió de manera tan convincente, no fue del todo el resultado de las duras condiciones de la lucha en Rusia⁶⁰. La razón que se daba en el decreto para la despenalización de los delitos militares fue, en concreto, el recuerdo de la Primera Guerra Mundial en su interpretación nazi: «Al juzgar dichos actos en cada momento, debe tenerse en cuenta que el fracaso de 1918, el periodo posterior de sufrimiento del pueblo alemán y la lucha contra el nacional-socialismo, con sus innumerables sacrificios sangrientos pagados por el

⁵⁷ GERLACH, C.: *Kalkulierte Morde. Die deutsche Wirtschafts und Vernichtungspolitik in Weißrußland 1941 bis 1944*, Hamburger Edition, 1999, pp. 44-76; MÜLLER, R.-D.: «Das Scheitern der wirtschaftlichen «Blitzkriegstrategie», en BOOG, H., et al. (eds.): *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 4, *Der Angriff auf die Sowjetunion*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1983, pp. 936-1029; aquí, pp. 989-996.

⁵⁸ GERLACH, C.: *Kalkulierte Morde...*, op. cit., p. 17.

⁵⁹ Facsímil del decreto en *Verbrechen der Wehrmacht. Dimensionen des Vernichtungskrieges 1941-1944*, Catálogo de exposición, edición de Hamburger Institut für Sozialforschung, Hamburg, Hamburger Edition, 2002, p. 47.

⁶⁰ BARTOV, O.: *The Eastern Front, 1941-1945. German Troops and the Barbarisation of Warfare*, Londres, Macmillan, 1985.

movimiento, se deben a la influencia de los bolcheviques». La victoria contra el «bolchevismo», que era sinónimo de eliminar la humillante derrota de 1918, podría obtenerse si se permitían todos los medios de combate, incluyendo aquellos contra soldados indefensos que habían sido capturados y civiles. La «Orden de los comisarios» de mayo de 1941, que establecía que los «comisarios políticos» soviéticos, tanto militares como civiles, iban a ser ejecutados en el momento de la captura, surgió del discurso de Hitler a los comandantes de las fuerzas armadas del 30 de marzo de 1941. La idea fundamental era que la guerra que se avecinaba sería una «lucha entre dos ideologías», que «el sistema judeo-bolchevique» tenía que ser eliminado: «Debemos olvidar el concepto de camaradería entre soldados. Un comunista no es un camarada ni antes ni después de la batalla. Ésta es una guerra de exterminio»⁶¹. El ejército fue un cómplice voluntario. El comandante en jefe del ejército, el mariscal Von Brauchitsch les dijo, el 27 de marzo, a los principales comandantes: «Las tropas tienen que darse cuenta de que esta lucha está siendo librada por una raza contra otra y deben proceder con el rigor necesario»⁶².

Los últimos restos de los códigos —moral y legal— tradicionales del ejército, que habían llevado a algunos generales a protestar por las «atrocidades» cometidas contra la población civil en 1939, ya habían desaparecido en el verano de 1941. La consecuencia fue la colaboración del ejército en casi todos los asuntos del genocidio nazi, aunque el asesinato en masa real fue llevado a cabo, por lo general, por los *Einsatzgruppen* sobre el terreno y por las SS en los campos de exterminio. Pero el genocidio de los judíos debe ser considerado en el contexto más amplio de la radicalización de la guerra. El ejército no tuvo escrúpulos para asesinar en masa a los presuntos partisanos: en parte, debido al «recuerdo» histórico de la lucha contra los francotiradores en 1914 y, sobre todo, debido a la naturaleza de la guerra nazi, cientos de miles de partisanos reales o imaginarios fueron asesinados, muchos de los cuales eran soldados que quedaron atrapados tras las líneas, que habían arrojado las armas, o civiles. Por ejemplo, el ejército regular, sólo en la zona central, mató a 63.257 partisanos —o sos-

⁶¹ Citado de los diarios de Halder, en FÖRSTER, J.: «Operation Barbarossa as a War of Conquest and Annihilation», en *Militär-geschichtliches Forschungsamt* (ed.): *Germany and the Second World War*, vol. 4, *The Attack on the Soviet Union*, Oxford, Clarendon, 1998 (Stuttgart, 1996), pp. 481-521; aquí, p. 497.

⁶² FÖRSTER, J.: «Operation Barbarossa...», *op. cit.*, p. 485.

pechosos de serlo— soviéticos el 1 de marzo de 1942⁶³. En Bielorrusia, las fuerzas alemanas asesinaron a unas 345.000 personas, de 1941 a 1944, en la represión de los «partisanos», de los cuales no más de uno de cada diez era, en realidad, partisano. En total, de la población bielorrusa de 10,6 millones de personas existente antes de la guerra, entre 1,6 y 1,7 millones perecieron o fueron asesinadas⁶⁴.

Algunos factores de la política nazi de asesinato en masa y genocidio eran comunes a la violencia extrema de otros regímenes, mientras que otros era rasgos diferenciadores. Una visión social-darwinista secularizada puede identificarse como una constante muy fuerte en de la ideología nazi, pero ésta no era exclusiva de la Alemania nazi. Una visión paranoide del mundo fue una pauta común entre los autores de la violencia de masas, ya fuera en el ejército alemán en 1914, en 1941 o en la Unión Soviética de Stalin⁶⁵. El proyecto nazi de colonización de las mejores zonas de Europa del Este, sumado a un amplio programa de redistribución étnica, fue otro factor esencial, y fue algo más concreto de la Alemania nazi en tanto que Estado abiertamente racista, aunque, como hemos visto, no fue algo exclusivo de ella. Sin embargo, el régimen nazi llevó a cada uno de estos tres factores al extremo más radical imaginable. Con respecto a los autores, el estudio de Christopher Browning de los policías alemanes en la reserva señalaba una mezcla de presión ejercida por el mismo grupo, la disciplina militar y la propaganda antisemita. Para el personal de la Wehrmacht que se encargaba de hacer redadas a los judíos o de ejecutarlos, las motivaciones eran, además de éstas, la lógica (pseudo) militar de la guerra antipartisanas, una creencia verdadera en los estereotipos que la propaganda daba de la amenaza judeo-bolchevique, la camaradería (como Thomas Kühne ha argumentado con convicción) o el mero placer de matar libre de peligro que podían extraerse de la brutalización de los hombres en la guerra⁶⁶. Dominick LaCapra ha señalado el

⁶³ GERLACH, C.: *Kalkulierte Morde...*, *op. cit.*, p. 875.

⁶⁴ *Ibid.*, pp. 957-958 y 1158.

⁶⁵ Sobre la ideología racista paranoide de los nazis véase, por ejemplo, EVANS, R. J.: *The Third Reich in Power, 1933-1939*, Londres, Allen Lane, 2005, pp. 604-605. Sobre la paranoide visión del mundo de los nacionalistas militaristas en Alemania en 1914, véase HORNE, J., y KRAMER, A.: *German Atrocities 1914. A History of Denial*, Londres-New Haven, Yale University Press, 2001, cap. 4.

⁶⁶ BROWNING, C.: *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Nueva York, Harper, 1993 [trad. esp.: *Aquellos hombres grises: el bata-*

«júbilo carnavalesco» de los autores «[al] involucrarse en una trasgresión descabellada... [y] en el sufrimiento de otros, que no parece ser inteligible desde ningún punto de vista “racional”»⁶⁷.

El antisemitismo más radical imaginable fue un componente esencial de la visión del mundo de Hitler y de la de su entorno más próximo, pero ello no explica las motivaciones para las políticas estrechamente relacionadas del genocidio de los Sinti y del pueblo gitano, el asesinato masivo de los alemanes «racialmente inferiores», la erradicación de la elite polaca, o el asesinato en masa de los prisioneros de guerra soviéticos. Está fuera de toda duda que los judíos se presentaron como una amenaza mucho mayor para Alemania que la de cualquier otro grupo, y que el judeicidio fue siempre una prioridad básica de los nazis, pero todo ello se explica mejor en el contexto, y como culminación extrema, de una dinámica transnacional de destrucción, medio siglo de asesinatos en masa y genocidio, desplegados por Estados autoritarios embarcados en la construcción o reconstrucción nacional.

¿Qué conclusiones cabe extraer respecto de la cuestión de las continuidades en la historia alemana? Las políticas de asesinato en masa y genocidas no pueden explicarse sin la experiencia y el recuerdo de la Primera Guerra Mundial y del periodo de entreguerras, que fueron una referencia constante para los dirigentes nazis y los oficiales del ejército, en un sentido en que la guerra colonial claramente no lo fue. Con todo, está igualmente claro que no fue consecuencia de una continuidad lineal, y todavía menos actuó como una relación causal. La escala de los asesinatos en masa y genocidas vacía de sentido el argumento de que puedan representar una continuidad lineal de los asesinatos en masa de 1914 o 1939. La evolución de los asesinatos en masa y del genocidio entre 1900 y 1945 revela más bien ser una senda retorcida de continuidades y discontinuidades. Si bien los asesinatos en masa y genocidas nazis tienen algunas similitudes evidentes con la violencia política y de base étnica de otros Estados autoritarios embarcados en procesos de construcción nacional, con

llón 101 y la Solución Final en Polonia, Barcelona, Edhasa, 2002]; KÜHNE, T.: *Kameradschaft. Die Soldaten des nationalsozialistischen Krieges und das 20. Jahrhundert*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2006.

⁶⁷ LACAPRA, D.: *Writing History, Writing Trauma*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2001, p. 168 [trad. esp.: *Escribir la historia, escribir el trauma*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2005].

la violencia ideológica y de cruzada de la Guerra Civil española, y con la «limpieza» de poblaciones sospechosas en la Unión Soviética, las políticas nazis fueron *sui generis*, radicalmente distintas de las formas que los alemanes en periodos anteriores o los Aliados tenían de practicar la guerra.

ESTUDIOS

*La particular dimensión europea de Eugeni d'Ors durante la Primera Guerra Mundial**

Maximiliano Fuentes Codera

Universitat de Girona

Resumen: La Gran Guerra, a pesar de la neutralidad estatal, produjo un gran cambio político, social y cultural en España al igual que en el resto de Europa. A partir de esta idea general, el artículo se propone analizar la producción escrita y las relaciones intelectuales generadas entre Cataluña, España y Francia a la luz de las posiciones de Eugeni d'Ors y su acercamiento al pacifismo europeo encabezado por Romain Rolland. El análisis de las ideas europeístas difundidas por d'Ors desde su *Glosari*, la actividad del Comitè d'Amics de la Unitat Moral d'Europa y su inserción en el ambiente intelectual europeo de los primeros años de la guerra permiten al autor estudiar la conformación de unos campos intelectuales particulares profundamente conectados, el catalán-español y el francés-europeo.

Palabras clave: Primera Guerra Mundial, intelectuales, neutralismo, Romain Rolland, Eugeni d'Ors.

Abstract: The Great War, in spite of the state neutrality, produced a great political, social and cultural change in Catalonia as in the rest of Europe. Basing the argumentations on this general concept, the article has the aim to analyze the writings and the intellectual relationships generated between Catalonia, Spain and France around the thoughts and activities of Eugeni d'Ors and his approach with the European pacifism headed by Romain Rolland. The analysis of the pro-European ideas spread by d'Ors from their *Glosari*, the activity of the Comitè d'Amics de la Unitat Moral

* Este texto ha sido posible gracias a una beca predoctoral (BR) de la Universitat de Girona. Agradezco la lectura preliminar de este trabajo de Ángel Duarte y Anna Maria Garcia y los comentarios de los informadores anónimos de la revista.

d'Europa and its insertion in the European intellectual atmosphere of the first years of the war allows the author to study the conformation of two particular deeply connected intellectual fields, the Catalan-Spanish and the French-European.

Keywords: First World War, intellectuals, neutralism, Romain Rolland, Eugeni d'Ors.

La guerra que estalló en agosto de 1914 no fue una sorpresa para casi nadie en Europa. Las rivalidades imperialistas, las carreras armamentísticas, el inexorable desmoronamiento del Imperio Otomano —que dejaría un importante vacío político en el Mediterráneo oriental—, el crecimiento de los nacionalismos, la debilidad evidente de Rusia —que había caído derrotada por Japón en 1905 y había sufrido una revolución e importantes revueltas— y un muy complejo sistema de alianzas contribuyeron, de manera conjunta, al inicio de una *Gran Guerra* con unas características sin precedentes en el último siglo. Sin exagerar demasiado, y en referencia estricta a lo que significaría para la historia italiana, Vittorio Emanuele Orlando diría que se había tratado de «la mayor revolución política y social de nuestra historia»¹. La Primera Guerra Mundial se convertiría en un verdadero punto de inflexión en el complejo proceso de formación de las culturas nacionales europeas, la generación de mitos, experiencias compartidas y recuerdos acumulados en toda Europa².

En los primeros momentos, el estallido del conflicto resulta, para los intelectuales europeos, ciertamente difícil de comprender³, a pesar de que la percepción reinante entre ellos desde la última década del siglo anterior podía hacer presagiar un cambio radical en la manera de concebir Europa y su cultura⁴. Pero una vez pasadas las

¹ SALVATORELLI, L., y MIRA, G.: *Storia d'Italia nel periodo fascista*, Turín, Einaudi, 1956, p. 15; citado en SASSOON, D.: *Mussolini y el ascenso del fascismo*, Barcelona, Crítica, 2008, p. 51.

² LEED, E.: *No Man's Land: Combat and Identity in World War I*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979; FUSSELL, P.: *The Great War and Modern Memory*, Oxford, Oxford University Press, 1975; MOSSE, G.: «The Two World Wars and the Myth of the War Experience», *Journal of Contemporary History*, vol. 33, 4 (1998), pp. 491-513.

³ CRUICKSHANK, J.: *Variations on catastrophe*, Oxford, Clarendon Press, 1982, pp. 3-6. La experiencia de Stefan Zweig es clarificadora en este sentido. Véase ZWEIG, S.: *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, Acantilado, 2006, p. 283.

⁴ STUART HUGHES, H.: *Conciencia y sociedad. La reorientación del pensamiento social europeo. 1890-1914*, Madrid, Aguilar, 1972, p. 249; GENTILE, E.: *L'apocalisse*

primeras semanas, la abrumadora mayoría de los pensadores, hombres de letras y académicos europeos dedicarían sus esfuerzos a la construcción de sus propias «culturas de guerra»⁵ nacionales. Se abriría así un proceso de conformación de bloques de valores culturales —y también morales— enfrentados, que tendría a Francia y Alemania como dos núcleos de referencia prácticamente insoslayables en las reflexiones y actividades que los intelectuales europeos llevarían adelante⁶. Esta situación de antagonismos dejaría en un estado de aislamiento casi total —tanto intelectual como en la práctica— a aquellos personajes que no la consideraban válida y que planteaban reflexiones en las que primaban elementos europeístas, neutralistas o pacifistas. Romain Rolland sería el intelectual emblemático entre ellos⁷ y su figura sería atacada repetidamente durante todo el periodo del conflicto. Esta situación se mantendría hasta finales de la guerra, aunque, como se sabe desde hace algunos años, a mediados de 1916 comenzaría a relajarse un tanto⁸.

En España, Eugeni d'Ors y el Comitè d'Amics de la Unitat Moral d'Europa por él liderado vivirían una situación en cierta manera equi-

della modernità, Milán, Mondadori, 2008; PROCHASSON, Ch.: *Les années électriques. 1880-1910*, París, La Découverte, 1991; WORMS, F. (dir.): *Le moment 1900 en philosophie*, Villeneuve d'Ascq, Presses universitaires du Septentrion, 2004.

⁵ La construcción original de este concepto aparece en AUDOIN-ROUZEAU, S., y BECKER, A.: «Violence et consentement: la «culture de guerre» du premier conflit mondial», en RIOUX, J. P., y SIRINELLI, J. F. (dirs.): *Pour une histoire culturelle*, París, Seuil, 1997, pp. 251-271. Véase también, para el caso español, GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español», *Historia Social*, 61 (2008), pp. 69-87.

⁶ Es altamente ilustrativo el libro que publicaría Thomas Mann al final de la guerra con las reflexiones que había realizado durante los años 1914-1918. MANN, Th.: *Reflections of a non-political man*, Nueva York, Frederick Ungar, 1982. Para el caso francés, véanse HANNA, M.: *The Mobilization of Intellect. French Scholars and Writers during the Great War*, Harvard, Harvard University Press, 1996; y PROCHASSON, Ch., y RASMUSSEN, A.: *Au nom de la patrie. Les intellectuels et la première guerre mondiale (1910-1919)*, París, La Découverte, 1996. Para los intelectuales europeos en general, véanse STROMBERG, R.: *Redemption by War. The Intellectuals and 1914*, Kansas, The Regent Press of Kansas, 1982; y BECKER, J. J., y AUDOIN ROUZEAU, S. (coords.): *Les sociétés européennes et la guerre de 1914-1918*, París, Université de Nanterre, 1990.

⁷ Sobre Romain Rolland y la guerra véanse, fundamentalmente, CHEVAL, R.: *Romain Rolland. L'Allemagne et la guerre*, París, PUF, 1963; y STARR, W.: *Romain Rolland and a World at War*, Illinois, Northwestern University Press, 1956.

⁸ HORNE, J. (ed.): *State, Society, and Mobilization in Europe during the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

parable a la del intelectual francés. Los textos que publicaría y las relaciones intelectuales que establecería Xènius, tanto en España como en algunos países de Europa, nos obligan a situarlo en un contexto que excede ampliamente el estrecho marco catalán en el cual ha sido estudiado en muchos de los trabajos existentes. En este sentido, la Gran Guerra sitúa al investigador interesado en d'Ors en unas coordenadas que le obligan a tener en cuenta elementos clave como el análisis del ambiente intelectual europeo en su conjunto —y no solamente la tradición intelectual conservadora-maurrasiana— y sus relaciones con la llamada Generación del 14 española junto con sus reflexiones sobre el imperialismo, la nacionalidad y el nacionalismo catalán. En resumen, considero que la actividad de Xènius como intelectual europeo, español y catalán durante la Gran Guerra merece ser analizada a luz de estos elementos, todos ellos entrelazados tal como se desprende de la consulta de una documentación hallada en Francia y en Barcelona y que hasta ahora no había sido trabajada por los especialistas. De esta manera, poniendo el énfasis en la dimensión europea de su pensamiento y sus reverberaciones españolas y catalanas, el estudio de su figura permite iluminar no sólo a un intelectual en concreto, sino también dos ambientes: el español y el catalán, que no aparecen así demasiado alejados del contexto europeo general.

Los intelectuales españoles y catalanes y la Gran Guerra

El mismo día del inicio de las hostilidades en el continente, con la declaración de guerra de la monarquía dual en Serbia, el gabinete conservador de Eduardo Dato declaró a España oficialmente neutral. Entre los principales motivos que daban lugar a esta decisión estaban el reconocimiento de su aislamiento político y diplomático, su debilidad económica, la desorganización militar y la necesidad de mantener un numeroso ejército en Marruecos. Desde el lado francés, Léon Geoffroy, embajador en Madrid, esgrimiría una serie de razones similares a finales de agosto⁹. La opinión de que España no podía

⁹ «Le Ministre de l'Etat m'a au surplus déclaré à titre très confidentiel qu'un examen fort attentif de la situation actuelle de l'Espagne avait amené le Gouvernement à reconnaître qu'une intervention armée en notre faveur était impraticable dans les circonstances présentes: 80.000 hommes étaient immobilisés au Maroc et, dans l'état économique du pays, on ne disposait pas des moyens suffisants pour appeler des réserves et

emprender de manera efectiva una guerra fue compartida por casi todos los españoles durante el verano de 1914¹⁰. No obstante, esta idea iría cambiando y el neutralismo oficial se vería amenazado por una lucha de valores y proyectos —representados idealmente por los bandos en guerra— para Europa, España y Cataluña en la que los intelectuales se alistarían con una cierta rapidez. Como ha escrito Javier Varela, «el conflicto les arrojó a la historia del mundo»¹¹.

A pesar de que la guerra no provocaría una gran reacción entre la sociedad española¹², entre las elites políticas y los intelectuales la situación iba a ser diferente. En un contexto de creciente polarización y a pesar de estar rodeadas de países favorables a la Entente, las fuerzas partidarias de las Potencias Centrales constituirían una gran mayoría frente a los aliadófilos y la guerra aparecía, en cierto sentido, como una escenificación de la lucha entre las «dos Españas»¹³. Entre los partidarios de las Potencias Centrales, muchos eran más francófilos que germanófilos; Alemania constituía, desde su visión, la mejor defensa contra la barbarie rusa y contra las tentaciones de quienes deseaban poner en cuestión la España de la Restauración. Los soportes institucionales que sostenían estas ideas eran la Iglesia católica, sus jerarcas y su principal periódico, *El Debate*, el Ejército, la Corte y los grupos políticos carlistas y mauristas, que eran quienes más abierta-

mettre l'armée en situation de prendre part à une campagne très éloignée de sa base. Archivo del Ministère des Affaires Étrangères (París, Francia), Correspondance politique et commerciale, Guerre 1914-1918, Espagne (AMAE en adelante), vol. 469, 29 de agosto de 1914.

¹⁰ ROMERO RODRÍGUEZ, G.: *La neutralidad española durante la 1.ª Guerra Mundial*, resumen de la tesis doctoral presentada en la Universidad de Barcelona, 1979, pp. 1-7.

¹¹ VARELA, J.: «Los intelectuales españoles ante la Gran Guerra», *Claves de razón práctica*, 88 (1998), p. 27.

¹² Los comentarios de Trotsky sobre su breve estancia en España durante 1916, aunque seguramente algo exagerados, son ilustrativos en este sentido. TROTSKY, L.: *Mi vida*, Madrid, Akal, 1979, pp. 268-281.

¹³ MEAKER, G.: «A War of Words: The Ideological Impact of the First World War on Spain, 1914-1918», en SCHMITT, H.: *Neutral Europe Between War and Revolution, 1917-1923*, Charlottesville, The University Press of Virginia, 1988, pp. 1-65. Esta idea, recogida en el interesante trabajo de ROMERO SALVADÓ, F.: *España 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica, 2002 (p. 11), debe ser matizada teniendo en cuenta la gran heterogeneidad, de la cual da cuenta el propio Meaker (pp. 16-21), en el seno de los grupos germanófilos y aliadófilos. En este mismo sentido, es discutible la idea sostenida por ambos de que las disputas intelectuales desatadas por la guerra fuesen el presagio de la guerra civil real que estallaría en el futuro.

mente proclamaban sus sentimientos germanófilos. Entre los aliadófilos, en cambio, se extendió la idea de que España debía ponerse del lado de las democracias occidentales, ya que si no lo hacía seguiría siendo un país atrasado y sin influencia en Europa. Deseaban una victoria francesa porque pensaban que ésta contribuiría a acelerar el cambio de régimen en España. Periódicos como *El Radical*, de Alejandro Lerroux —que se convertiría en el portavoz más importante entre los partidarios de la intervención—; *La Lucha*, de Marcelino Domingo, y *El País*, de Roberto Castrovido, serían algunos de los principales representantes de la causa aliada¹⁴.

Cataluña es escenario de un neutralismo mayoritario en las primeras semanas de la guerra y la Lliga Regionalista es la fuerza que despliega esta postura de manera más sostenida. Sin embargo, poco a poco, estas opiniones se irían dividiendo y se formarían tres bloques representados por diferentes grupos políticos: los aliadófilos, mayoritarios, representados por sectores republicanos y catalanistas; los germanófilos, minoritarios; y en medio de ellos, con una heterogénea posición neutral, la Lliga Regionalista. Pero los aliadófilos tendrán la suficiente fuerza como para igualar a los otros dos grupos en uno único y presentar el conflicto europeo en Cataluña como un debate entre aliadófilos intervencionistas¹⁵ y germanófilos neutralistas¹⁶. La mayoría del movimiento republicano, con la excepción de los anarquistas neutralistas, se haría aliadófilo y leería la guerra en clave de enfrentamiento entre democracia y autarquía, entre nación e imperio. Además de ser una variante más de enfrentamiento a una monarquía que optaba por la neutralidad, el antigermanismo también podía ser usado en clave catalana, afirmando que la civilización alemana era, como la política de la Lliga Regionalista, «*grollerament realista i oportunist*a»¹⁷.

¹⁴ DÍAZ PLAJA, F.: *Francófilos y germanófilos*, Barcelona, Dopesa, 1972; MAESTRO, J.: «Germanófilos y aliadófilos en la prensa madrileña, 1914-1918», en BAHAMONDE, A., y OTERO, L. (eds.): *La Sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931*, vol. 2, Madrid, Comunidad de Madrid, 1989, pp. 320-332.

¹⁵ La intervención militar a través de voluntarios fue impulsada fundamentalmente a través de los grupos más radicales del catalanismo de izquierdas, tal como se puede ver en MARTÍNEZ FIOLE, D.: *Els «Voluntaris catalans» a la Gran Guerra (1914-1918)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1991.

¹⁶ Así puede leerse en el principal periódico republicano catalán: «*En el fons del moviment neutralista i germanòfil espanyol, no hi ha més que un solatge reaccionari*»; «En defensa de la llibertat. Catalunya», *El Poble Català*, 27 de agosto de 1915, p. 1.

¹⁷ DUARTE, À.: *Història del republicanisme a Catalunya*, Vic, Eumo, 2004, p. 175.

La posición de la Lliga frente al conflicto se encuentra tan lejos de la homogeneidad como del abandono de la más estricta neutralidad. Las posiciones divergen entre los principales dirigentes del partido: Prat de la Riba es un germanófilo prudente¹⁸; Duran i Ventosa, Carles Rahola, Joaquim Garriga i Massó y Josep Carner, por su parte, son francófilos; Ors, acusado repetidamente de germanófilo, redacta el primer «Manifest del Comitè d'Amics de la Unitat Moral d'Europa» en el despacho que tenía el francófilo director de *La Vanguardia*, Miquel dels Sants Oliver, en el Ateneo barcelonés¹⁹. La razón fundamental de su apoyo estricto a las tesis estatales tiene que ver con la defensa de los intereses económicos de la burguesía industrial catalana, uno de sus soportes esenciales. A través de Cambó, los regionalistas adoptan una posición pragmática que se convertirá en oficial. El líder regionalista expresa que España debe permanecer neutral, dada su capacidad política, social, militar, económica y diplomática: «Aquesta és la realitat, la trista i vergonyosa realitat (...) Hem de ser neutrals en la guerra perquè no podem ser altra cosa»²⁰. Cinco días después dejaría claro que el centro de sus preocupaciones pasaba por el futuro de Cataluña y España y no por cuestiones de debate moral y cultural sobre el futuro de Europa²¹.

A pesar de esto, los regionalistas, a través de su publicación *La Veu de Catalunya*, son vistos durante los primeros años de la guerra, tanto en España como en Francia, como un grupo germanófilo. El neutralismo de Cambó, las críticas al imperialismo inglés y las heterodoxas posiciones de Eugeni d'Ors configuraban esta visión difundida desde los medios aliadófilos. Las informaciones enviadas desde la embajada

¹⁸ El joven Gaziel se quedó impresionado al descubrir que Prat, «*fredament, per pur càlcul polític*», era partidario de Alemania. GAZIEL: *Tots els camins duen a Roma*, Barcelona, Aedos, 1953, p. 481. De la misma manera se expresa Albert Manent respecto a su germanofilia. Véase MANENT, A.: *Josep Carner i el noucentisme. Vida, obra i llegenda*, Barcelona, Edicions 62, 1969, p. 153.

¹⁹ RODÉS, J., y UCELAY DA CAL, E.: «Els Amics d'Europa i Messidor. Nacionalisme i internacionalisme», *L'Avenç*, 69 (1984), p. 64.

²⁰ CAMBÓ, F.: «Espanya davant la Guerra Europea. Causes de la guerra. La neutralitat d'Espanya», *La Veu de Catalunya* (edición de la tarde), 20 de agosto de 1914, p. 1. En este mismo texto, Cambó evaluaba el conflicto como inevitable dados los desarrollos de las potencias imperialistas y justificaba la invasión de Bélgica por el ejército alemán, lo cual constituirá un importante elemento para las acusaciones de germanofilia de la *Lliga*.

²¹ CAMBÓ, F.: «Espanya davant la Guerra Europea. Al fer-se la pau», *La Veu de Catalunya* (edición de la mañana), 25 de agosto de 1914, p. 1.

madrileña y el consulado de Barcelona hacia París reafirman esto: «certains journaux espagnols sont à l'entière dévotion de l'Allemagne. Ce sont le "CORREO CATALAN", organe des Carlistes, la "VEU DE CATALUNYA", l'"ABC"»²². La exclusión de Barcelona en la visita a España, entre abril y mayo de 1916, de un grupo de académicos franceses, entre ellos Henri Bergson, se debió también a la actitud de d'Ors y a la reciente edición de las conferencias de los parlamentarios regionalistas²³.

Esta situación irá cambiando a partir de 1916, justamente coincidiendo con una relativa disminución de la actividad del Comitè d'Amics de la Unitat Moral d'Europa de Eugeni d'Ors²⁴. Además, a partir de 1916 se impondría un aumento considerable del esfuerzo francés en relación con la propaganda en Barcelona y Madrid, y Francia intentaría de manera decidida que España asumiese un papel de apoyo más visible a la causa francesa, aunque esto no implicase la entrada en guerra²⁵. Finalmente, la Lliga Regionalista lanzaría una ofensiva «*Per Catalunya i l'Espanya gran*» con el objetivo de formular las bases de una nueva política que tendría como centro el lanzamiento hacia la constitución de una nueva España a la luz de un ideal colectivo, el iberismo, con la federación como sistema de organización territorial²⁶.

²² AMAE, vol. 485, 29 de septiembre de 1915.

²³ MAINER, J. C.: «Una frustración histórica: la aliadofilia de los intelectuales», en MAINER, J. C.: *Literatura y pequeña burguesía en España: Notas 1890-1950*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1972, p. 157; VVAA: *El pensament català davant el conflicte europeu. Conferències dels parlamentaris regionalistes*, Barcelona, Lliga Regionalista, 1915.

²⁴ Los informes franceses, otra vez, nos permiten reafirmar estas ideas: «*Je dois dire, pour être complet, que la Veu de Catalunya, organe de la Lliga Regionalista (catalanistes de droite) écrit en catalan, qui nous était très hostile au début de la guerre, a fait volte-face. Ce journal ne nous attaque plus, nous est devenu sympathique*». AMAE, vol. 472, 1 de febrero de 1916.

²⁵ AUBERT, P.: «La propagande étrangère en Espagne dans le Premier tiers du XX^e siècle», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, vol. 31, 3 (1995), pp. 109-110. Sobre la propaganda francesa en España, véanse también: AUBERT, P.: «La propagande étrangère en Espagne pendant la première guerre mondiale», en VVAA: *Españoles y franceses en la primera mitad del siglo XX*, Madrid, CSIC, 1986, pp. 357-411; DELAUNAY, J. M.: «Relations franco-espagnoles autour de la Première Guerre Mondiale», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, vol. 28, 2 (1982), pp. 129-148; e íd.: «L'action diplomatique des pays belligérants en direction de l'opinion publique espagnole durant la première Guerre Mondiale», *Opinion Publique et Politique Extérieure*, vol. 2, 1915-1940, Roma, École Française de Rome-Università di Milano, 1984, p. 229-234.

²⁶ MOLAS, I.: *Lliga Catalana. Un estudi d'Estasiologia*, Barcelona, Edicions 62, 1973, p. 107.

Con la aparición de este texto, el 18 de marzo de 1916, las críticas realizadas por los grupos republicanos y catalanistas descenderían en cantidad y en calidad, ya que sería interpretado como un intento del regionalismo de dar un cierto giro aliadófilo a su política.

Entre los intelectuales españoles, el tono de las polémicas se presenta extraordinariamente vivo en España a partir de 1914. Al igual que entre la mayoría de los pensadores europeos²⁷, la guerra fue saludada con excitación por españoles²⁸ y catalanes. Las luchas entre germanófilos y aliadófilos, nacidas con la guerra, llevarían rápidamente a la escisión de unas precarias coincidencias y permitirán la aparición de enfrentamientos entre quienes anhelaban un cambio en la vida española y quienes continuaban suspirando por la disciplina y el orden prusianos²⁹. Los intelectuales aliadófilos, al apoyar a Gran Bretaña y a Francia, enemigas históricas de España, estaban expresando su preferencia por Europa en detrimento de una España que no consideraban como propia; ya fuese desde las aspiraciones nacionalistas catalanas o desde los sectores ligados a los diferentes proyectos encabezados por Ortega, optaban por una España futura europeizada, moderna, secular y democrática. Desde diferentes ópticas, compartían estas inquietudes, entre otros, Ortega, Unamuno, Álvaro de Albornoz, Salvador de Madariaga, Gabriel Alomar y Luis Araquistain, quienes veían en la neutralidad una prueba de la impotencia de España y manifestaban su atracción por la Francia jacobina sobre un terreno de tradición germánica, crítico respecto a la tradición revolucionaria³⁰.

Entre ellos, la revista *España* constituye el instrumento fundamental para proyectar este sentimiento en la sociedad española. En su primer número, el editorial, escrito presuntamente por Ortega, plantea dos elementos clave. Por una parte, el alejamiento de las estructuras partidistas y, por otra, el problema de la guerra como

²⁷ El caso italiano se encuentra detalladamente estudiado en ISNENGI, M.: *Il mito della grande guerra*, Bologna, Il Mulino, 1989.

²⁸ Miguel de Unamuno, fiel a su estilo, exclamaría desde las páginas de *Nuevo Mundo* el 19 de septiembre de 1914: «¡Venga la guerra!». VARELA, J.: «Los intelectuales españoles ante la Gran Guerra», *op. cit.*, p. 29.

²⁹ MAINER, J. C.: *La Edad del Plata (1902-1939)*, Madrid, Cátedra, 1981, pp. 145-146.

³⁰ AUBERT, P.: «L'influence idéologique et politique de la France en l'Espagne de la fin du XIX siècle à la Première Guerre Mondiale (1875-1918)», en ETIENVRE, J. P., y URQUIJO, J. (coords.): *España, Francia y la Comunidad Europea*, Madrid, Casa Velázquez-CSIC, 1989, pp. 94-95.

cuestión capital para el futuro de Europa y España, ya que «de la guerra saldrá otra Europa. Y es forzoso que salga otra España»³¹. La apertura inicial de la revista permitió no solamente la publicación del primer «Manifest del Comitè d'Amics de la Unitat Moral d'Europa», sino también que ésta fuese uno de sus firmantes. Esto no era extraño, ya que Xènius fue, durante los primeros meses de 1915, uno de los colaboradores regulares de la publicación a través de la columna «Las obras y los días».

Aunque de manera ciertamente esquemática, uno de los elementos fundamentales que nos permiten delimitar los campos intelectuales en los primeros años de la contienda son los manifiestos³². Desde esta perspectiva, es necesario apuntar que el primer manifiesto que aparece en España es el del grupo liderado por d'Ors. Como respuesta a este texto, un conjunto de intelectuales catalanes, en su mayoría ligados a sectores nacionalistas republicanos, redactó el «Manifest dels Catalans» afirmando su simpatía por Francia —a la que consideraban representante de su propia raza— y la convicción de que en «la guerra actual els supremos interessos de la justícia i de l'humanitat demanen la victòria dels Estats de la Triple Intel·ligència»³³. En junio de este mismo año vería la luz —gestado alrededor de la revista *España*— el manifiesto aliadófilo más importante realizado por los intelectuales españoles y catalanes; llevaba por título «Manifiesto de adhesión a las Naciones Aliadas» y estaba escrito, aparentemente, por Ramón Pérez de Ayala. El texto, originalmente redactado en francés para su difusión internacional y traducido al castellano, defendía la causa aliada por sus ideales de paz y justicia y estaba firmado por un gran número

³¹ «España saluda al lector y dice», *España*, núm. 1, 29 de enero de 1915, p. 1.

³² En este sentido, se ha llegado a calificar el conflicto mundial en relación con España como de guerra de manifiestos. COBB, Ch.: «Una guerra de manifiestos», *Hispanófila*, 29 (1966), pp. 45-61. Esta lectura esquemática de grupos de intelectuales enfrentados no debe hacernos olvidar, de ninguna manera, la existencia de varios casos de trasvase entre estos grupos. La figura de Luis Antón de Olmet y su paso de la germanofilia a la aliadofilia es ilustrativa en este sentido. DÍAZ PLAJA, F.: *Francófilos y germanófilos*, *op. cit.*, pp. 32-34.

³³ «Manifest dels Catalans», *L'Esquella de la Torratxa*, núm. 1891, 26 de marzo de 1915, p. 194. Esta declaración estaba firmada por numerosos intelectuales relacionados con las izquierdas nacionalistas y republicanas pero, también, por algunos otros cercanos a la Lliga Regionalista y al proyecto encabezado por d'Ors como Josep Carner, Ramón Reventós, Carme Karr y Jaime Massó i Torrents. Este manifiesto, aparentemente redactado por Antoni Rovira i Virgili, sería comentado en numerosas revistas y periódicos de Cataluña, España y Francia.

de profesores e intelectuales de diferentes lugares de España ligados al reformismo, al republicanismo y a las izquierdas, entre ellos Ortega, Azcárate, Unamuno, Azorín, Azaña, A. Machado, Galdós, Arquistain, Rusiñol, Màrius Aguilar, Alomar y Josep Carner³⁴. Tiempo después, aparecería otro, de clara simpatía germanófila, redactado por Jacinto Benavente, donde se dedicaba un gran espacio a la crítica de las acusaciones de retrógrados y reaccionarios aplicadas a los enemigos de los aliados en nombre de «la más rendida admiración y simpatía por la grandeza del pueblo germánico, cuyos intereses son perfectamente armónicos con los de España»³⁵. *La Tribuna* publicaba este manifiesto el 18 de diciembre de 1915 e intentaba presentar una concepción triunfalista sosteniendo que en España existía un gran entusiasmo por las Potencias Centrales. Entre los firmantes aparecen importantes científicos y hombres de letras como V. Gay, J. Alemany, J. Rubió, P. Bosch i Gimpera, M. de Montoliu, J. Calvo Sotelo, J. Vázquez de Mella, J. Benavente y J. M. Gil Robles³⁶. Por último, aparecería, en enero de 1917, otro texto importante, el llamado de la Liga Antigermanófila, un grupo de intelectuales presididos por Pérez Galdós para los cuales el triunfo aliado llevaría a la liberación de España del atraso y el caciquismo³⁷.

Pero la dominante aliadofilia intelectual no se ofrecía con contornos uniformes. Por ejemplo, Unamuno concebía la guerra como síntoma de un conflicto de culturas, en el que la germana representaba la ortodoxia religiosa e ideológica, el imperialismo inquisitorial del tecnicismo, el racionalismo, el científicismo y una democracia corrupta y organizada militarmente. El choque, creía, enfrentaba dos maneras de concebir el mundo, la *kultur* alemana y la *civilisation* francesa; esto lo llevaba a justificar el conflicto y a rechazar la neutralidad. La gue-

³⁴ El manifiesto aparece en *España*, núm. 24, 29 de julio de 1915, pp. 6-7. Este texto había aparecido originalmente en Francia, con una manifiesta muestra de simpatía de Maurras y Daudet en «Un manifeste des intellectuels espagnols. Pour les Alliés», *L'Action Française*, 5 de julio de 1915, p. 2.

³⁵ «Amistad germano-española», *La Tribuna*, 18 de diciembre de 1915; citado en DÍAZ PLAJA, F.: *Francófilos y germanófilos*, op. cit., p. 26.

³⁶ La lista completa, así como el manifiesto en su totalidad, pueden verse en DÍAZ PLAJA, F.: *Francófilos y germanófilos*, op. cit., pp. 26-27 y 339-343. Los ataques al manifiesto desde la aliadofilia no se harían esperar; véase, como ejemplo, FULMEN: «El manifest germanòfil», *La Campana de Gràcia*, 24 de diciembre de 1915, p. 2.

³⁷ «Manifiesto de la Liga Antigermanófila. A los españoles», *España*, 18 de enero de 1917, p. 2.

rra era, pues, fundamentalmente un conflicto entre dos ideas de cultura que se encontraban enfrentadas en sentido latente desde hacía tiempo, pero que ahora exteriorizaban violentamente su imposible convivencia³⁸. En Ortega, como en Unamuno, el conflicto era interpretado en clave revitalizadora, pero dejando de lado el componente religioso para centrarse en el político. Si se tiene en consideración el diagnóstico de que España no tenía recursos bélicos para dar apoyo a una de las partes, se alcanza fácilmente a entender el concepto propugnado por Ortega de «política defensiva»³⁹, que luego devendría en la idea de «neutralidad activa», y que se asemeja, en cierto sentido, a la propuesta de intervencionismo orsiano. La idea de neutralidad como ejemplo y manifestación de una nación muerta se alcanzaba con rotundidad en el valioso planteamiento que Ortega ofrece en su artículo «Ideas políticas»⁴⁰, donde frente a la neutralidad de la nación muerta, irrumpe con la «neutralidad activa» que tímidamente se decantaría hacia los aliados. La aliadofilia orteguiana surgiría, finalmente, al anteponer las ideas de libertad e individualidad francesas e inglesas frente a las de igualdad y estatismo representadas por Alemania⁴¹. Y aquí, evidentemente, se diferenciaba de d'Ors.

Los casos de Unamuno y Ortega, a los que podríamos sumar entre otros intelectuales a Manuel Azaña⁴² y Luis Araquistain⁴³, nos permiten afirmar que la guerra era vista por los intelectuales aliadófilos como una posible salida al problema de la regeneración de España, que venía siendo el tema de discusión central desde finales del siglo anterior. Sus filias y sus fobias se orientarían a partir de esta idea fundamental.

Las preocupaciones sobre las que giraban organismos y publicaciones de los intelectuales madrileños y barceloneses eran similares. Pero, al mismo tiempo, entre unos y otros aparecen elementos que hacían modificar la proyección pública de sus doctrinas y estrategias.

³⁸ MENÉNDEZ ALZAMORA, M.: *La Generación del 14*, op. cit., pp. 291-293.

³⁹ ORTEGA y GASSET, J.: «Política de la neutralidad. España irresoluta», *España*, núm. 8, 19 de marzo de 1915, p. 1.

⁴⁰ *España*, núm. 22, 2 de julio de 1915, p. 2.

⁴¹ ORTEGA y GASSET, J.: «Una manera de pensar. II», citado en MENÉNDEZ ALZAMORA, M.: *La Generación...*, op. cit., p. 298.

⁴² JULIÁ, S.: «Azaña ante la Gran Guerra», *Claves de razón práctica*, 94 (1999), pp. 64-67.

⁴³ MONTERO, E.: «Luis Araquistain y la propaganda aliada durante la Primera Guerra Mundial», *Estudios de Historia Social*, 24-25 (1983), pp. 245-266.

En primer lugar, en Barcelona, los intelectuales disponían de un canal de actuación pública bien constituido y con un espacio relativamente propio muy superior al reformismo de Melquíades Álvarez en Madrid. Además, buena parte de ellos eran ya funcionarios con puestos de dirección en las instituciones públicas de la Mancomunidad. Finalmente, y éste es el elemento más importante, el juego de conceptos de la Gran Guerra (cosmopolitismo, unidad de Europa, pueblo, nación) sería llevado adelante a través de una mediación fundamental, el catalanismo, un complejo concepto que englobaba la reivindicación frente al Estado, la acción estatalista, una voluntad normalizadora e integradora y la aspiración intervencionista (imperialismo) fuera del estricto marco regional-nacional⁴⁴. Por lo tanto, los temas sobre los que se asentarían los debates intelectuales alrededor de la guerra no serían muy diferentes de los que se discutían antes de ella, es decir, la presencia del factor europeo como horizonte de movilización del catalanismo y alternativa a la política española; el papel del intelectual-profesional en la escena pública catalana; y la supeditación de su acción a la situación de emergencia creada por la guerra.

Entre los intelectuales barceloneses, la aliadofilia estuvo mucho más extendida y radicalizada que en el resto de España y hubo pocos casos de simpatías germanófilas, entre ellos, los de Manuel de Montoliu (uno de los firmantes del primer *manifest* del grupo orsiano), Pere Bosch i Gimpera y Jordi Rubio. En cambio, muchas de las publicaciones más leídas eran declaradamente aliadófilas, como *El Poble Català*, *L'Esquella de la Torratxa*, *La Campana de Gràcia*, *Renaixement*, *El Diluvio*, *El Progreso* y *La Publicidad*. Entre los intelectuales, destacaban Pere Coromines, Gabriel Alomar y Santiago Rusiñol (Xarau), quien expresaba desde su *Glosari* una clara posición aliadófila en la cual tenía más importancia el futuro de Cataluña (y la lengua catalana) que el de Europa⁴⁵.

La más representativa de las revistas aliadófilas, sin embargo, fue *Iberia*, que comenzó sus actividades como semanario el 10 de abril de 1915 presentando en la portada un duro ataque al grupo orsiano

⁴⁴ CASASSAS I YMBERT, J.: «Espacio cultural y cambio político. Los intelectuales catalanes y el catalanismo», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V-Historia Contemporánea, 6 (1993), p. 75.

⁴⁵ RAILLARD, E.: «Santiago Rusiñol face à la grande guerre. Autopsie d'un engagement», *Mélanges de la Casa Velázquez*, 18/1 (1982), pp. 289-310.

y a su postura neutralista⁴⁶. La revista estaba dirigida por Claudi Ametlla y contaba con un consejo de redacción donde figuraban Màrius Aguilar, Romà Jori, Prudenci Bertrana, *Apa* y Eugeni Xammar y Rovira i Virgili, quien, desde su columna «*Ideari de la guerra*», actuaba como principal ideólogo de la publicación. *Iberia* era una iniciativa mucho más radicalmente aliadófila que *España* —la revista era impulsada logística y económicamente desde París—⁴⁷ y presentaba una serie excepcional de colaboradores, con algunos contactos con el semanario madrileño como Unamuno, Pérez de Ayala, Araquistain y S. de Madariaga. La revista se encuentra desde su inicio en plena sintonía con la radicalidad antialemana que experimentaba la gran mayoría de los intelectuales franceses y constituye uno de los documentos más destacables para estudiar las aspiraciones autonomistas y catalanistas en el escenario del conflicto europeo. En este sentido, puede observarse que mientras Romain Rolland era objeto de las críticas de la revista barcelonesa en sus primeras páginas⁴⁸, paradójicamente, Charles Maurras recibía grandes elogios por la publicación de un artículo que demostraba sus simpatías por la francofilia catalana⁴⁹.

La división entre francófilos y germanófilos existía, sin duda, también en Cataluña. Pero el elemento más relevante entre los intelectuales catalanes no pasaba por esta tensión, sino por el enfrentamiento surgido durante los primeros años del conflicto entre el neutralismo europeísta impulsado por Eugeni d'Ors y los grupos que giraban en torno a la aliadofilia. Ambos sectores permiten estudiar la figura del intelectual intervencionista que ve en el conflicto europeo una potencial salida a la crisis cultural y de país que viven Cataluña y España.

⁴⁶ Allí se ve una caricatura de *Apa* (Feliu Elías) que constituye todo un manifiesto contra la posición de d'Ors: un soldado alemán aparece comiendo carne humana, mientras un ángel le presenta un pergamino con la leyenda «*Lliga dels amics de l'Unitat Moral d'Europa*».

⁴⁷ Un informe de E. Gausson, cónsul francés en Barcelona, afirma: «*Grâce à la collaboration de quelques Français dévoués, j'ai favorisé la création, à Barcelone, d'une revue hebdomadaire, dont la rédaction est très éclectique, "Iberia" (...)*». AMAE, vol. 485, 6 de mayo de 1915.

⁴⁸ AGUILAR, M.: «Nuestra guerra», *Iberia*, núm. 1, 10 de abril de 1915, p. 6.

⁴⁹ Como ejemplo, GARRIGA MASSÓ, J.: «Fraternidad Catalana», *Iberia*, núm. 4, 1 de mayo de 1915, p. 6. El artículo de Maurras había sido publicado semanas antes en Francia. MAURRAS, Ch.: «La fraternité catalane», *L'Action Française*, 17 de abril de 1915, p. 1.

Para ambos, la guerra es un momento inmejorable para poner en práctica sus proyectos de catalanismo⁵⁰.

Eugenio d'Ors y la *guerra civil europea*

Antes de la guerra, d'Ors, el intelectual «*verbalitzador del noucentisme*»⁵¹, había presentado una idea bastante clara sobre su concepción de Europa y su cultura, marcada por la voluntad de un retorno mítico al Sacro Imperio Romano Germánico. A lo largo del *Glosari*, las referencias a Europa siempre habían aparecido conformadas a partir de esta construcción mítica. Junto a ella, estaba también presente la idea de las dos culturas, la latina (mediterránea) y la germánica, que habían construido una Europa dinámica durante toda su historia posterior y que le habían proporcionado una unidad desde la época clásica. Teniendo en cuenta estos elementos y resumiendo tal vez en exceso, podemos afirmar que la idea principal sobre la que debía constituirse Europa era la de federación, elemento proveniente de la Grecia clásica, siempre subordinada a la autoridad y el orden de un gobierno que debería quedar en manos de una aristocracia intelectual. Ors deseaba, pues, una Europa federal y republicana (en el sentido clásico) pero, también, autoritaria y jerarquizada. Este modelo de Europa estaba asentado sobre dos componentes estrechamente relacionados que fundamentaban la proyección exterior catalana en su propia concepción nacionalista: el mediterraneísmo⁵² y el imperialismo⁵³.

⁵⁰ No es casual, en este sentido, que éstos sean los temas sobre los que se enfoque un número especial de la revista *Les Annales des Nationalités*, coordinado por la cúpula de la Lliga Regionalista a través del trabajo de Alfons Maseras en París. *Les Annales des Nationalités, Etude sur la nation catalane*, núms. 6-8, Lausana, julio de 1916. En el «Comité de Patronazgo» de la *Union des Nationalités*, grupo responsable de la publicación de esta revista, se encontraban G. de Azcarate, F. Cambó, Puig i Cadafalch, Carme Karr y Unamuno.

⁵¹ MURGADES, J.: «Eugeni d'Ors: verbalitzador del Noucentisme», en VVAA: *El noucentisme. Cicle de conferències fet a la Institució Cultural del CIC de Terrassa*, Barcelona, L'Abadia de Montserrat, p. 60.

⁵² VALLCORBA, J.: *Noucentisme, mediterraneisme i classicisme. Apunts per a la història d'una estètica*, Barcelona, Quaderns Crema, 1994; GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «Noucentisme, catalanisme et arc latin», *La Pensée de Midi*, 1 (2000), pp. 44-51; MARFANY, J. LL.: «Noucentisme: una qüestió prèvia», *L'Aveng*, 194 (1995), pp. 16-19.

⁵³ UCELAY DA CAL, E.: *El imperialismo catalán*, Barcelona, Edhasa, 2003; TUS-

El proyecto político de resignificación de la cultura catalana impulsado por d'Ors había adoptado la forma definitiva durante su larga e interrumpida estancia en París, entre 1906 y 1911. Aquí, Xènius había recibido la influencia directa del pensamiento de Charles Maurras, basado en la conjunción de un nacionalismo integral y una estética clasicista⁵⁴. Sus ideas, fundamentadas en una matriz cultural y étnica mediterránea, se relacionarían en el pensamiento de d'Ors con su teoría del imperialismo. Según él, Cataluña, nación potencialmente portadora de la futura redención europea, había comenzado su trayectoria ascendente desde el provincianismo y el regionalismo y había alcanzado el nacionalismo (la fórmula es la de Prat de la Riba en *La nacionalitat catalana*). Desde aquí, habría de elevarse para llegar a la universalidad, es decir, al Imperio. En la perspectiva orsiana, mientras que el nacionalismo exaltaba las diferencias de cada pueblo, el imperialismo, en cambio, aspiraba a unir los diferentes pueblos en un Estado. La tensión evidente planteada entre su pensamiento «no-nacionalista» y su situación de intelectual partícipe del proyecto de la Lliga Regionalista, intentaría resolverla Xènius mediante la diferenciación entre los nacionalismos español, que representaba el atraso más extremo, y el catalán (que es también un proyecto para España), que presentaba una perspectiva universalista, imperialista.

En líneas generales, en lugar de un nacionalismo individualista, d'Ors propondría el redescubrimiento de una tradición cultural diferente de la peninsular, vinculada al mundo clásico mediterráneo. A través de estos valores mediterráneos (culturales y, en cierta manera, etnicistas), d'Ors articularía un discurso nacional que pretendía ser válido para Cataluña y para España, un nuevo regeneracionismo que, al tiempo que se construía como nacionalismo catalán, se postulaba como remedio al problema nacional de España. Es decir, el nacionalismo catalán sería la plataforma de lanzamiento necesaria del proyecto

QUETS, J.: *L'imperialisme cultural d'Eugeni d'Ors*, Barcelona, Columna, 1989; VARELA, J.: «El sueño imperial de Eugenio d'Ors», *Historia y política*, 2 (1999), pp. 39-82. Para un contexto catalán más amplio, véase GONZÁLEZ CALLEJA, E.: «El catalanismo en la hora del imperialismo: un estudio excepcional sobre la proyección hispánica del nacionalismo lligaire», *Studia historica. Historia contemporánea*, 23 (2005), pp. 297-312.

⁵⁴ La influencia de Maurras en España ha sido analizada en GONZÁLEZ CUEVAS, P.: *Perfil ideológico de la derecha española (teología política y orden social en la España contemporánea)*, tesis doctoral, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1992. Para el caso catalán, fd.: «Charles Maurras en Cataluña», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXC, c. II (1998), pp. 309-362.

imperialista que sería, a su vez, el remedio para la España decadente. Aunque él lo negara, d'Ors no estaba haciendo otra cosa que articular un discurso nacionalista catalán y, simultáneamente, español.

Con estas ideas, durante los años inmediatamente anteriores a la guerra, Xènius se había convertido en el máximo exponente en Cataluña de la ideología del latinismo y del mediterraneísmo⁵⁵. En agosto de 1914, llegaría a unas reflexiones complejas y difíciles de entender para muchos de sus contemporáneos pero que, de ninguna manera, constituyen una contradicción con sus planteamientos previos. Condicionado por una fuerte devoción por Francia, resultado de la influencia del nacionalismo integral de matriz maurrasiana, y una gran admiración por Alemania y su pasado imperial de valores de orden y jerarquía, habrá de realizar un juego de equilibrios que se verá reflejado a lo largo de los textos que escribirá durante la segunda mitad de 1914 en la serie de su glosario titulada *Lletres a Tina*, primera y fundamental expresión del pensamiento de Eugeni d'Ors respecto del conflicto europeo.

Pocos días después del inicio de la guerra —muy precozmente si tenemos en cuenta el contexto intelectual europeo—, el 8 de agosto, d'Ors plantea la definición central de su serie de glosas sobre el conflicto europeo: «LA GUERRA ENTRE FRANÇA I ALEMANYA ÉS UNA GUERRA CIVIL»⁵⁶. La clave última de interpretación de esta definición se encuentra en la disolución de una remota unidad político-religiosa constituida por el Sacro Imperio Romano Germánico; la idea de una Europa imperial siempre latente, apareciendo y desapareciendo a lo largo de los siglos, es el elemento subyacente que puede interpretarse en esta idea. En este sentido, lejos de presentar una postura pesimista, para Xènius la guerra representa una posibilidad excepcional para la reconstitución de Europa —y de España, dentro de ella— a través de la (re)construcción mítica del Imperio de Carlomagno. Francia y Alemania constituían una comunidad y las glorias artísticas de cada una de estas culturas debían formar un único Imperio que, pese a los enfrentamientos, no podía dejar de existir. Este planteamiento presentaba varias dificultades, ya que proponía identificar Alemania como encarnación de la Idea —en sentido hegelia-

⁵⁵ BILBENY, N.: *Eugeni d'Ors i la ideologia del noucentisme*, Barcelona, La Magrana, 1988, pp. 128-133.

⁵⁶ ORS, E. d': *Lletres a Tina*, Barcelona, Quaderns Crema, 1993, p. 20.

no— y, al mismo tiempo, mantener el latinismo que situaba a Cataluña como el punto de partida geográfico y cultural de un proceso regenerador. Pero, consciente de este problema, realizaría un intento de conciliación sincrética entre el germanismo y el latinismo⁵⁷.

La necesidad de reconstruir una cultura europea a partir de las vertientes alemana y francesa lo llevará a realizar una crítica del intento germano de construir una nueva cultura alemana, y europea, separada de la anterior. Los principales filósofos, intelectuales y políticos alemanes se habían equivocado, dirá Xènius: Hegel, Goethe, Novalis, Mommsen, todos los especialistas en la definición del ideal alemán desde Fichte hasta Chamberlain habían cometido el error de intentar impulsar la construcción de una cultura germánica independiente y dominante. El valor secreto del viejo espíritu germánico, la mayor aportación que la cultura germana podría hacer a la reconstitución europea, sería la *Llibertat*, que había sido extendida por Europa después de abatir al Imperio Romano. Así, el alma alemana tendría un secreto y un sentido, la *Llibertat*, pero su obra tendría otro secreto y otro sentido, la *Autoritat*, que sería «*la vella Idea Llatina —la de Roma—, la del Mediterrani—, la de l'Emperador Julià—, la de Plató!* (...) *la idea que es va corrompre amb la Revolució*»⁵⁸. El esquema que sostenía este planteamiento era la identificación de Francia, de la cultura francesa del momento, con el *desastre* del liberalismo y la democracia del siglo XIX, mientras que Alemania, pese a sus intentos separatistas y de conquista, era entendida como la heredera y la protectora de los valores de la cultura europea del siglo XVII, del Absolutismo ilustrado francés y sus ideas de jerarquía, autoridad y orden. De esta manera, la *Autoritat* sería retornada a los latinos (a los mediterráneos, a los catalanes y a los españoles, por tanto) por aquellos que habían sido los primeros portadores de la idea de *Llibertat*. Así, manteniendo el recurso de su juego de antinomias tan habitual, d'Ors plantea que el káiser aportaba a Francia en forma de *Autoritat* lo mismo que

⁵⁷ MURGADES, J.: «Estudi introductori», en ORS, E. d': *Lletres a Tina*, op. cit., pp. ix-xcii.

⁵⁸ ORS, E. d': *Lletres a Tina*, op. cit., p. 87. D'Ors ya había ensayado esta argumentación el año anterior: «Se veu que, si l'independència alemanya fou feta «contra» l'obra de Napoleón, l'Alemanya en ella mateixa, la moderna Alemanya fou feta, en gran part, «per» obra de Napoleón. (...) El que robava l'independència, donava, en canvi, llum de pensament i civil dignitat». ORS, E. d': «Napoleón i l'Alemanya», *Glossari 1912-1913-1914*, Barcelona, Quaderns Crema, 2005, p. 602.

Napoleón había dado a Europa en forma de una virtud típicamente germánica, la *Llibertat*, «¿El retrocés dels temps de Goethe no començaria a veure's compensat per l'avenç del temps nostre? ¿1914 no representaria una rèplica contrària, però simètrica a 1814?»⁵⁹. A partir de estas ideas, la guerra permitiría poner las bases para una regeneración de Europa en un movimiento que solamente sería posible gracias al *orgullo de clase alemán*, es decir, al orgullo de función, al sentido social, al Estado, al Socialismo, en suma «l'hòme-funció apreciat per damunt de l'hòme-persona. La consciència d'ésser un òrgan prevalent sobre la consciència d'ésser un fi»⁶⁰.

Para Xènius, era tan evidente la superioridad política y social germánica, en tanto antídoto para Europa en términos políticos y organizativos, como la preponderancia artística y filosófica latina frente a Alemania. La cultura mediterránea había de ser tan importante para la historia de Europa como para la Europa futura y su continuidad; es decir, su supervivencia constituía un elemento clave. Estos planteamientos llevarían a Xènius, otra vez, a unas ciertas dificultades para poder dotar de coherencia a su idea original de una guerra civil europea. La reconciliación llegaría a través de una fórmula, recurso típicamente orsiano, en la cual el pensamiento latino representaría la razón y el germánico, el componente vital y natural: «*Mediterranis per la cultura, som també germànics, perquè tota la natura n'és, en lo pregon de la nostra natura*»⁶¹.

En el segundo paréntesis de las *Lletres a Tina*, d'Ors planteará de manera clara —en sintonía con una cierta exaltación de la guerra que se había generalizado entre los intelectuales europeos y españoles— una definición que ya se encontraba implícita en sus afirmaciones previas: «*Son els alemanys avui els qui "tenen raó", qui porten l'esperit que*

⁵⁹ ORS, E. d': *Lletres a Tina*, op. cit., p. 96. Esta glosa publicada el 26 de septiembre se articula a partir de la idea de una *Marsellesa de l'Autoritat*, extraída de la lectura de una encuesta hecha en Francia, firmada con el seudónimo de Agathon y publicada un año antes con el título de *Les jeunes gens d'aujourd'hui*. Con este concepto d'Ors intentaría mostrar una cierta concordancia (ideal, aunque no práctica) entre los intereses de un grupo de intelectuales franceses y alemanes en torno a la lucha contra la anarquía y la decadencia europeas. Pocos meses después, Henri Massis, uno de los autores escondidos bajo el nombre de Agathon, publicaría su libro *Romain Rolland contre la France*, al cual d'Ors ya no haría referencia porque constituía, indirectamente, un ataque a sus propias ideas.

⁶⁰ ORS, E. d': *Lletres a Tina*, op. cit., p. 89.

⁶¹ *Ibid.*, p. 143.

ha de triomfar. Però la seva victòria ja és perfecta i acabada, amb el fet sol de la guerra, amb el fet sol de l'avenç. No cal la victòria definitiva. Menys encara cal la ruïna de l'adversari»⁶². La victoria de la *Autoritat* había comenzado con el propio inicio de la guerra, ya que toda la sociedad de la Francia anárquica se había organizado militarmente a partir de los principios germánicos de orden y jerarquía. En este sentido, afirmará que «*el demà es diu Civilisme, Socialisme, religió d'Estat*»⁶³. Así, la potencialidad regeneradora de la guerra sería, también, un antídoto para el *problema* de España, siempre que ésta se dejara influir por los valores mediterráneos del imperialismo catalán: «*Volem, además, que aquest mot unitari, "Europa", pugui continuar servint-nos de bandera en un combat per la reforma i la cultura dins Espanya*»⁶⁴.

Frente a una situación militar que parecía dar el triunfo a Alemania —lo cual, recordemos, implicaba la extensión de la *Autoritat* y la posibilidad de la reconstitución moderna del Imperio de Carlomagno—, d'Ors se atreverá, a finales de octubre, a hablar de paz y alianzas. El triunfo alemán, afirmarí, no pondría en peligro el mediterraneísmo esencial europeo y catalán, ya que el pensamiento latino integraría, a través de la ironía (concepto orsiano de matriz dialéctica), los componentes germánicos. Finalmente, Xènius propondría tres fuerzas que deberían encabezar la lucha por la paz: la Iglesia católica, representada por su pontífice; los organismos internacionales de carácter pacifista, representados en la figura del presidente Wilson, y el Socialismo Universal, que ante la falta de fuerzas o personas concretas podría ser designado bajo el símbolo de la «*Resurrecció de Jean Jaurès*»⁶⁵.

La defensa de las ideas planteadas en las *Lletres a Tina*, su papel como intelectual-guía y la situación de radicalización que se vivía en Europa, España y Cataluña llevarían a Eugenio d'Ors a la creación

⁶² *Ibid.*, p. 157.

⁶³ *Ibid.*

⁶⁴ *Ibid.*, p. 158.

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 159-161. Este socialismo universal, ligado a la resurrección de Jaurès, tiene, como plantea Murgades, un carácter redentorista, a pesar de que el elemento más relevante sea la falta de precisión presente alrededor del concepto. MURGADES, J.: «Estudi introductorio», en ORS, E. d': *Lletres a Tina*, *op. cit.*, p. xx. Sin embargo, es necesario aclarar que la idea de socialismo que d'Ors sostiene en esta serie de glosas está relacionada claramente con el socialismo alemán de matriz estatista —el modelo es claramente spengleriano, esquematizado en 1919 en *Preussentum und Sozialismus*— y no con el de las izquierdas francesa y alemana.

del Comitè d'Amics de la Unitat Moral d'Europa⁶⁶ y a la publicación del primer «Manifest del Comitè d'Amics de la Unitat Moral d'Europa», el 27 de noviembre de 1914. Este manifiesto sería la expresión más importante de la plataforma, aunque escasamente difundido hasta la traducción francesa de Romain Rolland. El periódico barcelonés *La Vanguardia* sería el primero en publicarlo, seguramente por influencia de su director, firmante del texto⁶⁷. El manifiesto afirmaba situarse «*tan llunyà a l'internacionalisme amorf com a qualsevulla estret localisme*», confirmaba su creencia en la irreductible «UNITAT MORAL D'EUROPA»⁶⁸ y a continuación planteaba la tesis de la justicia de la guerra como conflicto entre dos grandes intereses y la necesidad de trabajar para detener la destrucción completa de alguno de los adversarios. La novedad de este manifiesto no aparecía tanto en sus ideas, todas ellas presentes en las *Lletres a Tina*, sino en la composición heterogénea de sus firmantes, entre los que encontramos varios discípulos intelectuales de Xènius, pero también personalidades que podrían situarse lejos de su entorno más cercano, como Carme Karr o Rafael Campanals. Posteriormente, se sumaron otras firmas como las del propio Romain Rolland, la de Andreu Nin y las de algunas entidades pacifistas europeas⁶⁹.

Sin duda, el gran impulso del grupo, del manifiesto y del propio d'Ors se produjo con la publicación del texto en el periódico suizo *Le*

⁶⁶ Sobre la fundación, véanse JARDÍ, E.: *Eugeni d'Ors. Obra i vida*, Barcelona, Quaderns Crema, 1990, pp. 158-159; y TORREGROSA, M.: *Filosofía y vida de Eugenio d'Ors. Etapa catalana: 1881-1921*, Navarra, Ediciones Universidad de Navarra, 2003, p. 178.

⁶⁷ «Un documento. La unidad de Europa», *La Vanguardia*, Barcelona, 1 de diciembre de 1914, p. 7. El periódico de los regionalistas, por su parte, se referiría a él semanas más tarde, en «El conflicte europeu. El Comitè d'Amics de l'Unitat Moral d'Europa», *La Veu de Catalunya* (edición de la mañana), 1 de enero de 1915, p. 2. También el manifiesto aparecería en España en *El Diluvio*, *El País*, *Aurora Social* (periódico socialista de Gijón) y la revista *España*.

⁶⁸ ORS, E. d': «El Manifest», *Glosari 1915*, Barcelona, Quaderns Crema, 1990, p. 47. Cito el manifiesto a partir de la glosa publicada por Xènius el 8 de febrero de 1915 en *La Veu de Catalunya*.

⁶⁹ La lista completa de los firmantes del manifiesto no es exactamente la que proporciona d'Ors en el *Glosari 1915* (p. 49), ya que a ésta deben agregarse las que van apareciendo a lo largo del «Ampli Debat» de ese año y también algunas que no están publicadas aquí —como la de Joan Salvat-Papasseit— y que se encuentran en la Biblioteca de Catalunya. Secció de Manuscrits. Documentació d'Eugeni d'Ors (BC en adelante), Ms. 4720.

Journal de Genève, traducido al francés⁷⁰. A pesar de que la genealogía de la relación personal entre Rolland y d'Ors se inicia con una referencia hecha por Miguel de Unamuno en una carta al intelectual francés⁷¹, este último recibió el manifiesto a través del periodista Julio Gómez de Fabián y lo publicaría traducido en el diario ginebrino⁷². Exactamente una semana después de la publicación de la traducción de Rolland, Xènius se presentaba en Bilbao, invitado por la Junta Directiva de la Sociedad «El Sitio», que ya se había adherido al manifiesto del Comitè d'Amics de la Unitat Moral d'Europa, para que expusiese sus ideas sobre el conflicto europeo. La disertación se titularía «Defensa del Mediterráneo en la Guerra Grande»⁷³ y constituyó un excelente resumen de las ideas que Xènius había presentado a lo largo de sus *Lletres a Tina*, y que también habían aparecido en el texto inaugural de su agrupamiento europeísta. Aquí, d'Ors se propuso dejar clara, otra vez, su posición frente a la guerra a través de una rotunda negativa a cualquier alusión al neutralismo, al pacifismo y a la pertenencia a cualquiera de los dos bandos en lucha. Los verdaderos neutrales, diría, eran aquellos que desertan de la guerra en sus conciencias para alistarse cobardemente en la otra guerra, la de las trin-

⁷⁰ «Pour l'Europe. Un manifeste des écrivains et penseurs de Catalogne», *Le Journal de Genève*, 9 de enero de 1915, p. 1. Probablemente (a pesar de que la versión de Eugeni d'Ors sea que corresponde a Rolland) la traducción del manifiesto al francés haya sido realizada por el propio Xènius, ya que en el fondo de la correspondencia de Romain Rolland se encuentra una copia del manifiesto mecanografiada traducida al francés por Eugeni d'Ors y enviada en un sobre con el sello «Comitè d'Amics de l'Unitat Moral d'Europa». *Correspondance Fonds Romain Rolland. Bibliothèque Nationale de France. Site Richelieu. Département des Manuscrits Occidentaux* (CFFR en adelante). Eugenio Ors y Rovira. La relación entre Rolland y Ors ha sido trabajada hasta ahora solamente por la doctora Àngels Santa en sus artículos. Véanse SANTA, À.: «Eugeni d'Ors i Romain Rolland», en *Homenatge a Antoni Comas: miscel·lània in memoriam*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1985, pp. 415-434, e ÍD.: «Eugeni d'Ors et Roger Martin du Gard à travers Romain Rolland: des amitiés franco-allemandes», *L'ull crític*, 11-12 (2007), pp. 193-206.

⁷¹ CFFR. Miguel de Unamuno. 16 de octubre de 1914. Esta carta se encuentra resumida también en ROLLAND, R.: *Diarios de los años de guerra 1914-1919*, t. I, Buenos Aires, Librería Hachette, 1954, p. 51.

⁷² ROLLAND, R.: *Diarios...*, *op. cit.*, t. I, p. 134. Gómez de Fabián era el corresponsal en París de los diarios *El Mundo*, de Madrid, y *La Vanguardia*, de Buenos Aires. Se puede seguir de manera detallada esta relación a través de la documentación francesa y barcelonesa. CFFR, Julio de Gómez de Fabián; BC, Ms. 4720.

⁷³ El texto original de la conferencia aparecería en el periódico de Bilbao *El Liberal*, núm. 4832, 17 y 18 de enero de 1915.

cheras. En este sentido, su relación con Romain Rolland sería utilizada para dar relevancia europea a su planteamiento, ya que lo consideraba el ejemplo más acabado de quien había sabido superar la parcialidad de las dos neutralidades, la del ecléctico vulgar y la del estéril separatista.

El mismo día en que Xènius pronunciaba estas palabras en Bilbao aparecía en París un artículo del catedrático de la Sorbonne Alphonse Aulard sobre el «Manifest del Comitè d'Amics de la Unitat Moral d'Europa» que se hacía eco de la publicación de la traducción de Rolland en Ginebra⁷⁴. Con él se iniciaba una dinámica de grupos de intelectuales a partir de la cual se acabarían conformando dos campos de fuerza entrelazados en los cuales debería aprender a moverse Xènius: el francés-europeo y el catalán-español.

El campo de fuerzas europeo, nacionalistas franceses y neutralistas europeos

A partir de 1915, Eugeni d'Ors, como parte de la intelectualidad europea, se encontrará dentro de un campo de fuerzas construido a partir de dos polos. Por un lado, los minoritarios neutralistas, europeístas y pacifistas más o menos cercanos a Romain Rolland; por el otro, Alphonse Aulard, la *Académie Française*, *Action Française* y la abrumadora mayoría de los intelectuales y académicos franceses. En la conformación de esta disputa, Marius André, escritor, traductor al francés de varias obras de Santiago Rusiñol y admirador de Charles Maurras, asumiría un papel clave⁷⁵. En el lado opuesto, esta situación llevaría a Xènius a establecer contactos con toda una serie de grupos internacionales que tenían como objetivo la neutralidad y la paz y como líder, a Rolland.

La campaña contra el Comitè y Xènius se inició con el citado artículo de Aulard, donde se afirmaba con rotundidad que el manifiesto

⁷⁴ AULARD, A.: «Un Manifeste Etrange», *L'Information politique, économique et financière*, 16 de enero de 1915, p. 1.

⁷⁵ Véase ANDRÉ, M.: *La Catalogne et les germanophiles*, Barcelona, Llibreria espanyola, 1915. Es necesario destacar que la documentación francesa y catalana nos permite afirmar que André trabajaba durante esos meses como agente de propaganda francés en España en estrecha relación con la Embajada francesa en Madrid y el Consulado en Barcelona.

«ne représente à aucun degré l'opinion de l'Espagne libérale. C'est une manœuvre allemande»⁷⁶. Pocos días más tarde, las páginas de este mismo periódico fueron escenario de una particular alianza entre simpatizantes y enemigos acérrimos de los valores de la Revolución Francesa. La guerra y la *Union Sacrée* harían posible que Aulard se encontrara junto a Charles Maurras, el más reconocido impulsor de las ideas monárquicas en Francia y uno de las influencias más destacadas de Eugeni d'Ors. El nexo entre ambos sería el francés Marius André, entonces residente en España, que el 22 de febrero escribía una carta a Aulard, que sería luego publicada en el periódico en el que este último colaboraba⁷⁷. Personalizando sus ataques en Eugeni d'Ors y demostrando un gran conocimiento de las glosas que éste había publicado, el simpatizante de *Action Française* forzaba los argumentos sosteniendo que «pour avoir d'être impartial, il prêche à la fois le démembrement de la France et celui de l'Allemagne. On sait ce que cela veut dire (...) C'est un agent du germanisme».

La conjunción entre Aulard y Maurras no era fortuita. La actividad de *Action Française* y André contra Rolland y d'Ors ya había comenzado casi un mes antes desde las páginas del periódico donde escribían Maurras y Daudet. A mediados de febrero, había aparecido un artículo sobre España y la cuestión del latinismo frente a la guerra firmado por el primero en el cual se daba una gran importancia a la acción de André en Cataluña, a quien calificaba como «*cónsul de France*». Seguidamente, Maurras dirigía los ataques al periódico regionalista e indirectamente a Xènius por haber destacado en sus glosas a Rolland como la «*conscience de la France*»⁷⁸. Poco más de un mes después, Maurras volvería a la carga contra d'Ors y Rolland titulando dos apartados de su columna habitual —«*La politique*»— como «*Marius André et Romain Rolland*» y «*Germanophiles catalanes*»⁷⁹. El primer texto era una defensa de André frente a las críticas

⁷⁶ Aulard volvería a criticar a d'Ors en una de sus clases de su *Course d'histoire de la Révolution Française* en la Sorbonne tres días después. AULARD, A.: *La guerre actuelle commentée par l'Histoire. Vues et impressions au jour le jour (1914-1916)*, París, Librairie Payot & Cie., 1916, pp. 14-16.

⁷⁷ X.: «La propagande Germanophile en Espagne», *L'Information politique, économique et financière*, 6 de marzo de 1915, p. 3. A pesar de que la carta está firmada solamente con la letra X, todos las referencias que aparecerán posteriormente nos permiten afirmar que André era quien la había escrito.

⁷⁸ MAURRAS, Ch.: «La politique», *L'Action Française*, 13 de febrero de 1915, p. 1.

⁷⁹ *Ibid.*, 27 de marzo de 1915, p. 1.

que Rolland había vertido en un artículo aparecido en *L'Humanité*⁸⁰ mientras que el segundo, dedicado a Xènius, estaba construido a partir de citas de unas glosas que le permitían afirmar que «*ce texte énorme suffira, je crois, à montrer ce qu'on est capable de souffrir dans les colonnes de l'Humanité comme dans le cerveau de M. Romain Rolland, par simple passion de l'Allemagne*»⁸¹. D'Ors, por su parte, respondería desde las páginas de *España* acusando a Maurras de haber traicionado sus propios valores, reafirmando sus ideas presentadas en las *Lletres a Tina* y explicitando simultáneamente su decepción por la actitud del intelectual francés, a quien consideraba una referencia intelectual: «¿Por qué no llamaríamos *germanizados* a aquellos que en la Francia de hoy han clamado por el espíritu de autoridad, que ha avanzado con el avance de huestes nuevas? Y estos son los suyos, señor Maurras. Estos son los monárquicos, los nacionalistas, los imperialistas»⁸². Efectivamente, era el líder de *Action Française* quien había traicionado sus valores y no d'Ors, que seguía defendiendo lo mismo que había sostenido antes de la guerra.

Durante los meses siguientes, los principales referentes de *Action Française* establecerían contactos con políticos como J. Garriga Masó⁸³ y seguirían apoyando a André y a Santiago Rusiñol, a quien Léon Daudet consideraba como uno de los elementos más activos en Cataluña en la campaña contra los *germanófilos* de Barcelona. El apoyo a los intelectuales francófilos españoles y los ataques a las iniciativas pacifistas⁸⁴ serían una constante que el grupo monárquico y nacionalista francés no abandonaría nunca a lo largo de la guerra.

Más allá de la extraña alianza entre Aulard y Maurras, Eugeni d'Ors recibiría también críticas del hispanista, miembro de la dirección del *Bulletin Hispanique*, Alfred Morel-Fatio, aunque éstas serían de menor calibre y tendrían más resonancia en España y Cataluña que en Francia⁸⁵. Morel-Fatio, desde la *Revue des Deux Mondes*, lle-

⁸⁰ ROLLAND, R.: «Lettre à M. Marius A.», *L'Humanité*, 26 de marzo de 1915, p. 1.

⁸¹ MAURRAS, Ch.: «La politique», *L'Action Française*, 27 de marzo de 1915, p. 1.

⁸² XÈNIUS: «Las obras y los días», *España*, núm. 18, 28 de mayo de 1915, p. 4.

⁸³ Véanse los dos artículos de Charles Maurras titulados «La fraternité catalane», *L'Action Française*, 17 y 18 de abril de 1915, p. 1.

⁸⁴ MAURRAS, Ch.: «La politique», *L'Action Française*, 8 de septiembre de 1915, p. 1.

⁸⁵ MOREL FATIO, A.: «L'attitude de l'Espagne dans la guerre actuelle», *Le Correspondant*, 25 de mayo de 1915, p. 292.

garía a afirmar que a pesar de la enorme simpatía despertada por Francia en Barcelona, la única nota discordante entre los catalanistas la daba el «*Manifest des amis de l'unité morale européenne*»⁸⁶. Asimismo, los cuestionamientos también partirían desde la revista *Mercur de France*, a través de los textos sobre España que escribía Marcel Robin⁸⁷.

En este contexto de gran ofensiva contra sus postulados, los apoyos intelectuales y las simpatías que Xènius recibió en Europa fueron más bien escasos. Su situación, como ya hemos dicho, quedaría ligada, en lo bueno y en lo malo, a la de Romain Rolland, en un momento en que las ideas del autor de *Jean-Christophe* no eran bien recibidas en Europa⁸⁸. Así, d'Ors establecería relaciones epistolares con la *Union of Democratic Control*⁸⁹ y con la sociedad alemana *Neues Vaterland*⁹⁰. Pero la más importante de ellas se desarrollaría con la *Nederlandsche Anti-Oorlog Raad*, sección holandesa de la *Ligue Internationale de la Paix et de la Liberté*, que invitaría al Comitè d'Amics de la Unitat Moral d'Europa a formar parte de su agrupamiento internacional. Durante este año, también recibiría una propuesta para participar en el Consejo Internacional de la *Organisation Centrale pour une Paix Durable* para preparar una reunión internacional que debía realizarse en La Haya entre el 7 y el 10 de abril de 1915⁹¹.

A pesar de las críticas que recibía, la proyección europea de Xènius como intelectual y la de su grupo, como vemos, se potenciaba. Como resultado también de la actividad de Rolland, d'Ors vería publicadas unas referencias a su manifiesto en Holanda en una carta de Rolland a F. van Eeden⁹², que luego aparecerá traducida en París,

⁸⁶ MOREL FATIO, A.: «L'Espagne et la guerre», *Revue des Deux Mondes*, 1 de mayo de 1915, p. 91.

⁸⁷ ROBIN, M.: «Revue de mois. Espagne», *Mercur de France*, 1 de mayo de 1915, pp. 149-160.

⁸⁸ STARR, W.: *Romain Rolland and a World at War*, *op. cit.*, pp 50-65.

⁸⁹ BC, Ms. 4720, Carta de Charles Trevelyan a Eugeni d'Ors, Londres, 20 de enero de 1915.

⁹⁰ ROLLAND, R.: *Diarios...*, *op. cit.*, t. I, p. 199.

⁹¹ BC, Ms. 4720, Carta de la Organisation Centrale pour une Paix Durable, sección holandesa «Nederlandsche Anti Oorlog Raad» a Eugeni d'Ors, La Haya, 1915. D'Ors finalmente no asistiría a la reunión (tampoco lo haría Altamira como representante español) pero sí asumiría el Programa Mínimo resultante de ella y lo difundiría en Cataluña y España. Es necesario recordar que eran parte de este grupo, entre otros, Rafael Altamira, Th. Ruyssen, A. Forel, C. Huysmans y Paul Otlet.

⁹² Esta carta apareció originalmente publicada en el periódico holandés *De Ams-*

en el diario *L'Humanité*⁹³. Dos meses después, en la revista alemana *Das Forum* en el número de marzo de 1915⁹⁴ se publicaría el texto completo del manifiesto, alcanzando así un ambiente intelectual al cual no había podido llegar hasta entonces. También uno de los defensores más activos de Romain Rolland, Henri Guilbeaux, difundiría sus ideas desde la neutral Suiza y volvería a referirse a las acusaciones de Marius André, Maurras y Aulard⁹⁵.

El catalán Alfons Maseras, residente en París y profundamente inmerso en el ambiente intelectual europeo del momento, se ocupó también de la polémica suscitada en Francia. En el número de marzo de 1915 de la revista publicada en Lausana *Les Annales des Nationalités*⁹⁶ escribió un primer artículo sobre la guerra y Cataluña⁹⁷; y luego publicó un dossier dedicado al debate titulado «Les sympathies Catalanes pour la France et ses Alliés». Así, además de poner en circulación entre los intelectuales europeos (y catalanes, ya que la revista era también leída en Barcelona) los principales textos de la polémica, Maseras realizaba en el primer texto del dossier una importante defensa de Eugeni d'Ors, tal vez la de mayor profundidad intelectual, si tenemos en cuenta que Maseras era partidario de la victoria de los aliados y un reconocido francófilo⁹⁸.

A pesar de que Rolland y Xènius no coincidían plenamente en las reflexiones en torno a la guerra y al porvenir europeo, podríamos afir-

terdammer el 24 de enero. Posteriormente sería incluida en la compilación *Au-dessus de la mêlée*.

⁹³ «Le Droit des Peuples. Une lettre de Romain Rolland à un écrivain néerlandais», *L'Humanité*, 15 de febrero de 1915, p. 1.

⁹⁴ *Das Forum*, número de marzo de 1915, pp. 651-653. La traducción del manifiesto al alemán habría sido obra de W. Herzog, a quien Rolland se había referido elogiosamente en sus diarios. Véanse ROLLAND, R.: *Diarios...*, op. cit., t. I, pp. 117 y 168; STARR, W.: *Romain Rolland and a World at War*, op. cit., pp. 44; y CHEVAL, R.: *Romain Rolland*, op. cit., p. 403.

⁹⁵ GUILBEAUX, H.: *Pour Romain Rolland*, Ginebra, J. H. Jeheber Librairie-Editeur, 1915, pp. 22-23.

⁹⁶ Es importante destacar que la revista estaba dirigida por el diputado por París P. Painlevé, y que en su *Comité de Patronage* figuraban G. de Azcárate, F. Cambó, J. Puig i Cadafalch, C. Karr y M. de Unamuno.

⁹⁷ MASERAS, A.: «La Catalogne et la guerre», *Les Annales des Nationalités*, 3 (1915), pp. 70-72.

⁹⁸ «Les sympathies Catalanes pour la France et ses Alliés», *Les Annales des Nationalités*, 4 (1915), pp. 102-116. Sobre la actividad de Maseras durante la guerra, véase CORRETTGER, M.: *Alfons Maseras: Intel·lectual d'acció i literat*, Barcelona, Curial-L'Abadía de Montserrat, 1995, pp. 85-107.

mar, esquemáticamente, que en el seno del ambiente intelectual francés los ataques a sus figuras estaban liderados, cuantitativa y cualitativamente, por los sectores más conservadores de la intelectualidad francesa, con *Action Française* como grupo más visible. Por otro lado, entre sus tímidos apoyos, debemos contar las publicaciones e intelectuales más cercanos a las izquierdas y a un difuso pacifismo con *L'Humanité* y Romain Rolland como elementos más destacados. La disputa se situaría, pues, entre Rolland —y d'Ors junto a él— y *Action Française*, tal como afirmaría el primero en su última carta a Marius André, motivada por toda la polémica sobre los intelectuales catalanes: «*je veux éviter, autant que je le puis, le spectacle attristant de deux Français en conflit, à l'étranger; et ce spectacle n'aurait jamais eu lieu, s'il n'avait tenu qu'à moi. C'est vous qui l'avez provoqué. Si, par la suite, l'Action Française recommence ses attaques, il est bien certain que L'Humanité répondrait; et, au besoin, je répondrai. Mais ce sera malgré moi; il faudra que j'y soit forcé*»⁹⁹.

Como consecuencia del debate hasta aquí reseñado, podemos afirmar con claridad que Xènius despertó muy pocas simpatías en Francia, y que sus posiciones, lejos de intentar ser comprendidas, fueron asimiladas en el mismo contexto intelectual que rechazaba las tesis de Romain Rolland. D'Ors era muy consciente de esta situación y en unas cartas que le envió a Unamuno durante el mes de mayo se lamentaba: «A mí ahora todo ese mundo de *camelots*, de Maurras abajo, me ha tomado por cabeza de turco y me dicen mil perrerías, con motivo de lo de la “Unidad Moral de Europa”, y sólo del otro lado, *Humanité* o *Bataille Syndicaliste* o *nacionalistas (Annals de)* o filantrópicos, soy defendido tímidamente»¹⁰⁰. Xènius había quedado situado a merced de las tensiones entre los nacionalistas franceses y los neutralistas europeos. No era ni una cosa ni otra, pero las fuerzas magnéticas del campo lo acabarían acercando a uno de los polos, tanto por una cierta concordancia en las ideas respecto a Europa como por criterios elementales de supervivencia intelectual.

⁹⁹ CFRR, Marius André, Carta de Romain Rolland a Marius André, Ginebra, 18 de mayo de 1915.

¹⁰⁰ Carta de Eugeni d'Ors a Miguel de Unamuno, Barcelona, 7 de mayo de 1915. CACHO VIU, V.: *Revisión de Eugenio d'Ors (1902-1930)*, Barcelona, Quaderns Crema-Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1997, p. 336.

El campo de fuerzas catalán-español

A pesar de que el pensamiento de d'Ors tenía claras compatibilidades con la idea de «neutralidad activa» de Ortega y de que *España* había publicado y firmado el primer manifiesto del Comitè d'Amics de la Unitat Moral d'Europa, las críticas recibidas en Francia también tendrían su contrapartida en España y Cataluña.

Entre los españoles, no tardaría en aparecer la figura de Miguel de Unamuno, que se había declarado contrario a Alemania, a su acción y a su pensamiento. Unamuno había dedicado un texto a Xènius discutiendo su visión sobre la cultura y la filosofía alemanas¹⁰¹, al cual el intelectual catalán, continuando dentro de su esquema, respondería «*Jo sé que és adversari d'Alemanya perquè ell és també, en lo íntim del seu cor, adversari de França. Jo sé que ell és adversari d'Alemanya perquè és, en plena consciència i en explícita definició, adversari d'Europa*»¹⁰². Este debate continuó con una respuesta del rector de Salamanca que, a pesar de reconocer la «gran agudeza y perspicacia psicológica de Xènius», plantearía que, no obstante las evidentes influencias entre las dos culturas, «ni Francia ni Alemania —ni Europa, por lo tanto, como no sea la Europa pura, categórica y como tal algo arbitraria— son dos entidades tan simples»¹⁰³. Las discusiones seguirían, pero cada vez más con unas posiciones radicalmente más aliadófilas del intelectual salmantino.

Entre los catalanes, por su parte, las primeras reacciones fueron las críticas de Mario Aguilar —desde las páginas de *La Campana de Gràcia*—, Gabriel Alomar —en *El Día Gráfico* y *La Campana de Gràcia*— y, con una mayor radicalidad en sintonía con Léon Daudet, Santiago Rusiñol desde *L'Esquella de la Torratxa*. Desde *La Veu de Catalunya*, en cambio, aparecerían comentarios tibiamente positivos respecto a d'Ors y al Comitè.

Pero con el desarrollo de la guerra y con unas polémicas de radicalidad creciente entre los intelectuales, esta situación se modificaría rela-

¹⁰¹ UNAMUNO, M. de: «Uebermensch», *El Día Gráfico*, 30 de octubre de 1914, p. 3.

¹⁰² ORS, E. d': *Lletres a Tina*, op. cit., p. 187.

¹⁰³ UNAMUNO, M. de: «Franco-Alemania», *El Día Gráfico*, 6 de diciembre de 1914, pp. 3-4. La polémica con Unamuno también aparecerá en los artículos sobre «el célebre Benítez», publicados en *El Día Gráfico* durante estos meses.

tivamente. La influencia francesa a través de la propaganda, de la acción de la Embajada en Madrid y del Consulado barcelonés agudizó la aliadofilia de muchos de ellos. Y d'Ors también sufriría estos cambios. Así, la revista *España* comenzaría a mostrar de manera creciente unas simpatías aliadófilas cada vez más radicales¹⁰⁴. Junto con las colaboraciones periódicas de tendencia favorable a Francia, la revista publicaría el *Manifest dels Catalans*¹⁰⁵ y, más tarde, un artículo escrito por Miguel de Unamuno favorable a la entrada en guerra de España a favor de los aliados¹⁰⁶. En el número siguiente, aparecería el manifiesto de los intelectuales españoles a favor de las naciones aliadas con la firma, entre otros, de Ortega y Gasset¹⁰⁷. Evidentemente, en este contexto, eran cada vez más difíciles de mantener las visiones de Xènius y Romain Rolland en las páginas del semanario, y el intelectual catalán dejaría de colaborar en el mes de junio con su columna «Las obras y los días», que había iniciado con el primer número de la revista. El francés, por su parte, comenzaría a recibir unas críticas que ya no se distinguían demasiado de las que estaban publicándose en Francia¹⁰⁸.

Entre los intelectuales catalanes, la situación tuvo una mayor dureza, en parte, producto de la acción de Marius André en Barcelona y de las cercanas relaciones entre una parte de los intelectuales próximos al catalanismo republicano con Charles Maurras y Léon Daudet¹⁰⁹. Las críticas más fuertes vendrían desde D. Martí i Julià y la *Unió Catalanista* y, sobre todo, desde las publicaciones *El Poble Català* e *Iberia*. En la primera de éstas, los textos de Lluís Pellissier —seudónimo de Jules Delpont, catalán francés y colaborador del periódico afín a *Action Française Le Rousillon*— y de I. Ribera i Robira demuestran la conexión mencionada¹¹⁰ y también reflejan con claridad la actividad de

¹⁰⁴ Recordemos que d'Ors había saludado la aparición de la revista como expresión de la «*Espanya real*». ORS, E. d': «España», *Glosari 1915*, op. cit., p. 32.

¹⁰⁵ «Un manifiesto», *España*, núm. 13, 23 de abril de 1915, p. 10.

¹⁰⁶ UNAMUNO, M. de: «El por qué de la crisis», *España*, núm. 23, 2 de julio de 1915, p. 4.

¹⁰⁷ «Manifiesto de adhesión a las naciones aliadas», *España*, núm. 24, 9 de julio de 1915, p. 6.

¹⁰⁸ «Figuras contemporáneas. Romain Rolland», *España*, núm. 29, 12 de agosto de 1915, p. 4.

¹⁰⁹ He analizado este tema en FUENTES CODERA, M.: «Charles Maurras i el republicanisme català contra Romain Rolland i Eugeni d'Ors. L'experiència de la Gran Guerra i els intel·lectuals catalans», *Afers*, 62 (2009) (en prensa).

¹¹⁰ PELLISSIER, LL.: «Falsos neutrals», *El Poble Català*, 6 de abril de 1915, p. 1.

Marius André y sus críticas a d'Ors y a Rolland¹¹¹. Esto también puede observarse en el semanario *Iberia*. Como hemos comentado, ya desde el primer número la revista atacaba al grupo de Xènius con una ilustración de *Apa* en su portada y también podían leerse unas primeras críticas a Romain Rolland¹¹² y, páginas más adelante, una reseña del «*Ampli Debat*» del *Glosari d'Ors*¹¹³. Mario Aguilar identificaba a éste y Rolland como aliados; mientras que al francés le criticaba su búsqueda de la verdad en medio del horror («Pilatos, en nuestros días, escribiría apostillas al margen de los artículos de Romain Rolland»), al catalán le achacaba su deseo de triunfo de la Autoridad sobre la Democracia, de la coacción sobre la libertad¹¹⁴. En los meses siguientes, la revista continuaría mostrando sus coincidencias con Maurras y su grupo, junto con las críticas al europeísmo y al neutralismo orsianos¹¹⁵. Las relaciones entre el republicanismo catalán y los intelectuales franceses y las esperanzas de autonomía catalana en el escenario europeo futuro continuaron a lo largo de toda la guerra, aunque estas últimas se verían frustradas después de 1919.

Como consecuencia de las polémicas generadas, el Comitè d'Amics de la Unitat Moral d'Europa recibió una serie de adhesiones de intelectuales catalanes, españoles y europeos durante 1915. Xènius se encargó de hacer visibles estos apoyos junto a las críticas que había estado recibiendo en *La Veu de Catalunya*. Entre ellos, es importante destacar *El Día Gráfico* —el único diario que publicaba algunas noticias sobre las actividades del Comitè— y las adhesiones de algunas publicaciones extranjeras como *La Bataille Syndicaliste* de Francia. Entre las organizaciones y los intelectuales destacan el periodista italiano Arturo Farinelli, J. Gómez de Fabián, J. Vidal y Tarragó, Valentín Farnés, José Alemany, el Ateneo Enciclopédico Popular, S. Vinar-

¹¹¹ ANDRÉ, M.: «Carta a Romain Rolland», *El Poble Català*, 28 de febrero de 1915, p. 1; «Resposta de Romain Rolland», *El Poble Català*, 24 de marzo de 1915, p. 1; ANDRÉ, M.: «Contra els catalans germanophiles. Appel aux catalans Français», *El Poble Català*, 21 de abril de 1915, p. 2; ANDRÉ, M.: «Carta oberta an en Ribera i Robiera. Director de El Poble Català», *El Poble Català*, 26 de abril de 1915, p. 1.

¹¹² «Declaración», *Iberia*, núm. 1, 10 de abril de 1915, p. 1.

¹¹³ «Ampli Debat» fue el título de la serie de glosas que publicó entre el 3 de febrero y el 3 de abril, recogiendo las reacciones que suscitaba el primer manifiesto del Comitè.

¹¹⁴ AGUILAR, M.: «Nuestra guerra», *Iberia*, núm. 1, 10 de abril de 1915, p. 6.

¹¹⁵ GARRIGA MASSÓ, J.: «Fraternidad Catalana», *Iberia*, núm. 4, 1 de mayo de 1915, p. 6.

dell (redactor jefe de *El Día Gráfico*), Joan Torrendell y Joan Salvat-Papasseit (Gorkiano), entre otros. Ortega y Gasset sería uno de los destacados intelectuales que firmarían con posterioridad a la publicación. Pero, a pesar de estos nombres, eran muy pocos los intelectuales españoles y catalanes que daban un apoyo real a d'Ors, y la mayoría de los que lo hacían no dejaba de manifestar su aliadofilia o su germanofilia cada vez que podía.

Hacia 1916, las críticas a Xènius desaparecieron paulatinamente de la prensa francesa, española y catalana, en cierto sentido, como consecuencia de la menor dedicación de d'Ors al tema de la guerra en sus glosas y, también, como resultado de una menor visibilidad del Comitè d'Amics de la Unitat Moral d'Europa. A pesar de esto, la publicación del grupo titulada *Els Amics d'Europa*¹¹⁶ y el *Glosari* de Xènius en los años 1916 y 1917 nos permiten observar un cierto acercamiento a planteamientos cercanos a la idea de una Sociedad de Naciones y de un difuso pacifismo en la línea rollandiana, aunque en convivencia con su constante imperialismo (mediterráneo-catalán) y su federalismo clasicista. En estos años, d'Ors dejaría de chocar contra la mayor parte de la intelectualidad europea, española y catalana, que comenzaba a ver que la guerra y su horror se prolongaban mucho más de lo previsto.

Ideas finales

Para poder situar todas estas discusiones en Cataluña y en España que es, en última instancia, donde asumirían un relieve que podía ir más allá del mero debate de ideas, resulta fundamental valorarlas teniendo en cuenta tres elementos.

En primer lugar, he intentado mostrar la relativa importancia europea del pensamiento y de la actividad intelectual de Eugeni d'Ors en el complejo y radicalizado escenario europeo de los primeros años de la Gran Guerra y, asimismo, la influencia clara del ambiente europeo en la construcción de su discurso. En este sentido, considero que la dimensión europea de su pensamiento y su evidente

¹¹⁶ Sobre esta revista, véanse ALBERTÍ I ORIOL, J.: «Els Amics d'Europa (1915-1919). Una veu a contravent (I)», *Revista de Catalunya*, 180 (2003), pp. 99-116; e íd.: «Els Amics d'Europa (1915-1919). Una veu a contravent (i II)», *Revista de Catalunya*, 181 (2003), pp. 85-103.

participación en el clima intelectual de guerra deben ser tenidos en cuenta en el momento de estudiar su figura, a menudo analizada desde una perspectiva estrictamente local, como un intelectual forjador de opinión únicamente catalán. El evidentemente complejo escenario de ideas, culturas y proyectos políticos nacionales de estos años muestra que d'Ors y sus influencias y relaciones intelectuales —que son fundamentales para entender la cultura política de la Cataluña de la Mancomunidad y el *Noucentisme*— han de ser estudiadas no sólo a partir de la clara y repetidamente destacada presencia del maurrasianismo en su pensamiento, sino también desde elementos a menudo contradictorios con él y aparentemente ajenos al modelo de un d'Ors fascista *avant la lettre*, como son Romain Rolland y algunos otros intelectuales europeos, españoles y catalanes que hemos citado.

En segundo lugar, considero que es necesario tener en cuenta que d'Ors participa también de la pervivencia de la centralidad de la discusión alrededor del *problema* de España como nación —su inexistencia, en términos orteguianos— entre los intelectuales. Como hemos comentado al inicio de este artículo, la gran mayoría de los pensadores y hombres de letras españoles vio la guerra como una potencial solución a este problema y así, en 1914, la debatida cuestión sobre la relación entre España y Europa cobra una nueva dimensión. En este sentido, los debates europeos y españoles alrededor de los planteamientos de Xènius pueden ser leídos a la luz de los diferentes proyectos de construcción de una cultura nacional española. No es casual, pues, que d'Ors insista a menudo en una única cultura europea que, sin abandonar la *Autoritat* alemana, estuviera en condiciones de regenerarse desde el latinismo y el mediterraneísmo. Ni tampoco lo es que plantee que, en el nuevo contexto de guerra, la decadente España pudiera encontrar un antídoto a su *problema* si se dejaba influir por los valores mediterráneos de la Cataluña imperial que él impulsaba¹¹⁷. Los debates alrededor de las influencias francesa y alemana —la *Llibertat* y la *Autoritat*, en términos orsianos— adquieren una nueva importancia en este sentido. Lo que discuten los intelectuales españoles congregados alrededor de *España* es, por tanto, si España puede «regenerarse» a partir de los

¹¹⁷ D'ORS volvería sobre este tema en los meses posteriores: ORS, E. d': «Autoritat i llibertat», *Glosari 1916*, Barcelona, Quaderns Crema, 1992, p. 170; «La edad heroica. V», *Glosari 1916, op. cit.*, p. 207.

valores representados por Francia o por Alemania. Y, en este debate, Xènius queda claramente fuera de la dicotomía al presentar sus ideas europeístas, de una única cultura europea (occidental), que se ven como neutralistas. A pesar de esto, creo que, a la luz de las reflexiones presentadas, queda claro que d'Ors, a diferencia de como suele ser considerado, debe ser estudiado como parte de la llamada Generación del 14 española y de los debates sobre los cuales ésta se construye¹¹⁸.

En tercer lugar, me parece central destacar que d'Ors es, en estos años, un intelectual reconocido como parte fundamental del proyecto cultural, económico y político que estaba llevando adelante la Lliga Regionalista y que su *Glosari* se publicaba en uno de los periódicos más importantes de Cataluña, *La Veu de Catalunya*, dirigido por el partido que gobernaba la Mancomunidad. En este sentido, debe tenerse en consideración que las divergencias en torno a la autonomía, al nacionalismo y al regionalismo catalanes —es decir, al futuro de Cataluña— impregnaban las argumentaciones de los intelectuales que se enfrentaban a Xènius en los primeros años de la Gran Guerra; y d'Ors, su heterogéneo grupo y sus posiciones europeístas eran, en cierta manera, objetivos relativamente sencillos para atacar a través de ellos a la Lliga Regionalista. Además, como ha demostrado D. Martínez Fiol, la potencialidad de Francia como valedora de una futura autonomía catalana en la Europa de posguerra era también fundamental en este sentido. Estos dos elementos nos permiten explicar, en parte, las relaciones ya comentadas entre republicanos catalanes y monárquicos franceses. En síntesis, toda la polémica desarrollada entre Barcelona y París debe ser ponderada concediendo un papel clave a las luchas por el poder y por los divergentes proyectos de catalanismo —y de su inserción en la España de la Restauración— que encarnaban la Lliga Regionalista y las heterogéneas fuerzas republicanas catalanistas.

Por último, creo que, a partir de la documentación trabajada en estas páginas, pueden establecerse algunos elementos finales que, en realidad, no son sino nuevos puntos de partida para encarar renovadas reflexiones sobre la figura de Eugeni d'Ors y sobre las relaciones intelectuales y las afinidades que establecería durante los primeros

¹¹⁸ Véanse MENÉNDEZ ALZAMORA, M.: *La Generación del 14*, op. cit.; y WOHL, R.: *The Generation of 1914*, Cambridge, Harvard University Press, 1979, pp. 122-159.

años de la llamada *guerra civil europea*¹¹⁹. La situación que se iniciaba en agosto de 1914 en Europa y que daría lugar, años después, a revoluciones socialistas y fascismos no puede ser analizada desde lecturas finalistas o teleológicas. La complejidad de las reflexiones y de las tensiones entre los intelectuales españoles y catalanes no es demasiado diferente de la que aparece en el contexto de la Europa occidental de estos años y obliga al investigador a sumergirse en un mundo intelectual en el cual las ideas no aparecen de manera homogénea en bloques claramente diferenciados, como sí lo harán en las décadas posteriores. Ya lo advirtió Michel Winock hace unos años al plantear la dificultad de construir modelos o conjuntos de ideas coherentes a posteriori para unos años en los cuales las ideas políticas y culturales no pudieron «*rassembler ni unifier durablement*»¹²⁰. Para el caso español, Ismael Saz también ha insistido recientemente sobre el mismo tema al sostener que «ni el 98 ni Ortega conducen necesariamente a Falange (...), ni podemos hablar todavía de culturas políticas nacionalcatólicas y fascistas o prefascistas»¹²¹. Eugeni d'Ors, en el contexto catalán y también en el español, aún merece, valga la expresión, una revisión en este sentido. Estudios sobre su figura y sus relaciones intelectuales más allá de los apriorismos conocidos nos permitirían no sólo conocer mejor su biografía intelectual, sino también profundizar en las consideraciones sobre los intelectuales catalanes y españoles de las primeras décadas del siglo pasado.

¹¹⁹ Véase una reciente revisión del tema iniciado por Ernst Nolte en 1945. NOLTE, E.: *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalismo y bolchevismo*, México, FCE, 1994, en TRAVERSO, E.: *À feu et à sang. De la guerre civile européenne, 1914-1945*, París, Stock, 2007.

¹²⁰ WINOCK, M.: «Fascisme à la française ou fascisme introuvable?», en WINOCK, M.: *Nationalisme, antisémitisme et fascisme en France*, París, Seuil, 2004, p. 242.

¹²¹ SAZ, I.: «Las culturas de los nacionalismos franquistas», *Ayer*, 71 (2008), p. 158.

El secreto del consenso en el régimen franquista: cultura de la victoria, represión y hambre

Miguel Ángel del Arco Blanco

Universidad de Granada

Resumen: El franquismo fue un régimen parafascista inserto en la Europa de entreguerras. No alcanzó grados de consenso y adhesión comparables al nazismo alemán o al fascismo italiano, pero lo cierto es que, a pesar de las amenazas que hicieron peligrar su estabilidad durante los años cuarenta, permaneció incólume y estable. El franquismo logró un cierto consenso entre sus apoyos sociales, mientras que excluía a los vencidos de su proyecto político. Tres fueron las claves para que fuese así: una «cultura de la victoria» que legitimaba la situación, la represión sobre los vencidos y la gestión de la miseria.

Palabras clave: Guerra Civil, franquismo, fascismo, consenso, cultura, represión.

Abstract: The Franco regime displayed many of aspects of the fascism that marked interwar Europe. Although Francoism did not achieve the same degree of consensus and support enjoyed by its Nazis and Fascist counterparts, it did command enthusiasm among its grassroots supporters. Accordingly, it proved able to withstand a number of serious challenges in the 1940s, while continuing to push those from the defeated side in the Spanish Civil War of 1936-139 to the margins of social and political life. Three key factors explain this success: a victory culture that bestowed legitimacy on the regime; the repression of the defeated and the accompanying exploitation of shortages and hunger in everyday life.

Keywords: Spanish Civil War, Francoism, fascism, consensus, culture, repression.

El Franquismo, un régimen parafascista en la Europa de entreguerras

El nacimiento del régimen franquista no puede concebirse como algo ajeno a la Europa de entreguerras. Está sujeto a sus problemas, a sus tendencias y a sus contradicciones. Por tanto, comparte tiempo y espacio con un continente en el que liberalismo, socialdemocracia y autoritarismo luchan por imponer su proyecto político¹. El fascismo propone un modelo político inédito, surgido de las trincheras de la Primera Guerra Mundial y que toma pleno cuerpo a partir de la década de los veinte en las diversas naciones de la vieja Europa². Un modelo que, en algunos casos, logra alcanzar el poder —como en Alemania o Italia— y, en otros, da lugar a la configuración de regímenes «parafascistas».

Siguiendo a Aristotle Kallis, los regímenes parafascistas serían aquellos que habiendo adaptado o imitado características formales y organizativas del fascismo, no compartían sus componentes y aspiraciones revolucionarios³. Sin embargo, este mismo autor ha demostrado cuán líquida es la caracterización de un régimen como «fascista» o «parafascista»⁴. Si en el plano intelectual es relativamente sencillo identificar las diferencias, cuando extendemos nuestro análisis a la realidad económica, política y social de cada caso de estudio, la conceptualización se hace a la vez compleja y terriblemente flexible. Así, en la propia configuración del fascismo italiano o alemán habría una influencia e interacción entre los componentes más puramente fascistas y los de las derechas conservadoras⁵.

En España, las interpretaciones que caracterizaban el franquismo como un régimen autoritario tradicional han quedado arrinconadas

¹ LUEBBERT, G. M.: *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*, Zaragoza, Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 1997, p. 537.

² MORGAN, P.: *Fascism in Europe, 1919-1945*, Londres-Nueva York, Routledge, 2003, pp. 29-31.

³ KALLIS, A. A.: «The Regime-Model of Fascism: A Typology», *European History Quarterly*, vol. 30, 1 (2000), pp. 77-104.

⁴ Para la caracterización del «fascismo genérico», véase GRIFFIN, R.: *The nature of fascism*, Londres-Nueva York, Routledge, 1993.

⁵ KALLIS, A. A.: «“Fascism”, “Para-Fascism” and “Fascistization”: On the Similarities of Three Conceptual Categories», *European History Quarterly*, vol. 33, 2 (2003), pp. 219-249 (especialmente, p. 245).

das⁶. Parece imponerse la interpretación, abanderada por los trabajos de Ismael Saz, que califica al «Nuevo Estado» como un régimen «parafascista» o «fascistizado»⁷. Como en otros países de Europa, en la España de entreguerras existiría una interacción entre fascismo y derechas tradicionales que, en esos años, se influirían y convivirían, estableciendo alianzas para acabar con la democracia. El primer episodio sería la Dictadura de Primo de Rivera, un régimen autoritario que incluía elementos «modernos» y pretendía, desde arriba, la definitiva nacionalización de España y la creación de un partido de masas⁸. Durante la Segunda República, ya en plena política de masas, asistimos a la aparición de partidos genuinamente fascistas y, al mismo tiempo, a la fascistización de algunos partidos de derechas. Las derechas españolas, al igual que otras europeas, caminaban por la senda de la fascistización cuando el sistema no les era favorable⁹.

La Guerra Civil marcará un antes y un después. Seguramente fue entonces cuando España estuvo más cerca de tener un régimen fascista. La innegable movilización en la zona rebelde, el surgimiento de discursos míticos sobre la regeneración de la patria y la interpretación de la «Cruzada», la implantación y el nacimiento de símbolos, la organización de desfiles, ceremonias o actos, o la conformación de Falange como un partido de masas, pueden abonar esta afirmación¹⁰.

⁶ Algunas de estas visiones: ELORZA, A.: «Le radici ideologiche del franchismo», en CASALI, L.: *Per una definizione della dittatura franchista*, Milán, Franco Angeli, 1990, pp. 71-75; PÉREZ LEDESMA, M.: «Una dictadura “por la gracia de Dios”», *Historia Social*, 20 (1994), pp. 173-193.

⁷ SAZ, I.: *Fascismo y franquismo*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2004, p. 253.

⁸ QUIROGA, A.: *Haciendo españoles: la nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, Madrid, CEC, 2008.

⁹ BLINKHORN, M.: «Conservatism, traditionalism and fascism in Spain, 1898-1937», en BLINKHORN, M. (ed.): *Fascists and Conservatives. The radical right and the establishment in twentieth-century Europe*, Londres, Unwin Hyman, 1990, p. 118.

¹⁰ GIL ANDRÉS, C.: *Lejos del frente. La guerra civil en la Rioja Alta*, Barcelona, Crítica, 2006 (caps. 3-5); COBO ROMERO, F., y ORTEGA LÓPEZ, T.: «Pensamiento mítico y energías movilizadoras: la vivencia alegórica y ritualizada de la guerra civil en la retaguardia rebelde andaluza, 1936-1939», *Historia y Política*, 16 (2006), pp. 131-158; CRUZ, R.: «Old symbols, new meanings: mobilising the rebellion in the summer of 1936», en EALHAM, C., y RICHARDS, M.: *The Splintering of Spain. Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, pp. 159-176; THOMAS, J. M.^a: *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001, p. 36.

Los primeros años cuarenta son el canto de cisne del fascismo en España. Falange se conforma con vestir al régimen, al menos en sus primeros años, ostentando importantes parcelas de poder, pero sin imponer su proyecto político ni intelectual. Aun así, el régimen franquista de los años cuarenta, especialmente en su primera mitad, será algo nuevo. Porque si bien no será, por supuesto, un régimen fascista en el sentido estricto, tampoco es «una derecha exactamente igual» a aquella existente antes de comenzar a relacionarse e interactuar con la ideología fascista. Había nacido un régimen parafascista, que combinaba ciertos elementos del fascismo con otros de la derecha tradicional¹¹.

Podríamos plantearnos qué elementos eran o no fascistas en el caso español. Sin embargo, el objeto de este artículo no es responder a esta pregunta. Nuestra intención es reflexionar sobre una de las características que más puramente definió los regímenes fascistas y que, también, estuvo presente en los regímenes parafascistas: la existencia de un consenso, de una aceptación por una parte importante de la población. El franquismo salió indemne de los crudos años de posguerra, en que la penosa situación socioeconómica o el aislamiento internacional pudieron hacerlo sucumbir. Sin embargo, no fue así: permaneció estable e incólume. No hubiese sido posible si no hubiese mantenido el favor de sus partidarios. Partiendo de una definición flexible de «consenso», pretendemos poner al franquismo en movimiento y, sobre la escena de la cultura, la represión y el hambre, trataremos de exponer cómo los apoyos sociales del «Nuevo Estado» siguieron confiando en él y aseguraron su supervivencia.

El consenso en el régimen franquista

No hubo ningún régimen de entreguerras que careciese del apoyo de las masas¹². Esta afirmación parece ser extensiva al régimen del general Franco. La mayoría de la historiografía española admite, finalmente, que el franquismo tuvo que «beneficiarse de unos apoyos sociales y de un grado de aceptación entre los ciudadanos que debía

¹¹ SAZ, I.: *Fascismo...*, *op. cit.*, pp. 86 y 253; y BLINKHORN, M.: «Introduction. Allies, rivals or antagonists? Fascists and conservatives in modern Europe», en BLINKHORN, M. (ed.): *Fascists...*, *op. cit.*, pp. 9-13.

¹² LUEBBERT, G. M.: *Liberalismo...*, *op. cit.*, p. 537.

ir más allá del estrecho círculo de los poderes económicos, sociales y políticos dominantes»¹³.

¿Es aceptable el término «consenso» cuando hablamos de dictaduras? Es conocido el intenso, extenso y, también, acalorado debate desarrollado por la historiografía italiana con la progresiva publicación de los trabajos de Renzo De Felice¹⁴. Finalmente, con todas las matizaciones posibles, parece incuestionable la existencia de un consenso de la mayoría de la sociedad italiana hacia el régimen de Benito Mussolini¹⁵.

Hace algún tiempo, Ismael Saz advirtió acertadamente sobre el problemático empleo del término «consenso». Aunque era partidario de utilizarlo, aconsejaba hacerlo de forma flexible, huyendo de planteamientos dicotómicos y rígidos entre consenso y disenso (diferenciaba así entre «consenso activo» y «pasivo»)¹⁶. Compartimos esta idea: las actitudes individuales de los españoles de aquellos años tendrían las más variadas escalas de colores y matices: desde la adhesión incondicional a la adhesión con algún tipo de divergencia, al consentimiento o la indiferencia aprobatoria, al acomodamiento, a la desmovilización social, al exilio interior o, por supuesto, a la oposición al régimen¹⁷. Actitudes que tampoco serían inmóviles ni «quedarían congeladas» en julio de 1936, sino que cambiarían, se transformarían y se adaptarían a los tiempos¹⁸.

No tiene sentido hablar de consenso o disenso en el régimen de Franco mediante estudios generales. Debemos acercarnos al marco de lo local, a las actitudes individuales para comprender la complejidad

¹³ ORTIZ HERAS, M.: «Historia social en la dictadura franquista: apoyos sociales y actitudes de los españoles», *Spagna Contemporánea*, 28 (2005), p. 173.

¹⁴ DE FELICE, R.: *Mussolini il duce. Gli anni del consenso (1929-1936)*, Turín, Einaudi, 1996. Un ejemplo del «acalorado» debate, en respuesta a la publicación de este volumen, en SANTOMASSIMO, G.: «Il fascismo degli anni trenta», *Studi Storici*, 1 (1975), pp. 102-125.

¹⁵ Ni los artículos más feroces de aquellos años contra De Felice se atrevieron a negar la existencia de un consenso, véase PALLA, M.: «Mussolini il fascista numero uno», *Studi Storici*, 1 (1982), pp. 23-49.

¹⁶ SAZ, I.: «Introducción: entre la hostilidad y el consentimiento. Valencia en la posguerra», en SAZ, I., y GÓMEZ RODA, J. A.: *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*, Valencia, Episteme, 1999, pp. 9-35.

¹⁷ FONT, J.: *¡Arriba el campo!: primer franquisme i actituds polítiques en l'àmbit rural nord-català*, Girona, Diputació de Girona, 2001, p. 53.

¹⁸ CAZORLA, A.: «Sobre el primer franquismo y la extensión de su apoyo popular», *Historia y política*, 8 (2002), p. 312.

del fenómeno y encontrar los polos de consenso y disenso frente al régimen y, entre ambos, las distintas tonalidades de adhesión y oposición al «Nuevo Estado». Comprobaremos así que, con todos los matices, el consenso convivió con el disenso. Los partidarios del franquismo no dudaron en participar en sus instituciones y abrazar una cultura común. Pero no por ello dejó de existir la protesta, manifestada ahora de forma individual y fragmentada¹⁹. Sin embargo, la existencia de un disenso, reflejo de una sociedad quebrada en vencedores y vencidos, no invalida la adhesión de una parte suficientemente importante de la población como para mantener al régimen con vida²⁰.

Aunque existió consenso, el franquismo no logró cotas comparables al fascismo italiano o al nazismo alemán. No consiguió integrar en su proyecto político a tan ingente número de ciudadanos, ni a una gama tan heterogénea de apoyos sociales. Pero no por eso renunció a ello: puso en marcha una propaganda y una política social para lograrlo, y obtuvo algunos resultados, si bien más por medio de la asistencia paternalista que por el convencimiento pleno²¹.

¿Quiénes apoyaron al régimen de Franco? Además de las clases altas y acomodadas, un heterogéneo grupo de clases medias. El franquismo comulgó en este aspecto con los regímenes fascistas²². Estudios regionales demuestran que, ya desde 1933, se produjo un realineamiento de las clases medias rurales, que acabaron apoyando soluciones autoritarias al conflicto socioeconómico, político y cultural de los años treinta²³. Serían también estas heterogéneas clases medias-

¹⁹ CABANA, A.: «Minar la paz social. Retrato de la conflictividad en Galicia durante el primer franquismo», *Ayer*, 61 (2006), pp. 267-288. Véase, también, RODRÍGUEZ BARREIRA, O. J.: *Migas con miedo. Prácticas de resistencia al primer franquismo, 1939-1953*, Almería, Universidad de Almería, 2008. Sin olvidar la oposición directa al régimen, véase ARÓSTEGUI, J., y MARCO, J. (eds.): *El último frente. La resistencia armada antifranquista en España, 1939-1952*, Madrid, Libros de la Catarata, 2008.

²⁰ También en los casos alemán e italiano se ha detectado el disenso. Para Alemania, KERSHAW, I.: *Popular opinion and political dissent in the Third Reich: Bavaria 1933-1945*, Oxford, Clarendon, 1983, pp. 33-65; para Italia, TRANFAGLIA, N.: *Labirinto italiano. Il fascismo, l'antifascismo, gli storici*, Florencia, Nuova Italia, 1989, pp. 55-56.

²¹ MOLINERO, C.: *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen*, Madrid, Cátedra, 2006, pp. 28-32.

²² MORENO, R., y SEVILLANO, F.: «Los orígenes sociales del franquismo», *Hispania*, 205 (2000), pp. 703-724. Esta reflexión para el fascismo italiano, en GENTILE, E.: «Fascism in Italian historiography: in search of an individual historical identity», *Journal of Contemporary History*, vol. 21, 2 (1986), p. 194.

²³ COBO ROMERO, F.: *De campesinos a electores. Modernización agraria en Andalu-*

bajas, medias y medias-altas rurales las que en la Guerra Civil enterrarían por la fuerza de las armas la República y, tras la victoria, construirían el franquismo. Hombres nuevos, sin más experiencia política que la de la sangre y las balas en la Guerra Civil, de una relativa juventud y pertenecientes a unas clases medias nada aristocráticas. Hombres que se coaligarían en los poderes locales con las elites tradicionales, defendiendo ahora en tiempos de paz los intereses de todos ellos²⁴.

Para encontrar el secreto de la estabilidad del franquismo es necesario mirar al corazón de sus apoyos sociales. Nos acercaremos, así, a los actores que fueron incluidos en el proyecto franquista y a los que quedaron fuera de él. Entenderemos quiénes y por qué abrazaron una «cultura de la victoria», de la que otros quedaban excluidos. Quién fue castigado por la represión pero, también, quién y por qué la llevó a cabo. Y, por supuesto, quién logró escapar al hambre o sacar provecho de él, mientras que los que habían perdido la guerra reflejaban su derrota en sus cuerpos desnutridos. Entraremos, así, en el secreto de la perpetuación del régimen de Franco.

La «cultura de la victoria»

Ya a mediados de los años sesenta, George L. Mosse advirtió la importancia de la cultura en el proyecto revolucionario fascista: por delante de la revolución económica y política, se encontraba la transformación que los nuevos regímenes fascistas pretendían operar en la sociedad²⁵. Aunque los regímenes parafascistas no ostentasen fines tan revolucionarios, tan palingénésicos, ni pretendiesen crear un

cía, politización campesina y derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios. El caso de la provincia de Jaén, 1931-1936, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, p. 335.

²⁴ SANZ HOYA, J.: *El primer franquismo en Cantabria. Falange, instituciones y personal político (1937-1951)*, tesis doctoral, Santander, 2003, pp. 684-685; COBO ROMERO, F., y ORTEGA LÓPEZ, T.: «No sólo Franco. La heterogeneidad de los apoyos sociales al régimen franquista y la composición de los poderes locales. Andalucía, 1936-1948», *Historia Social*, 51 (2005), pp. 49-71; DEL ARCO BLANCO, M. Á.: «“Hombres nuevos”: el personal político del primer franquismo en el mundo rural del sureste español (1936-1951)», *Ayer*, 65 (2007), pp. 237-267. Algo similar sucedería en el régimen soviético, véase FIGES, O.: *Peasant Russia, Civil War. The Volga Countryside in Revolution (1917-1921)*, Londres, Phoenix, 2001, p. 231.

²⁵ MOSSE, G. L.: «Introduction: The Genesis of Fascism», *Journal of Contemporary History*, vol. 1, 1 (1966), pp. 21-22.

«hombre nuevo» que reformulase la sociedad constituida, también en ellos la cultura es un elemento que se debe tener en cuenta para reflexionar sobre el consenso y el apoyo que las sociedades les prestaron²⁶.

Los regímenes dictatoriales de entreguerras, fascistas o contaminados por el fascismo, ostentaron una ideología, un significado, un lenguaje y unos símbolos. Sin negar la importancia de la coerción o la represión, cada vez es más evidente que la cultura de regímenes como el franquista no fue una mera pantalla vacía de contenido, sin ningún poder de atracción, que no escondía más que los intereses socioeconómicos de unos pocos. Como afirma Zunino para el caso italiano, la ideología es el canal por el cual el Estado dialoga con la sociedad: es el momento de contacto y compenetración entre la fuerza y el consenso, entre la imposición desde arriba y la aceptación desde abajo. En la ideología, en los valores y en la cultura se legitiman el nuevo régimen, sus instituciones, gobernantes y gobernados; es en la ideología donde se encuentran las raíces de las creencias y de los valores de los que no puede prescindir ningún poder²⁷.

Además, el estudio y la valoración de la cultura pueden ayudarnos a dejar de concebir las instituciones y el poder constituido como algo estático o meramente impuesto desde arriba. Debemos dirigir nuestra atención al comportamiento individual, a la participación de los hombres y mujeres en las instituciones soberanas y a las políticas que éstas ejercen sobre sus cuerpos. Y en esa interrelación es clave el papel del discurso, de la cultura como plasma y elemento principal, al condicionar la percepción y actuación de los sujetos históricos²⁸.

El franquismo impuso una «cultura de la victoria» en la que se bañarían los vencedores y de la que quedarían excluidos los vencidos. Cultura que vería su definitivo nacimiento y conformación en la retaguardia rebelde durante la Guerra Civil pero que, al igual que sucediese con los regímenes fascistas, integraría también tradiciones cultu-

²⁶ GRIFFIN, R.: «The primacy of culture: the current growth (or manufacture) of consensus within fascist studies», *Journal of Contemporary History*, vol. 37, 1 (2002), pp. 24-25.

²⁷ ZUNINO, P. G.: *L'ideologia del fascismo. Miti, credenze e valori nella stabilizzazione del regime*, Bolonia, Il Mulino, 1985, p. 18.

²⁸ ELEY, G.: «What is Cultural History?», *New German Critique*, 65 (1995), p. 32. Nuestra reflexión está influida por los trabajos de Foucault. Véase FOUCAULT, M.: *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Madrid, Siglo XXI, 1978; e íd.: *Hay que defender la sociedad*, Madrid, Akal, 2004, pp. 205-224.

rales propias y europeas precedentes. Así, sería producto de una larga tradición derechista que, arrancando del siglo XIX, sufriría diversas transformaciones, aderezándose con ingredientes «modernos» durante la Dictadura de Primo de Rivera y potenciándose y radicalizándose durante la Segunda República²⁹. El culmen de este proceso fue la Guerra Civil, en que las espadas y las mentes de las derechas alcanzaron su pleno apogeo, su mayor fascistización al calor de la activa movilización de las masas. La «cultura de la victoria» no sería una manifestación de un reducido grupo de mentes desequilibradas, sino de toda una parte de la sociedad española que abanderaba y defendía un heterogéneo corpus de ideas que ansiaban acabar con la democracia.

Según la naciente —y probablemente heterogénea— «cultura de la victoria», España había desempeñado un papel clave en la historia universal. No obstante, llevaba más de doscientos años de larga decadencia, iniciada a finales del siglo XVII, continuada con la afrancesada Ilustración, seguida por el pernicioso liberalismo del siglo XIX, plasmada en el «Desastre del 98» y que tocaría fondo en la fatídica Segunda República³⁰. El falangismo compartiría esta visión. Ramiro Ledesma lo había dejado claro con una frase lapidaria: «España lleva doscientos o más años ensayando el mejor modo de morir»³¹.

Pero llegó la Guerra Civil para hacer girar la historia de España; ese acontecimiento decisivo, palingenésico y sanador del cuerpo de la nación. Como en los casos de los fascismos italiano y alemán, la violencia se convertía en una fuerza creadora. La guerra liquidaría los problemas que amenazaban España: el materialismo, el ateísmo, el parlamentarismo, lo extranjero, el liberalismo, la masonería, lo judío, el marxismo, la modernidad... Como afirmaría Onésimo Redondo en julio de 1936, «del cuerpo sangrante de la lucha civil de estos días, alumbramos el ser de una España nueva, en la que habrá de nuevo pan y alegría familiar y cristiana»³².

Las experiencias bélicas son claves en el surgimiento y la formación de símbolos, mitos y ritos nacionales. Si la Primera Guerra Mun-

²⁹ QUIROGA, A.: *Los orígenes del nacionalcatolicismo. José Pemartín y la Dictadura de Primo de Rivera*, Granada, Comares, 2007.

³⁰ GARCÍA MORENTE, M.: *Idea de la Hispanidad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1947, pp. 12-50.

³¹ LEDESMA RAMOS, R.: *Discurso a las Juventudes de España*, Madrid, F. E., 1935, p. 31.

³² «Discurso de Onésimo Redondo», *El Norte de Castilla*, 21 de julio de 1936.

dial fue crucial en la formación del fascismo italiano y en la elaboración de sus mitos, la Guerra Civil lo sería en el caso español. La «Cruzada» aportó nuevos materiales y experiencias para la construcción de mitologías, ritos y símbolos que, aunque tenían una tradición derivada de las derechas tradicionales decimonónicas y de principios de siglo, fueron plenamente cimentados y adquirieron nuevos significados en las trincheras y en la retaguardia rebelde. El franquismo, como otros regímenes de la política de masas, también erigía sus mitos, y los emplearía como un instrumento más en la acción política, en la conformación de mentalidad y actitudes de una sociedad que los compartía e incluso, en ocasiones, los había creado³³.

Desde los primeros días del alzamiento, los sublevados empezaron a emplear una serie de ritos y símbolos, ahora con un nuevo significado: la reposición de la bandera y el himno monárquico, la celebración de actos de desagravio, la vuelta de los crucifijos a las escuelas, los discursos, las arengas y las concentraciones, las misas y las procesiones³⁴. Todos estos elementos simbólicos y rituales serían reflejo de unas construcciones teóricas y de unos valores determinados: serían verdaderas «energías movilizadoras» para la población, que generarían adhesiones en la zona nacionalista³⁵.

Pero enfrente estaba el futuro. ¿Cómo sería la «Nueva España»? Debería ser «nueva» y, para ello, era necesario limpiarla de «cuantas lacras pustulaban el cuerpo español en los tiempos condenables». Francisco Franco acaudillaría la operación, «con el cálculo de quien se opera a sí mismo, hundiendo el filo del bisturí en carne que duele al propio cirujano»³⁶. Había que asegurar la resurrección y la continuidad histórica de España, «ligando las arterias rotas e injertando el fresco tallo en el viejo esqueje»³⁷.

³³ GENTILE, E.: *Il culto de Littorio*, Roma-Bari, Laterza, 2003, p. 29; e íd.: *Il mito dello Stato nuovo*, Roma-Bari, Laterza, 1999, pp. 270-276.

³⁴ CRUZ, R.: *En el nombre del pueblo: República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006; CASPISTEGUI, F. J.: «“Spain’s Vendée”: Carlist identity in Navarre as a mobilising model», en EALHAM, C., y RICHARDS, M.: *The Splintering...*, *op. cit.*, pp. 177-195;

³⁵ COBO ROMERO, F., y ORTEGA LÓPEZ, T.: «Pensamiento mítico...», *op. cit.*

³⁶ GARCÍA MERCADAL, J.: *Ideario del Generalísimo*, Zaragoza, Tip. La Académica, 1937, pp. 7 y 9.

³⁷ MUGUETA, J.: *Los valores de la raza. Víctor Pradera, Ramiro de Maeztu, José Calvo Sotelo y José Antonio Primo de Rivera*, San Sebastián, Navarro y del Teso, 1938, p. 24.

Hasta hace poco, la autarquía era concebida sólo como un sistema económico que aspiraba a alcanzar la independencia económica del país forzando la industrialización, renunciando a las importaciones y obteniendo una balanza de pagos favorable. Pero la nueva política perseguía también fines político-culturales, en sintonía con la ideología franquista. Era la vía para construir una «Nueva España»: el liberalismo, la democracia, la ciudad, el laicismo y otros males habían debilitado la nación; el cuerpo de la degenerada «Patria» necesitaba un tratamiento, volverse sobre sí misma, cerrarse al exterior y reencontrarse con los «posos espirituales» que, en un tiempo, la hicieron grande. Era necesaria una «cuarentena»: la autarquía aislará a la sociedad española económicamente pero, también, política y culturalmente, de los peligros exteriores de modernización, democracia y liberalismo³⁸.

La regeneración del cuerpo de la nación, el renacimiento de España, había comenzado con la Guerra Civil. La juventud había sido su artífice: había dado un paso al frente y había puesto su sangre a disposición de la patria. Los jóvenes marchan a los frentes para «servir a España», reviviendo las «gestas antiguas», conduciéndose «ciegamente al heroísmo y al martirio»³⁹. El resto, los que quedaban en la retaguardia, sus mayores, «tendremos que descubrirnos recatadamente y dejar paso a la juventud, porque ella nos salvó del derrumbamiento definitivo. España está salvada, y son ellos, los jóvenes, los que la han salvado»⁴⁰.

Volvía España. Y volvía personificada en esos «verdaderos españoles» que habían arriesgado su vida por ella: héroes y mártires de la «Cruzada», ejemplo en la resurrección de España. Serán la plasmación de ese «nuevo tipo de hombre español» que requería el país para guiar sus destinos⁴¹; serán símbolos de una raza cultural fraguada a lo largo de la historia de España, «caballeros cristianos» imbuidos del inefable «estilo español»: portadores de cualidades como el honor, la fe, la valentía, el sacrificio, el desprecio a la muerte o la justicia⁴².

³⁸ RICHARDS, M.: *A Time of Silence. Civil War and the Culture of Repression in Franco's Spain, 1936-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, pp. 2-23.

³⁹ DE COSSÍO, F.: *Manolo*, Valladolid, Santarén, 1937, p. 95.

⁴⁰ «Paso a la juventud», *El Norte de Castilla*, 1 de agosto de 1936.

⁴¹ ORTEGA Y GASSET, J.: *España invertebrada*, Madrid, Alianza, 1998, p. 116.

⁴² MOREIRAS, C.: «War, Post-War and the Fascist Fabrication of Identity», en VALIS, N.: *Teaching Representations of the Spanish Civil War*, Nueva York, MLA, 2007.

Los mártires no debían ser olvidados. Sus familiares y las instituciones franquistas seguirían ahí, recordando una y otra vez su sacrificio, y haciendo pagar a los culpables de su muerte: «para los mártires, la Gloria eterna. Para sus verdugos (...) el oprobio, la vergüenza, el castigo implacable»⁴³. El providencial acontecimiento de la Guerra Civil une a la patria, da fuerza y coherencia a la comunidad nacional, desprendiéndola de sus despojos y desdibujando la línea de la vida y la muerte: en España «los muertos mandan», y los que combaten «sienten dentro de su carne todo el espíritu de los que han muerto»⁴⁴.

El mito de la experiencia de la Guerra Civil será clave para la perpetuación del franquismo. La memoria de la guerra se construirá en torno a la concepción de una experiencia sagrada que llenaba a España con un nuevo y profundo sentimiento religioso. Y en ese escenario, el culto a los soldados caídos se convertiría en uno de los elementos más importantes de la «cultura de la victoria» tras la guerra⁴⁵.

Así pues, la «Nueva España» nacerá de la Guerra Civil. También sus hombres nuevos, aquellos que dirigirán los destinos del franquismo, portarán en los años cuarenta los valores defendidos durante la contienda y por las derechas durante el periodo republicano. Suyos serán los valores de los soldados, tales como la masculinidad, la juventud, la valentía, el heroísmo... pero también los de los sacerdotes y mártires, como la abnegación, la fe, la pureza, la castidad y, por supuesto, el martirio. Ellos serán los héroes, los excombatientes, los que apoyaron al franquismo de forma decidida y fueron ejemplo para el resto de la sociedad de los vencedores. También serán ellos los garantes de la memoria de los mártires, para llevar a cabo la misión que a éstos les vetó la muerte⁴⁶.

Se delimitaba España, se delimitaba la comunidad nacional, la sociedad de los vencedores. El franquismo recibía la influencia del fascismo también en la concepción de la nación ideal que parecía dibujar: estaría constituida por una entidad social bien definida (los «verdaderos españoles» que habían participado en la «Cruzada» con-

⁴³ PÉREZ DE OLAGUER, A.: *El terror rojo en Andalucía*, Burgos, Ediciones Antisectarias, 1938, p. 46.

⁴⁴ «Castilla en la aventura romántica de la guerra», *Unidad*, 6 de octubre de 1937.

⁴⁵ MOSSE, G. L.: *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1990, p. 7.

⁴⁶ VINCENT, M.: «The Martyrs and the Saints: masculinity and the construction of the Francoist Crusade», *History Workshop Journal*, 44 (1999), pp. 68-98.

tra las «hordas marxistas» en defensa de la «civilización occidental»); la nación estaría unida a un suelo determinado, ocupando un territorio mítico, vinculado a un pasado imperial; y tendría una misión bien determinada: ser purificada, regenerada y alcanzar un destino también imperial⁴⁷.

La existencia del «otro» será básica en la «cultura de la victoria». Deshumanizando al enemigo republicano, apelando a la monstruosidad de su comportamiento, de su aspecto e incluso de sus olores, se marcaban las fronteras entre «ellos» y «nosotros», entre la «anti-España» y «España»⁴⁸. Esta distinción, sostenida en los años de posguerra, será clave para mantener la tensión dentro de esta mítica comunidad nacional de «verdaderos españoles». La persistente idea de un enemigo que acechaba, del peligro de la patria, de la necesidad de regeneración, de que la Historia podía volver atrás y de que lo ganado podía ser perdido daba coherencia y fortaleza a la comunidad de los vencedores.

No era admisible el olvido. Los héroes y los mártires debían estar presentes en la vida de posguerra. La «Cruzada» será constantemente recordada, concebida como un acontecimiento purificador y capital en la Historia de España; pero también será un elemento traumático, catastrófico, que nunca debería volver a repetirse⁴⁹. El franquismo justificará su presencia y se construirá en torno a su recuerdo, recurriendo sistemáticamente a una memoria deformada para justificar el pasado, el presente y el futuro. Continuará avivando el «espíritu de la Cruzada» y afirmando la existencia de «dos Españas», de vencedores y vencidos, imposibilitando la reconciliación o el perdón⁵⁰.

La Guerra Civil lo cubrirá todo. Tanto que los años cuarenta parecerán su prolongación. Se implantaba una «cultura de la victoria», diseminando los valores que afirmaban que la «Cruzada» no había terminado, salpicando los días del calendario con actos religiosos, dis-

⁴⁷ Esta tipología de «nación ideal» en KALLIS, A. A.: «To Expand or Not to Expand? Territory, Generic Fascism and the Quest for an "Ideal Fatherland"», *Journal of Contemporary History*, vol. 38, 2 (2003), pp. 245-246.

⁴⁸ CASARES, F.: *Azaña y ellos. Cincuenta semblanzas rojas*, Granada, Editorial y Librería Prieto, 1939; SEVILLANO, F.: *Rojos. La representación del enemigo en la guerra civil*, Madrid, Alianza, 2007, pp. 169-174.

⁴⁹ AGUILAR, P.: *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza, 1996, p. 57.

⁵⁰ RICHARDS, M.: «El régimen de Franco y la política de memoria de la guerra civil española», en ARÓSTEGUI, J., y GODICHEAU, F.: *Guerra Civil. Mito y memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 167-200.

cursos políticos, conmemoraciones de héroes, mártires, profusión de símbolos y fechas... Celebraciones y conmemoraciones darán lugar a una atmósfera en la que, por un lado, la comunidad de los vencedores continuará unida y, por otro, los derrotados se verán culpabilizados y reprimidos. La Guerra Civil entrará en las aulas, será irradiada a diario en los medios de comunicación, en las salas de cine, en los altares y confesionarios. Instituciones como Auxilio Social, Sección Femenina o el Frente de Juventudes difundirán sin cesar la cultura y los servicios de la victoria. La memoria y la cultura serían, entonces, armas políticas: la Guerra Civil produciría una ruptura entre pasado y futuro, dando lugar a una crisis psicológica y política, fortaleciendo el sentimiento de resignación sobre las perspectivas de cambio⁵¹.

Valorar la cultura como instrumento de consenso nos plantea el problema de medir su verdadera recepción por parte de la sociedad, la participación de hombres y mujeres en la misma. Desgraciadamente, nos es imposible penetrar en las mentes y creencias de los sujetos históricos. Pero no por ello debemos dejar de intentarlo o desistir de tenerlo en cuenta: la historia «postsocial» ha afirmado que la forma en que los seres humanos experimentan la realidad y reaccionan ante ella no está sólo determinada por la realidad misma, sino por la forma en que ésta es configurada y aprehendida a través de las categorías de un imaginario determinado⁵².

Hay que ser precavidos: es cierto que las teorías de la «religión política», impulsadas por la historiografía italiana, no encajan en la fisonomía del franquismo⁵³. Pero no debemos dejar de tenerlas en

⁵¹ CENARRO, A.: «Los días de la “Nueva España”: entre la “Revolución Nacional” y el peso de la tradición», *Ayer*, 51 (2003), pp. 115-134; CLARET, J.: *El atroz desmoche: la destrucción de la universidad española por el franquismo, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 2006; MOLINERO, C.: *La captación...*, op. cit.; CENARRO, A.: *La sonrisa de Falange: Auxilio Social en la guerra civil y en la posguerra*, Barcelona, Crítica, 2005; SEVILLANO, F.: *Propaganda y medios de comunicación en el franquismo (1936-1951)*, Alicante, Universidad de Alicante, 1998; EVANS, P.: «Cifesa: Cinema and Authoritarian Aesthetics», en GRAHAM, H., y LABANYI, J.: *Spanish cultural studies. An introduction*, Nueva York, Oxford University Press, 1995, pp. 215-222; RICHARDS, M.: «From War Culture to Civil Society. Francoism, Social Change and Memories of the Spanish Civil War», *History and Memory*, 14 (2002), pp. 93-120.

⁵² CABRERA, M. A., y SANTANA, A.: «De la historia social a la historia de lo social», *Ayer*, 62 (2006), p. 188.

⁵³ ELORZA, A.: «El franquismo, un proyecto de religión política», en TUSELL, J., et al.: *Fascismo y franquismo. Cara a cara. Una perspectiva histórica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, pp. 69-82.

cuenta: pese a que en España no se configurase una religión política, la importancia de las ceremonias, homenajes, celebraciones, representaciones y rituales de la victoria tuvo un valor, una simbología y un significado para los que participaban o quedaban apartados de ellos⁵⁴.

Son necesarios más estudios locales que ahonden en la recepción de la cultura por parte de las bases sociales del franquismo. Sin embargo, algunos trabajos ya han puesto de manifiesto o han comenzado a sugerir la participación de esa «sociedad de vencedores» en celebraciones, actos y conmemoraciones. Se ha señalado, por ejemplo, el papel vital de la Iglesia en la conmemoración de la «Victoria» y en la organización de la vida de posguerra: conviviría sin problemas con FET y de las JONS en las celebraciones locales que, durante la posguerra, agruparán bajo sus símbolos y ritos a la comunidad de vencedores, legitimando el franquismo⁵⁵. También se han hecho incursiones en el campo de la participación de las clases populares en la erección de símbolos franquistas: las cruces de los caídos fueron impulsadas, en muchas ocasiones, por los vecinos vencedores de los pueblos españoles; empleaban para ello suscripciones populares para honrar a sus familiares «caídos por Dios y por España». Los mártires y «el recuerdo de la sangre se habían convertido ya en elementos insoslayables de la memoria colectiva» y de la «cultura de la victoria»⁵⁶.

En definitiva, también en sus ropajes culturales, todo apunta a que el franquismo fue mucho más que un régimen arcaico y tradicional. Su proyecto político contenía una cultura que dialogaba con la sociedad, que era compartida por la sociedad de los vencedores, y que los persuadía de la existencia de unos fines comunes más allá de meros intereses económicos⁵⁷. Una «cultura de la victoria» que coadyuvará a mantener el consenso y la unión de la sociedad de los vencedores. Y

⁵⁴ GENTILE, E.: «Il fascismo come religione politica», *Storia Contemporanea*, 6 (1990), pp. 1079-1106.

⁵⁵ PAYÁ LÓPEZ, P.: «Violencia, legitimidad y poder local. La construcción simbólica de la dictadura franquista en una comarca alicantina. El Vinalopó medio, 1939-1948», *Pasado y Memoria*, 1 (2002), pp. 197-222.

⁵⁶ LEDESMA VERA, J. L., y RODRIGO, J.: «Caídos por España, mártires de la libertad: víctimas y conmemoración de la Guerra Civil en la España postbélica (1936-2006)», *Ayer*, 63 (2006), p. 244.

⁵⁷ DE GRAZIA, V.: *The culture of consent. Mass organization of leisure in fascist Italy*, Nueva York, Cambridge University Press, 1981.

una cultura, en fin, que será coherente y se manifestará en el terreno de la represión y en la gestión de la miseria de la posguerra española.

La represión: la «Justicia de Franco» y el «castigo a los vencidos»

No podemos comprender el franquismo sin la represión y la violencia, auténticas bases del «Nuevo Estado»⁵⁸. Serán fenómenos multiformes, que irán desde el terreno cultural, al de la represión socio-económica y, por supuesto, al de la más brutal represión física.

La violencia del franquismo hacia los propios españoles no tiene precedentes. Ni en otros regímenes fascistas o parafascistas: los Estados autoritarios de Alemania, Italia, Portugal o Austria reprimieron a los disidentes pero, en ningún caso, en las proporciones de la España franquista. Como ha asegurado Ismael Saz, los números que arroja la represión franquista dejarían boquiabierto al mismo Himmler⁵⁹. Fue una represión sistemática, fría y continua durante todos los años de posguerra, ejercida de forma abierta, como espectáculo público o encubierta en forma de coacción. Una represión que impediría cualquier conato de oposición abierta al régimen: los posibles disidentes fueron eliminados o marcharon al exilio aterrorizados, y los que no lo fueron quedarían paralizados por el miedo. La represión, además de por sus efectos inmediatos, tiene que ser valorada por la paralización que el terror generó en la población, que no tuvo más remedio que adaptarse a las circunstancias y recluirse en la esfera de lo privado y en el silencio⁶⁰.

Una represión que comenzó en las horas que siguieron a la sublevación de julio de 1936, mediante sacas, paseos, fusilamientos y consejos de guerra sin la menor garantía jurídica. Una represión que fue arrastrada con la misma intensidad durante todos los años que duró la Guerra Civil, segando las vidas de los enemigos del naciente franquismo. Y una represión asimétrica, que no tuvo parangón ni en número, ni en intensidad con la violencia republicana: entre 1936 y 1939 se estiman en más de 100.000 las víctimas de la represión fran-

⁵⁸ CENARRO, A.: «Muerte y subordinación en la España franquista: el imperio de la violencia como base del “Nuevo Estado”», *Historia Social*, 30 (1998), pp. 5-22.

⁵⁹ SAZ, I.: *Fascismo...*, *op. cit.*, p. 179.

⁶⁰ MIR, C.: «Violencia política, coacción legal y oposición interior», *Ayer*, 33 (1999), pp. 115-145.

quista⁶¹. Pero la sangre derramada no pareció ser suficiente. Los últimos días de la guerra anunciaban que, paradójicamente, las balas seguirían golpeando el cuerpo de los derrotados después del 1 de abril de 1939: en febrero se constituyeron los Tribunales de Responsabilidades Políticas en todas las provincias españolas y se procedió a la confiscación del patrimonio y los bienes de los encausados, así como a la imposición de penas de prisión o de muerte por el delito de «rebelión». El «Nuevo Estado» empleó más instrumentos represivos para prevenir cualquier disidencia: Tribunales Militares, los de la Causa General, los de Represión de la Masonería y el Comunismo, la Ley de Seguridad Interior del Estado o la de represión del Bandidaje y el Terrorismo. El entramado represivo del franquismo lanzó unas cifras cargadas de sangre: se estima que unas 50.000 personas fueron ejecutadas en la posguerra⁶².

A esta maquinaria brutal habría que sumar las cárceles y los campos de concentración que salpicaron la geografía española durante los años cuarenta, concebidos como centros purificadores de los cuerpos enfermos y degenerados de la patria⁶³. España se convirtió en «una inmensa prisión»: hasta 1947 pervivieron los campos de concentración y los campos de trabajo. Las cárceles estaban abarrotadas, los malos tratos eran frecuentes y las condiciones de vida, terroríficas. Se acometieron incluso experimentos eugenésicos sobre algunos reclusos⁶⁴.

Los campos de concentración y las cárceles se erigieron en símbolo del «estado de excepción» perpetuo fijado por un Estado que lo controlaba todo⁶⁵. Las cárceles y el resto del país eran una misma dualidad represiva. El sistema penitenciario franquista no sólo perse-

⁶¹ Las cifras de la represión franquista durante la guerra y la posguerra en JULIÁ, S. (coord.): *Víctimas de la Guerra Civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999, p. 410.

⁶² RODRIGO, J.: *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza, 2008, p. 164.

⁶³ Por ejemplo, TORRENT, M.: *¿Qué me dice usted de los presos?*, Alcalá de Henares, Talleres Penitenciarios, 1942, p. 134.

⁶⁴ MOLINERO, C.; SALA, M., y SOBREQUÉS, J. (eds.): *Una inmensa prisión: los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo*, Barcelona, Crítica, 2003. RODRIGO, J.: *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista (1936-1947)*, Barcelona, Crítica, 2005; RICHARDS, M.: «Morality and biology in the Spanish Civil War: psychiatrists, revolution and women prisoners in Málaga», *Contemporary European History*, 10 (2001), pp. 395-421.

⁶⁵ AGAMBEN, G.: *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Pre-Textos, Valencia, 2006, pp. 30-32.

guía castigar a los «enemigos de España», sino que, mediante el escarmiento, la purificación y la reeducación moral, pretendía reinsertarlos en el sistema. Mientras no estuviesen «sanados», era conveniente mantenerlos separados de la multitud. Los muros de las prisiones no marcaban la frontera entre la reclusión y la libertad: como pondremos de manifiesto al analizar las situaciones de miseria, la salida de la cárcel era sólo el principio de una espiral de represión y de control social al que, al volver a su pueblo o ciudad, el vencido se vería sometido. Dentro y fuera de los muros de las cárceles, el franquismo reproducía las mismas tendencias represivas y reproductoras del sistema: como otros regímenes, el franquismo utilizó la biopolítica, el control de los cuerpos y el estado de excepción para alcanzar sus objetivos⁶⁶.

La represión tuvo efectos paralizadores en los posibles opositores al régimen franquista. Pero debemos aprender a mirar el empleo de la violencia y de la soberanía en otro sentido. La concepción de la Guerra Civil y el surgimiento de la «cultura de la victoria», a la que ya aludimos, se muestra fundamental aquí. La guerra era ese momento crucial y mítico en el que la sangre y el valor de los verdaderos españoles habían salvado a la patria. Unos días en los que la violencia política republicana se había desatado sobre los que ahora apoyaban al franquismo, condicionando sus percepciones y actitudes para siempre⁶⁷. España no habría aprendido nada si no honraba la figura de sus mártires, si no encendía «los cirios de su amor en el Panteón, donde reposan sus genios inmortales»⁶⁸. Para el resurgir «de la nueva España imperial y católica» era necesario «aniquilar» a los «enemigos encarnizados de la civilización cristiana»⁶⁹. La propaganda franquista y la literatura de la retaguardia habían dado buena prueba de sus horribles crímenes, robándoles su condición de humanos y, por supuesto, de españoles: «¿Es posible que fueran españoles aquellos energúmenos? No. Ni eran hombres siquiera. Eran diablos escapados del infierno. Eran posesos, borrachos de lujuria. Eran bestias rabiosas.

⁶⁶ MATOS, E.: «Biopolítica carcelaria en “La voz dormida” de Dulce Chacón: la cárcel como núcleo de la sociedad franquista», Universidad de Michigan (artículo inédito).

⁶⁷ Esta idea aparece sugerida en LEDESMA VERA, J. L.: *Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2004, p. 149.

⁶⁸ MUGUETA, J.: *Los valores...*, op. cit., p. 25.

⁶⁹ *El Norte de Castilla*, «Héroes inmortales», 29 de noviembre de 1936.

Eran furias del averno». Por ello, eran necesarios la «justicia y el castigo para los culpables de tanto horror y barbarie»⁷⁰. La «Justicia de Franco», la muerte de estos culpables, purificaría España, honrando a los mártires y compensando a sus familiares⁷¹. La represión quedaba legitimada, dando sentido a la maquinaria represiva del franquismo y cohesionando al cuerpo de los vencedores.

Es difícil calibrar hasta qué grado estos imaginarios impregnaron a los partidarios del franquismo. Sin embargo, el pionero estudio de Peter Anderson sobre la comunidad rural del Valle de los Pedroches (Córdoba) muestra hasta qué punto fue así. Fue esta creencia en la «Justicia de Franco», en la maldad del vencido y en la necesidad de una compensación por el sufrimiento o la pérdida de un familiar, lo que llevó a muchos a denunciar y a testificar en consejos de guerra contra sus vecinos de toda la vida⁷². Anderson demuestra que el franquismo también se construyó desde la represión. Una represión que no fue algo impuesto desde las altas esferas del «Nuevo Estado»: la complicidad y la participación «desde abajo» de la sociedad de los vencedores fue vital, y los comprometió severamente con la construcción del Estado franquista y, también, con la responsabilidad de la represión⁷³.

¿Por qué llevar a la muerte a un vecino, por qué denunciar a un conocido asegurándole la muerte? Es evidente que no podemos descartar intereses personales o económicos, rencillas sempiternas en el estrecho mundo de lo rural o razones que se esconden al ojo del historiador. Pero es evidente también que el compromiso de algunos hombres y mujeres con el sistema represivo franquista respondía a una convicción: la necesidad de la «justicia de Franco», vengar la sangre derramada de los mártires y asegurar la limpieza de España de elementos perniciosos para su salud. Su compromiso con la represión no se limitó a la participación y colaboración en procesos judiciales: gran

⁷⁰ PÉREZ DE OLAGUER, A.: *El terror...*, *op. cit.*, pp. 90 y 83.

⁷¹ ANDERSON, P., y DEL ARCO BLANCO, M. Á.: «Construyendo el franquismo: violencia y represión en el campo andaluz de posguerra», *IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Murcia, 2008.

⁷² ANDERSON, P.: «Singling Out Victims: Denunciation and Collusion in the Post-Civil War Francoist Repression in Spain, 1939-1945», *European History Quarterly*, 39 (2009), pp. 7-26.

⁷³ ANDERSON, P.: *Making Francoism: repression and complicity in Los Pedroches (Córdoba), 1939-1953*, tesis doctoral inédita, Royal Holloway, Universidad de Londres, 2006.

parte de las bases sociales del franquismo se convirtieron en vigilantes y delatores de las conductas y los comportamientos morales, políticos y sociales durante los años cuarenta⁷⁴. Tampoco en esto, en cuanto al comportamiento de algunos de sus ciudadanos, el régimen franquista se distanció demasiado de la Alemania nazi y de la Italia fascista⁷⁵.

La violencia directa e indirecta del régimen franquista paralizaría a la población. El miedo sería el compañero cotidiano de muchos españoles: miedo a una delación, a ser detenido, a ser castigado, a ser privado de libertad. Los que no estaban con el régimen fueron lanzados a una reclusión interior perpetua, concienciados de que, en el franquismo, «vivir no era más que sobrevivir»⁷⁶. Mientras tanto, los vencedores estaban unidos por un corpus de ideas que justificaban la represión y, en algunos casos, les hacían participar en el ejercicio de la violencia y en el control social, fortaleciendo su identidad de vencedores y vigorizando al régimen franquista del que eran parte⁷⁷.

Vencedores y vencidos entre hambre y miseria

Hablar de los primeros años del franquismo es hablar de hambre, de miseria y de una situación socioeconómica extrema. A la vista de la «cultura de guerra» compartida por los vencedores y su implicación en la represión y el control social de los vencidos, el paisaje de la penosa posguerra era suficiente para inquietar a los que habían perdido la guerra.

Las condiciones socioeconómicas de aquellos años fueron otro elemento decisivo para la estabilidad del régimen franquista. En esos días, los grupos sociales más humildes se vieron sometidos a situaciones límite. Los niveles de producción de posguerra no se alcanzaron

⁷⁴ RODRÍGUEZ BARREIRA, O. J.: «Cuando lleguen los amigos de Negrín...». Actitudes individuales y opinión pública ante la Segunda Guerra Mundial en una provincia del Sur. Almería, 1939-1945», *Historia y Política*, 18 (2007), pp. 309-315.

⁷⁵ GELLATELY, R.: *The Gestapo and German Society: Enforcing Racial Policy 1933-1945*, Oxford, Clarendon Press, 1990; EBNER, M.: «The political police and denunciation during Fascism: a review of recent historical literature», *Journal of Modern Italian Studies*, vol. 11, 2 (2006), pp. 209-226.

⁷⁶ MIR, C.: *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*, Lérida, Milenio, 2000.

⁷⁷ BARTOV, O.: *Mirrors of destruction. War, Genocide and Modern Identity*, Nueva York, Oxford University Press, 2000, p. 6.

hasta 1952, los rendimientos agrícolas decrecieron, la industrialización se frenó, el paro se extendió, el coste de vida se elevó exponencialmente y se impusieron unos salarios de miseria.

No es necesario insistir sobre el alcance de la catástrofe. Las muertes por inanición no fueron pocas, las enfermedades azotaron con virulencia a los más desfavorecidos, la escasez de viviendas se potenció y muchos españoles acabaron viviendo hacinados en cuevas o en espacios insalubres⁷⁸. El hambre lo inundó todo. La desesperación de un estómago vacío, de una familia que alimentar, llevó a que los más humildes trataran de sobrevivir a cualquier precio, recurriendo al ingenio, al robo o al estraperlo. Muchos, desesperados, llegaron incluso al suicidio⁷⁹.

Con este panorama, ¿cómo afirmar que el hambre y la miseria se convirtieron en aliados del régimen de Franco? Sería en este paisaje donde, otra vez, se proyectaría la sombra de la Guerra Civil. Vencedores y vencidos gozarán de distinto destino. Las heterogéneas clases medias y altas, bases sociales del «Nuevo Estado», sortearán la crítica situación o incluso sacarán partido de ella. Las clases bajas, desplazadas del poder e identificadas con los vencidos, sufrirán la miseria con toda su dureza.

La política autárquica se convertirá en un arma sin precedentes en manos de las autoridades franquistas. Los ayuntamientos, los poderes locales, ahora copados por esos hombres nuevos, excombatientes representantes de esa «cultura de la victoria», gozarán de unas amplias prerrogativas para «ordenar» la vida de posguerra. Decidirán sobre la aplicación de la política agraria, sobre el funcionamiento de las industrias, sobre el abastecimiento, sobre la comercialización y venta de productos... y, por supuesto, gestionarán las cartillas de racionamiento. Gestionarán el hambre.

En la España del hambre también habrá vencedores y vencidos. Algunos estudios han demostrado que la política autárquica fue un instrumento más para premiar a los vencedores y castigar a los derrotados. La gestión real de la autarquía en algunos pueblos españoles

⁷⁸ Reconocido por el embajador británico Sir Samuel Hoare en su visita a Andalucía. The National Archives, PRO, FO 371/34752, Informe del 15 de marzo de 1943.

⁷⁹ DEL ARCO BLANCO, M. A.: «Morir de hambre». Autarquía, escasez y enfermedad en la España del primer franquismo», *Pasado y Memoria*, 5 (2006), pp. 241-258; MIR, C.: «La violencia contra uno mismo: el suicidio en el contexto represivo del franquismo», *Ayer*, 38 (2000), pp. 187-210.

benefició a los apoyos sociales del régimen franquista. El estraperlo y el destino de unos y otros hombres en su práctica fueron el mejor espejo de la sociedad quebrada: mientras que los partidarios del «Nuevo Estado» lo realizaban con impunidad, el pequeño estraperlo de los más humildes era castigado severamente con multas, prisión o el confinamiento en un campo de trabajadores⁸⁰.

Económicamente, el sistema autárquico fue un desastre para el país... pero no tanto para el fin del franquismo: perpetuarse. Las clases altas, medias-altas y medias-bajas, los apoyos sociales del régimen, consiguieron vencer a la miseria o, incluso, se enriquecieron. Algunos de aquellos humildes propietarios rurales que lucharon por el franquismo, a finales de los años cuarenta habían incrementado sus propiedades de forma destacada. Ellos disponían de los medios de producción y de los recursos necesarios para hacer estraperlo y ser tolerados por el régimen. En cambio, las clases bajas, los obreros, los jornaleros, los más humildes, aquellos que el propio franquismo consideró en su ideología como enemigos... sufrieron una represión económica sin precedentes. Así pues, la política autárquica desempeñó una doble función: por un lado, unió en sus intereses a los vencidos, siendo un elemento fundamental de consenso para asegurar la continuidad del franquismo, y, por otro, fue un arma de represión sin precedentes, asegurando la desmovilización, la despolitización y la extenuación de los vencidos⁸¹.

Exhaustos, cansados, desesperados, acorralados por la represión, tras una Guerra Civil y por efecto de una memoria que la concebía como la lucha del Bien contra el Mal y los señalaba como culpables... ¿qué remedio quedaba a los vencidos? El carácter del régimen, su represión política, moral y socioeconómica dejaban poco espacio para la oposición abierta, y era imposible reconstruir los sindicatos o los partidos políticos. Muchos se retiraron a un exilio interior, en unas comunidades pequeñas y cerradas, donde el control social de sus vecinos era tan aplastante como la amenaza del hambre⁸².

⁸⁰ GÓMEZ OLIVER, M., y DEL ARCO BLANCO, M. Á.: «El estraperlo: forma de resistencia y arma de represión en el primer franquismo», *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, 23 (2005), pp. 179-199.

⁸¹ DEL ARCO BLANCO, M. Á.: *Hambre de siglos. Mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951)*, Granada, Comares, 2007. Algunos casos de enriquecimiento en pp. 183-187.

⁸² MIR, C.: *Vivir es sobrevivir...*, op. cit.

La oposición abierta era imposible. Así, los hombres y mujeres que habían perdido la guerra mostraron su disidencia y su disconformidad al régimen *dentro* de él: en el aumento desproporcionado de los robos para subsistir, en el pequeño estraperlo, en los trucos con las cartillas de racionamiento para obtener más comida, en no entregar las cosechas producidas o, incluso, en chistes, rumores o canciones populares. Todas estas manifestaciones simbolizaban la resistencia, las pequeñas rupturas de aquellos que no tenían voz⁸³. Acorralados por los muros de la miseria, los vencidos dirigieron sus esfuerzos a sobrevivir, olvidando —o posponiendo— lejanas pretensiones de redención.

Se ha afirmado que el franquismo no quiso, en ningún momento, castigar con la miseria a los vencidos, resaltando la preocupación del régimen por la situación socioeconómica, así como los intentos que puso en marcha para mitigarla⁸⁴. A nuestro juicio, estos planteamientos obvian la interacción de los hombres con las instituciones franquistas: una interacción marcada por una «cultura de la victoria» que legitima y justifica el premio al vencedor y el castigo al vencido. Y una acción que también es coherente con la «eficiencia social» de la política autárquica hacia aquellos que apoyaban al franquismo. Debemos explicar la adopción de una política determinada en regímenes autoritarios de entreguerras aplicando y conjuntando los conceptos de «intención» y «estructura»⁸⁵. Es cierto que la intención deliberada de los hombres de Franco no fue llevar a la inanición a parte de la sociedad española, tal como pone de manifiesto su preocupación por solventar los problemas del hambre. Pero también es cierto que la «estructura» del régimen franquista era coherente con esta situación: mediante la aplicación del intervencionismo autárquico, las bases sociales del régimen, identificadas con los vencedores en la «Cruzada», escaparon del hambre o incluso progresaron económicamente; al mismo tiempo, los que habían perdido la guerra fueron lanzados contra el muro del hambre, las enfermedades y la represión socioeconómica. Que los vencidos muriesen de hambre no estaba en el «programa político» del «Nuevo Estado»: pero la realidad de los penosos años

⁸³ CABANA, A.: «Minar...», *op. cit.*; RODRÍGUEZ BARREIRA, O. J.: *Migas... op. cit.*

⁸⁴ MOLINERO, C., e YSÀS, P.: «El malestar popular por las condiciones de vida. ¿Un problema político para el régimen franquista? », *Ayer*, 52 (2003), pp. 255-280.

⁸⁵ KERSHAW, I.: *The nazi dictatorship. Problems and perspectives of interpretation*, Londres, Arnold, 1985, p. 80.

cuarenta dibujó un triste mundo de vencedores y vencidos, coherente con la «cultura de la victoria» y con la satisfacción de las expectativas de los grupos sociales que apoyaron el golpe de julio de 1936.

Conclusión

El franquismo no fue un régimen fascista. Sin embargo, adquirió muchos elementos que lo fascistizaron y lo alejaron de ser un régimen tradicional. No sólo nos referimos a la existencia de un partido único, la adopción de insignias y uniformes, o la creación de diversas instituciones con ecos en los regímenes alemán e italiano. El franquismo también gozó, como ellos, de un consenso. No fue un consenso activo e incondicional, sino un apoyo líquido y flexible, que iría desde la adhesión plena hasta la indiferencia hacia el régimen. Hubo igualmente oposición y disenso: oposición circunscrita a unos partidos políticos que fue imposible reconstruir y a una guerrilla que plantó cara al franquismo durante más de una década; y un disenso mostrado de forma individual y atomizada, dirigido a asegurar la supervivencia.

Con todas esas matizaciones, el régimen del general Franco estuvo sustentado por una comunidad de vencedores, una extensa y variada gama de clases medias y altas que, año tras año y a pesar de las críticas circunstancias de posguerra, le siguieron prestando su apoyo. Fue una comunidad nacional unida por una «cultura de la victoria» que le daba coherencia, delimitando entre buenos y malos españoles. Una cultura en la que bañaban sus acciones, legitimadas y explicadas por ella, participando activamente en el castigo al vencido mediante la represión física, moral y socioeconómica, a la vez que saciaban sus intereses gestionando la política autárquica en su propio beneficio. Mientras tanto, la oposición frontal al régimen había quedado desactivada por los fusilamientos, las ejecuciones, las prisiones, los campos de concentración, el aislamiento social, el hambre y la miseria. La «Justicia de Franco» se había hecho efectiva.

El acelerón sindicalista y sus contradicciones internas: imagen y realidad en la propaganda de la OSE, 1957-1969

Alex Amaya Quer
UAB-CEFID

Resumen: Este artículo se sitúa en la realidad interna del aparato de propaganda de la Organización Sindical Española durante los años sesenta. En esta época, la OSE se hallaba inmersa en un proceso de impulso y adaptación a la cambiante realidad socioeconómica española. Utilizó con insistencia sus medios de propaganda para ampliar la base social y conseguir así sus objetivos políticos. El diario *Pueblo* fue la punta de lanza de esta ofensiva propagandística gracias a su notable éxito comercial impulsado por la fuerte voluntad política emanada de José Solís Ruiz y Emilio Romero. No obstante, un conjunto de problemas internos que afectaron a la gestión del diario amenazaron y condicionaron gravemente las metas políticas que éste debía cumplir.

Palabras clave: organización sindical, propaganda, diario *Pueblo*, desarrollo económico.

Abstract: This article is set in the internal framework of the Spanish Trade Union Organisation (OSE) propaganda machinery in the 1960s. In this period, OSE was immersed in a process of impulse, reorganisation and adaptation to the changing socio-economic reality of Spain. These propaganda means were used insistently to expand its social base and achieve its political objectives. The journal *Pueblo* was the spearhead of this propaganda offensive, due to its remarkable commercial success promoted by both José Solís Ruiz and Emilio Romero's strong political willpower. However, a set of internal problems affecting the management of the journal threatened and seriously conditioned the political targets that it was set to accomplish.

Key words: Trade Union Organisation, propaganda, journal *Pueblo*, economical development.

Introducción

La Organización Sindical Española experimentó un proceso de impulso y reorganización en el contexto de los profundos cambios socioeconómicos y políticos en los que se vio inmersa España durante los años sesenta¹. Fue en este escenario en que la OSE realizó una seria apuesta política de desarrollo estructural en búsqueda de un mayor protagonismo e influencia en el esquema institucional del régimen franquista. Su aparato de propaganda tuvo un papel destacado en este proceso, tanto en la construcción de un discurso renovado, como en la difusión de una imagen de fortaleza para la propia OSE. En ese contexto, su principal órgano de prensa, el diario *Pueblo*, tuvo un crecimiento sin precedentes que le situó entre los medios de mayor difusión del país.

El momento de máximo esplendor de *Pueblo* se produce en 1968². Su influencia en los debates políticos de la época, y su perseverancia a la hora de transmitir al gran público las posturas políticas del sindicalismo oficial alimentaban una imagen de diario influyente e importante en la España de la época. Esto también tenía que ver con la popularidad y la proyección pública de su director, Emilio Romero³, que por entonces se encarnaba en figura de éxito como periodis-

¹ Véanse, a modo de ejemplo, ROS HOMBRABELLA, J.: *Política económica española (1959-1973)*, Barcelona, Blume, 1979; MARTÍNEZ SERRANO, J. A., et al.: *Economía española: 1960-1980. Crecimiento y cambio estructural*, Barcelona, Blume, 1982; NADAL, J., et al.: *Crecimiento económico y crisis estructural en España 1959-1980*, Madrid, Akal, 1981; BARCIELA, C., et al.: *La España de Franco (1939-1975). Economía*, Madrid, Síntesis, 2001; SEVILLANO CALERO, F.: *Ecos de papel. La opinión de los españoles en la época de Franco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 175-214; BABIANO MORA, J.: *Emigrantes, cronómetros y huelgas*, Madrid, Siglo XXI, 1995; YSÀS, P.: *Disidencia y subversión. La lucha del régimen franquista por su supervivencia, 1960-1975*, Barcelona, Crítica, 2004; HISPÁN IGLESIAS DE USSEL, P.: *La política en el régimen de Franco entre 1957 y 1969. Proyectos, conflictos y luchas por el poder*, Madrid, CEPC, 2006; MOLINERO, C., e YSÀS, P.: *La anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977*, Barcelona, Crítica, 2008 pp. 18-137.

² Ostentaba con diferencia la primera posición entre los diarios vespertinos españoles, tercero entre todos los diarios de Madrid tras *ABC* y *Ya*, según el *Boletín de la Oficina de Justificación de la Difusión* (OJD) de 1969.

³ Romero fue director de *Pueblo* en una primera época entre 1952 y 1954, en que fue cesado por apoyar a Torcuato Luca de Tena en la pugna de éste con Juan Aparicio, director general de Información. Recuperó el cargo de mano de José Solís Ruiz en

ta y director de prensa, como alto cargo sindical y político e, incluso, como dramaturgo y novelista. Ello repercutía en la popularidad del diario que dirigía y, también, de la propia Organización Sindical. Sin embargo, y pese a la victoriosa imagen que transmitían diario y director, *Pueblo* había cerrado el ejercicio económico de aquel mismo año de 1968 con el mayor déficit financiero de su historia y, desde hacía unos meses, las jerarquías de la OSE habían mostrado internamente un claro descontento con respecto a Romero.

Los problemas en la gestión económica y en la capacidad de penetración social de la propaganda sindical estaban ocultos al gran público por la gruesa cortina que el discurso propagandístico había tejido y que mostraba a *Pueblo* como paradigma de triunfo periodístico y a la OSE, como representación máxima de los anhelos populares. El objetivo de este texto es mostrar algunas de las características internas del aparato de propaganda sindical que evolucionaron hasta convertirse en problemas de difícil solución, hasta el punto de condicionar la voluntad política que lo impulsaba y la coherencia de las metas que perseguía.

«Periodismo militante»⁴, ofensiva sindical y apuesta por la propaganda

La Organización Sindical Española, desde sus inicios, orientó la función de las publicaciones que editaba hacia la difusión de sus acti-

1956, y no lo abandonó hasta febrero de 1975. Poseía los principales premios nacionales de periodismo: el Francisco Franco, el José Antonio Primo de Rivera, el Jaime Balmes, el Mariano de Cavia y el Luca de Tena. Estos galardones, más que laurear su calidad periodística, eran reflejo de su capacidad de influencia en el mundo de la prensa franquista. Romero era, además, procurador en Cortes por el tercio sindical desde 1952 y consejero nacional del Movimiento desde 1956. Había ganado también los premios de novela Planeta y Ateneo de Sevilla, y se rumoreaba en esos años sobre su entrada en la Real Academia de la Lengua. Por otra parte, estrenaba periódicamente obras de teatro de relativo éxito comercial y constante polémica política. Un acercamiento interesante al personaje en AMILIBIA, J. M.: *Emilio Romero. El gallo del franquismo*, Madrid, Temas de Hoy, 2005.

⁴ «Periodismo militante» era el título de un seminario impartido por Alberto de Lavedán, periodista del Servicio Nacional de Información y Publicaciones Sindicales, en la Casa Sindical de Madrid el 27 de abril de 1960. En Archivo General de la Administración (en adelante AGA): Sindicatos, Discursos/artículos, «Periodismo militante», caja 18.675

vidades en un sentido claramente propagandístico⁵. El diario *Pueblo* mantuvo dicha funcionalidad política como seña de identidad, desde 1940 hasta el mismo fin del franquismo, siendo el máximo representante de la voz de la OSE por su superior capacidad de difusión entre la amplia diversidad de publicaciones sindicales⁶. La pátina de periodismo popular, accesible y moderno que le aplicó Emilio Romero como director durante los años del *Desarrollismo* no contravenía su misión original. Ésta, llevada a cabo por verdaderos *periodistas-militantes*, consistía en transmitir a las masas las propuestas doctrinales del nacional-sindicalismo, especialmente en aquellas áreas de actuación sindical mediante las que se pretendía alcanzar un consenso social aquiescente. La labor asistencial que la OSE desarrollaba a través de sus Obras Sindicales⁷, por ejemplo, y la *justicia social* que de ellas se debía desprender iban a tener siempre una importancia capital en el discurso propagandístico *nacionalizador* de *Pueblo*.

En el contexto socioeconómico de los años sesenta, la ofensiva propagandística sindical añadiría argumentos con fuerte carga demagógica para conformar un discurso caracterizado sintéticamente por una defensa nacional-sindicalista del *desarrollo social* paralelo al económico; propuestas de *democratización* en el funcionamiento interno de las empresas, a través de participación en beneficios y *cogestión*; una voluntad de representatividad popular que la OSE pretendía garantizar mediante un proceso interno de *horizontalización* de sus estructuras; una clara reivindicación de su condición de puente entre el Estado y la sociedad; y, finalmente, la formulación de una nueva legitimidad sumada a la original del *18 de Julio*, para el Régimen, para el propio Franco y para sí misma, en función del bienestar social y el aumento del nivel de vida de los españoles⁸. Emilio Romero fue uno de los prin-

⁵ Como revela abiertamente el *Boletín de Información de la Delegación Nacional de Sindicatos*, Departamento de Prensa y Propaganda, notas sobre la propaganda sindical, 19 (1941), Año II, pp. 16-17

⁶ En 1968 existían 116 publicaciones periódicas sindicales. Véase LÓPEZ GALLEGOS, M.: «Aproximación al estudio de las publicaciones sindicales españolas desarrolladas durante el franquismo (1936-1975)», *Historia y Comunicación Social*, 8 (2003), pp. 159-185.

⁷ Para una explicación accesible y funcional de cada una de ellas, véanse SERVICIO NACIONAL DE INFORMACIÓN Y PUBLICACIONES SINDICALES (SIPS): *Organización Sindical Española*, Oviedo, E. S. P. de Oviedo, 1965, pp. 35-42; e IGLESIAS SELGAS, C.: *Los Sindicatos en España*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1965, pp. 175-226.

⁸ Para un análisis del discurso de la OSE en los años sesenta, véase AMAYA, À.:

cipales rostros visibles de este discurso, dotando a *Pueblo* de un carácter propio y aparentemente genuino en el que, aunque dúctil y adaptable a las circunstancias, la voluntad propagandística estuvo siempre presente. Mediante una línea editorial que pretendía diferenciar el discurso nacional-sindicalista del de otras *familias* del Régimen, Romero convirtió a *Pueblo* en la punta de lanza de la ofensiva sindical, identificada con la llegada al gobierno de José Solís Ruiz en 1957⁹.

Dicha ofensiva contó con algunos precedentes importantes en los años inmediatamente anteriores, en forma de creciente presión de la OSE sobre el gobierno, y que coincidieron en un ambiente de tensión con los penúltimos coletazos del nacional-sindicalismo para conseguir abiertamente sus objetivos políticos a través del Movimiento¹⁰. Con el III Congreso Nacional de Trabajadores, celebrado en junio de 1955, la OSE comenzó a tomar la iniciativa, al menos discursivamente, perfilando sus posiciones sobre la función social del Estado y declarando «la lucha contra el espíritu de monopolio que algunos sectores de la cadena productiva quieren mantener»¹¹. Lo cierto es que las dificulta-

«La figura de Franco en el discurso de la Organización Sindical Española durante los años del *Desarrollismo* a través del *Diario Pueblo*, 1957-1969», *Hispania*, 229 (2008), pp. 503-532; e íd.: «El discurso de la doble legitimidad en la propaganda de la Organización Sindical Española, 1957-1969», *IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea. Ayeres en discusión. Temas claves de Historia Contemporánea hoy*, Murcia, 2008.

⁹ José Solís Ruiz formó parte del aparato sindical desde el mismo nacimiento de la OSE. Vicesecretario Nacional de Ordenación Social en 1944, Solís se encargó de la organización del I Congreso de Trabajadores en 1946. Nombrado en 1951 gobernador civil de Pontevedra y de Guipúzcoa por poco tiempo, en septiembre de ese año fue ascendido a delegado nacional de Sindicatos. En febrero de 1957 sumó al máximo cargo sindical el de ministro secretario general del Movimiento, ostentando ambas responsabilidades hasta octubre de 1969. Procurador en Cortes desde 1946, Solís recuperó la Secretaría General del Movimiento de junio a diciembre de 1975 y fue ministro de Trabajo de diciembre de 1975 a julio de 1976, tras lo que se retiró de la actividad política.

¹⁰ Sobre el cese de Fernández-Cuesta en febrero de 1956 a resultas de la crisis universitaria, véase MESA, R.: *Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos de febrero de 1956*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1986; también, MUÑOZ SORO, J.: «Joaquín Ruiz-Giménez o el católico total. Apuntes para una biografía política», *Pasado y memoria. Revista de historia contemporánea*, 5 (2006), pp. 274-275; de forma breve y poco clarificadora por parte del propio secretario general cesado, véase FERNÁNDEZ CUESTA, R.: *Testimonio, recuerdos y reflexiones*, Madrid, Dyrsa, 1985. pp. 241-245. Sobre los intentos de su sucesor de institucionalizar el Movimiento en clave falangista, véase ARRESE, J. L.: *Una etapa constituyente*, Barcelona, Planeta, 1982, pp. 58-285.

¹¹ Palabras de José Solís Ruiz en la recepción por parte de Franco de una comisión del III Congreso de Trabajadores, *Pueblo*, 15 de noviembre de 1955.

des económicas por las que atravesaba la clase obrera española en ese tiempo, y que creaban un malestar ascendente, parecían ser motivo suficiente para preocupar a las jerarquías sindicales y empujarlas a presionar al gobierno. La OSE tenía miedo a que los posibles conflictos implicaran una pérdida del control social en las fábricas, ante lo cual el importante escrito que elevó al gobierno a comienzos de 1956 revelaba un paso adelante en su estrategia de presión¹². En una línea similar, el *Estudio sobre salarios*, que la dirección de la OSE envió al gobierno en septiembre de 1956, reivindicaba para sí un rol más determinante en la gestión de la política laboral, con el objetivo de «garantizar adecuadamente la defensa de los intereses del trabajador»¹³.

El 25 de febrero de 1957, Solís se convertía en ministro secretario general del Movimiento, en sustitución de Arrese, y teniendo en cuenta el revés sufrido por éste, utilizó su nueva plataforma ministerial y el mantenimiento de la jefatura del sindicalismo oficial para lanzar una ofensiva política a medio y largo plazo a través de la OSE¹⁴. Emilio Romero la llamó «acelerón sindicalista»¹⁵, y supuso un impulso sin precedentes para la prensa sindical.

Las publicaciones sindicales, y en especial el diario *Pueblo*, se adaptaron rápidamente a la situación derivada del cambio de gobierno¹⁶, pues llevaban meses siguiendo una tendencia ofensiva. En la voluntad de José Solís de darle un impulso al diario sindical, incluso antes de asumir la Secretaría General del Movimiento, Romero fue desde el comienzo una pieza fundamental como director de *Pueblo* y sub-jefe del Servicio Nacional de Información y Publicaciones Sindicales¹⁷ tras el cese de Fernández-Cuesta¹⁸. Solís

¹² AGA: Sindicatos, Documentos 1956, «Escrito elevado al Gobierno por la Organización Sindical en 25 de enero de 1956», caja 14, p. 81.

¹³ AGA: Sindicatos, Documentos 1956, «Estudio sobre salarios. Delegación Nacional de Sindicatos. Septiembre, 1956», caja 14.

¹⁴ Para una síntesis de la misma, véase la ya obra clásica de LUDEVID, M.: *Cuarenta años de sindicalismo vertical. Aproximación a la Organización Sindical española*, Barcelona, Editorial Laia, 1976.

¹⁵ «Conferencia de Emilio Romero en la Cátedra Política del Distrito de la Arganzuela», *Pueblo*, 12 de abril de 1957.

¹⁶ Véanse «Reforma de la administración central y nuevo Gobierno», *Pueblo*, 26 de febrero de 1957; «Momento sindical», *Pueblo*, 26 de febrero de 1957; y «Buen principio», *Pueblo*, 28 de febrero de 1957.

¹⁷ En adelante SIPS.

¹⁸ Con quien el propio Romero jamás tuvo una relación fluida. Sobre la participación de Raimundo Fernández-Cuesta en el cese de Romero en 1954, véase AMILI-

redactó, en septiembre de 1956, una orden de servicio que iniciaba oficialmente el reimpulso de la propaganda sindical, reforzada por el cambio de gobierno de 1957. La orden de servicio pretendía simplificar el funcionamiento del SIPS y, entre otras cosas, ordenaba la creación de un «cuerpo general de doctrina sindical, sobre la base del pensamiento de los fundadores y de la palabra escrita o hablada de los dirigentes del Movimiento y sindicales»¹⁹, un verdadero tanque de pensamiento que debía actualizar la doctrina sindical para facilitar una labor de difusión que iba a contar con «todos los medios apropiados»²⁰.

La OSE, pues, comenzaba a reforzar su aparato de propaganda con el objetivo de renovar su discurso y difundirlo más ampliamente. A partir de 1957, se inició una afanosa labor de redacción y análisis de informes sobre la globalidad de la acción sindical emprendida hasta el momento para «calibrar cómo mejorar la propia acción y la comunicación con la base»²¹, en armonía con las necesidades expresadas por las jerarquías sindicales en los textos de 1955-1956, y en orden a mejorar la imagen de la OSE entre los trabajadores. Este esfuerzo culminaría en la creación, en enero de 1958, de un Departamento de Opinión Pública del SIPS que debía pulsar el estado de ánimo de los trabajadores con respecto a la acción sindical²². Mientras tanto, el SIPS, como organismo funcional, quedaba plenamente bajo las órdenes directas del propio Solís, mediante un Consejo Nacional de Información que él mismo presidía²³.

BIA, J. M.: *Emilio Romero...*, op. cit., pp. 102-103. En 1965, por otra parte, Romero y Fernández Cuesta libraron nuevamente una pública y agria batalla dialéctica. Véanse FERNÁNDEZ CUESTA, R.: «Más sobre el 222», *Arriba*, 24 de noviembre de 1965; y ROMERO, E.: «Contestación a Raimundo Fernández Cuesta», *Pueblo*, 26 de noviembre de 1965.

¹⁹ AGA: Sindicatos, Varios, «Orden de Servicio núm. 272», caja 18.678.

²⁰ *Ibid.*

²¹ AGA: Sindicatos, Correspondencia del Jefe Nacional del Servicio, «Carta de José Arriols Grau, Secretario del Despacho de la Secretaría General de la OSE, a Emilio Romero, 23 de enero de 1957», caja 18.675.

²² El proyecto de creación de dicho departamento se encuentra en AGA: Sindicatos, Correspondencia con Secretaría General de la OS 1952-1962, «Departamento de Opinión Pública (proyecto)», caja 18.675

²³ Formado por los vicesecretarios nacionales de Ordenación Económica, Ordenación Social y Obras Sindicales de la OSE, el jefe del Servicio Nacional de Relaciones Exteriores y el director de la Escuela Sindical, además del jefe Nacional, sub-jefe Nacional y secretario Nacional del SIPS.

A partir del 31 de enero de 1957, prácticamente un mes antes del nombramiento de Solís como ministro secretario general del Movimiento, el SIPS se vio inmerso en una vorágine de cambios y reestructuraciones internas, con Emilio Romero como su brazo ejecutor. Ese día fueron nombrados un nuevo jefe del Departamento de Prensa del SIPS, así como un nuevo redactor jefe del mismo departamento, un nuevo cuerpo técnico para la Cadena de Emisoras Sindicales, un nuevo inspector de las Publicaciones Sindicales, un nuevo responsable provincial del SIPS en Madrid y nuevos jefes del Departamento de Radio y del Departamento de Actos Públicos y Conferencias²⁴. Unos días después, el 4 de febrero de 1957, Romero nombraba un nuevo dirigente del SIPS en Barcelona, explicitando la «capital importancia de esta provincia para el funcionamiento y futuro crecimiento del Servicio»²⁵. Finalmente, Solís designaba nuevos delegados provinciales de Sindicatos en Álava, Logroño y Salamanca, con el mandato expreso de reforzar el aparato de propaganda sindical en esas provincias, lo cual adelantaba, junto a los casos de Madrid y Barcelona, la oleada de cambios de personal que el SIPS llevaría a cabo a escala provincial a partir de 1959.

La reorganización interna del SIPS implicó, también, un doble intento de motivación y fortalecimiento de la disciplina. Por una parte, se produjo un incremento del personal funcionario —que se multiplicaría por tres entre 1957 y 1960—, junto a una actualización de las categorías profesionales de los trabajadores del servicio²⁶. Por otra, se contempló el despido de aquellos empleados que, bien por reiterado abstencionismo laboral, bien por deficiente celo profesional, debían ser considerados prescindibles²⁷, independientemente de la subjetividad del criterio que debía juzgar estas actitudes.

²⁴ AGA: Sindicatos, Personal, «Reorganización a fondo dentro del Servicio de Información y Publicaciones Sindicales, con objeto de lograr una mayor eficacia de este Organismo de Propaganda», caja 18.575.

²⁵ AGA: Sindicatos, Personal, «Nuevo Jefe del Servicio en Barcelona», caja 18.575.

²⁶ AGA: Sindicatos, Correspondencia del Secretario General, cajas 18.675 y 18.677. Entre los que ven mejorada su situación laboral cabe mencionar al jefe de Publicaciones, Balbino Luengo, cuñado de Romero. Sobre el nepotismo del director, véase AMILIBIA, J. M.: *Emilio Romero...*, *op. cit.*, p. 155-158.

²⁷ Ésta es la directriz expresada de forma confidencial por el secretario general de la Organización Sindical José M.^a Martínez Sánchez-Arjona a Emilio Romero el 20 de diciembre de 1957, en AGA: Sindicatos, Correspondencia con Secretaría General de la OS 1952-1962, caja 18.675.

Muchas de estas medidas pasaron de la esfera central a la provincial a partir de febrero de 1959. Se exigió a los delegados provinciales de Sindicatos información completa sobre los jefes del SIPS en sus respectivos territorios a fin de orientar la esfera central sobre la ratificación o relevo de estas personas en sus puestos, tras lo cual se procedió a realizar los cambios necesarios. El proceso se saldó con el cese de los jefes provinciales del SIPS en Álava, Cádiz, Gerona, Huelva, Logroño, Salamanca y Orense, a los que hay que sumar los de Madrid y Barcelona, removidos de sus puestos en 1957. Además, se nombró por primera vez a responsables del Servicio en Ceuta, Huesca y Melilla, lugares en los que el SIPS provincial no había existido hasta entonces²⁸.

Por último, en febrero de 1959, las altas esferas de la OSE aprobaron una lista elaborada por Romero que contenía el nombre de jóvenes periodistas, profesores universitarios, escritores y otros miembros de la intelectualidad *adicta* a la causa sindical, con objeto de que fueran contratados como colaboradores directos de la OSE bajo gratificación²⁹. Muchos de ellos se sumarían a la creciente plantilla de *Pueblo* u otros medios sindicales de comunicación coordinados por el SIPS, predispuestos todos a lanzar la ofensiva propagandística.

«El primer vespertino de España»: anverso y reverso de una imagen de éxito

El diario *Pueblo*, nacido en 1940, había disfrutado de un primer aunque breve momento de brillantez durante la Segunda Guerra Mundial. A lo largo de ese periodo había conseguido aumentar sus tiradas considerablemente, gracias al estilo más popular y accesible de narrar las evoluciones del conflicto internacional con respecto a otros medios, amén de conseguir aglutinar a parte del público más germanófilo. Pero a la altura de 1946, debido a la finalización de la conflagración mundial, y también como consecuencia del menor cupo de papel que podía disfrutar el diario en un contexto de aperturas económicas y aislamiento internacional, *Pueblo* tenía tiradas inferiores a 50.000 ejemplares.

²⁸ AGA: Sindicatos, Personal, caja 18.575.

²⁹ Intercambio de cartas fechadas respectivamente en 18 de febrero de 1959 y 7 de marzo de 1959, en AGA: Sindicatos, Correspondencia del Jefe Nacional, caja 18.675.

Antes del inicio de la ofensiva sindical y de la definitiva égida de Romero sobre el diario en 1956, *Pueblo* se encontraba, si bien no «en coma»³⁰, sí en una situación francamente mejorable. En lo referente al discurso, Romero comenzó a inspirar una forma de hacer periodismo más atractiva, introduciendo lenguajes más inteligibles en el tratamiento de la información, dando mayor presencia al deporte, los toros o la incipiente crónica *rosa* y coqueteando con temáticas atrevidas e incluso inéditas en España³¹. Aunque de un modo deliberadamente más cercano al público general, *Pueblo* no olvidó la difusión del discurso propagandístico nacional-sindicalista, casi siempre en términos demagógicos y con ansia de polémica, pero ajustado al elástico pero combativo *corpus* doctrinal falangista. El mantenimiento de este esquema y un aumento de las subvenciones sindicales permitieron a *Pueblo* transitar, en tan sólo tres años, desde los 50.000 ejemplares de 1957 hasta más de 100.000.

Tirada media diaria del Diario *Pueblo*
(en número de ejemplares)³²

1946	48.858	1959	74.866
1947	48.839	1960	97.303
1948	42.928	1961	109.843
1949	38.022	1962	116.761
1950	39.712	1963	120.862
1951	34.050	1964	145.236
1952	39.965	1965	160.699
1953	52.333	1966	192.124
1954	52.329	1967	195.212
1955	44.604	1968	220.085
1956	47.175	1969	215.362
1957	53.482	1970	196.802
1958	64.819	1971	188.275

Un gráfico de la evolución de la venta del diario *Pueblo* a lo largo de estos mismos veinticinco años muestra palmariamente que fue exactamente durante la *Era Solís* cuando *Pueblo* disfrutó de su más

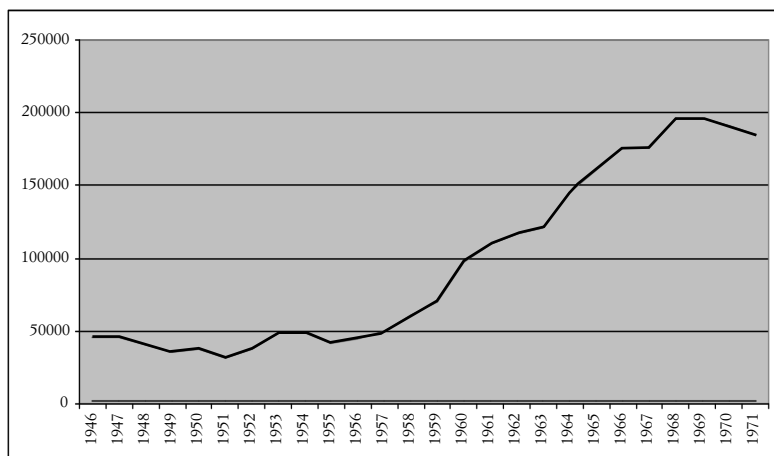
³⁰ En AMILIBIA, J. M.: *Emilio Romero...*, *op. cit.*, p. 127.

³¹ Como la larga entrevista a Caryl Chessman, condenado a muerte en Estados Unidos, o las crónicas sobre la travesía por el Polo Norte de Luis de Castresana.

³² Datos extraídos de AGA: Sindicatos, Pueblo Contabilidad, cajas 42 a 54.

alta difusión comercial³³. La tendencia, de forma clara e inequívoca, fue creciente desde 1956-1957 y se mantuvo a lo largo de toda la etapa. El crecimiento de la venta de *Pueblo* entre 1956 y 1969, por tanto, no deja de ser una escenificación de la ofensiva sindical.

Evolución de la venta de *Pueblo* entre 1946 y 1971 (en número de ejemplares)³⁴



El final de esa etapa de crecimiento —sin precedentes tanto cuantitativa como cualitativamente—³⁵ llega precisamente tras el cese de Solís como ministro en octubre de 1969. Este hecho invita a pensar en una relación directa entre ambos acontecimientos. No obstante, la explicación causa-efecto es claramente insuficiente si se tiene en cuenta que Emilio Romero, gran aliado de Solís, pero también verdadero motor e inspirador de *Pueblo*, no dejó de ser director hasta seis años después. Un cierto conocimiento de su personalidad, de su sentido de *propiedad* con respecto a *Pueblo*, hace pensar que no vincula-

³³ Se incluyen los dos ejercicios posteriores al cese de Solís en 1969 como muestra de la evolución descendente de la venta del diario desde esa fecha.

³⁴ Datos extraídos de AGA: Sindicatos, Pueblo Contabilidad, cajas 42 a 54.

³⁵ En el sentido de la conquista de cifras de venta sin parangón en la evolución anterior del diario, y por la presencia e influencia del mismo en los grandes debates políticos y el mundo periodístico de la época.

ría voluntaria y automáticamente la derrota política de Solís al declive de *su* diario. Como se tratará de explicar más adelante, hay elementos estructurales, intrínsecos, en el funcionamiento del diario que, sumados a la defenestración de Solís, permiten identificar las verdaderas causas del decrecimiento de la difusión de *Pueblo* a partir de 1969, sin olvidar que la elección de Enrique García-Ramal como máximo dirigente de la OSE en 1969 pretendía, precisamente, dar por cerrado el proyecto *aperturista* y de ofensiva sindical de Solís y, con ello, la importancia extraordinaria de la propaganda.

Como se ha apuntado, la estrategia política que José Solís Ruiz llevaba a cabo a través de la Organización Sindical dependía en buena parte de la imagen propagandística creada para ella. Es por ello que una gran dosis de voluntad política para capear, maquillar u obviar cualquier problema que pudiera amenazar dicha imagen era un requisito indispensable. Construida a través de la prensa sindical, esa particular visión de la realidad debía hacer creíble los grandes tótems del discurso sindical de la época, ya fuera la autenticidad de la reforma estructural interna que proclamaba y el ensanchamiento de las vías de representación *democrática*, como la defensa de la *justicia social* en el desarrollo económico. Y debía hacerlo creíble tanto a nivel interno, es decir, para sus bases *convencidas* y las masas obreras a las que intentaba acceder; como externo, esto es, para los observadores del mundo sindical internacional, que tenían la vista puesta en España desde su entrada en la OIT en 1956³⁶, y para los trabajadores españoles que habían emigrado a Europa³⁷. Esta voluntad política es el prisma bajo el que debe registrarse el crecimiento del diario *Pueblo* de esos años. Un crecimiento que Emilio Romero logró personificar en su vertiente positiva —convirtiéndose en una suerte de trovador áulico de la causa sindical— pero que, en su lado negativo, conllevaba una serie de problemas crónicos y estructurales.

³⁶ Véase MATEOS, A.: *La denuncia del Sindicato Vertical. Las relaciones entre España y la Organización Internacional del Trabajo (1939-1969)*, vol. 2, 1.ª Parte, Madrid, CES, 1997.

³⁷ Hacia los que la OSE, con una evidente voluntad de control, dirigía un discurso y esfuerzo específico. En relación con la comunidad española en Alemania, véase AGA: Sindicatos, Correspondencia con relaciones exteriores, cajas 18.674 y 18.677. Para un acercamiento a la temática, véase BAEZA SANJUÁN, R.: *Agregados laborales y acción exterior de la Organización Sindical Española: un conato de diplomacia paralela (1950-1961)*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, 2000.

Algunos de estos problemas afectaban a la credibilidad del discurso sindical entre la clase obrera española, de lo cual dimanaba, como síntoma, un aumento de la conflictividad social³⁸. Esta colisión entre realidad y propaganda, al mezclarse con obstáculos de índole interna, condicionó el funcionamiento tanto de *Pueblo* como de otros medios sindicales, sumergiéndolos en un círculo vicioso: el *acelerón sindicalista* iniciado en 1956-1957 agudizó los problemas hasta un punto en que éstos llegaron a condicionarle. El inveterado déficit que afectó a *Pueblo*, sin excepción, a lo largo de sus cuarenta y cuatro años de existencia, fue uno de ellos.

Déficit presupuestario de *Pueblo* (en pesetas)³⁹

1946	403.916	1959	5.745.499
1947	576.901	1960	4.809.484
1948	1.183.104	1961	10.328.956
1949	1.962.648	1962	13.020.583
1950	2.531.480	1963	123.281
1951	2.981.269	1964	1.791.624
1952	3.221.269	1965	3.559.975
1953	2.447.597	1966	15.159.941
1954	2.195.568	1967	15.159.941
1955	2.785.515	1968	24.820.712
1956	4.143.097	1969	28.290.437
1957	7.298.530	1970	22.055.912
1958	6.282.029	1971	69.802.369

La explotación negativa que arrojaba el diario al final de cada ejercicio económico era una constante que la jerarquía de la OSE aceptaba como pago a la utilidad propagandística a la que *Pueblo* debía servir. El déficit era asumible si se mantenía dentro de unos límites que,

³⁸ Véanse, por ejemplo, MARAVALL, J. M.: *Trabajo y conflicto social*, Madrid, Edicusa, 1967; LUDEVID, M.: *Cuarenta años...*, op. cit.; ELLWOOD, S.: «La clase obrera bajo el régimen de Franco», en PRESTON, P.: *España en crisis: la evolución y decadencia del régimen de Franco*, Madrid, FCE, 1978; BALFOUR, S.: *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el Área Metropolitana de Barcelona (1939-1988)*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1994; PÉREZ, J. A.: *Los años del acero. La transformación del mundo laboral en el área industrial del Gran Bilbao (1958-1977) Trabajadores, convenios y conflictos*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

³⁹ Datos extraídos de AGA: Sindicatos, Pueblo Contabilidad, caja 54.

en el nuevo contexto de los años sesenta, quedaron ampliamente superados. Solís y sus colaboradores más cercanos sabían que la ofensiva propagandística iba a requerir de un esfuerzo presupuestario mayor, no sólo para el SIPS⁴⁰, sino también para *Pueblo*, para el resto de publicaciones sindicales y para la Cadena de Emisoras Sindicales.

En este sentido, el aumento espectacular de la tirada de *Pueblo* en los años sesenta tuvo como consecuencia directa el engrosamiento de su déficit, y esta tendencia debía ser afrontada con regulares aumentos de la subvención procedente de la Delegación Nacional de Sindicatos. A comienzos de los años cincuenta había sido posible controlar el déficit incluso aumentando levemente la tirada pero, salvando la breve y ligera tendencia de reducción de las pérdidas entre 1957 y 1960⁴¹, la relación directa entre aumento de déficit y de tirada fue constante a lo largo de los años sesenta.

El crecimiento del diario entre 1957 y 1960 permitió a Romero comenzar a trabajar con las manos relativamente libres. En las actas de las reuniones del Consejo de Administración de *Pueblo* de estos años se aprecia una gran satisfacción por parte de los jefes sindicales debido a la marcha ascendente del diario, garantizando a Romero «todo género de ayudas por parte de la Organización Sindical para lograr una publicación de gran tirada e interés político»⁴². En este tiempo, Romero podía permitirse culpar de la persistencia de las pérdidas al aumento del precio de las materias primas y a la necesidad constante de comprar papel de extra-cupo, planteando abiertamente dilemas falaces como el siguiente:

«Rebajar la tirada del periódico a 35.000 ejemplares permitiría en fecha inmediata liquidar las cuentas mensuales sin pérdidas o con beneficio. Mantener la tirada media actual cifrada en 65.000 ejemplares, y aceptar la inclinación del periódico al ascenso, va a mantener las pérdidas del periódico. (...)

⁴⁰ Que multiplicó por diez su presupuesto entre 1956 y 1966. En AGA: Sindicatos, Contabilidad SIPS, cajas 1 a 3.

⁴¹ Debida a la cesión a *Pueblo* del papel sobrante de la Delegación Nacional de Prensa del Movimiento y al aumento de un 25 a un 33 por 100 de la superficie publicitaria del diario. En AGA: Sindicatos, «Pueblo-Actas de reuniones del Consejo de Administración entre 4 de octubre de 1957 y 12 de junio de 1964», caja 19, sesiones de 11 de diciembre de 1957 y 8 de abril de 1959.

⁴² Palabras del secretario general de la OSE y futuro ministro de la Vivienda José M.^º Martínez Sánchez Arjona el 4 de octubre de 1957. Similares mensajes se lanzan en los días 11 de junio de 1958 y 8 de abril de 1959. *Ibid.*

Todos los miembros del Consejo estarán de acuerdo en que lo importante es el prestigio y la buena circulación del periódico y que si esto ocasiona actualmente pérdidas, se debe aceptar, al no existir otro remedio»⁴³.

Con esta *boutade*, y la consiguiente reacción positiva del Consejo, Romero se aseguraba una gran libertad en la gestión del diario, al que iba impregnando progresivamente de su propia personalidad y formas de actuación. Los jerarcas sindicales cerraban los ojos ante el autoritarismo, discrecionalidad, abuso de poder y nepotismo de Romero, al considerar que «el objetivo de la existencia del periódico *Pueblo* es la de su rentabilidad política, mediante una circulación importante»⁴⁴, lo cual tenía sentido en el contexto de preponderancia de la propaganda durante el creciente proceso de desarrollo estructural y proyección pública en que la OSE se hallaba embarcada, y que se trasladaba al propio diario⁴⁵. En consecuencia, Romero consiguió neutralizar al Consejo de Administración del diario, que dejó de reunirse durante casi tres años⁴⁶.

Pueblo había sobrepasado los 100.000 ejemplares diarios vendidos y, para Solís, esto era lo importante. Además, la preocupación de la OSE ante las pérdidas económicas históricas de 1962, contra las que se había actuado en vano⁴⁷, desapareció momentáneamente a finales de 1963, cuando el diario presentó unas pérdidas ínfimas de apenas 100.000 pesetas. Esta llamativa excepción se explica sencillamente por la decisión tomada a finales de 1962 de aumentar el precio de cada ejemplar y mantener una tirada similar⁴⁸. El espejismo finan-

⁴³ *Ibid.*, Sesión de 9 de julio de 1958.

⁴⁴ *Ibid.*, Palabras de Sánchez Arjona de 20 de mayo de 1959, casi idénticas a las de Solís en su circular del 10 de abril de 1959, en AGA: Sindicatos, Correspondencia del Secretario General, caja 18.675.

⁴⁵ Romero reveló las conversaciones mantenidas con Solís sobre el montaje de una delegación de *Pueblo* en Barcelona en una reunión del Consejo de Administración. En AGA: Sindicatos, «Pueblo Actas de reuniones del Consejo de Administración entre 4 de octubre de 1957 y 12 de junio de 1964», caja 19, sesión de 9 de febrero de 1960.

⁴⁶ Del 9 de febrero de 1960 al 18 de enero de 1963.

⁴⁷ En octubre de 1961, ante la inutilidad de las medidas de reducción del déficit se decidió inyectar 2,5 millones de pesetas extra. En AGA: Sindicatos, Correspondencia del Secretario Nacional del Servicio, caja 18.677.

⁴⁸ El diario pasó a costar de 1,5 a 2 pesetas a partir del 18 de febrero de 1963. En AGA: Sindicatos, «Pueblo Actas de reuniones del Consejo de Administración entre 4 de octubre de 1957 y 12 de junio de 1964», caja 19, sesiones de 18 de enero de 1963 y 15 de marzo de 1963.

ciero se volatilizó cuando, entre otras cosas, el efecto del aumento del precio quedó agotado y la tirada volvió a crecer con desmesura. Los déficits presupuestarios dibujaron de nuevo una tendencia alcista que, en los últimos años de la década, ya galopaban en proporción geométrica.

En paralelo, la Ley de Prensa de 1966 había forzado a la OSE y al Movimiento a plantearse la creación de organismos de racionalización de la gestión de sus órganos de prensa⁴⁹. El mundo periodístico estaba cambiando y las medidas tomadas en 1956 y 1957 habían quedado excesivamente obsoletas, lo que en el caso sindical se intentó resolver con la creación de un ente llamado Ediciones y Publicaciones Populares⁵⁰, que agrupaba todos los aspectos de la propaganda sindical escrita. Las jerarquías sindicales, preocupadas nuevamente por las finanzas de *Pueblo*, aprovecharon la creación de EPP para intervenir más activamente en la gestión del diario, interrumpiendo la trayectoria excesivamente autónoma de Romero.

Se impuso el restablecimiento del Consejo de Administración del diario a partir de julio de 1967⁵¹, tras un nuevo congelamiento de tres años. Se nombró también un censor de cuentas para *Pueblo* que debía, entre otras cosas, conocer y legalizar la situación económico-administrativa del diario correspondiente a los años 1964, 1965 y 1966; intervenir en la regularización de las cuentas y los balances y, en definitiva, poner orden en una administración económica considerada «en una situación angustiosa»⁵². Este diagnóstico abría las puertas «a considerar las posibles orientaciones doctrinales del periódico, así como las bases para la resolución de los problemas generales de la empresa»⁵³.

A pesar de todo ello, no entraba en los planes de Solís considerar un frenazo de la ofensiva propagandística, en un momento en que se estaba produciendo de forma simultánea un recrudescimiento de la

⁴⁹ Ley 14/1966, artículo IV: Del registro de las empresas periodísticas; artículo VII: De las empresas editoriales, en *BOE*, núm. 67, 19 de marzo de 1966, pp. 3310-3315.

⁵⁰ AGA: Sindicatos, Varios SIPS, «Orden de servicio num. 390», caja 1. En adelante EPP.

⁵¹ Éste fue restablecido brevemente de enero de 1963 hasta junio de 1964, en que se reunió solamente seis veces.

⁵² AGA: Sindicatos, «Pueblo Actas de reuniones del Consejo de Administración entre 22 de julio de 1967 y 7 de abril de 1975», caja 19, concretamente la sesión del día 27 de octubre de 1967.

⁵³ *Ibid.*

pugna política en el interior del Régimen y una agudización del reto planteado por la oposición obrera en fábricas y barrios, todo ello en puertas de la presunta consumación del proyecto de reforma interna sindical. En función de la voluntad política de mantener la preponderancia de la utilidad propagandística de *Pueblo* frente a su rentabilidad económica, era preferible pedir créditos bancarios⁵⁴, aumentar la superficie publicitaria del diario a un 48 por 100 o reducir su paginación⁵⁵ antes que emitir tiradas más pequeñas. En cierto modo, la OSE se había convertido en rehén de la funcionalidad política de *Pueblo*, cuya imagen de *éxito* necesitaba.

Conocedor de esto, el propio Romero volvió a fortalecerse de forma suficiente como para pedir y conseguir un aumento de sueldo⁵⁶, hacer que el Consejo delimitase las funciones casi plenipotenciarias del censor de cuentas y volver a escuchar comentarios laudatorios por el rango alcanzado por el diario. Eso sí, no recuperaría jamás lo que más le importaba, esto es, la capacidad de maniobra en la dirección del diario de la que había gozado en los años anteriores a pesar de encontrarse en el momento de mayor reconocimiento público de su carrera. El hecho de que hubiera determinados jerarcas que discutirían la labor de gestión de Romero en el diario hasta el punto de cercenarle sus amplias prerrogativas y llamarle al orden era un síntoma importante de que dicha voluntad política podía resentirse en el flanco económico⁵⁷. Con la derrota política de José Solís Ruiz, que llevó a su cese el 29 de octubre de 1969⁵⁸, desapareció la principal fuente de voluntad que había impulsado la apuesta por la propaganda. A consecuencia de esto, nuevos proyectos de potenciación del SIPS⁵⁹ y

⁵⁴ En concreto, a mediados de 1968, al Banco Exterior de España.

⁵⁵ *Ibid.* Ambas decisiones tomadas el 22 de diciembre de 1967.

⁵⁶ A 759.000 pesetas anuales el 2 de febrero de 1968. *Ibid.*

⁵⁷ Como Rodolfo de Argamentería, vicesecretario nacional Ordenación Económica de la OSE el 15 de marzo de 1968, o David Pérez Puga, secretario general del Consejo Nacional de Trabajadores, el 20 de diciembre de 1968. *Ibid.*

⁵⁸ Para una síntesis de la misma, véase HISPÁN IGLESIAS DE USSEL, P.: *La política en el régimen...*, *op. cit.*, pp. 593-615.

⁵⁹ El Plan de Reestructuración de Publicaciones Sindicales preveía un coste de más de 100 millones de pesetas para aumentar tiradas y subvenciones. El proyecto fue desestimado el 19 de diciembre de 1969, con un escueto «no es el momento oportuno para estudiar a fondo la reestructuración en cuestión». En AGA: Sindicatos, Varios SIPS, «Carta del Secretario General de la Comisión Político Administrativa de la OSE al Jefe Nacional del Servicio», caja 1.

de *Pueblo*⁶⁰ terminaron siendo rechazados y rápidamente olvidados por las nuevas autoridades de la Organización Sindical. Y con ello, la estrella de *Pueblo* comenzó a declinar irremediabilmente.

«*Pueblo* se lee en toda España»: la *hidrocefalia* territorial de *Pueblo*

A pesar de la obvia dosis de irrealidad que lo inspiraba, el tardío proyecto de expansión de *Pueblo* expuesto en 1970 respondía a otro de los problemas crónicos que afectaron al diario sindical y que éste jamás pudo sortear: la evidente desproporcionalidad en su despliegue territorial. La expresión «*Pueblo* se lee en toda España», habitual en las páginas del diario, se correspondía más con un anhelo que con la constatación de una realidad. Si bien es cierto que el diario se distribuía por todas las provincias españolas, la asimetría entre Madrid y el resto del país era enorme. *Pueblo* fue básicamente un diario madrileño⁶¹, pues la capital de España siempre concentró en torno a un 50 por 100 del total de ejemplares que *Pueblo* editaba en todo el país⁶².

A lo largo de los años sesenta, mientras *Pueblo* se convertía en una referencia en el mundo periodístico español, su *hidrocefalia* territorial fue motivo de preocupación para la OSE. En 1960, la propuesta de iniciar una campaña propagandística para incrementar la penetración social de *Pueblo* en la provincia de Barcelona⁶³ se ajustaba perfectamente a la plena conciencia que tenían Romero y Solís del problema geográfico del diario. Esta operación, que debía culminar con la apertura de una delegación de *Pueblo* en la capital catalana, se inició con el envío de un importante emisario a Barcelona para sondear el territorio y proponer la mejor forma de conseguir una mayor distribu-

⁶⁰ La propuesta de expansión de 30 de septiembre de 1970 preveía un coste de 230 millones de pesetas, tiradas de 500.000 ejemplares y redacciones en cinco ciudades distintas de la geografía española. En AGA: Sindicatos, «Pueblo Actas de reuniones del Consejo de Administración entre 22 de julio de 1967 y 7 de abril de 1975», caja 19.

⁶¹ En MOLINERO, C.: «Gobernar la Victoria. El reclamo de la *Justicia Social* en las políticas de consenso del régimen franquista», *Historia Social*, 56 (2006), p. 110.

⁶² Datos extraídos de AGA: Sindicatos, *Pueblo*, «Resultados de explotación de los años que se indican», caja 54.

⁶³ Véase nota 45.

ción⁶⁴. Si bien no se han identificado mayores rastros de su actuación en Barcelona, el hecho de que la distribución de *Pueblo* pasase allí de menos de cien ejemplares en 1960 a casi un millar una década después es una muestra, aunque pequeña, de los esfuerzos dedicados.

Proporción de la venta de *Pueblo*. Provincia de Madrid, resto del país y exterior (1960-1971)⁶⁵

Además del caso de Barcelona, relativamente poco significativo, este ahínco por mejorar la distribución de *Pueblo* fuera de Madrid entre 1960 y 1965 pareció producir apreciables resultados en provincias como Vizcaya y Sevilla, consideradas *clave*. En el caso vizcaíno, *Pueblo* pasó de tirar 234 ejemplares en 1960 a cerca de 4.000 en 1966, un crecimiento mucho mayor al de la tirada general del diario. Un caso similar es el de Sevilla, provincia donde se enviaba una media menor a los quinientos ejemplares diarios en 1960 y que, en cambio, recibía más de 6.000 en 1965⁶⁶. Ejemplos opuestos serían el de Valencia, donde no se consiguió alcanzar jamás la audiencia deseada, y Asturias, en que, a pesar de doblar su número de ejemplares entre 1960 y 1968, la capacidad de penetración se vio estancada e incluso reducida en estos años, especialmente tras los sucesos de 1962.

Pueblo, a pesar de los esfuerzos, no era un diario con una distribución territorial más homogénea a finales de la década de los sesenta que al principio de la misma. Si bien se mejoró la situación en algunos puntos de la geografía española, se trató en todo caso de cifras muy pequeñas en comparación con Madrid. La *hidrocefalia* del diario, en aparente tendencia descendente en la primera mitad de los años sesenta y con una evolución irregular durante la segunda mitad de la década, se movió en cifras y proporciones que no hacen variar la

⁶⁴ El encargado fue Miguel Loria, de verdadero nombre Víctor Hugo Bruno Albrioux, periodista argentino colaborador de *Pueblo*. Para sus actividades anteriores en México, véase el acta de reunión correspondiente al 9 de febrero de 1960, en AGA: Sindicatos, «Pueblo Actas de reuniones del Consejo de Administración entre 4 de octubre de 1957 y 12 de junio de 1964», caja 19.

⁶⁵ Datos extraídos de AGA: Sindicatos, *Pueblo*, «Resultados de explotación de los años que se indican y venta/tirada provincias y regiones 1960-1971 (excepto 1963)», caja 54.

⁶⁶ En este mismo periodo, Andalucía pasó de un 5 a un 11,8 por 100 en la distribución territorial de *Pueblo*.

conclusión evidente: *Pueblo*, a pesar de ciertos intentos de alteración⁶⁷, no dejó de ser jamás un periódico fundamentalmente madrileño. De hecho, el peso de *Pueblo* en Madrid en comparación con el resto de España era virtualmente idéntico en 1961 y en 1970.

Esto puede explicarse porque, a pesar de caracterizarse por un discurso en el que primaba la defensa a ultranza de la *justicia social* en un sentido falangista y de dirigirse abiertamente a la clase obrera y otros sectores subalternos de la sociedad española, su mayor cota de mercado se encontraba en realidad entre el funcionariado estatal y los cargos medios e inferiores del Movimiento y la Organización Sindical, radicados de forma más importante en la capital de España. Más allá de estos estratos sociales, *Pueblo* solamente llegó a determinadas capas de personal técnico o administrativo del sector privado más típicamente urbano y, por otra parte, a elementos desclasados de algunas ciudades de provincias, como León, la segunda con mayor presencia de *Pueblo*⁶⁸. Lo cierto es que se puede descartar la posibilidad de que fue la clase obrera industrial en su conjunto la que se sintió seducida por *Pueblo*. No fue ella, por tanto, la que lo convirtió en un medio de comunicación de notable importancia durante esta etapa del franquismo en la que, por otra parte, los niveles de difusión de la prensa en general, aunque crecientes, eran bastante menores que en épocas posteriores. Quizá se pueda considerar, como hipótesis, a ciertas franjas del llamado *lumpemproletariado* urbano —fruto colateral de la emigración campo/ciudad— como elementos proclives a acoger el discurso «escasamente conservador pero profundamente reaccionario» del que siempre hizo gala *Pueblo*⁶⁹. De todas maneras, parece obvia la falta de capacidad del diario sindical para implantarse entre los sectores sociales a los que apelaba más abiertamente, y que necesitaba para conseguir los objetivos políticos que la OSE le había encomendado. Esto queda demostrado también con la distribución del diario en la propia ciudad de Madrid, en la que siempre primaron barrios de mayor concentración de población funcional, de cargos medios sindicales y del Movimiento, o de personal técnico y adminis-

⁶⁷ Como el aumento de un 34 por 100 en el número de los corresponsales y puntos de venta en las provincias entre 1963 y 1969. En AGA: Sindicatos, Pueblo, «Relación de saldos de corresponsales administrativos 1963-1969», caja 442.

⁶⁸ Entre 6.000 y 9.000 ejemplares diarios de media a lo largo de la década, casi un 6 por 100 del total.

⁶⁹ En MOLINERO, C.: «Gobernar la victoria...», *op. cit.*, p. 110.

trativo en general⁷⁰. En estructuras y organismos de la dimensión de la OSE, este tipo de público podía suponer decenas de miles de personas y convertir a *Pueblo*, de hecho, en uno de los diarios más vendidos de España. Pero se trataba de población ya *convencida*, que no podía, en definitiva, proporcionar a la OSE y al nacional-sindicalismo una base popular de apoyo en la proporción que Solís hubiera deseado y necesitado.

Conclusiones

Los años del *Desarrollismo* significaron para la Organización Sindical Española una etapa de importantes cambios, marcados por la voluntad, representada en el delegado nacional de Sindicatos José Solís Ruiz, de convertirla en una institución de mayor importancia dentro del entramado político de la dictadura. En su habitual ambición *hegemonista* y capacidad adaptativa, el nacional-sindicalismo utilizó su control sobre la Organización Sindical para, en el nuevo contexto de los años sesenta, tratar de expandir sus bases sociales. Para ello necesitaba ampliar y reforzar su propia proyección pública. El aparato de propaganda de la OSE fue una herramienta cardinal en este proceso y experimentó un empuje que afectó tanto al discurso que emitía como a su estructura interna. El medio más importante con el que contaba la propaganda sindical era el diario *Pueblo*, su órgano principal que, sin traicionar la función política con la que fue creado en 1940, consiguió alcanzar altas cotas de difusión en los años sesenta, divulgando el renovado discurso de la OSE a cientos de miles de lectores potenciales.

El impulso de la OSE se inició en 1956 y se reforzó a partir del año siguiente con la consecución de Solís de un cargo ministerial tan importante como la Secretaría General del Movimiento. Dicho impulso afectó a la dimensión interna de la propaganda sindical. Como se ha intentado mostrar aquí, esa dimensión interna no estaba exenta de profundas contradicciones y disfunciones que quedaron,

⁷⁰ Entre el 60 y el 70 por 100 del total de la venta en Madrid correspondía al centro y zonas cercanas, a pesar del intento de aumentar la venta de *Pueblo* en los barrios periféricos con población emigrante. Datos extraídos de AGA: Sindicatos, Pueblo Distribución, «Venta en Madrid 1960-1971», caja 54.

en gran medida, ocultas por la imagen distorsionadamente brillante que *Pueblo* proyectaba de la OSE, de sí mismo y de su director, Emilio Romero. Esos problemas afectaron y condicionaron de forma nada desdeñable la persistencia de la ofensiva sindical y alimentaron el ulterior fracaso de la apuesta política personificada en José Solís.

Pueblo creció de forma muy notable en la etapa 1957-1969, dotándose a sí mismo y a la OSE de una imagen de fortaleza y de capacidad de influencia. Pero ese crecimiento conllevó altos déficits presupuestarios que amenazaron la coriácea voluntad política emanada de Solís de primar la función propagandística por encima de la rentabilidad económica. Una vez que esa voluntad política se diluyó con el cese de Solís, los problemas de gestión interna de *Pueblo* —junto a elementos externos que tienen que ver con el inicio de la crisis interna del Régimen— le llevaron a perder paulatinamente el estatus de diario exitoso.

Esa imagen ocultó también otro gran condicionamiento interno del diario sindical: su *hidrocefalia* territorial. Al tratar de dejar de ser un medio fundamentalmente madrileño, *Pueblo* intentó penetrar en provincias cuya importancia radicaba en sus altas concentraciones de población obrera industrial, a la que la OSE necesitaba *llegar* para lograr su objetivo de dotarse de una mayor base popular. Su incapacidad para conseguir tal cosa —también en la propia ciudad de Madrid— produjo un *cleavage* insalvable entre la capacidad de influencia de *Pueblo* y *los trabajadores* a los que se dirigía, que fue tan profundo como el existente entre el discurso de uno y las necesidades reales de los otros. Ambas fracturas están íntimamente relacionadas, y el fracaso del nacional-sindicalismo tras una larga década de dinámica ofensiva tiene, por tanto, causas más profundas que las razones políticas de la crisis ministerial de octubre de 1969.

ENSAYOS BIBLIOGRÁFICOS

*Historia y presente en Israel y Palestina. Separación, oposición y entrecruzamiento de dos historias paralelas. Nuevos y viejos enfoques**

Carmen López Alonso

Universidad Complutense de Madrid

Minda de Gunzburg Center for European Studies

Harvard University

Hace un siglo que las historias de Israel y Palestina discurren paralelas. Separadas, opuestas y entrecruzadas, las dos reflejan una relación que, si bien está marcada por el conflicto, no está totalmente determinada por él, ya que ambas siguen un ritmo propio en el que intervienen múltiples factores, tanto de carácter social, político y cultural como geográfico, en este caso dentro de un marco que es a la vez local, regional e internacional.

En este ritmo propio existen puntos de inflexión que son comunes, aunque sus resultados e interpretación no lo sean. No es casual que una gran parte del debate historiográfico y político que se generaliza a finales de los años ochenta, sobre todo entre los historiadores israelíes, gire precisamente alrededor de algunos de esos puntos y que, entre ellos, destaque 1948, momento fundacional del Estado de Israel, cuya declaración de independencia se produjo en la noche del 14 de mayo, fecha en que las autoridades británicas finalizan su Mandato sobre Palestina.

El trabajo del historiador es el análisis. Un análisis en el tiempo hecho en el presente, con las preguntas y el lenguaje del presente, pero a partir del estudio crítico de la documentación del pasado. El

* Tanto por razones de espacio como de interés, este artículo se centra fundamentalmente en las obras israelíes y palestinas. Las obras citadas en el texto aparecen también con la fecha de su primera aparición, ya sea en hebreo, en árabe o en otros idiomas, generalmente inglés o francés.

historiador, al igual que el politólogo o el sociólogo, trabaja con los datos, los expurga, los analiza y presenta sus resultados que, a su vez, expone a la crítica; no es ni cronista, ni narrador, ni político profesional, ni juez, aunque su vehículo de análisis y de expresión sea básicamente el lenguaje y aunque sus datos puedan ser instrumentalizados políticamente o puedan ser utilizados como un elemento de prueba para exigir responsabilidades en aquellos casos que no prescriben, como sucede en los crímenes contra la humanidad.

Sin embargo, la escritura de la historia y, en un plano más general, la de todas las ciencias sociales viene marcada por el tiempo y por el espacio en que se realiza, por las específicas situaciones políticas y sociales y por los materiales e instrumentos con los que se cuenta para su elaboración. La renovación en los métodos, la ampliación de las preguntas, el planteamiento de nuevos enfoques constituyen a su vez un dato histórico y un elemento que requiere de un análisis historio-gráfico, social y político.

Todo lo afirmado hasta ahora pertenece al terreno de lo obvio, lo que no lo hace menos complejo. Más cuando se trata de Israel y Palestina, donde la omnipresencia del conflicto árabe-israelí e israelo-palestino se solapa y se entrecruza con otras historias y otros conflictos que, sin dejar de ser interiores, tienen una indiscutible dimensión interior-exterior que los entrelaza con la historia europea, la colonial y la del antisemitismo. Si la historia colonial europea, y la de la descolonización, afecta a ambos, israelíes y palestinos, la del antisemitismo tiene una relación directa con la historia de Israel ya que tanto el de carácter más arcaico del imperio zarista como el moderno y secularizado del nacionalsocialismo europeo que desemboca en el Holocausto guardan una relación directa con los orígenes del primer nacionalismo judío, el sionismo, y con su proyecto de creación de un Estado de los judíos en Palestina-*Eretz Israel* (tierra de Israel).

La historia es tiempo y es lenguaje. Dar nuevos nombres, inéditos o presentados como recuperación de los antiguos, puede romper simbólicamente la linealidad del tiempo cronológico e iniciar un tiempo nuevo, o uno renovado que, sin solución de continuidad, es enlazado con el que había quedado roto en el pasado. Nombrar, que es diferenciar, es uno de los atributos del poder, una expresión del dominio sobre aquello que se nombra. Otro es el control del tiempo y del calendario. El nuevo Estado de Israel recupera el calendario judío

desde su proclamación, hecha el día 5 del mes de *Iyyar* del año 5708 (14-15 de mayo de 1948).

El acontecer real discurre, no obstante, en tiempo y espacio coincidentes, habitados por sujetos cuya historia, aunque escrita en distintas lenguas y con referencias temporales diversas, está entrelazada y constituye una parte fundamental del mismo conflicto. En consecuencia, para ser significativo, el análisis no puede reducirse a los desarrollos que se dan dentro de la historia e historiografía israelíes ni tratarlos de forma completamente independiente de los que se producen entre los palestinos, aunque también debe tener en cuenta que, tanto hacia el interior como en las conexiones con el exterior, en ambos casos existen desarrollos propios que sí requieren analizar por separado el conjunto de redes que se entrecruzan, se solapan, caminan paralelas o siguen una trayectoria independiente.

Por otra parte, como sucede en otros casos en los que el exilio constituye un elemento fundamental de la historia nacional, tampoco en Israel y Palestina la historia queda circunscrita al grupo de los que viven dentro de los límites estatales. Cuando se habla de Israel es necesario tener en cuenta la relación con los judíos de la diáspora por parte de un Estado que asume el objetivo sionista de la «reunión de todos los exiliados» y que lo traduce en una Ley del Retorno (1950), que permite la obtención de la ciudadanía israelí a todo judío que pruebe serlo¹. En el caso de los palestinos, aparte del hecho de carecer de un Estado propio, hay que tener presente que, además de aquellos que cuentan con ciudadanía israelí —oficialmente denominados «árabes israelíes»—, están los que viven en los territorios ocupados por Israel en 1967 (Gaza y Cisjordania, Jerusalén oriental, Golán), así como los palestinos de la diáspora que nunca han abdicado en la reclamación de su derecho al retorno.

Uno de los puntos fundamentales de entrelazamiento de todas estas trayectorias se encuentra en el momento de la creación del Estado de Israel y, como ya se señaló, no es casual que 1948 sea el tema central en torno al que gira la obra de lo que hace dos decenios fue calificado como la «nueva historia» israelí, así como una parte importante de los estudios de los historiadores y científicos sociales palestinos.

¹ LÓPEZ ALONSO, C.: «Religión y Política en Israel», *Claves de Razón Práctica*, 183 (2008), pp. 2-10.

«Nuevos Historiadores»

Aunque no fue el primero en emplearlo, el calificativo lo popularizó Benny Morris en un artículo publicado en 1988 en la revista *Tikkun*, reimpreso después varias veces², en el que afirmaba que, en el espacio de unos meses, una serie de obras de historiadores israelíes habían minado «cuando no demolido por completo» el núcleo de la «vieja historia» que, hasta entonces, se había asentado sobre unas premisas prácticamente indiscutidas. En síntesis, la «vieja historia» sostenía que el sionismo era un movimiento nacional benéfico, progresista y bien intencionado; que Israel había nacido sin pecado original, en el seno de un «mundo depredador y falto de caridad»; que los árabes nunca habían estado dispuestos a una paz que los líderes sionistas habían intentado lograr por todos los medios y que, en noviembre de 1947, éstos habían aceptado la resolución de las Naciones Unidas sobre la partición de Palestina (Resolución 181 de la AGNU, 27 de noviembre) a diferencia de los árabes que, «por xenofobia, egoísmo y simple terquedad», habían lanzado una guerra con la intención de extirpar de su suelo la planta foránea judía. La historia de esta guerra, que en algunos momentos «se hace indistinguible de la propaganda israelí», es presentada como una lucha entre una pequeña y pobremente armada comunidad judía de Palestina frente a unos ejércitos árabes que la superan en número y capacidad y a los que logra vencer gracias a su firmeza, la justicia de su causa y su voluntad de supervivencia. Con argumentos similares, el éxodo palestino se atribuye fundamentalmente a los líderes árabes, que «para ensombrecer la imagen israelí y facilitar la invasión de Palestina, piden u ordenan a los árabes palestinos que abandonen sus tierras y las “áreas sionistas”, a las que volverían una vez que los ejércitos árabes lograran la victoria»³.

Desde el principio hubo voces, tanto desde el lado palestino como del israelí, que cuestionaron este relato sin matices. A mediados de los años cincuenta, Arif al-'Arif iniciaba la publicación de *al Nakba*

² MORRIS, B.: «The New Historiography: Israel confronts its past», *Tikkun*, (noviembre-diciembre de 1988), pp. 19-23, 99-102; *1948 and After. Israel and the Palestinians*, Oxford, Clarendon Press, 1994, e íd. (ed.): *Making Israel*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2007.

³ MORRIS, B.: «The New Historiography...», *op. cit.*, pp. 19-20.

(1956-1962)⁴, cuyos seis volúmenes constituyen la culminación de la crónica, hasta entonces el modo dominante de escritura de la historia entre los palestinos, a la par que el comienzo de su desaparición. Según Elias Sanbar, historiador y líder palestino, autor de varios estudios sobre 1948⁵, la historiografía palestina seguirá tres diferentes líneas a partir de esa fecha: el catálogo, la trama y la historia académica. La primera trata de catalogar todo lo desaparecido, conservar y recuperar su memoria, escribir las biografías de los protagonistas y establecer una genealogía de los lugares y los nombres palestinos; la segunda, dominante en los años cincuenta, se centra en el estudio del modo en que se produjeron los hechos, con un especial énfasis en el papel desempeñado por las grandes potencias. La académica, finalmente, es liderada por el historiador sirio Constantine Zurayk⁶, cuya pregunta por las razones de la derrota inicia el camino que seguirán los historiadores palestinos posteriores, para quienes una de las causas fundamentales es la falta de modernización árabe, por lo que la solución radica en una «combinación de modernidad y arabidad». La elite intelectual de la OLP emergería de esta corriente académica⁷, dentro de la que también hay que situar la creación, en 1963, del Instituto de Estudios Palestinos (IEP) —dos años después lo hará el Centro de Investigación de la OLP—. Entre los fundadores del IEP se encuentra el historiador Walid Khalidi, que ya había publicado algunos importantes artículos sobre la expulsión y el éxodo palestino («¿Por qué se fueron?») y sobre el Plan Dalet⁸, y que, decenios más

⁴ AL-'ARIF, A.: *Al-Nakba*, 6 vols., Beirut, Saida, 1956-1962.

⁵ SANBAR, E.: *Palestine 1948, l'expulsion*, Washington, DC, Institut des études palestiniennes, 1984.

⁶ ZURAIYQ, C. K.: *The meaning of the disaster*, Beirut, Khayat's College Book Cooperative, 1956 [*Mana al-Nakbab*, 1948; trad. del árabe por R. Bayly Winder].

⁷ SANBAR, E.: «Out of Place, Out of Time», *Mediterranean Historical Review*, 16-1 (2001), pp. 87-94 (esp. pp. 91-92).

⁸ KHALIDI, W.: «Why Did the Palestinians Leave Revisited», *Journal of Palestine Studies*, 34-2 (2005 [1959]); y «Plan Dalet: Master Plan for the Conquest of Palestine», *Journal of Palestine Studies*, 18-1 (1988 [1961]), pp. 4-33. El Plan Dalet es denominado así por el nombre hebreo de la letra D, por lo que sería más exacto referirse al *Plan D* (Khalidi traduce el texto que figura en el apéndice de la *Historia de la Haganá* [*Sefer Toldot Habaganab*], vol. 3, Tel Aviv, Yehuda Slutsky, 1972, Apéndice 48, pp. 1955-1960). El texto literal, cuya interpretación sigue siendo actualmente objeto de un debate no cerrado, afirma que «el objetivo de este plan es ganar el control de las áreas del estado hebreo y defender sus fronteras. También intenta ganar control sobre las áreas de asentamiento y de concentración judías que se encuentran situadas fuera

tarde, culminaría la edición de *All That Remains*, recopilación detallada y documentada de los pueblos palestinos desaparecidos, así como un influyente libro sobre el renacer de Palestina⁹.

También los israelíes hablan de lo sucedido en 1948 mucho antes de que el tema sea central en la obra de los «nuevos historiadores». Y éstos lo recuerdan. Tanto Tom Segev en 1949. *Los primeros Israelíes* y Avi Shlaim en *Collusion across the Jordan*¹⁰, como Shimha Flapan en su libro de combate sobre los mitos y las realidades del nacimiento de Israel¹¹ o Benny Morris en *The birth of the Palestinian Refugee Problem, 1947-1949*¹² se refieren, entre otros, a los debates contemporáneos en la *Knesset*, a los datos que proporcionan los diarios de Yosef Nahmani o a las críticas hechas por los miembros del Mapam. Están, en otro orden, los relatos de Smilansky Yizhar, testimonio y testigo de la violencia, la ejercida y la que, interiorizada, se expresa en la muerte inútil de un burro, un animal indefenso, en *Hirbet Hizá* (1949)¹³, una de las descripciones más agudas, por lo contenida y realista, de una violencia que es espejo de la que, más tarde, desembocará en el vaciamiento del pueblo palestino para dejar expedito el camino hacia Jerusalén; una violencia que vuelve a rezumar en *El Prisionero* (1949), *El Convoy de Medianoche* (1950) o en *Los días de Ziklag*¹⁴. Otras obras contemporáneas de autores no israelíes ni

de los bordes [del estado hebreo] contra las fuerzas regulares, semiregulares o pequeñas que operan desde bases situadas fuera o dentro del Estado». Véase KHALIDI, W.: «Plan Dalet...», *op. cit.*, p. 24.

⁹ KHALIDI, W. (ed.): *All That Remains: The Palestinian Villages Occupied and Depopulated by Israel in 1948*, Washington, DC, Institute for Palestine Studies, 1992, y KHALIDI, W.: *Palestine Reborn*, Londres-Nueva York, I. B. Tauris, 1992.

¹⁰ SEGEV, T.: *1949, the First Israelis*, Nueva York, Free Press, 1998 (1986) [1949, *ha-Yisre'lim ha-rishonim*]; SHLAIM, A.: *Collusion Across the Jordan: King Abdullah, the Zionist Movement and the Partition of Palestine*, Nueva York, Columbia University Press, 1988, e íd.: *The Politics of Partition: King Abdullah, the Zionists, and Palestine, 1921-1951*, Nueva York, Oxford University Press, 1998 [1990].

¹¹ FLAPAN, S.: *The Birth of Israel: Myths and Realities*, Nueva York, Pantheon Books, 1987.

¹² MORRIS, B.: *The birth of the Palestinian Refugee Problem, 1947-1949*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 1987.

¹³ YIZHAR, S.: *Hirbet Hizá. Un pueblo árabe*, Madrid, Minúscula, 2009 [1949].

¹⁴ YIZHAR, S.: *Convoy de Minuit*, París, Actes Sud, 2000 [*Shayarab shel'atsot*, 1950; trad. de Laurent Schuman]; *Yeme Tsi'lag: sipur* [Los días de Ziklag], Tel Aviv, Am Oved, 1958; y «The Prisoner», en *Midnight Convoy & Other Stories*, Michigan, Toby Press, 2007 [1949], pp. 65-88.

palestinos, como las de Arthur Koestler, aunque testimoniales, han de quedar fuera de esta exposición¹⁵.

No obstante, el gran cambio se produce en los años ochenta, coincidiendo con la apertura de los archivos israelíes (de la Central Sionista, de la Haganá y del Ejército israelí, así como muchos archivos locales), una vez transcurrido el plazo de treinta años establecido en la Ley de Archivos de 1955. A esta documentación hay que sumar la desclasificada en los archivos británicos (PRO), los estadounidenses y los de las Naciones Unidas.

Esto ocurre en un periodo en el que es evidente la profunda transformación de la política y la sociedad israelíes y palestinas, que tienen un punto de inflexión fundamental en la guerra de junio de 1967 y en la subsiguiente ocupación y colonización de los territorios de Golán, Gaza y, en especial, Cisjordania, que, en la terminología del nacionalismo religioso israelí, pasan a ser denominados con los antiguos nombres bíblicos de Judea y Samaria. Más específicamente, en el caso de Israel, también se encuentra un punto de inflexión en el proceso de Eichmann de 1961, así como en la guerra de octubre de 1973 (Yom Kippur) y, sobre todo, en la invasión de Líbano en 1982, que pone en cuestión la interpretación canónica de un Israel justo que sólo combate en guerras defensivas.

Por otra parte, ya desde finales de los años sesenta, es patente el descontento entre los *mizrajím*, los judíos orientales procedentes de los países árabes, que se manifiestan en 1971 contra las desigualdades sociales y políticas que sufren, agrupados en torno al movimiento extraparlamentario de los Panteras Negras inspirado, en nombre y objetivos, en su homónimo norteamericano. El movimiento, cuyos líderes terminarían por ser cooptados por el régimen establecido, hizo oír la voz de los judíos no plenamente integrados y mostró las brechas de una sociedad/comunidad que se presentaba como la realización del lema sionista de la «reunión de todos los exiliados».

Por la misma época, sobre todo a raíz del juicio de Eichmann, también los supervivientes del Holocausto y los descendientes de las víctimas del genocidio judío dejan oír su voz, que, en los primeros años del Estado, había permanecido silenciosa y en gran parte silen-

¹⁵ KOESTLER, A.: *Ladrones en la noche: crónica de un experimento*, Buenos Aires, Editorial Abril, 1947 [trad. de Oscar Varsavsky]; y *Promise and fulfilment: Palestine, 1917-1949*, Londres, Macmillan, 1949.

ciada. Muy pronto el proceso se bifurca en dos líneas que no siempre son contradictorias: por un lado, se produce una instrumentalización, política y social, de la *Shoah*, tanto hacia el exterior como hacia el interior de la sociedad judía israelí, en un intento de aglutinar sus diferentes enclaves y rellenar las brechas en la cohesión social de la misma. Pero, por otro, también se abre a la crítica y al acercamiento a la situación del «otro», ya sea éste el judío de la diáspora o el superviviente que durante mucho tiempo fue el antimodelo del heroísmo de los padres fundadores¹⁶.

En algunos sectores también se produce un acercamiento hacia los palestinos, cuyo sufrimiento y cuya realidad no pueden continuar siendo opacas, entre otras razones por la misma ocupación que extiende los límites territoriales del Estado israelí, nunca definidos oficialmente, y cuya población real aumenta con cerca de un millón de habitantes palestinos que permanecen en una situación de incertidumbre material y jurídica. Sin embargo, en estos primeros años, la atención prestada a los palestinos y a toda la transformación que supone la ocupación, incluida en ella los asentamientos de colonos judíos en las tierras conquistadas en 1967, no es todavía lo relevante y crítica que será en años posteriores, como se verá más adelante, aunque sí existen algunas obras de autores israelíes, entre ellas la de Yehoshua Porath sobre el nacionalismo árabe y, sobre todo, los estudios de Baruch Kimmerling sobre la historia y la situación de los palestinos¹⁷. Por otra parte,

¹⁶ ARENDT, H.: *Eichmann en Jerusalén*, Barcelona, Lumen, 1999 [1963; trad. de Carlos Ribalta]; SEGEV, T.: *The seventh million: the Israelis and the Holocaust*, Nueva York, Hill and Wang, 1993; ZERTAL, I.: *From Catastrophe to Power. Holocaust Survivors and the Emergence of Israel*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1998; e íd.: *Israel's Holocaust and the Politics of Nationhood*, Nueva York-Cambridge, Cambridge University Press, 2005 [*Umah veba-mayet*, 2002; trad. del hebreo por Chaya Galai]; LÓPEZ ALONSO, C.: «Holocausto y genocidios. ¿Basta con conocer? La acción, la omisión, las interpretaciones históricas», *Historia y Política*, 10 (2003), pp. 11-62, e íd.: «Israel. *Shoah* y *Nakba*. Entramados, diferencias, comunidades de sufrimiento», *Claves de Razón Práctica*, 68 (2004), pp. 68-74; LAOR, Y.: *Le nouveau philosémitisme européen et le «camp de la paix» en Israël*, París, La Fabrique, 2007 [trad. del inglés por Eric Hazan y del hebreo por Catherine Neuve-Église]; BENSOUSSAN, G.: *Un nom impérieux. Israel, le sionisme et la destruction des Juifs d'Europe (1933-2007)*, París, Seuil, 2008, y BURG, A.: *Vaincre Hitler: pour un judaïsme plus humaniste et universaliste (Le-natseah et Hitler)*, París, Fayard, 2008 [trad. de Orit Rosen y Rita Sabah —se cita la edición francesa, más completa con relación al texto hebreo que la inglesa del mismo año—].

¹⁷ KIMMERLING, B.: *Zionism and territory: the socio-territorial dimensions of Zionist politics*, Berkeley, Institute of International Studies-University of California, 1983;

se encuentran los estudios escritos por autores palestinos¹⁸. Sin embargo, la presencia palestina es evidente, al igual que lo es el temor que ésta suscita en ciertos sectores oficiales, tal como lo muestra el Informe Koenig cuando advierte del riesgo que supone la elevada desproporción de población árabe en Galilea. El Informe se filtra en septiembre, unos meses después de la manifestación que los palestinos israelíes convocan el 30 de marzo de 1976 en Galilea en protesta contra la expropiación de 60.000 *dunams*¹⁹ de tierra palestina, que desemboca en una confrontación con la policía israelí en la que mueren seis palestinos y cerca de un centenar resultan heridos. La fecha, sím-

id.: «Between the Primordial and the Civil Definitions of the Collective Identity», en LISSAK, M.; COHEN, E., y ALMAGOR, U. (eds.): *Comparative Social Dynamics. Essays in Honor of Shmuel Eisenstadt*, Boulder, Westview, 1984, pp. 262-283; KIMMERLING, B. (ed.): *The Israel State and Society: Boundaries and Frontiers*, Albany, The State University of New York Press, 1989; KIMMERLING, B., y MIGDAL, J. S.: *Palestinians: the making of a people*, Nueva York, Free Press, 1993; id.: *The Palestinian people: a history*, Cambridge, Harvard University Press, 2003, y PORATH, Y.: *The Emergence of the Palestinian-Arab National Movement, 1918-1929*, Londres, Frank Cass, 1974.

¹⁸ BISHARA, A.: «Arab citizens of Palestine: Little to celebrate», *Tikkun*, 13-4 (julio-agosto de 1998), pp. 14-17; MASALHA, N.: «A Critique of Benny Morris», *Journal of Palestine Studies*, 21-1 (1991), pp. 90-97; id.: *A Land Without a People: Israel, Transfer and the Palestinians*, Londres, Faber&Faber, 1997; id.: *Israel: teorías de la expansión territorial*, Barcelona, Bellaterra, 2002; id.: «Remembering the Palestinian Nakba: Commemoration, Oral History and Narratives of Memory», *Holy Land Studies: A Multidisciplinary Journal*, 7-2 (2008), pp. 123-156; id.: *La Biblia y el Sionismo*, Barcelona, Bellaterra, 2008; GHANEM, A.: *The Palestinian regime: a «partial democracy»*, Brighton-Portland, Sussex Academic Press, 2001; id.: *The Palestinian-Arab minority in Israel, 1948-2000: a political study*, Albany, State University of New York Press, 2001; e id.: «The Bi-National State Solution», *Israel Studies*, 14-2 (2009), pp. 120-133; SAID, E.: «The Burdens of Interpretation and the Question of Palestine», *Journal of Palestine Studies*, 16-1 (1986), pp. 29-37; id.: «Reflections on Twenty Years of Palestinian History», *Journal of Palestine Studies*, 20-4 (1991), pp. 5-22; id.: «Leaving Palestine», *The New York Review of Books*, 46-14 (1999); id.: *Crónicas palestinas*, Madrid, Grijalbo-Mondadori, 2001; HEACOCK, R., y JANMAL, N.: *Intifada. Palestine at the Crossroads*, Londres, Praeger, 1990; ABU-LUGHOD, I. (ed.): *The Transformation of Palestine: essays on the origin and development of the Arab-Israeli conflict*, Evanston, Northwestern University Press, 1987 (ed. de Arnold J. TOYNBEE) [1971], y ABU-LUGHOD, I.; HEACOCK, R., y NASHEF, K. (eds.): *The Landscape of Palestine: Equivocal Poetry*, Birzeit, Birzeit University Publications, 1991. En el caso de Azmi Bishara, como ocurre con otros muchos autores palestinos, la mayor parte de su obra está publicada en árabe y no traducida, aunque sus ideas queden expresadas en artículos, declaraciones públicas o intervenciones en el parlamento israelí que sí son accesibles en otros idiomas.

¹⁹ 1 *dunam* = 1.000 metros cuadrados.

bolo de la protesta palestina contra la expropiación de sus tierras y las políticas discriminatorias del gobierno israelí, se convertirá en «Día de la Tierra (*Yoam al-'Ard*)», celebrado anualmente desde entonces.

Cambios sobre el terreno. Cambios en el enfoque y en el análisis

Cuando se publican las investigaciones de los nuevos historiadores han cambiado muchas cosas, y sus obras son una parte importante de ese cambio. Ha cambiado Israel, que ya no es el lugar utópico y armonioso de los relatos canónicos de los primeros decenios; ha cambiado Palestina y la situación de sus habitantes y sus territorios y se ha transformado, asimismo, la situación internacional²⁰. También se han modificado los paradigmas de las ciencias sociales en un cambio que alcanza a todos los campos: se introducen nuevos temas y nuevos sujetos y se da voz propia a los que, hasta entonces, minoritarios o silenciosos, habían permanecido en los márgenes; por otra parte, el «giro lingüístico» que se introduce en el análisis de lo estudiado desconstruye los grandes relatos, coherentes y cerrados, e introduce en ellos la crítica y la relativización²¹.

La obra de los «nuevos historiadores», así como la del grupo más amplio de los científicos sociales, hay que situarla dentro de este contexto, del que es expresión y parte. Sus estudios desmontan varios aspectos fundamentales de la versión tradicional y lo hacen recurriendo a los datos de la documentación, la nueva y la ya conocida, pero cambiando en gran medida el enfoque y las preguntas. Desde esta óptica es preciso ver su afirmación de que la aceptación de la partición en

²⁰ BEN-AMI, S.: *Cicatrices de guerra, heridas de paz*, Barcelona, Ediciones B, 2006 [*Scars of War, Wounds of Peace: The Israeli-Arab Tragedy*, Nueva York, Oxford University Press, 2005]; y *¿Cuál es el futuro de Israel?*, Barcelona, Ediciones B, 2002. Estos cambios han sido analizados más en detalle en varias publicaciones de la autora, a las que remitimos para una mayor ampliación. Véanse LÓPEZ ALONSO, C.: «¿Jano o cabeza de Medusa? Historia y política en Israel», *Historia y Política*, 1-1 (1999), pp. 107-131; «Israel, ¿Nación-laboratorio?», en *El siglo XX: balance y perspectivas*, Valencia, Fundación Cañada Blanch, 2000, pp. 465-471; «Israel: tierra de promesas rotas», *La Aventura de la Historia*, 44 (2002), pp. 47-52; *Hamas, la marcha hacia el poder*, Madrid, Los libros de la Catarata, 2007.

²¹ Una magnífica síntesis para todos estos cambios sigue siendo el estudio de RAM, U.: *The Changing Agenda of Israeli Sociology. Theory, Ideology and Identity*, Nueva York, State University of New York Press, 1995. Véase, asimismo, LÓPEZ ALONSO, C.: «¿Jano o cabeza de Medusa?...», *op. cit.*, pp. 107-131.

1947 fue más táctica que real²², que los judíos eran en realidad superiores a las fuerzas árabes y que, tanto en la fase de guerrilla-guerra civil anterior al 15 de mayo de 1948 como en la guerra convencional posterior, fue el más fuerte el que venció, es decir, Israel, si bien ayudado en el camino por el acuerdo secreto de reparto hecho entre Golda Meir y el rey Abdullah de Transjordania²³ y por una política británica que estaría al corriente y de acuerdo con el citado pacto y que, en todo caso, fue múltiple y diferente de la hostilidad total con que la presentaba la historiografía tradicional²⁴. Y también la contradicen cuando demuestran que existieron intentos de llegar a acuerdos de paz por parte de los árabes, que fueron pospuestos/rechazados sistemáticamente por Ben Gurion y el liderazgo judío, para quienes la firma de un armisticio era entonces más conveniente que la de un tratado de paz²⁵; o manifiestan que el éxodo, salvo excepciones, ni fue voluntario ni se debió a órdenes de los líderes árabes o del *mufti* al-Husseini, de cuyos llamamientos Morris sólo encuentra «rumores» en los medios israelíes pero no pruebas documentales y, al igual que ya lo habían hecho los escritores palestinos, llega a la conclusión de que el éxodo fue básicamente provocado por la actuación de las fuerzas judías, irregulares y regulares (Haganá, Irgun y FDI —las Fuerzas de Defensa de Israel, una vez creado el Estado—), cuya acción y cuyos resultados documenta pormenorizada-

²² Cita Shlaim (véase SHLAIM, A.: *Collusion Across the Jordan...*, op. cit., p. 17) las palabras de Ben Gurion ante la Agencia Judía en 1937 ante la que explica las razones de la aceptación de la propuesta de Partición hecha ese año por la Comisión Peel, ya que una vez que se constituya el Estado y sean fuertes, «cancelaremos la partición del país y nos expandiremos a través de la Tierra de Israel». La cita ha sido repetida hasta la saciedad y, a pesar de las críticas sobre su exactitud, ha pasado a convertirse en un tópico, algo similar a lo que ha sucedido con la sarcástica ocurrencia de Abba Ebban sobre la capacidad palestina para no perder una oportunidad de equivocarse.

²³ SHLAIM, A.: *Collusion Across the Jordan...*, op. cit., pp. 110-116.

²⁴ PAPPE, I.: *Britain and the Arab-Israeli Conflict, 1948-1951*, Nueva York, St. Martin's Press, 1988, pp. 16 y ss.

²⁵ ARENDT, H.: «Peace of Armistice in the Near East?», *Review of Politics*, 12-1 (1950), pp. 56-82 [reimpreso en LUSTICK, I. (ed.): *Arab-Israeli Relations*, vol. 2, Nueva York, Garland Press, 1994]; MORRIS, B.: «The New Historiography...», op. cit., íd.: *1948 and After...*, op. cit., e íd.: *Righteous Victims. A History of the Zionist-Arab Conflict, 1881-2001*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1999 (con un nuevo capítulo final, 2001); SHLAIM, A.: *The Politics of Partition...*, op. cit.; íd.: *The Iron Wall, Israel and the Arab World*, Nueva York, Norton, 2000 (trad. española *El muro de hierro*, Granada, Almed, 2003); e íd.: «The New History of 1948 and the Palestinian Nakba», *Mif-tab.org*, 18 (2004).

mente mostrando cómo se produce una coincidencia cronológica entre el éxodo palestino «y los ataques de las fuerzas judías»²⁶. Los datos de esta primera versión de la obra, escrita en inglés, se amplían en la edición hebrea publicada en 1991 y son de nuevo corroborados, con mínimas variaciones, en la nueva y revisada edición inglesa en la que Morris, que no ha cesado de escribir sobre el tema, sigue reafirmando el número de bajas, de pueblos destruidos y de palestinos exiliados (en torno a 750.000, una cifra que es ligeramente inferior a la que dan historiadores palestinos como Abu Sitta²⁷). La interpretación y la lectura política de Morris han cambiado en los últimos años²⁸, pero no lo han hecho sus datos, que siguen provocando críticas, no sólo dentro de Israel²⁹, sino también entre los historiadores palestinos que, aunque utilizan ampliamente sus citas, señalan su escasa o nula consulta de las fuentes árabes, su silencio sobre la historiografía palestina y su planteamiento claramente sionista³⁰.

Esta crítica, que tiene algunas coincidencias con la que se hace desde los historiadores «tradicionales» israelíes³¹, no se dirige sólo a

²⁶ MORRIS, B.: *The Birth...*, *op. cit.*

²⁷ SITTA, S. A.: «The Implementation of the Right of Return», *Palestine-Israel Journal of Politics, Economics & Culture*, 15/16-4/1 (2008), pp. 23-30.

²⁸ MORRIS, B.: «Camp David and After: An Exchange (1. An Interview with Ehud Barak)», *The New York Review of Books* [2002]; 1948: *A History of the First Arab Israeli War*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2008; *id.*: *One state, two states: resolving the Israel-Palestine conflict*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2009; MORRIS, B., y SIEGMAN, H.: «“Israel: The Threat from Within”: An Exchange», *New York Review of Books*, 51-6 (2004), y SHAVIT, A.: «Survival of the Fittest? An Interview with Benny Morris», *Ha'aretz*, 9 de enero de 2004. En la entrevista con Shavit, Morris sostiene que Ben Gurion cometió un gran error al no expulsar a todos los palestinos. Las declaraciones de Morris levantaron la misma polvareda que su libro primero, y es de destacar el enfrentamiento con A. Shlaim en el que éste afirma, con buen criterio, que el ser un buen historiador, como lo es Morris, no implica que se tenga la patente para ser un buen analista político.

²⁹ LOPEZ ALONSO, C.: «¿Jano o cabeza de Medusa?...», *op. cit.*, pp. 122-128.

³⁰ Véanse, entre otros, MASALHA, N.: «On Recent Hebrew and Israeli Sources for the Palestinian Exodus, 1947-1949», *Journal of Palestine Studies*, 18-1 (1988), pp. 121-137; *id.*: «A Critique of Benny Morris», *op. cit.*; *id.*: *Expulsion of the Palestinians: The Concept of «Transfer» in Zionist Political Thought, 1882-1948*, Washington, DC, Institute for Palestine Studies, 1992; e *id.*: *A Land Without a People...*, *op. cit.*; KHALIDI, W.: «Plan Dalet...», *op. cit.*, y SAID, E.: *Crónicas palestinas*, *op. cit.*

³¹ KARSH, E.: *Fabricating Israeli history: the «new historians»*, Londres-Portland, Frank Cass, 2000 (1997), y SHAPIRA, A., y PENSLAR, D. J. (eds.): *Israeli historical revisionism: from left to right*, Portland, Frank Cass, 2003.

Morris, sino, en general, a la mayor parte de los nuevos historiadores³², posiblemente con la excepción de Ilan Pappe, sobre todo tras la postura radicalmente crítica de este último hacia las políticas israelíes, reiterada en sus publicaciones crecientemente influidas por la deconstrucción lingüística, en las que, a diferencia de los nuevos historiadores que se ciñen básicamente al modelo de historiografía documental más clásico, da un peso fundamental a la narrativa y a la interpretación, lo que es especialmente patente en su último libro sobre la limpieza étnica que tiene lugar en Palestina durante la guerra del 1948 y que, según el autor, no ha cesado, ya que está inmersa en la lógica del pensamiento sionista³³.

Novedad no sólo en los datos

Sus datos, aun siendo muy importantes, no son toda la novedad de los «nuevos historiadores». Como ya se ha apuntado más arriba, hay en su obra un cambio en el espacio y en el tiempo de referencia, así como en las preguntas y en el análisis. Su investigación se centra en un espacio determinado, el siglo XX y, especialmente, los años previos e inmediatamente posteriores a la creación del Estado de Israel. La historia sionista y la israelí se exponen y se analizan fundamentalmente dentro de ese contexto palestino, sin la habitual amplia introducción sobre los prolegómenos decimonónicos del nacionalismo y el antisemitismo europeos y de sus secuelas en la primera mitad del siglo XX. Se trata de una historia que se desarrolla en Palestina, nombre y adjetivo a la par, y en la que el movimiento

³² BEININ, J.: «Forgetfulness for Memory: the Limits of the New Israeli History», *Journal of Palestine Studies*, 34-2 (2005), pp. 6-23, y MASALHA, N.: «Remembering the Palestinian Nakba...», *op. cit.*

³³ PAPPE, I.: «Critique and Agenda: The Post-Zionist Scholars in Israel», *History and Memory*, 7-1 (1995), p. 66; «Post-Zionist Critique on Israel and the Palestinians. Part I: The academic debate», *Journal of Palestine Studies*, 26-2 (1997), p. 13; «Post-Zionist Critique on Israel and the Palestinians. Part II: The Media», *Journal of Palestine Studies*, 26-3 (1997), pp. 37-43; «Post-Zionist Critique on Israel and the Palestinians. Part III: Popular Culture», *Journal of Palestine Studies*, 26-4 (1997), pp. 60-69; *The Making of Israeli-Palestinian Conflict, 1947-1951*, Nueva York, I. B. Tauris, 2001 [St. Martin's Press, 1992]; *A History of Modern Palestine. One Land, Two Peoples*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004; además de numerosos artículos.

sionista se interpreta en términos similares a otros colonialismos europeos³⁴.

Los datos y los análisis de la nueva historia desmontan otro de los pilares en los que se asienta la versión tradicional en la que las acciones se explican con el argumento del *ein breira* («no había otra salida»); es decir, se trataba de una guerra defensiva, de supervivencia y, salvo algunas excepciones a manos de «incontrolados» o «irregulares», todas las acciones desarrolladas en el curso de la misma se explicaban en nombre de la necesidad, incluso en sus negativas consecuencias colaterales, ya fueran éstas la expulsión de los palestinos o la continuación, no imprescindible, de la guerra tras las treguas³⁵.

Finalmente, la reubicación en el tiempo también conlleva la puesta en cuestión de uno de los elementos centrales del planteamiento tradicional en el que se presenta al sionismo como el agente redentor de un pueblo que, debido a su sumisión y la falta de un Estado propio en el que ejercer su soberanía, es víctima de la opresión y la persecución sistemáticas. La historia, dice Avi Shlaim, «es la propaganda de los vencedores» y la interpretación tradicional, tal como la resume Benny Morris, sostiene que el nacimiento del sionismo fue el resultado inevitable de las presiones y la persecución de los gentiles, puesto que ofrecía una solución, al menos parcial, del «problema judío» en Europa. Al colocar el centro en Palestina, el análisis se centra en el presente y se analiza en términos de presente y pasado inmediato, lo que puede conllevar también un replanteamiento del futuro.

Hay que tener en cuenta que nos estamos refiriendo a unas obras que se publican en un cambio de década, que coincide con el inicio del derrumbamiento de la Unión Soviética, con la caída del muro de Berlín y con la proclamación, por parte de algunos influyentes intelectuales, del «fin de la historia», el fin de las ideologías y el triunfo definitivo del modelo liberal. En Palestina ha estallado la primera Intifada; se ha mostrado la cara política del movimiento islamista con la creación de Hamas; en 1988, la OLP acepta la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y con ella, de forma implí-

³⁴ FELDT, J.: *The Israeli Memory Struggle. History and Identity in the Age of Globalization*, Odense, University Press of Southern Denmark, 2007; «History and peace education in Israel-Palestine: a critical discussion of the use of history in peace education», *Retbinking History*, 12-3 (2008), pp. 189-207 (p. 199).

³⁵ ROGAN, E. L., y SHLAIM, A. (eds.): *The War for Palestine. Rewriting the History of 1948*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

cita, acepta la existencia del Estado de Israel; la Unión Soviética comienza a abrir la concesión de permisos de emigración de los judíos y sus familias, con lo que se inicia un proceso que será masivo en los años siguientes, en los que inmigrarán aproximadamente un millón de judíos (y sus familias, en muchos casos no judías pero aceptadas como ciudadanos israelíes tras una reforma en la Ley de Retorno). En 1991 se celebra la Conferencia de Madrid y en 1993, con la Declaración de Principios en que israelíes y palestinos se reconocen mutuamente, se inicia el proceso de Oslo, también conocido como proceso de paz, interpretado por una gran mayoría como el comienzo del fin del conflicto que atraviesa la historia de ambos pueblos. Los hechos lo desmentirán pero ésa es otra historia.

Lo que cuenta es que, en ese momento, la obra de los nuevos historiadores parece ir en el sentido del tiempo y plantear un camino de salida y de re-conocimiento entre los contendientes hasta entonces enfrentados. Así lo expresan algunos de sus autores, Benny Morris entre ellos. Contra estos historiadores no se ahorran las críticas que les acusan de antiisraelíes y de actuar como agentes desmoralizadores desde el interior. Crítica y debates trascienden el mundo académico y saltan a los medios de comunicación (en los que algunos de los autores, como Morris o Segev, entre otros, colaboran regularmente). El alcance del debate es indicativo de la difusión de los nuevos datos, que terminan por convertirse en parte de la historia canónica y que pasan a ser integrados en una larga serie de televisión, *Tekumah*, transmitida semanalmente durante varios meses de 1998, en la celebración del cincuenta aniversario de la creación del Estado de Israel³⁶.

³⁶ Nos hemos referido a esto con mayor extensión en varias de las referencias citadas, a las que nos remitimos para mayor ampliación (LÓPEZ ALONSO, C.: «¿Jano o cabeza de Medusa?...», *op. cit.*; «Israel, ¿Nación-laboratorio?», *op. cit.*, etcétera). Asimismo, conviene tener presente que la mayor parte de esta «nueva historia» se publica en inglés, y en algunos casos la versión inglesa es previa a la hebrea, lo que explica en parte el alcance internacional del que había carecido la historiografía sobre Israel (no sobre el sionismo) a la que podía calificarse, según Penslar, como una «cottage history» (véase PENSLAR, D. J.: «Innovation and Revisionism in Israeli Historiography», *History and Memory*, 7-1 (1995), pp. 125-146, esp. p. 130). Los temas comenzarán a incorporarse en los libros de texto cuando Y. Sarid y Y. Tamir, después, ocupen las carteras de educación. El nuevo Ministerio de Educación (tras las elecciones de 2009) ha dado marcha atrás en esta apertura.

Del «No todo es idílico en Utopía» a «Utopía» en cuestión

Como ya se dijo, el terreno estaba removido desde finales de los años sesenta y, antes de la revisión de los historiadores, ya los sociólogos y los expertos en ciencia política habían reajustado algunas de las tesis centrales de la sociología funcionalista, dominada durante más de dos decenios por Shmuel Eisenstadt, que, sin apartarse en lo esencial de su teoría de la modernización, hablaba ya de «quiebras» en la misma. Horowitz y Lissak, autores de una obra que en 1978 dibujaba una sociedad casi sin fisuras, pasados diez años titulan su nuevo libro como «problemas en Utopía»³⁷.

Pero es Utopía lo que está en cuestión: la investigación y las publicaciones sobre 1948 son un síntoma y son un signo. Porque al cambiar los enfoques también se transforman los sujetos, los vencedores y los derrotados. Y entre los derrotados, y los marginados, no se encuentran únicamente los palestinos, tanto los que tienen ciudadanía israelí como los que carecen de ella y que permanecen en una situación de incertidumbre jurídica y material; están también los silenciados dentro del gran proyecto sionista, los silenciados porque fueron víctimas no heroicas (desaparecidas o supervivientes) en la gran matanza que fue el Holocausto³⁸, y los silenciados o derrotados porque vencieron otras opciones políticas que primaban el nacionalismo sobre el socialismo y que lo utilizaron como vehículo para el logro de aquél³⁹; están también los semiderrotados que se integraron en el aparato del Estado, entre ellos los religiosos pero también los

³⁷ HOROWITZ, D., y LISSAK, M.: *Origins of the Israeli polity: Palestine under the mandate*, Chicago, University of Chicago Press, 1978 [1977; trad. del hebreo por Charles Hoffman]; y *Trouble in Utopia: the overburdened polity of Israel*, Albany, State University of New York Press, 1989.

³⁸ M. Edelman, uno de los dirigentes de la sublevación del gueto de Varsovia, miembro del partido socialista judío Bund y antisionista declarado será una de las primeras voces que hablarán del heroísmo de las víctimas, despreciadas por no haberse sublevado dejándose llevar como «ovejas al matadero». Véase la larga entrevista con H. Krall, que ha tardado varios años en traducirse al hebreo (KRALL, H.: *Prendre le bon Dieu de Vitesse*, París, Gallimard, 2005 [*Zdã'yc przed Panem Bogiem*; trad. de Pierre Li y Maryna Ochab, ed. revisada y ampliada por Margot CARLIER]).

³⁹ STERNHELL, Z.: *Aux Origines d'Israël: Entre nationalisme et socialisme*, París, Fayard, 1996, y «Por un nacionalismo abierto, por un sionismo liberal», *Claves de Razón Práctica*, 123 (2002), pp. 4-13.

que, desde un planteamiento nacionalista radical de raíces revisionistas, se oponen frontalmente a cualquier proceso de paz que suponga «concesiones» a los palestinos en un conflicto que, en la línea de Jabotinsky en los años treinta, entienden como un conflicto de suma cero y sólo solucionable por la vía del muro de hierro, un muro de bayonetas, dirá Jabotinsky, propias o de otros⁴⁰.

Pero entre los que no participaron en la guerra, ni sufrieron directamente el genocidio, se encuentran otros derrotados, los judíos orientales, mal denominados sefardíes, los «judíos árabes» del Maghreb y del Mashrek, además de los judíos yemeníes y los *falashbas*, los judíos negros procedentes de Etiopía. Su historia, la de la salida de sus países de origen y la de su proceso de desintegración/integración en Israel, donde vienen a ser incluidos como sujetos dentro de un proyecto que, en principio, no es el suyo y que, hasta muy entrado el periodo, no será asimilado como propio, es objeto en la actualidad de un creciente interés, no sólo historiográfico, sino también político y social, que les hace visibles y audibles, que reivindica la particularidad y la dignidad de la propia historia y rechaza la visión monocolor que, simplificando por la vía de la generalización su mayoritaria opción política por partidos como el Shas, los presenta como simples seguidores retardatarios que apoyan opciones religiosas por razones étnicas más que políticas⁴¹.

El análisis de 1948 conduce hacia más atrás, al periodo de formación del sionismo y a los debates entre las diferentes opciones que se le presentaban al movimiento judío europeo, entre ellas la del Bund, el partido judío socialista y antisionista creado el mismo año en que se

⁴⁰ JABOTINSKY, V.: *The Iron Wall (We and the Arabs)*, Sudáfrica, Jewish Herald, 1937 [O *Zheleznoi Stene*; trad. de Lenni Brenner, Rassvyet, 4 de noviembre de 1923]. SHLAIM, A.: *The Iron Wall...*, *op. cit.*; STERNHELL, Z.: *The founding myths of Israel: nationalism, socialism, and the making of the Jewish state*, Princeton, Princeton University Press, 1998 [1995; trad. de David Maisel], e íd.: «Por un nacionalismo abierto...», *op. cit.*

⁴¹ SHAMMAS, A.: *Arabescos*, Madrid, Mondadori, 1988 [Arabeskot, 1986]; SHENAV, Y. A.: *The Arab Jews: a postcolonial reading of nationalism, religion, and ethnicity*, Stanford, Stanford University Press, 2006 [Yebudim-ba'Arvim, 2003]; SHOLAT, E.: «Sephardim in Israel: Zionism from the Standpoint of Its Jewish Victims», *Social Text*, 19-20 (1988), pp. 1-35; íd.: *Le sionisme du point de vue de ses victimes juives. Les juifs orientaux en Israel*, París, La Fabrique, 2006 [trad. del inglés por Isabelle Taudière]; KIMMERLING, B.: *Clash of identities: explorations in Israeli and Palestinian societies*, Nueva York, Columbia University Press, 2008, y LEHMANN, D., y SIEBZEHNER, B.: *Remaking Israeli Judaism. The Challenge of Shas*, Londres, Hurst Company, 2006.

inició el movimiento sionista y sobre el que recientemente se han publicado algunas obras relevantes. También remite a las distintas visiones que existían entre los judíos de la Diáspora (es decir, todos los judíos antes de la creación del Estado de Israel) y, especialmente, a las de la comunidad judía estadounidense⁴².

Como ocurre con toda obra histórica que merezca ser considerada como tal, la mirada hacia el pasado es también una mirada hacia el presente en búsqueda de puentes o de líneas de continuación entre lo discontinuo y lo quebrado. Dentro de esa mirada hay que incluir las obras que estudian y defienden la necesidad y el lugar preponderante de la diáspora como elemento constitutivo esencial en la identidad judía, en oposición a la visión unilateral y omnicompreensiva de un sionismo que presenta al Estado de Israel como la única patria posible de todos los judíos⁴³. También a las que, con claros ecos de una parte del movimiento canaanita de la primera mitad del siglo pasado, sostienen que ha llegado la época de la normalización y la no-excepcionalidad de Israel, que debería materializarse en la constitución de una república hebrea⁴⁴. Finalmente, están aquellos que sostienen que para que Israel pueda ser considerado una democracia en el pleno sentido del término y no una etnocracia, como la califica Yiftachel⁴⁵, la cuestión de los palestinos israelíes es esencial y, para ello, es preciso que Israel se convierta en un Estado «de todos sus ciudadanos»⁴⁶, cuya traducción concre-

⁴² Este tema, al igual que el debate sobre el llamado «lobby judío» en los Estados Unidos, que desbordan el marco de este artículo, han sido tratados con mayor amplitud en LÓPEZ ALONSO, C.: «Estados Unidos e Israel. Caminos entrecruzados, historia abierta», *Culturas*, 4 (2009), pp. 58-71.

⁴³ BOYARIN, D., y BOYARIN, J.: «Diaspora: Generation and the Ground of Jewish Identity», *Critical Inquiry*, 19-4 (1993), pp. 693-725; RAZ-KRAKOTZKIN, A.: *Exil et souveraineté: judaïsme, sionisme et pensée binationale*, París, La Fabrique, 2007 [trad. de Catherine Neuve-Eglise, prefacio de Carlo GINZBURG], y RAM, U.: «Four Perspectives on Civil Society and Post-Zionism in Israel», *Palestine-Israel Journal of Politics, Economics & Culture*, 12-1 (2005), pp. 33-42. Un intelectual judío abiertamente defensor de esta tesis es G. Steiner.

⁴⁴ En una línea muy similar se ha manifestado en repetidas ocasiones Abraham Yehoshua.

⁴⁵ YIFTACHEL, O.: *Ethnocracy: Land and Identity Politics in Israel-Palestine*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2006.

⁴⁶ RAM, U.: «The State of the Nation: Contemporary Challenges to Zionism in Israel», *Constellations*, 6-3 (1999), pp. 325-338; íd.: «Historiosophical foundations of the historical strife in Israel», *Journal of Israeli History*, 20-2/3 (2001), pp. 43-61; GHA-

ta más plausible es un Estado binacional, cuyos defensores son aún minoritarios pero crecientes⁴⁷.

La historia como (*libro de*) texto. La historia del «otro» y de los «otros»

El enfoque de futuro también se traduce en el intento de construir una historia que sirva para la creación de una cultura cívica y de paz entre ambas sociedades. Porque historia no es sólo la que se escribe como fruto de la investigación, ni la que se utiliza/instrumentaliza para el logro de determinados objetivos políticos. La historia es también la que se enseña en los manuales y en los libros de texto, la que es instrumento para el aprendizaje y la formación en unas bases de cultura cívica que ayude a la construcción de un patriotismo constitucional, en el que la vinculación con los valores compartidos no requiere la negación de la diferencia ni la de las pertenencias étnicas o religiosas, pero que las rechaza categóricamente cuando son utilizadas como argumentos para la exclusión del otro. Ese «otro», y con esto volvemos al principio, es tanto el palestino israelí y los palestinos de los territorios ocupados como, en otro sentido, las minorías judías israelíes.

NEM, A.: *The Palestinian regime...*, *op. cit.*; ÍD.: *The Palestinian-Arab...*, *op. cit.*; ÍD.: «The Bi-National State Solution», *op. cit.*; RABINOWITZ, D.: «The Palestinian citizens of Israel, the concept of trapped minority and the discourse of transnationalism in anthropology», *Ethnic & Racial Studies*, 24-1 (2001), pp. 64-85; SHAFIR, G, y PELED, Y.: *Being Israeli. The Dynamic of Multiple Citizenship*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, y OPHIR, A.; GIVONI, M., y HANAFAI, S. (eds.): *The Power of Inclusive Exclusion: Anatomy of Israeli Rule in the Occupied Palestinian Territories*, Nueva York, Zone Books, 2009 (A. Ophir, impulsor de la revista hebrea *Teoría y Crítica*, es uno de los representantes más conspicuos de esta línea).

⁴⁷ La cuestión del estado binacional forma parte de un largo debate, dentro y fuera de Israel, que no es posible sintetizar en estas páginas. Véase un buen resumen en TILLEY, V.: *The One State Solution: A Breakthrough Plan for Peace in the Israeli Palestinian Deadlock*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2005; ABUNIMAH, A.: *One Country: A Bold Proposal to End the Israeli-Palestinian Impasse*, Nueva York, Henry Holt, 2006; AVNERI, U.: *Israel's Vicious Circle. Ten years of writings on Israel and Palestine*, Londres, Pluto, 2008 [ed. de Sara R. POWELL]; GORDON, N.: *Israel's Occupation*, Berkeley-Londres, University of California Press, 2008; RAM, U.: *The Changing Agenda...*, *op. cit.*; ÍD.: «The State of the Nation», *op. cit.*; ÍD.: «National, Ethnic or Civic? Contesting Paradigms of Memory, Identity and Culture in Israel», *Studies in Philosophy and Education*, 19-5/6 (2000), pp. 405-422; e ÍD.: «Four Perspectives...», *op. cit.* Véanse, asimismo, las obras ya citadas de B. Kimmerling.

No se enseña lo que no se ha investigado ni lo que no se conoce. Por ello, la enseñanza está estrechamente vinculada a la investigación y a la producción historiográficas. Pero con eso no basta, y así lo entienden y demuestran los varios intentos y proyectos que, desde hace años, se llevan a cabo entre israelíes y palestinos con el fin de enseñar, estudiar y construir una historia que respete la historia del otro, de cada uno de los otros, y que sirva para construir una historia común.

Para lograrlo existen varios puntos importantes: en primer término, se requiere una investigación historiográfica que analice científicamente los datos y se aleje de las historias ideológicas, que recuerdan a las viejas historias «sagradas», tan al uso en todos los nacionalismos étnico-culturales. Se requiere, por otra parte, el análisis y el control de los textos que se enseñan, el de sus contenidos y el de las posibles diferencias de los mismos en función de a quiénes vayan dirigidos⁴⁸. Están, por último, los proyectos conjuntos que tratan de debatir y reflexionar la historia, y las historias y memorias particulares, y ponerlas en común, no para organizar una mezcla que subsuma en ella todas las diferencias posibles —en una parodia de lo que ha de ser una verdadera integración—, sino con el objetivo de encajar un puzzle que permita mantener las diferencias pero dentro de un entramado no confrontacional.

Por ello es importante lo que se está haciendo en estos últimos años en el campo de la producción historiográfica, israelí y palestina. En la misma hay que señalar los estudios sobre los árabes israelíes y sobre la situación de los palestinos, realizada tanto por estudiosos israelíes⁴⁹ como palestinos⁵⁰. Asimismo, hay que contar con las inves-

⁴⁸ MOUGHRABI, F.: «The Politics of Palestinian Textbooks», *Journal of Palestine Studies*, 31-1 (2001), pp. 5-19.

⁴⁹ Entre los numerosos estudios existentes, y sin pretensión alguna de exhaustividad, se pueden citar los de Uri Davis (véanse, por ejemplo, *Citizenship and the State. A Comparative study of citizenship legislation in Israel, Jordan, Palestine, Syria and Lebanon*, Londres, Ithaca Press, 1997, y *Apartheid Israel: possibilities for the struggle within*, Pretoria-Londres-Nueva York, Zed Books, 2003); entre los recientemente aludidos, los de Baruch Kimmerling, Gershon Shafir y Yoav Peled, Dan Rabinowitz (véanse, en este caso, RABINOWITZ, D.: «The Palestinian citizens...», *op. cit.*, y RABINOWITZ, D., y ABUBAKER, K.: *Coffins on our shoulders*, Berkeley, University of California Press, 2005). REKHESS, E.: «The Arabs of Israel After Oslo: Localization of the National Struggle», *Israel Studies*, 7-3 (2002), p. 1, y *The Arab minority in Israel: an analysis of the «Future visions» documents*, Nueva York, American Jewish Committee-Dorothy and Julius Koppelman Institute on American Jewish-Israeli Relations, 2008.

⁵⁰ Como ya se indicó, en el caso de muchos de ellos la mayor parte de sus obras está publicada en árabe y no traducida (véase nota 19). Se ha incluido entre los auto-

tigaciones sobre la época posterior a 1967. La guerra de junio (de los «seis días») no ha sido objeto de estudios tan numerosos como la de 1948, aunque dos obras recientes, diferentes en forma y estructura, la han tratado en profundidad: la de Michael Oren (2002) exhaustiva, documentada y con un amplio manejo de fuentes árabes, y la de Tom Segev, que sigue el modo narrativo-analítico de sus obras anteriores (2006)⁵¹. También se han publicado varios estudios sobre la guerra de 1973, pero la mayor parte de la producción y el debate académicos se desarrolla en artículos especializados que no han llegado a tener el eco que los nuevos historiadores tuvieron en los años noventa. Y aún faltan libros que analicen en profundidad la historia de 1982, o las más recientes operaciones en Gaza y el Líbano. No obstante, sí existen obras, como la de Yoram Peri, que ya había publicado en 1983 un libro esencial sobre el tema, que realizan un análisis en profundidad y crítico del peso de los militares en la política y en las decisiones del gobierno⁵². También hay que señalar el más reciente estudio de Lev Grinberg, centrado en las dos últimas décadas, con un análisis crítico y documentado sobre la formación del régimen dual que caracteriza a Israel desde 1967⁵³.

Es a partir de esa fecha cuando se inicia el asentamiento de colonos judíos israelíes en las tierras ocupadas, según una política que no ha cesado hasta el momento en que se escriben estas líneas y que es

res a A. Ghanem, ciudadano israelí y profesor de la universidad de Haifa, que dirige el Centro Judío-Árabe de la citada universidad y la Asociación Ibn-Khaldun de Tamra y es miembro del Foro Cívico de Ramallah.

⁵¹ OREN, M.: *Six Days of War: June 1967 and the Making of the Modern Middle East*, Oxford, Oxford University Press, 2002. Véase también de este mismo autor: «The Revelations of 1967», *Israel Studies*, 10-2 (2005), pp. 1-14. SEGEV, T.: *1967: Israel, the war, and the year that transformed the Middle East*, Nueva York, Metropolitan Books, 2007 [2006; trad. de Jessica Cohen].

⁵² PERI, Y.: *Between Battles and Ballots: Israel military in politics*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 1985 (1983); y *Generals in the Cabinet Room. How the Military Shapes Israeli Politics*, Washington DC, US Institute of Peace Press, 2006.

⁵³ GRINBERG, L.: *Politics and Violence in Israel/Palestine. Democracy Versus Military Rule*, Londres, Routledge, 2009. Muchos otros autores, entre ellos el desaparecido Baruch Kimmerling, han prestado una atención especial a este tema, tanto en estudios generales como en biografías de líderes políticos. También hay que contar la literatura creciente sobre la protesta y la insumisión, muchas veces escrita por los propios insumisos. Véase una buena introducción en KIDRON, P. (ed.): *Refusenik!: Israel's soldiers of conscience*, Londres-Nueva York, Zed Books, 2004.

el telón de fondo sobre el que se desarrollan varios procesos diferentes. Por una parte, están los representados por los movimientos que pretenden la creación de un Gran Israel que anule definitivamente los límites establecidos en 1947 o las líneas del armisticio de 1949 (Línea Verde) y que basan sus argumentos en lecturas fundamentalistas de la Biblia así como en interpretaciones y políticas que son herencia directa de la línea revisionista de Jabotinsky en los años preestatales. Estos movimientos, sobre todo los primeros, han sido objeto de preocupación y de investigación desde finales de los años ochenta, con obras como las de Ehud Sprinzak, Emmanuel Sivan o Aviezer Ravitzky, cuyos análisis siguen siendo válidos en la actualidad⁵⁴. Por otro lado, aunque las críticas a la colonización son relativamente constantes entre los sectores de la «izquierda» israelí, hasta la obra de Akiva Eldar e Idith Zertal no se contaba con un estudio documentado y general sobre el tema, ya que el de Gorenberg se detiene en el primer periodo⁵⁵.

También los historiadores palestinos han procedido a una revisión historiográfica y a una relectura documentada de la historia del movimiento nacional palestino, en la que destaca la monumental historia

⁵⁴ Entre ellos, se pueden citar las obras de Ehud Sprinzak [véanse «Kach and Meir Kahane», *Patterns of prejudice*, 19-3/4 (1985), pp. 1-17; *The Ascendance of Israel's Radical Right*, Nueva York, Oxford, Oxford University Press, 1991; *Brother against brother: violence and extremism in Israeli politics from Altalena to the Rabin assassination*, Nueva York, Free Press, 1999; y SPRINZAK, E., y DIAMOND, L. (eds.): *Israel Democracy under stress*, Boulder, Israel Democracy Institute-Lynne Rienner Publishers, 1993]. AMI, B.: *¿Cuál es el futuro...?*, op. cit.; ÍD.: *Cicatrices de guerra*, op. cit.; SIVAN, E., y FRIEDMAN, M. (eds.): *Religious radicalism and politics in the Middle East*, Albany, State University of New York Press, 1990, y RAVITZKY, A.: *Messianism, Zionism, and Jewish religious radicalism*, Chicago, University of Chicago Press, 1996 [1993; trad. del hebreo por Michael Swirsky y Jonathan Chipman]. También el estudio reciente de MASALHA, M.: *La biblia y el sionismo...*, op. cit. En cuanto a Jabotinsky y la corriente revisionista, además de la obra del propio Jabotinsky (*The iron wall...*, op. cit.), están los libros de SHLAIM, A.: *El muro de hierro...*, op. cit., y BRENNER, L.: *The iron wall: Zionist revisionism from Jabotinsky to Shamir*, Londres, Zed Books, 1984.

⁵⁵ ELДАР, A., y ZERTAL, I.: *Lords of the Land: The War for Israel's Settlements in the Occupied Territories, 1967-2007*, Nueva York, Nation Books, 2007 (2004), y GORENBERG, G.: *The Accidental Empire: Israel and the Birth of the Settlements, 1967-1977*, Nueva York, Times Books-Henry Holt, 2006. Hay que recordar que en Israel, a diferencia del resto del mundo, el término se emplea como calificativo que indica la postura cara a la cuestión de los asentamientos y la ocupación, más que a los planteamientos políticos y sociales normalmente calificados como «izquierda».

de Yezid Sayigh⁵⁶, además de sus influyentes artículos sobre la actuación del liderazgo palestino y los miembros de la AP durante el periodo que sigue a los Acuerdos de Oslo, en una línea crítica que otros intelectuales palestinos —como Edward Said o Rashid Khalidi— comparten, al igual que lo hace, desde una postura política diferenciada, Sarih Nusseibeh⁵⁷. En 2006, Rashid Khalidi, director actual del *Journal of Palestine Studies*, publicó *The Iron Cage*, un concentrado estudio sobre la historia de la lucha palestina por la creación de un Estado y un análisis de sus repetidos fracasos. El libro se aleja de las versiones unilaterales y victimistas de alguna literatura anterior y busca la explicación en otros factores además de los externos (Gran Bretaña en su momento, los Estados Unidos y, sobre todo, Israel) para atribuir su carga de responsabilidad a los evidentes errores y fallos en el liderazgo palestino, desde la época del Mandato hasta la actual. La parte más novedosa es la referida al Mandato, en donde demuestra cómo las autoridades británicas aplicaron su tradicional «paradigma comunitario» estableciendo relaciones privilegiadas con «las aristocracias reales o inventadas en lugar de con las formaciones políticas enraizadas en las clases medias y el pueblo»⁵⁸. El Consejo Supremo Musulmán, la única institución árabe con la que los palestinos contaban, fue colocado bajo la dirección del *mufti* Amin al-Husseini, nombrado por los británicos que, igual que los sionistas, aplicaban la táctica del «divide y vencerás». Por otra parte, el desarrollo creciente de un nacionalismo militante que reclamaba la reconfiguración de la estructura social paralizó a las élites palestinas, como hizo con las de los países árabes del entorno, que no fueron capaces de ponerse al frente del movimiento. Khalidi concuerda con la afirmación hecha anteriormente por varios historiadores del periodo: es la represión de la revuelta árabe de 1936-1939 —en la que muere un 10 por 100 de la población masculina, especialmente los más jóvenes, y en la que el movimiento nacional palestino queda descabezado— la que determi-

⁵⁶ SAYIGH, Y.: *Armed struggle and the search for a State: the Palestinian National Movement, 1949-1993*, Oxford, Clarendon Press & Institute for Palestine Studies, 1997.

⁵⁷ SAID, E.: *Nuevas Crónicas Palestinas. El fin del proceso de paz (1995-2000)*, Barcelona, DeBolsillo, 2003 [*The end of the Peace Process*, 2002]; SAYIGH, Y.: «Arafat and the Anatomy of a Revolt», *Survival*, 43-3 (2001), pp. 47-61; *id.*: «The Palestinian Strategic Impasse», *Survival*, 44-4 (2002/2003), pp. 7-21, y NUSSEIBEH, S., y DAVID, A.: *Once upon a country: a Palestinian life*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2007.

⁵⁸ KHALIDI, R.: *The Iron Cage*, Boston, Beacon Press, 2006, p. 52.

na el resultado de la guerra del 48⁵⁹. Según este autor, los palestinos actuaron demasiado tarde, contaron con el *handicap* añadido de la actuación de Abdullah de Jordania y, cuando llegó el momento, fueron ignorados por la comunidad internacional que aprobó la partición. El resultado de la guerra creó, según Khalidi, una especie de «tabla rasa» que hubiera permitido restablecer la identidad palestina⁶⁰, aunque los desarrollos de los últimos tiempos le hacen dudar, como a muchos otros autores, de la posibilidad de los dos Estados, siendo la peor perspectiva que los palestinos terminen viviendo en una Palestina sin Estado propio, encerrados en una jaula de hierro y rodeados por un muro⁶¹.

¿Se reflejan todos estos estudios y planteamientos más plurales y críticos en el sistema educativo? ¿En el de ambos lados? ¿En los diversos sistemas educativos, diferenciados, que existen en Israel? Lo cierto es que, junto a la investigación histórica, en estos últimos años se han realizado numerosos estudios sobre el funcionamiento del sistema educativo, sus contenidos y las diferencias en los resultados que no podemos tratar en este espacio⁶². No obstante, porque tiene una directa relación con la historia y con el papel que ésta puede representar a la hora de analizar y asumir la responsabilidad, que es uno de los primeros pasos en la emancipación, individual y política, es necesario hacer referencia a una serie de proyectos compartidos entre israelíes y palestinos que se centran en el estudio y la enseñanza de la historia desde el respeto a los hechos y, sobre todo, el respeto y la apertura hacia los otros. Si bien varios se desarrollan en centros universitarios en que israelíes y palestinos colaboran en la investigación, en el debate y, eventualmente, en la enseñanza, la mayor parte se dirige a la educación secundaria. Uno de los proyectos más conocidos, aunque en modo alguno el único, es el desarrollado por Sami Adwan

⁵⁹ FARSOON, S., y ARURI, N. H.: *Palestine and the Palestinians: a social and political history*, Boulder, Westview Press, 2006, y KRÄMER, G.: *A history of Palestine: from the Ottoman conquest to the founding of the state of Israel*, Princeton, Princeton University Press, 2008 [2002; trad. de Graham Harman y Gudrun Krämer. La versión alemana de 2002 está traducida al español en 2006].

⁶⁰ KHALIDI, R.: *The Iron Cage*, *op. cit.*, p. 135.

⁶¹ Véase *ibid.*

⁶² Resulta imposible señalar en el espacio de este artículo la rica literatura sobre el tema, que va mucho más allá y es mucho más compleja de lo que las noticias de la prensa, sobre el sesgo político de los libros de texto, por lo general los palestinos, pueden hacer pensar. El tema será objeto de un análisis por separado al que nos remitimos.

y el recientemente desaparecido Dan Bar-Or dentro del «Proyecto de Historia compartida»⁶³, en la que el resultado que se busca no es la fusión indiferenciada, sino, como ya se apuntaba más arriba, un espacio en blanco para escribir una historia común.

De todo lo expuesto se desprende que nos encontramos ante una historia abierta, que plantea indudables retos metodológicos, además de políticos y sociales. Una de las conclusiones es que si aquí, como en general, la historia, la política y el tiempo presente están estrechamente relacionados, es imprescindible mantenerlos analíticamente «a raya», sin permitir la invasión de los unos en el espacio de los otros en una gran ceremonia de confusión y ensombrecimiento que sólo puede servir de estímulo al mantenimiento de lo dado y no a su crítica y su remedio que es lo que, con excesiva frecuencia, ha sucedido en el caso de Israel y Palestina.

⁶³ ADWAN, S., y BAR-ON, D.: «Shared History Project: A Prime Example of Peace-Building Under Fire», *International Journal of Politics, Culture & Society*, 17-3 (2004), pp. 513-521; ADWAN, S., et al.: *La Historia Del Otro. Israel y Palestina, Un Conflicto, Dos Miradas*, Madrid, Intermon Oxfam, 2005, y GUR-ZEEV, I. (ed.): *Conflicting Philosophies of Education in Israel-Palestine*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers, 2000.

RELACIÓN DE EVALUADORES Y EVALUADORAS 2009

Rubén Darío Acevedo Carmona (Universidad Nacional de Colombia)
Alenadro Andreassi (Universitat Autònoma de Barcelona)
Ferran Archilés Cardona (Universitat de València)
Miguel Ángel del Arco (Universidad de Granada)
Alejandro Baer (Universidad Complutense de Madrid)
Marta Bonaudo (Universidad Nacional de Rosario. Argentina)
Aurora Bosch (Universitat de València)
Salvador Calatayud (Universitat de València)
María Teresa Calderón (Universidad Externado de Colombia)
Julián Casanova (Universidad de Zaragoza)
Fernando Devoto (Universidad de Buenos Aires. Argentina)
Ángel Duarte (Universitat de Girona)
José María Faraldo Jarillo (Universidad Complutense de Madrid)
Eloy Fernández Clemente (Universidad de Zaragoza)
Javier Fernández Sebastián (Universidad del País Vasco)
Ferran Gallego (Universitat Autònoma de Barcelona)
Marcela García (Universidad Complutense de Madrid)
Rafael García Pérez (Universidade de Santiago de Compostela)
Noemí Goldman (Universidad de Buenos Aires. Argentina)
Eduardo González Calleja (Universidad Carlos III)
Marisa González de Oleaga (UNED)
Jordi Gracia (Universitat de Barcelona)
Emilio Grandío (Universidade de Santiago de Compostela)
Carmen de la Guardia (Universidad Autónoma de Madrid)
Maximiliano Guderzo (Università degli Studi di Firenze. Italia)
Encarnación Lemus (Universidad de Huelva)
Manuel Loff (Universidade do Porto. Portugal)
Daniel Lvovich (Universidad Nacional de La Plata. Argentina)
María Rosa de Madariaga Álvarez-Prida
Mónica Moreno (Universidad de Alicante)
Antonio Moreno Juste (Universidad Complutense de Madrid)
Consuelo Naranjo Orovio (Consejo Superior de Investigaciones Científicas)
Javier Navarro Navarro (Universitat de València)
José Luis Neila Hernández (Universidad Autónoma de Madrid)
José Luis Ollero (Universidad de La Rioja)
José María Ortiz de Orruño (Universidad del País Vasco)
Juan Luis Pan-Montojo (Universidad Autónoma de Madrid)
Rosa Pardo Sanz (UNED)
Pedro Pérez Herrero (Universidad de Alcalá)
Julio Pérez Serrano (Universidad de Cádiz)
Pilar Pérez-Fuentes (Universidad del País Vasco)
José María Portillo (Universidade de Santiago de Compostela)

Fernando del Rey Reguillo (Universidad Complutense de Madrid)
Manel Risques (Universitat de Barcelona)
Pedro Rújula (Universidad de Zaragoza)
Alberto Sabio (Universidad de Zaragoza)
Joan Sagués (Universitat de Lleida)
María Pilar Salomón (Universidad de Zaragoza)
Raquel Sánchez García (Universidad Complutense de Madrid)
Francisco Sevillano (Universidad de Alicante)
Inmaculada Simón Ruiz (Consejo Superior de Investigaciones Científicas)
Angel Smith (University of Leeds. Reino Unido)
Susana Sueiro Seoane (UNED)
Nuria Tabanera (Universitat de València)
Marcela Ternavasio (Universidad Nacional de Rosario. Argentina)
Joan Maria Thomàs (Universitat Rovira i Vergili)
Javier Ugarte (Universidad del País Vasco)
Xosé Ramon Veiga Alonso (Universidade de Santiago de Compostela)
Joan Villarroya Font (Universitat de Barcelona)
Pere Ysàs (Universitat Autònoma de Barcelona)

Ayer es el día precedente inmediato a *hoy* en palabras de Covarrubias. Nombra al pasado reciente y es el título que la *Asociación de Historia Contemporánea*, en coedición con *Marcial Pons, Ediciones de Historia*, ha dado a la serie de publicaciones que dedica al estudio de los acontecimientos y fenómenos más importantes del pasado próximo. La preocupación del hombre por determinar su posición sobre la superficie terrestre no se resolvió hasta que fue capaz de conocer la distancia que le separaba del meridiano 0. Fijar nuestra atención en el correr del tiempo requiere conocer la historia y en particular sus capítulos más recientes. Nuestra contribución a este empeño se materializa en esta revista y, en su caso, en los libros y monografías que se pueden publicar como anexos de **Ayer**.

PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

1. Las contribuciones y correspondencia deben enviarse a María Cruz Romeo Mateo, **Ayer**, Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A., Calle San Sotero, 6, 28037, Madrid.
2. La revista **Ayer** publica artículos y ensayos bibliográficos de todos los ámbitos de la Historia Contemporánea.
3. Los autores se comprometen a enviar artículos originales que no hayan sido publicados con anterioridad, ni están siendo considerados en otras publicaciones.
4. Los artículos serán informados por dos evaluadores externos a los órganos de la revista y a la Junta Directiva de la Asociación de Historia Contemporánea que la edita, mediante un sistema doble ciego (anónimo tanto para el evaluador como para el autor del texto). Los artículos que integran los *dossiers* serán evaluados de la misma forma. Todos los textos deberán recibir posteriormente la aprobación del Consejo de Redacción.
5. Los editores se comprometen a adoptar una decisión sobre la publicación de originales en el plazo de seis meses. Se reserva el derecho de publicación por el espacio de dos años, acomodando la misma a las necesidades de la revista.
6. Los autores remitirán tres copias en papel, a doble espacio, una para el editor y otras dos para informes. Se acompañará de soporte informático en Word. Igualmente remitirán dos resúmenes de 100 palabras en español y en inglés; cinco palabras clave, también en ambos idiomas, y una breve nota curricular.

7. Los trabajos enviados para publicación han de cumplir los requisitos siguientes:

Dimensiones:

Artículos: Los artículos destinados a la publicación en la revista *Ayer* no serán superiores a 8.000 palabras, sean éstos para el Dossier o para los Estudios.

El tamaño de los ensayos bibliográficos no sobrepasará las 4.000 palabras.

8. Sistema de citas:

Las notas irán a pie de página, tal y como ha venido haciendo *Ayer* hasta el momento. Por ejemplo:

Libros: CERVERA, J.: *Madrid en guerra. La ciudad clandestina, 1936-1939*, Madrid, Alianza Ed., 1998.

Capítulos de libro: MONTERO, M.: «El nacionalismo vasco», en *Los 98 Ibéricos y el mar*, vol. III, *El Estado y la política, Actas*, Madrid, Fundación Tabacalera-Pabellón de España Expo'98, 1998, pp. 255-274.

Artículos de revista: LANNON, F.: «Tendencias recientes en la historia social británica», en PÉREZ LEDESMA, M. (ed.): *La Historia en el 93, Ayer*, 14 (1994), pp. 45-62.

9. En el caso de artículos historiográficos o de carácter teórico las citas pueden incluirse en el texto (ÁLVAREZ JUNCO, 1990, 178), acompañadas de una bibliografía final.

AYER
77/2010 (1)

SUMARIO

EUROPA DESDE 1945. EL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN EUROPEA

Antonio Moreno y Juan Carlos Pereira, *eds.*

DOSSIER

Interés europeo vs. Intereses nacionales, Ángel Viñas Martín
Sociedad Civil y Acción Colectiva en Europa: 1948-2008, Pilar Folguera

Historia y espacio público europeo, Antonio Moreno Juste
Perspectivas de la unificación monetaria europea: lecciones del pasado, reflexiones sobre el futuro, Salvador Forner. Universidad de Alicante

Atlantismo e europeísmo, Antonio Varsori

ESTUDIOS

Amistad, amor y política: relaciones afectivas y batallas ideales en la Italia del segundo Ochocientos, Fulvio Conti

Los alemanes antinazis de la Argentina y el mito de las dos aldeas, Germán C. Friedmann

Recordar y no olvidar. La construcción de una memoria antirrepublicana en el franquismo catalán, Francesc Vilanova

Esquerra Republicana durante la Guerra Civil. Presencia y estrategias políticas, José Luis Martín Ramos

ENSAYOS BIBLIOGRÁFICOS

Nuevos estudios sobre el movimiento estudiantil antifranquista, Sergio Rodríguez Tejada

NÚMEROS PUBLICADOS

1. Miguel Artola, *Las Cortes de Cádiz*.
2. Borja de Riquer, *La historia en el 90*.
3. Javier Tusell, *El sufragio universal*.
4. Francesc Bonamusa, *La Huelga general*.
5. J. J. Carreras, *El estado alemán (1870-1992)*.
6. Antonio Morales, *La historia en el 91*.
7. José M. López Piñero, *La ciencia en la España del siglo XIX*.
8. J. L. Soberanes Fernández, *El primer constitucionalismo iberoamericano*.
9. Germán Rueda, *La desamortización en la Península Ibérica*.
10. Juan Pablo Fusi, *La historia en el 92*.
11. Manuel González de Molina y Juan Martínez Alier, *Historia y ecología*.
12. Pedro Ruiz Torres, *La historiografía*.
13. Julio Aróstegui, *Violencia y política en España*.
14. Manuel Pérez Ledesma, *La Historia en el 93*.
15. Manuel Redero San Román, *La transición a la democracia en España*.
16. Alfonso Botti, *Italia, 1945-94*.
17. Guadalupe Gómez-Ferrer Morant, *Las relaciones de género*.
18. Ramón Villares, *La Historia en el 94*.
19. Luis Castells, *La Historia de la vida cotidiana*.
20. Santos Juliá, *Política en la Segunda República*.
21. Pedro Tedde de Lorca, *El Estado y la modernización económica*.
22. Enric Ucelay-Da Cal, *La historia en el 95*.
23. Carlos Sambricio, *La historia urbana*.
24. Mario P. Díaz Barrado, *Imagen e historia*.
25. Mariano Esteban de Vega, *Pobreza, beneficencia y política social*.
26. Celso Almuíña, *La Historia en el 96*.
27. Rafael Cruz, *El anticlericalismo*.
28. Teresa Carnero Arbat, *El reinado de Alfonso XIII*.
29. Isabel Burdiel, *La política en el reinado de Isabel II*.
30. José María Ortiz de Orruño, *Historia y sistema educativo*.
31. Ismael Saz, *España: la mirada del otro*.
32. Josefina Cuesta Bustillo, *Memoria e Historia*.
33. Glicerio Sánchez Recio, *El primer franquismo (1936-1959)*.
34. Rafael Flaquer Montequi, *Derechos y Constitución*.
35. Anna M.^a García Rovira, *España, ¿nación de naciones?*
36. Juan C. Gay Armenteros, *Italia-España. Viejos y nuevos problemas históricos*.
37. Hipólito de la Torre Gómez, *Portugal y España contemporáneos*.
38. Jesús Millán, *Carlismo y contrarrevolución en la España contemporánea*.
39. Ángel Duarte y Pere Gabriel, *El republicanismo español*.

40. Carlos Serrano, *El nacimiento de los intelectuales en España*.
41. Rafael Sánchez Mantero, *Fernando VII. Su reinado y su imagen*.
42. Juan Carlos Pereira Castañares, *La historia de las relaciones internacionales*.
43. Conxita Mir Curcó, *La represión bajo el franquismo*.
44. Rafael Serrano, *El Sexenio Democrático*.
45. Susanna Tavera, *El anarquismo español*.
46. Alberto Sabio, *Naturaleza y conflicto social*.
47. Encarnación Lemus, *Los exilios en la España contemporánea*.
48. M.^a D. Muñoz Dueñas y Helder Fonseca, *Las élites agrarias en la Península Ibérica*.
49. Florentino Portero, *La política exterior de España en el siglo XX*.
50. Enrique Moradiellos, *La guerra civil*.
51. Pere Anguera, *Los días de España*.
52. Carlos Dardé, *La política en el reinado de Alfonso XII*.
53. Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, *Historia de los conceptos*.
54. Carlos Forcadell Álvarez, *A los 125 años de la fundación del PSOE. Las primeras políticas y organizaciones socialistas*.
55. Jordi Canal, *Las guerras civiles en la España contemporánea*.
56. Manuel Requena, *Las Brigadas Internacionales*.
57. Ángeles Egido y Matilde Eiroa, *Los campos de concentración franquistas en el contexto europeo*.
58. Jesús A. Martínez Martín, *Historia de la lectura*.
59. Eduardo González Calleja, *Juventud y política en la España contemporánea*.
60. M.^a Dolores Ramos, *República y republicanismo*.
61. María Sierra, Rafael Zurita y María Antonia Peña, *La representación política en la España liberal*.
62. Miguel Ángel Cabrera, *Más allá de la historia social*.
63. Ángeles Barrio, *La crisis del régimen liberal en España, 1917-1923*.
64. Xosé M. Núñez Seixas, *La construcción de la identidad regional en Europa y España (siglos XIX y XX)*.
65. Antoni Segura, *El nuevo orden mundial y el mundo islámico*.
66. Juan Pan-Montojo, *Poderes privados y recursos públicos*.
67. Matilde Eiroa San Francisco y M.^a Dolores Ferrero Blanco, *Las relaciones de España con Europa centro-oriental (1939-1975)*.
68. Ismael Saz, *Crisis y descomposición del franquismo*.
69. Marició Janué i Miret, *España y Alemania: historia de las relaciones culturales en el siglo XX*.
70. Nuria Tabanera y Alberto Aggio, *Política y culturas políticas en América Latina*.
71. Francisco Cobo y Teresa María Ortega, *La extrema derecha en la España contemporánea*.

72. Edward Baker y Demetrio Castro, *Espectáculo y sociedad en la España contemporánea*.
73. Jorge Saborido, *Historia reciente de la Argentina (1975-2007)*.
74. Manuel Chust y José Antonio Serrano, *La formación de los Estados-naciones americanos, 1808-1830*.
75. Antonio Niño, *La ofensiva cultural norteamericana durante la Guerra Fría*.
76. Javier Rodrigo, *Retaguardia y cultura de guerra, 1936-1939*.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

Marcial Pons edita y distribuye *Ayer* en los meses de marzo, junio, octubre y diciembre de cada año. Cada volumen tiene en torno a 200 páginas con un formato de 13,5 por 21 cm. Los precios de suscripción, incluido IVA, son:

Precios España:

suscripción anual: 65 €

Precios extranjero:

suscripción anual: 65 € más gastos de envío

Precio número suelto: 22 €

La correspondencia relativa a la Asociación de Historia Contemporánea y sus publicaciones debe dirigirse a la Secretaría de la Asociación de Historia Contemporánea, Departamento de Historia Contemporánea, Facultad de Geografía e Historia, c/ Profesor Aranguren s/n, 28040, MADRID, España.

<http://www.ahistcon.org>

Todas las peticiones, tanto de suscripciones como de ejemplares sueltos, han de dirigirse a:

Marcial Pons

Agencia de suscripciones

San Sotero, 6

Tel. 91 304 33 03 - Fax 91 327 23 67

28037 MADRID

Correo electrónico: revistas@marcialpons.es

76 ayer



ISBN: 978-84-92820-09-2



Marcial
Pons